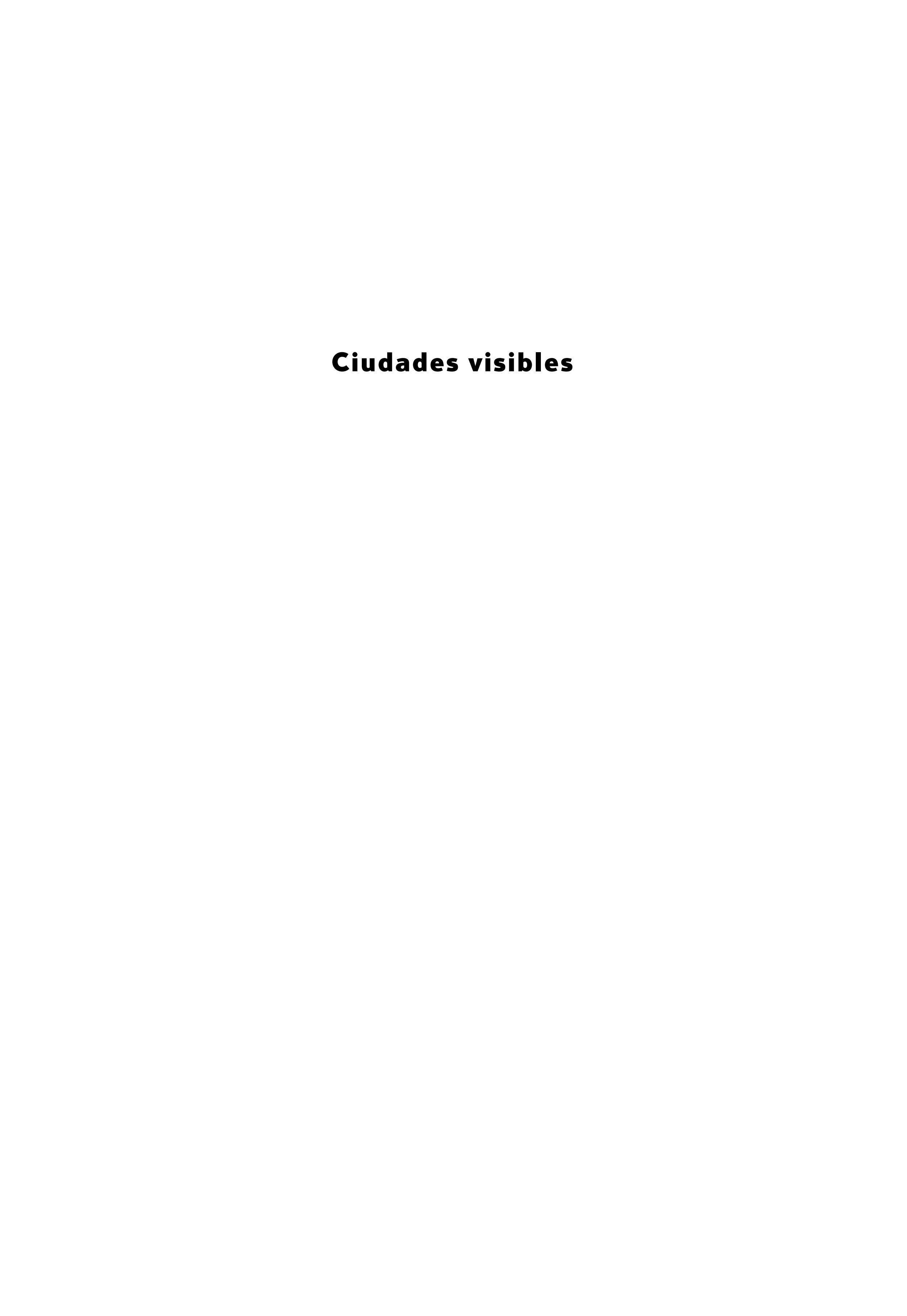


Ciudades visibles

Mauricio Rodas Espinel
Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito

Pablo Corral Vega
Secretario de Cultura

LIBRO CIUDADES VISIBLES

Este libro fue concebido durante el *Seminario Internacional Periodismo, Vida Urbana y Resiliencia en América Latina*, organizado por la Secretaría de Cultura de Quito, la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y la CAF, del 02 al 04 de junio de 2016. Además de los cronistas, también participaron: Ricardo Corredor (FNPI), Jaime Holguín, Andrés Zamora y Flavio Vargas (CAF), Pablo Corral Vega, Claudi Carreras y Boris Muñoz. La coordinación logística tuvo el apoyo de Jaime Beltrán, coordinador de proyectos de la FNPI.

Dirección Creativa
Claudi Carreras
Ramón Reverté

Dirección Editorial
Boris Muñoz

Edición de Fotografía
Claudi Carreras

Coordinación Editorial
Lea Tyrallová

Producción Ejecutiva
Yolanda Escobar J.

Asistencia de producción
Gabriela Portaluppi

Diseño
Andreu Balius

Crónicas
Cristian Alarcón
Carlos Manuel Álvarez
María Fernanda Ampuero
Leo Felipe Campos
Mário Magalhães
Carlos Martínez
Patricia Nieto
Marcela Ribadeneira
Alejandra Sánchez Inzunza
Joseph Zárate

Ensayos Fotográficos
Rodrigo Abd
Oscar B. Castillo
Darío Cortés
Maya Goded
Claudia Jaguaribe
Nicolás Janowski
Cristina de Middel
Federico Rios
Isadora Romero y Misha Vallejo
Adriana Zehbrauskas

Infografía
Jaime Serra

Traducción
Fernando Quincoces

Corrección de estilo textos fotógrafos
Soraya Constante

Preprensa
La Troupe

Impresión
AG Palermo

Editorial
Editorial RM

info@editorialrm.com
www.editorialrm.com

ISBN RM: 978-84-16282-84-5
DL: B 18329-2016
291

ISBN ECUADOR: 978-9942-14-832-2







Ciudades visibles

Edición de textos

BORIS MUÑOZ

Edición de imágenes

CLAUDI CARRERAS

RM



EN ESTE PROYECTO planteamos una reflexión sobre la ciudad latinoamericana desde el periodismo. Trabajamos de cerca con la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, una de las instituciones más sólidas y respetadas del continente, y con cronistas y fotógrafos de amplia trayectoria.

América Latina es la región más urbanizada del planeta. El desarrollo sustentable no es posible si es que no nos planteamos ciudades más incluyentes, si es que no mitigamos los problemas sociales, si es que no colocamos al ciudadano en el centro del debate.

Nuestro plan de ordenamiento territorial para Quito propone la construcción de una ciudad incluyente, inteligente, una ciudad de oportunidades para todos. Soñamos en una ciudad verde, una ciudad compacta con nuevas centralidades, una ciudad que ofrezca a sus ciudadanos un espacio público de gran calidad y una movilidad humana ordenada y eficiente.

Es fundamental la labor de las administraciones municipales en el futuro de América Latina, ya que en la ciudad están los problemas y las desigualdades, pero también están las soluciones y la capacidad creativa, la esperanza.

La reflexión sobre los temas urbanos es urgente y necesaria. Quito es el lugar que el mundo ha escogido para plantear la nueva agenda urbana a través de la conferencia Hábitat III. El periodismo comprometido, el periodismo que cuestiona e investiga, es una de las herramientas esenciales en la construcción de una sociedad democrática, y de ciudades más justas y habitables.

Dr. Mauricio Rodas Espinel
Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito



Imaginemos un grupo de viajeros informados, de flaneurs que recorren las ciudades de América Latina. Imaginemos los despachos que nos envían. Unos son escritores, de los más respetados, otros son famosos fotógrafos. Nos envían impresiones, algunas descarnadas, de lo que se vive, historias de muerte y desesperanza, historias de resiliencia, historias humanas. Fotógrafos y escritores trabajan independientemente y envían sus crónicas desde los lugares que están más cerca de su sensibilidad.

Es perfectamente posible imaginar una ciudad que es el prototipo de la ciudad latinoamericana, una ciudad que es la suma de todas las ciudades. Una megalópolis que no existe pero que podría existir, una ciudad cuyo rastro está en todas partes.

En este momento más de la mitad de las personas del planeta viven en ciudades, y América Latina es la región más urbanizada. El informe del Atlantic Council afirma que el 80% de la población de nuestra región vive hoy en zonas urbanas.

Hábitat III es el momento en que el mundo reflexiona sobre la ciudad y el desarrollo sostenible. Las ciudades son espacios de creación, de creatividad, de construcción de nuevos paradigmas, pero también son fábricas de inequidad, de violencia, de marginación.

Los despachos que nuestros flaneurs nos envían son necesariamente incompletos, muestran aspectos, ofrecen impresiones. La ciudad es un monstruo que no puede ser comprehendido por nadie, tiene tantas cabezas y rostros y pelos, que sólo podemos adivinar su naturaleza. Pero a partir de estas impresiones dispersas podemos imaginar el corazón potente y vibrante de América Latina. ¡Y su corazón es urbano!

La primera conclusión que se desprende de cualquier reflexión sobre la ciudad latinoamericana, es que sin considerar los aspectos sociales no puede haber desarrollo sostenible. En otras palabras, la tarea más urgente es reducir la exclusión, la inequidad, la degradación medioambiental, la desesperanza. La urbanización es una fuerza que propende al caos, a la inequidad y al deterioro ambiental.

Hemos escogido cinco temas que están presentes como hilo conductor de esta reflexión sobre la urbe latinoamericana: el género, el medio ambiente, la inclusión, la seguridad y la resiliencia.

Género es sin duda la asignatura pendiente. La violencia en contra de la mujer, su situación de marginación y desigualdad tiene que ser encarada con valentía. No hay excusas posibles para que en pleno siglo XXI aún persista la discriminación y la violencia de género.

El medio ambiente es el tema más urgente, porque engloba todos los otros temas. Una ciudad degradada, una ciudad contaminada, es una ciudad que genera violencia.

La calidad de vida de los ciudadanos está directamente vinculada al medio ambiente. ¿Es de buena calidad el agua y el aire? ¿Estamos rodeados de árboles y de lugares naturales? ¿Cómo procesamos nuestros residuos? Una planificación urbana que no mitigue los efectos catastróficos de la degradación ambiental, que no diseñe espacios públicos de calidad, está destinada a fracasar. Sin espacios compartidos de calidad la ciudad no existe, la ciudad no respira, la ciudad no camina, la ciudad no juega, la ciudad no celebra, la ciudad no se encuentra.

La inclusión es la antípoda de la exclusión, y la exclusión es la más potente fuerza de la urbanización. La exclusión no sólo es de orden económico y social, sino que también es cultural. Es la invisibilización del otro... y en América Latina "el otro" es frecuentemente la mayoría.

La seguridad es el más caro deseo, la necesidad de todos los que habitamos la ciudad latinoamericana. La inequidad y la degradación generan violencia, una violencia estructural cuyas soluciones no pasan por la implementación de un estado policial que todo lo controle y vigile, sino por la generación de procesos participativos, de espacios públicos vivos, de policías comunitarias, y, sobre todo, de mejores oportunidades para quienes no las tienen. Desafortunadamente la seguridad ocupa la mente de quienes vivimos en las ciudades, nos detiene, nos paraliza.

Y resiliencia es la capacidad que tienen los conglomerados urbanos para sobrevivir, adaptarse a los desafíos y traumas que los asedian, y sobreponerse. La primera y mayor resiliencia es la organización natural, la disposición de los sistemas humanos para funcionar en contra de todas las probabilidades, pareciéndose más y más a sus pares naturales. La resiliencia, diría, es la capacidad de los sistemas urbanos para sobreponerse a su propia degradación a través de la cohesión, de la cooperación, de la solidaridad. Resiliencia frente a la tragedia, frente al terremoto, pero también resiliencia frente a la desesperanza, frente a la violencia.

Este proyecto es una afirmación del poder que tiene el periodismo para informarnos sobre los temas esenciales de la agenda urbana, el poder del periodismo para cuestionar el poder y para sacudirnos de la desidia.

Los flaneurs de los que hablaba son periodistas, diletantes profesionales, cronistas de la palabra y de la imagen, capitaneados por el brillante escritor venezolano Boris Muñoz y por el reconocido curador catalán Claudi Carreras, y por esa potente institución que es la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).

La Secretaría de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito ha facilitado encuentros, ha construido puentes, para que desde el periodismo podamos revisitar las ciudades latinoamericanas. La ciudad nos duele hasta las entrañas pero es la matriz de la que surge nuestra extraordinaria potencia, el lugar donde radica nuestra cultura y nuestro deseo irrefrenable de vivir.

Dr. Pablo Corral Vega
Secretario de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

CIUDADES PARA CONTARLAS

FUNDACIÓN GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ PARA EL NUEVO PERIODISMO IBEROAMERICANO — FNPI

Jaime Abello Banfi, *Director General*
Ricardo Corredor, *Director Ejecutivo*

La mayoría de los latinoamericanos vivimos en una ciudad. Ese hecho es tan obvio que tendemos a olvidar sus profundas implicaciones en cada una de nuestras vidas. Somos la región más urbanizada del mundo y eso nos convierte en otro tipo de persona y de ciudadano. Así de simple y de poderoso.

El periodismo, en particular, no escapa a esa realidad. ¿Qué significa esto para el oficio, servicio e industria de informar? Quizás el impacto más evidente es que la vida urbana demanda mucha información, creciente, desenfrenada, todo el tiempo, sobre todo tipo de temas, ojalá al alcance de los dedos, por el teclado o la pantalla del celular.

Así, requerimos información sobre asuntos prácticos y cotidianos como el flujo del tráfico, la interrupción de servicios públicos, la seguridad urbana o el clima local, por mencionar algunos. También sobre asuntos más estratégicos y políticos como los planes de ordenamiento territorial, la asignación del presupuesto local, las perspectivas económicas de mi ciudad y mi región.

Los datos y el acceso a información relevante sobre las ciudades crecen de manera exponencial y ante esa avalancha la pregunta es: ¿Cuál es nuestro papel? ¿Somos sus policías de tráfico, sus mineros, sus coleccionistas, sus transformadores? ¿Qué significa hacer periodismo en una era de sobreinformación, de mareas sucesivas de enormes datos y de una ciudadanía que requiere entenderlos y hacerlos útiles para su vida diaria?

Pero no son solo los datos y sus flujos. También lo son las crónicas de la vida urbana, las historias individuales y colectivas, las narrativas micro y macro, las mitologías populares y oficiales, las estrategias de comunicación política y cultura ciudadana, los espacios a explorar por fuera de lo formal y lo legal: ese entramado complejísimo que al final va configurando las nociones de ciudad, los imaginarios que sus habitantes tienen de sí mismos, del territorio que habitan y de los territorios que habitan otros.

“Ser humano es ser urbano”, dijo en los años 90 un anónimo e irónico joven de Medellín. Quizás decirlo al contrario (ser urbano es —o debería ser— humano) sea una manera clave de entender este tema, tan importante que las Naciones Unidas lo estableció como uno de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, el número 11: “Hacer las ciudades y los asentamientos humanos inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles”.

Estos conceptos y políticas globales, entre otros, confluyen al gran encuentro urbano mundial, la tercera conferencia Hábitat en Quito, evento que se organiza cada 20 años, que se hace por primera vez en América Latina y que inspira la publicación de este libro.

La FNPI y el periodismo sobre temas urbanos

Desde hace 21 años la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) ha dedicado sus principales esfuerzos a promover el periodismo de excelencia y el tema urbano no ha escapado de nuestro alcance, desde diferentes perspectivas.

La mayoría de las 866 actividades que hemos hecho desde 1995 hasta principios de 2016, han tenido lugar en más de 60 ciudades de toda Iberoamérica, comenzando por nuestra propia sede en Cartagena de Indias, pero también en grandes capitales, incluyendo Quito, donde hemos realizado 6 talleres y seminarios, así como en ciudades intermedias y pequeñas.

García Márquez escogió a Cartagena como sede para su Fundación en parte porque es una ciudad de tamaño razonable como para salir a la calle, reportear y regresar pocas horas después al taller con material propio; una ciudad con sus problemas, temas y tensiones, pero no una megaurbe en la que transportarse fuera complicado.

Con el paso de los años hemos hecho talleres en todas las grandes capitales de América Latina. Al ser ciudades el escenario de nuestras actividades de formación, ellas se han convertido en objeto del ejercicio práctico que caracteriza nuestra metodología.

Un par de ejemplos. El programa "Nuevas Rutas del Periodismo Cultural" que hicimos en México con el apoyo de Conaculta en ciudades como Tijuana y Mérida, llevó a que los participantes hicieran trabajo práctico sobre la vida cultural de esos lugares. El proyecto "Periodismo al barrio" ha sido una oportunidad valiosa para que periodistas de toda América Latina conozcan de cerca el barrio Nelson Mandela, un sector periférico de la ciudad de Cartagena, como metáfora y laboratorio para trabajar en tantos de los sectores populares que en América Latina cohabitan con islas de desarrollo e infraestructura urbana.

Pero también hemos dedicado varios talleres y seminarios específicamente a trabajar en la cobertura de los temas urbanos, como el seminario-taller que organizamos en Río de Janeiro en 2012 en alianza con la CAF–Banco de Desarrollo de América Latina y Open Society Foundations, dedicado a la seguridad ciudadana, y el encuentro "Periodismo, resiliencia y vida urbana" que hicimos en Quito junto con la Secretaría de Cultura de Quito y la CAF en junio de 2016.

En todos los casos hemos encontrado que las ciudades representan para el periodismo un extraordinario campo de retos y oportunidades como entes dinámicos y complejos, casi como organismos vivos que están en permanente cambio y evolución.

Gabo y su ciudad

Vale la pena recordar cómo Gabriel García Márquez, creador de esta Fundación, evocó su primer encuentro con Cartagena en 1948, en V*ivir para contarla*, el primer y único volumen de sus memorias:

Habíamos llegado a la gran puerta del Reloj. Durante cien años hubo allí un puente levadizo que comunicaba la ciudad antigua con el arrabal de Getsemaní y con las densas barriadas de pobres de los manglares, pero lo alzaban desde las nueve de la noche hasta el amanecer. La población quedaba aislada no sólo del resto del mundo sino también de la historia. Se decía que los colonos españoles habían construido aquel puente por el terror de que la pobrería de los suburbios se les colara a medianoche para degollarlos dormidos. Sin embargo, algo de su gracia divina debía quedarle a la ciudad, porque me bastó con dar un paso dentro de la muralla para verla en toda su grandeza a la luz malva de las seis de la tarde, y no pude reprimir el sentimiento de haber vuelto a nacer.

Lo que ha pasado en esta ciudad en la que vivimos y trabajamos, en los casi 70 años trascurridos desde que Gabo la pisara por primera vez, es el reflejo de muchas de nuestras ciudades latinoamericanas, que crecieron en estas décadas de manera explosiva, con una planificación insuficiente, pero que hoy intentan avanzar y consolidarse, sin haber podido cerrar todavía brechas sociales y tensiones internas con siglos de historia.

Que las palabras de nuestro fundador sirvan de abrebocas a los magníficos retratos y relatos de la nueva generación de cronistas y fotógrafos que han contribuido con este libro. Ellos nos inspiran a seguir apostándole a un periodismo de calidad y comprometido con el desarrollo sostenible.

Agradecemos de manera especial a la Secretaría de Cultura de Quito, en cabeza de Pablo Corral, por permitirnos seguir abordando el tema urbano a través de este proyecto, y a CAF – Banco de Desarrollo de América Latina, por el apoyo para este proyecto en particular y por la alianza de los últimos 14 años, en los que hemos podido trabajar de manera permanente y consistente estos temas, al punto que en nuestro plan estratégico 2016-2021 el tema urbano, con todas sus complejidades, está planteado como una de nuestras prioridades temáticas.



HACER VISIBLE LA CIUDAD

Boris Muñoz

Dos meses después del terremoto del 16 de abril de 2016, que asoló Portoviejo, entre otras ciudades de la provincia de Manabí, en Ecuador, Wilden Macías abrió las puertas del nuevo Almacén Roxana's. Es una modesta réplica del original que estaba ubicado en el centro de la ciudad y fue devastado por el sismo. A Wilden no le importa que el nuevo local sea en realidad el garaje de la casa de su exsuegro. Lo que cuenta es cómo se convirtió en un sobreviviente para levantar de los escombros el comercio de Portoviejo. "Usted sabe que el manabita es bien positivo", dice Macías a la cronista María Fernanda Ampuero. "Dicen que el mejor soldado es el que se levanta muchas veces: bueno pues, nosotros nos hemos levantado muchas veces".

En uno de los barrios de San Salvador, un puñado de maestros y padres ha promovido una tregua entre las dos pandillas que gobiernan la ciudad para que los niños puedan ir a la escuela. Entretanto, en el caserío de Santa Ana, en La Habana, Yoandri Marzo se debate entre huir en una balsa a Estados Unidos o construir una casa en un manglar que las inundaciones periódicas, la destrucción del ecosistema y el cambio climático amenazan con desaparecer. En Quito, un grupo de mujeres ha decidido abrirse camino como taxistas, pese al machismo de sus clientes y los prejuicios de la sociedad. Y en Caracas un excriminal paralítico intenta sacar adelante una escuela de básquet mientras a pocos metros silban las balas homicidas de dos bandas rivales en pleno enfrentamiento.

Como recuerda Borges en alguna página de *El libro de arena*, aunque la llanura es una y la misma, no hay dos cerros iguales. Algo semejante puede decirse de las ciudades: la ciudad es una pero no hay dos ciudades iguales.

Esto es evidente en América Latina, una región con una amplia diversidad cultural y geográfica que hoy es la más urbana del mundo. Durante décadas se creyó que la urbanización avanzaría bajo el signo de la racionalidad moderna alejándonos de la barbarie como si fuera un asunto endémico del campo, la llanura y la selva. Sin embargo, no hay que mirar muy lejos para notar que no ha sido así. La urbanización ni es el fin de la barbarie ni tampoco se ha traducido en ciudades más armónicas.

El damero de la ciudad colonial y el desarrollismo, ambos paradigmas de siglos pasados, mientras las ciudades eran poco más que pueblos grandes regidos por una minoría selecta. El crecimiento poblacional y la modernización llevaron a esa misma minoría a tratar de ampliar la ciudad mediante el consumo. Esos paradigmas fundamentalmente jerárquicos vieron su mejor hora antes de la decadencia y caída de la ciudad letrada, pero no sirven para comprender la ciudad contemporánea, una que

está conectada económica e informativamente a la globalización. Este hecho ha permitido el reconocimiento forzado de las idealizaciones pasadas, lo que visto desde un ángulo positivo ha permitido comprender problemas centrales anteriormente velados por el clasismo, la inmovilidad social y las pretensiones cosmopolitas de uso exclusivo de las élites: América Latina no es solo la región más urbana del planeta, sino también la más desigual.

La desigualdad tiene tantas consecuencias como ramificaciones, muchas de las cuales se convierten en problemas endémicos aparentemente insolubles a largo plazo. Hoy tenemos en América Latina algunas ciudades marcadas por décadas de decaimiento y violencia, otras enfrentando el impulso de una modernización acelerada, otras padeciendo el impacto de una bonanza súbita pero destructiva, del deterioro ambiental, la pobre planificación, las oleadas migratorias sin control o la conmoción de las fuerzas de la naturaleza.

Al volverse progresivamente complejas las ciudades y al reducirse la capacidad de amortiguación de las instituciones para atender los distintos aspectos de esa complejidad, ciertas formas de reacción se vuelven más comunes o inevitables: el crimen, la informalidad, la marginalización, el autoritarismo, las conductas atávicas. El aspecto más perturbador de estas reacciones no es solo que hacen dudar de la tenaz capacidad de resistencia de los habitantes de la ciudad para hacerles frente. Hay uno más grave: invisibilizan el potencial de lo urbano, socavan la idea de la ciudad como el espacio de convergencia de las oportunidades individuales y el bienestar general.

¿Qué son las ciudades?

Es comprensible que las ciudades latinoamericanas sean percibidas a través de sus reflejos negativos, del aura oscura que las acompaña, identificadas como sinónimo de caos. Pero esa no es toda la historia. En las últimas dos décadas también hemos visto historias de renacimiento urbano que pueden ser calificadas de milagrosas como la de Medellín rescatada del abismo del terrorismo. O de ciudades que viven actualmente uno de sus mejores momentos. Estos ejemplos ilustran algo más o menos intuido: la ciudad es demasiado compleja, demasiado variada para dejarse reducir a un modelo formal o a un solo discurso, sea apocalíptico o utópico. Incluso en la linealidad del progreso aparece una sorprendente superposición de capas de tiempo. Algunas de ellas radicales. Son precisamente las asincronías que se oponen al proceso de modernización. Para decirlo con un término de Enzensberger, la ciudad es el espacio idóneo para presenciar el zigzag de la historia.

Y esta tensión suele estar muy lejos de las miradas de quienes formulan las políticas urbanas.

La ciudad es también la manifestación de un anhelo. De ahí que las ciudades sigan siendo un imán para vastas capas de migrantes. En ellas siguen concentrándose las oportunidades de crecimiento personal y las sensaciones de pertenecer a la contemporaneidad. Lewis Mumford, uno de los mayores críticos urbanos del siglo xx, en

su famoso ensayo *¿Qué es una ciudad?*, observó que la ciudad es "un plexo geográfico, una organización económica, un teatro de la acción social y un símbolo de unidad colectiva". Mumford relacionó este conjunto de elementos argumentando que su interacción creaba un "drama urbano" y ese drama —entendido como odisea personal y colectiva— es lo que hace de las ciudades un centro de atracción para la mayoría de los seres humanos.

En la misma lógica, si la ciudad es la expresión de los sueños y deseos profundos de individuos y comunidades, lograr ser ciudadanos es entonces una tarea, una creación. El geógrafo David Harvey lo dice en estos términos: "[E]l derecho a rehacernos a nosotros mismos creando un entorno urbano cualitativamente diferente es el más preciado de todos los derechos humanos".

Actos de resiliencia

Esta idea puede proyectarse para ayudarnos a darle sentido a nuestro presente. Los habitantes de la ciudad siguen buscando en ella el sentido a la odisea de sus vidas porque ella sigue ofreciendo la posibilidad de afirmación del individuo en (y frente a) la multitud. La búsqueda de esa individualidad en el conjunto tiene mil y una facetas, pero en muchos casos se expresa a través de actos de resistencia a las dinámicas que los sobrepasan como personas y en las que a primera vista tienen —o creen tener— nula o muy poca influencia. Aun así estos odiseos urbanos persisten en sus búsquedas: unas veces de modo solitario y otras mediante alianzas que los ayudan a vérselas con retos, tareas y prejuicios de una dimensión que puede calificarse de brutal, monstruosa y titánica.

Las odiseas individuales y colectivas que acontecen en el espacio de la ciudad latinoamericana de principios del siglo XXI son el hilo conductor de *Ciudades visibles*.

Los viajeros de este libro se llaman cronistas. No recorren las ciudades como escenario, sino como el medio para llegar a historias que de otro modo permanecerían invisibles. Su labor es descubrir la ciudad que viven sus habitantes más allá del relato público u oficial. Su investigación —llamada reportería— está definida por la conciencia de que la ciudad que van a contar es un palimpsesto. Pueden ayudar a expresar la frustración, la rabia y los sueños de personas y comunidades que son víctimas de diversas situaciones, pero al mismo tiempo saben que no son los portavoces de una verdad última sobre lo visto, como lo fueron sus predecesores, los cronistas de Indias. Son, en el mejor de los casos, viajeros heterodoxos.

Las historias que esas ciudades contienen están a veces afuera, a cielo abierto. Por ejemplo, en el ámbito de la calle, que suele ser el de la violencia de bandas criminales, como es el caso de la guerra entre las pandillas Mara Salvatrucha 13 y Barrio 18. La expresión espacial de este conflicto es una aparentemente inflexible demarcación territorial que impide a los habitantes de las zonas dominadas por una pandilla cruzar al territorio de la otra. A veces los habitantes de uno y otro cruzan una línea invisible sin advertir que han traspasado una frontera literalmente mortal. Para contar esta situación, Carlos Martínez, a.k.a. el rapsoda apocalíptico, se convierte en un notario de

las expresiones sociales de la disputa, como por ejemplo la desaparición del funesto número 13 en los equipos de futbol salvadoreños. Cada barrio del San Salvador de sus andanzas, e incluso determinados sectores dentro de un mismo barrio, puede ser el campo de batalla de estas rivalidades. Guiado por los propios pandilleros, el rapsoda apocalíptico da cuenta de la estricta división de los dominios de cada pandilla mediante una línea verde. Sin embargo, su mayor hallazgo está en darse cuenta del esfuerzo de los ciudadanos para trascender las absurdas pero letales barreras que este damero hecho de letras y números de la Mara Salvatrucha y la Barrio 18 impone sobre sus vidas cotidianas y la educación de sus hijos. A veces los actos aparentemente absurdos, como buscar una tregua entre enemigos jurados, son los que más ayudan a mantener la esperanza.

En un extremo opuesto, si cabe decirlo, Mário Magalhães, rastrea el lento fluir de las migraciones urbanas y la creación de una comunidad a través de las voces de los habitantes de la Villa Autódromo de Río de Janeiro. En sus visitas a la Villa Autódromo, el viajero se topa con la resistencia que un grupo de moradores le ha puesto a las cuadrillas de demolición de las casas que ellos han levantado ladrillo a ladrillo con el trabajo de años. Se oponen a que las orugas de los tractores que traen la modernización urbana forzada por los Juegos Olímpicos Río 2016 no solo arrasen sus casas, sino su memoria y sus vidas. Al contar las historias de Heloisa Helena Costa y Maria da Penha, Magalhães explica el determinismo geográfico de una ciudad dividida en zonas de privilegio y zonas de exclusión, e incluso se remonta a la centenaria historia de la formación de las célebres favelas asentadas en los morros, donde los veteranos de la guerra de Canudos hicieron los primeros ranchos. A través de la lucha de los habitantes de Villa Autódromo por no dejarse desarraigar una vez más, no dejarse arrollar una vez más, discurre la larga historia de quienes en Río de Janeiro han tenido que enfrentar fuerzas que los superan… y a veces logran ganar. “¡Construí mi casa para vivir en ella, no para negociar!”, dice Penha. La indomable fertilidad de la tierra, que sigue ofreciendo frutos y flores pese a los embates de las máquinas de demolición, sirve también como alegoría de la perseverancia humana.

Sin embargo, la resiliencia, la capacidad de salirle adelante al trauma o a las injusticias estructurales de una sociedad, no siempre tiene características colectivas o épicas. Los caminos que escoge la resiliencia son extraños, pero está en el cronista saberlos rastrear. Si hurgamos bien encontraremos resistencias que empujan enormes cambios sociales de manera aparentemente discreta y silenciosa. Marcela Ribadeneira ha sabido encontrar esos pequeños actos de resistencia en un pequeño grupo de mujeres taxistas que, sin banderas ni slogans, pugnan por abrirse paso en un mundo hasta hace nada exclusivamente masculino. Su crónica expresa un esfuerzo por leer la ciudad que se va mostrando en cada semáforo y en las historias y prejuicios de cada cliente. La experiencia del trabajo, la rutina, la esperanza, el convencionalismo y el acoso sexual se condensan en los relatos de este puñado de taxistas mujeres siempre en movimiento pero no siempre dadas a hablar. El recorrido por Quito visto desde la mirada femenina es una invitación a que los quiteños abran los ojos y abandonen el conservadurismo y las actitudes atávicas.

Pero el exterior puede ser el lugar de una transparencia engañosa. Sus escenas y atmósferas, sus situaciones evidentes, actúan como un velo que oculta la historia tal como la experimentan sus protagonistas.

En el pequeño pueblo de Nazareth, en la provincia de Bagua, en el Norte del Perú, una comunidad de indígenas amazónicos awajún se ve convertida de pronto en el epicentro de una absurda fiebre petrolera. Pero no porque se haya descubierto un importante yacimiento del hidrocarburo en sus tierras. La súbita prosperidad viene de los exorbitantes pagos que la petrolera estatal ofrece a algunos indígenas, muchos de ellos niños, por recoger el derrame de un viejo oleoducto incrustado en la selva como una serpiente metálica. Algunos miembros de la comunidad comienzan a hacer dinero como nunca en su vida, se levantan nuevas casas y se abren comercios. Pero el olor del excremento del diablo anuncia que la peste negra ha contaminado el río y las tierras que representan el sustento de la comunidad. Aunque los "habladores" amazónicos son la referencia de un pasado remoto o legendario, Joseph Zárate, el cronista amazónico, va hasta esa pequeña ciudad para escuchar las historias de sus pobladores —su aventura social— y conectarlas con la modernidad que vive una capital de 10 millones de habitantes como Lima.

Otro caso ejemplar del fenómeno de la falsa transparencia se encuentra en la crónica de Leo Felipe Campos sobre Caracas. Miguelón, el protagonista de su crónica, es uno de los personajes más característicos de una de las ciudades más violentas del mundo. A los 12 años su padre le encargó conseguirle una pistola. Luego ultimó con ella a su amante y terminó metiéndose un tiro. No es excepcional que a los 17 ya Miguelón anduviese armado, metido a ladrón e involucrado en mortales rencillas entre bandas de jóvenes criminales, ni que a los 20 y tantos cargara siete plomos en el cuerpo, uno de los cuales lo dejó para siempre confinado en una silla de ruedas. Las marcas de los disparos que se mencionan en el título son las huellas que va dejando a su paso la violencia social y criminal, tanto en las estrechas y empinadas calles de los barrios como en los espacios más amplios de la ciudad. Pero demostrando una vez más que el mapa no es el territorio, las huellas también implican su opuesto: el esfuerzo por salir de la violencia y salvar a otros cuando ya no se puede salvar a uno mismo. Desde la cancha de básquet donde oficia como entrenador y mentor, se divisa la ciudad de la modernidad petrolera fracasada, con sus frenéticas autopistas siempre congestionadas, sus rascacielos en ruinas y su majestuosa montaña, como templo mayor al que todos los caraqueños rinden devoción. Allí, lejos —y a la vez muy cerca— de las fiestas y las armas que le daban poder, Miguelón cuenta su historia explicándose pero sin justificarse ni pedir perdón. Su historia traza la parábola del perpetrador convertido en víctima, una parábola cuya moraleja no alude solamente a la vida del personaje, sino que también incluye a la ciudad entera.

La aventura social

La crónica es una forma de recrear una experiencia, no se trata solo de *contar* anécdotas, procesar información o datos. Tal ha sido y es su aspecto distintivo. Por eso los

cronistas van en busca no solo de los hechos, sino del boca en boca que es la fuente para saber cómo se vivieron esos hechos. A diferencia de los juglares medievales y de los habladores tribales, los cronistas suelen ser criaturas urbanas y, de preferencia, anclados en ciudades grandes. Y todo esto lleva a una pregunta: ¿Existe realmente alguna experiencia común a todos los habitantes de una ciudad? La respuesta no por artificiosa es menos verdadera: el aire que respiramos.

Respirar un mismo aire puede ser una proposición peligrosa en Ciudad de México, donde los niveles de toxicidad han obligado a numerosas emergencias ambientales. Pero, ¿qué es el aire, cómo se compone y qué efectos tiene sobre el organismo cuando no es suficientemente saludable? Y más aún: ¿es posible cronicar una ciudad a través de algo que no podemos tocar ni ver, pero sin lo cual tampoco podemos vivir, aunque no pensemos en ello? Estas preguntas subyacen en *Instrucciones para respirar en la Ciudad de México*, la crónica de Alejandra Sánchez Inzunza. En su anatomía del aire de la ciudad, la cronista va juntando datos: los seres humanos respiramos 21.000 veces al día, el aire de Ciudad de México no solo se compone de oxígeno, nitrógeno y argón —sin forma definida— sino también de partículas de dióxido de azufre, plomo y monóxido de carbono que van alojándose con cada inhalación en el hígado, el corazón, los riñones y el cerebro. El aire que se respira en la Ciudad de México es literalmente ponzoñoso y solo en 2015 ocasionó al menos 1800 muertes y 4500 hospitalizaciones. Estos datos deberían incitar a una rebelión contra los vehículos automotores y el combustible fósil. Esa rebelión ocurre pero a retazos, aisladamente, lo que la hace prácticamente invisible como el aire mismo. Algunas de estas resistencias tienen formas disparatadas, como las de los ciclistas que fingen morir por un ataque de contaminación, y otras realmente temerarias, como las de los corredores que entrenan al "aire libre", a sabiendas de que el plomo se incrusta en sus alveolos. Al describir la situación del aire, Sánchez Insunza da noticias terribles como que la ciudad ya no es solo una de las más populosas del mundo, sino de las que también tiene más carros. Por ejemplo, estacionar en fila los carros de la zona de Central Abastos tomaría un área equivalente a 700 campos de futbol. Se podrían escribir tesis sobre los efectos de la magnificación viciosa de los carros y los combustibles fósiles. Otro ejemplo: los pájaros se desploman en el aire. Muertos. Estos datos pueden parecernos hiperbólicos, pero se ciñen estrictamente a estudios, realidades y estadísticas. Son la manifestación de una toma de conciencia que, cosa no tan extraña, comienza con el intento de un poeta —Homero Aridjis— de proteger a la gente de la condena a muerte (lenta) dictada por el aire.

Los cronistas que deambulan por estas páginas también viajan a ciudades medianas como Medellín, pequeñas o incluso minúsculas como Nazareth o muy apartadas y casi inaccesibles como Coyhaique, y ese es uno de los aspectos que brinda a este libro un interés particular. La geografía también cuenta una historia. Las historias que surgen en las laderas de una montaña no son iguales a las que ocurren en la selva o cerca de la Antártida, aun cuando estén arropadas por violencia y prejuicios similares.

En Medellín, ciudad marcada por las guerras de narcos, ejércitos y paramilitares, de los 7 millones de desplazados creados por décadas de guerra civil y otros conflictos,

muchos fueron a parar a las laderas de sus cerros. Ahí levantaron ranchos que luego fueron comunas. Pero otras veces iniciaron una lucha por salir de la pobreza con lo poco que les había dejado la guerra: su conocimiento de cómo trabajar la tierra. Es el caso de *Las huerteras de Medellín*. Su historia es la de esas luchas silenciosas que solo son notadas después de mucho tiempo cuando una cronista como Patricia Nieto se ha tomado el trabajo de hilar o deshilar a partir de la madeja que forman los testimonios de Rosalba, Isela, Silvia, Luz, Gloria y Berta. Ellas llegaron a Medellín y fueron a parar a un lote de tierra aledaño a Pinares de Oriente. Allí sumaron sus conocimientos de cultivo para hacer fértil una tierra rocosa, un erial de rastrojos, y crear huertas pobladas hoy por casi 20 mil matas de café, 7 mil de yuca y 200 árboles frutales. Pero la crónica de Nieto no es la narración de la persecución, del hambre, del trabajo y de la voluntad que empujó a un puñado de mujeres hartas de solo alimentarse con agua hervida con sal y cebollas a convertirse en agricultoras urbanas. La acción colectiva de las huerteras de Medellín es una de esas odiseas anónimas que se viven en una ciudad y un país históricamente marcados por la exclusión. Hacer visible este costado de la vida urbana es también recapitular la pérdida de la inocencia, la familia y el terruño. El horror, el horror. Esa violencia múltiple es una pesadilla circular de la que no se está a salvo ni siquiera en la ciudad. Pero la tierra es también el espacio donde pueden hasta algún punto sanar los traumas del pasado.

En Coyhaique, en el extremo austral de la Patagonia chilena, una de las ciudades más australes del hemisferio, la violencia y el trauma no son el punto de llegada, sino el de partida. En un sentido estricto, Cristian Alarcón reconstruye como un detective el caso de Nabila Nahuelcar, un feminicidio en el que la víctima por obra de un milagro logra escapar de la muerte. Pero este es un caso peculiar: el cronista-detective no tiene que encontrar a un asesino, porque este ha sido identificado. Se trata de Mauricio Ortega y está ya tras las rejas. Alarcón intenta entender las razones que impulsaron su atroz crimen y para ello reconstruye la escena del crimen y las horas preliminares a él. Nos trasladamos a la sala de la casa de Nabila. La vemos beber con amigos y escuchar una música que la aburre. Nabila y su marido se hunden en una noche de borrachera que culmina en una acalorada pelea y, luego, en el intento de asesinato. Ahora bien, lo que está detrás de ese asesinato inconcluso es precisamente la ciudad. Pequeña pero asediada por los problemas de cualquier megalópolis tercermundista: desigualdad, pobreza, machismo, contaminación, prostitución. El índice de abuso sexual duplica al del resto de Chile y la violencia intrafamiliar es el pan de cada día. Por momentos, el lector puede sentir que ha llegado a una colonia maldita en el último confín de la civilización. El *tedium vitae* es ubicuo y tangible. El aire está envenenado por el humo del carbón que los habitantes usan para calentarse. Cuando todo se mezcla, Coyhaique se convierte en una olla de presión que a veces estalla con pavorosa truculencia, cosa que sucede con frecuencia. Cristian Alarcón logra que veamos Coyhaique como si fuera una pecera iluminada por un reflector diagonal. Los personajes se mueven de un lado al otro proyectando sus largas sombras monstruosas sobre el espacio. Y, por otro lado, también muestra a quienes luchan contra esas sombras.

El derecho de ciudad

Volviendo al principio, en otras páginas, Borges recuerda que “las proezas más claras pierden lustre si no se las amoneda en palabras”, [porque] “las palabras son símbolos de una memoria compartida”. Cuando María Fernanda Ampuero viaja a Manabí encuentra que lo que fue su realidad de infancia es ahora una vasija rota y que solo el testimonio de aquellos a quienes también se les ha roto todo pueden restituir la forma de esa vasija que contiene la memoria. Portoviejo respira de nuevo en las voces de sus sobrevivientes y esa respiración es tanto la proeza del resurgimiento como una recreación material y simbólica de la ciudad. De la misma manera, los estragos que puede causar el cambio climático en La Habana narrada por Carlos Manuel Álvarez ayudan a hacer comprensible el frágil tejido social y la precariedad de sus habitantes. El dilema de estos no es huir o no del clima, sino enfrentar el clima o la falta de alternativas y la frustrante cotidianidad de la urbe.

En el último capítulo de *Ciudades invisibles*, el narrador cuenta que el Atlas de Kublai Khan contiene mapas de tierras visitadas en el pensamiento, pero aún no descubiertas o fundadas. El emperador tártaro se queja de que la última ciudad, la ciudad futuro, solo puede ser un infierno que encerrará a sus habitantes en círculos concéntricos. Marco Polo, al fin y al cabo un cronista viajero, le recuerda al gran Khan que el infierno no es un lugar en el futuro, sino en el presente, y que la mejor forma de escapar de él es reconocer todo aquello que no es infierno para hacerlo durar y darle un espacio.

En línea con Calvino, el geógrafo David Harvey también recuerda que la ciudad nunca ha sido un lugar armónico, libre de conflictos, confusión y violencia. “[L]as caóticas formas de la urbanización a lo largo y ancho del mundo han hecho difícil poder reflexionar sobre la naturaleza de esta tarea. Hemos sido hechos y rehechos sin saber exactamente por qué, cómo, hacia dónde y con qué finalidad. ¿Cómo podemos, pues, ejercer mejor el derecho a la ciudad?”

Cerrar este prólogo con una pregunta que dispara tantas otras puede parecer una provocación. Pero lo cierto es que muchas ciudades latinoamericanas hoy en día tienen el reto de garantizar el derecho de ciudad a sus ciudadanos. En este caso, la intención de la pregunta es recordar que no es posible ganar ese derecho sin antes reflexionar sobre la misma ciudad que habitamos y nos habita: una reflexión que requiere hacerla visible, e invita a conocerla. No ha sido otra la misión compartida por los cronistas viajeros de este libro.

IMAGINAR LAS CIUDADES

Claudi Carreras, *editor de las crónicas visuales*

En estas páginas los cronistas, historiadores de lo cotidiano, construyen sus narraciones con herramientas textuales y visuales: creando imaginarios nacidos de los contextos contemporáneos que recorren la ciudad latinoamericana. Perspectivas directas que nos sumergen y emergen de una realidad a otra.

Imagen y texto han ido de la mano en todo tipo de medios de comunicación. Pareja de larga duración, podríamos decir incluso estable, texto e imagen siguen trabajando en un vínculo inseparable que normalmente ha estado regido por una jerarquía inamovible, en la que la fotografía se utiliza a modo de ilustración del texto, o sea, como mecanismo de verificación del mismo.

En *Ciudades visibles* hemos otorgado a la crónica periodística y al dosier visual la misma jerarquía narrativa, sin supeditar una a la otra, consiguiendo dinámicas independientes aunque complementarias. Aquí, palabra y fotografía consiguen diversificar los significados de la crónica, proponiendo y generando nuevas perspectivas, nuevos imaginarios.

Los autores incluidos en este proyecto no han trabajado de la mano, tampoco han recorrido los mismos lugares, ni transitado idénticas temáticas. Los cronistas narrativos han escrito sus textos a raíz de la invitación de *Ciudades visibles*, los cronistas visuales han sido invitados a sumar a este proyecto editorial ensayos ya trabajados. Las crónicas fotográficas han sido seleccionadas y editadas en la presente publicación por tener temáticas afines a los temas del proyecto, por su capacidad para despertar realidades y crearlas de nuevo en esta narración visual que nos habla de: inclusión, género, medio ambiente, equidad y resiliencia; conceptos también que rigen los planteamientos discursivos de Hábitat III, detonante de esta propuesta editorial.

La edición fotográfica que presentamos también ha tenido en cuenta mostrar diferentes mecanismos de narrativa visual. Los autores construyen su crónica de imágenes desde estilos diferenciados, es decir, diferentes formas de contar desde la imagen.

La era de la visualidad nos ha traído también masificación y saturación. Voracidad icónica.

Cada vez es más difícil retener imágenes, detenernos a reflexionar con y desde la fotografía. Conscientes de ello, hemos querido presentar veintiuna crónicas distintas que sumen, de manera exponencial, en la construcción de la visibilidad de la urbe latinoamericana. Once de estas crónicas se leerán desde el lenguaje de la imagen, una de ellas desde el lenguaje infográfico; las diez restantes se decodificarán desde el lenguaje de la palabra.

El reto de cuestionar los estereotipos y explicar otras realidades no es nada sencillo para los narradores fotográficos en América Latina. Los paradigmas que pesan sobre la región y las temáticas mayoritariamente publicadas por medios, tanto nacionales como internacionales, inciden casi siempre sobre las mismas situaciones. La consecuencia de ello es una generación de imaginarios fragmentados que continúan perpetuando clichés.

Es por ello que las narrativas visuales contemporáneas deben ser cada vez más sofisticadas, construirse a partir de distintos niveles de abstracción, sumando así más capas de información en una misma imagen.

Los autores editados en *Ciudades visibles* trabajan desde hace tiempo con las realidades que retratan. En sus trabajos buscan despertar en el espectador más interrogantes que respuestas frente a las temáticas tratadas. Y cada uno de ellos lo hace explorando sus propios mecanismos de creación para abrir nuevos canales y conseguir ser más eficaces en su comunicación con el lector.

Claudia Jaguaribe desde Brasil desarrolla su proyecto en dos de las principales ciudades del país: São Paulo y Río de Janeiro. En su trabajo creativo, Jaguaribe reconstruye digitalmente perspectivas imposibles de estas dos grandes urbes, multiplicando en el espectador el crecimiento exponencial de dichas megalópolis. A partir de infinidad de tomas aéreas la autora dimensiona una problemática real y común de las grandes ciudades de América Latina. ¿Cómo dar cabida a tanta gente de orígenes tan dispares y realidades tan diversas en esa misma unidad que sigue llevando el nombre de ciudad?

Maya Goded presenta una serie de imágenes de varios proyectos en los que lleva trabajando desde que empezó su creación fotográfica. Bajo el título “La última Cenicienta” esta fotógrafa mexicana nos presenta un recorrido con aspectos icónicos y representativos de la feminidad en su país. El trabajo es resultado de varios años. Mito y expectativas se confunden en estas imágenes que retratan el relato cotidiano de un estereotipo de género en la gran ciudad latinoamericana.

Rodrigo Abd, argentino residente en Perú y uno de los fotoperiodistas de mayor trayectoria de América Latina, presenta en esta edición una serie sobre el asentamiento de ciudades ilegales en Madre de Dios, Perú. Este tipo de asentamientos ilegales se están reproduciendo en muchos países del continente latinoamericano. La gente sale de las grandes ciudades en busca de un futuro mejor y allá donde lo encuentra intenta su hogar, aunque este deba instalarse en medio de una mina.

Oscar B. Castillo desde su Venezuela natal retrata —en alto contraste— la tensión social que viene azotando a su país en los últimos años. Los barrios, el centro, toda la ciudad está afectada por una nube de inquietud que ancla al país en un mar de truncadas expectativas. No hay ninguna certeza en el trabajo de Castillo, más allá de que las cosas ya no pueden seguir como están.

La fotógrafa española radicada en Río de Janeiro, Cristina de Middel, aborda temáticas de género narrando desde el otro lado de la historia. De Middel colocó anuncios en la sección de contactos de medios locales solicitando clientes de prostitutas para modelar para su proyecto fotográfico previo pago. En los moteles de paso la autora

retrató a estos clientes habituales de la prostitución femenina emulando la atmosfera de sus furtivos encuentros.

Si bien la mayoría de las crónicas visuales son fotográficas, el español Jaime Serra desarrolla desde la infografía el particular mapa de un ciudadano en su ciudad. Las zonas por las que habitualmente transita. Las ciudades son construcciones inalcanzables, ni los propios ciudadanos son capaces de dimensionarlas en su totalidad.

En su proyecto "Adrift in blue", el argentino Nicolás Janowski, posiblemente el autor más experimental de esta recopilación, aborda las condiciones de vida que tienen los ciudadanos en los Mares del Sur. Desde Ushuaia, Janowski retrata sensaciones y estados mentales que investigan y cuestionan la vida en los límites, bajo condiciones climáticas y de aislamiento extremas. Sus fotografías relatan y al mismo tiempo evocan una narración que aun siendo contemporánea resulta, a su vez, atemporal.

En un tono completamente diferente, Isadora Romero y Misha Vallejo, autores ecuatorianos residentes en Quito, fotografían con una cámara polaroid el momento después de la tragedia sísmica que azotó la costa ecuatoriana en abril de 2016. Más de 600 personas perdieron la vida. Y miles sus hogares y pertenencias en tan solo 45 segundos. En esta serie, denominada por sus autores "De puño y letra", los costeños escriben directamente sobre las imágenes sus sensaciones después del terremoto.

Adriana Zehbrauskas, fotógrafa brasileña radicada en la Ciudad de México, presenta un trabajo sobre los 43 de Ayotzinapa. Las imágenes seleccionadas para esta edición forman parte de tres proyectos realizados con un i-phone. El primero rescata escenas cotidianas de familias de los 43 desaparecidos en Ayotzinapa en 2014, en un intento de recuperación de lo cotidiano. Al percibir que muchas de la familias de los chicos no tenían ningún retrato de los desaparecidos, Zehbrauskas retoma el género fotografiando a los sobrevivientes. Finalmente, en un lenguaje pensado para Instagram y redes sociales, la autora fotografía en color detalles de los pueblos de la región. La suma de los tres proyectos nos sumerge en el universo de los 43.

La edición del fotógrafo colombiano Federico Rios está centrada en la Comuna 13 de Medellín, ciudad en la que reside. Un proyecto en el que el autor lleva trabajando más de cinco años. La delgada línea que sostiene la convivencia en estas comunas y la presión de las fuerzas de seguridad son los protagonistas de las escenas de Rios. Imágenes que aunque circunscritas a la cambiante Medellín, evocan una problemática de la periferia de muchas ciudades latinoamericanas.

Finalmente, Darío Cortés fotografía la Cuba de hoy y los cambios que se están produciendo en el país. Con la seguridad de que las cosas ya no van a continuar siendo como eran y con todas las incertidumbres que pesan sobre la isla, el autor rescata escenas cotidianas de La Habana actual, una ciudad que como el resto del país vive inmersa en un profundo sistema de transformación que fluye lentamente por sus calles y sus gentes.

Todos estos proyectos visuales dialogan con los textos de los cronistas en una misma dimensión aun contándonos historias independientes entre sí. Aquí la imagen no ilustra el texto, habla con voz propia y autoral visibilizando otros ángulos de la ciudad latinoamericana.



MARCELA RIBADENEIRA

Cómo dejar de ser invisible a plena vista

“La avenida La Gasca es una lengua empinada de asfalto que parece terminar en el Rucu Pichincha —el pedazo filoso de cordillera que flanquea a Quito por el Occidente.”

El hombre viste un uniforme militar. Está parado en la vereda de la Avenida 6 de Diciembre, a pocos metros del Agrupamiento de Comunicaciones y Guerra Electrónica del Ejército Ecuatoriano. Un muro de bloques de hormigón pintado de blanco rodea al recinto. En el palimpsesto de graffiti que se forma sobre los bloques se ve un pene y varias esvásticas. El hombre extiende su brazo con el pulgar levantado cuando divisa que un taxi amarillo se aproxima. Las nubes cubren las montañas del noroccidente de la ciudad, pero el sol del mediodía cae perpendicular sobre su gorra de camuflaje. Escapando de sus rayos, el hombre apresura el paso y entra por la puerta de pasajeros al vehículo cuando este se detiene junto a la vereda.

—¡Chuta! —exclama cuando repara en el cabello largo y en el *blazer* entallado de la conductora—. Ya le hice parar... Ahora me toca ir. A la Prensa, por favor.

—¿Por qué le *toca*? —pregunta ella, sabiendo perfectamente el motivo.

—Verá... Yo nunca me subo en un carro que conduce una mujer —le dice el hombre y se seca el sudor de la frente con la manga del uniforme—. Yo desconfío de la mujer que conduce.

La taxista ha oído a muchos de sus pasajeros decir cosas similares. Ya no se lo toma a mal, sabe que también hay personas que prefieren que su conductor sea mujer. Si al día pierde una carrera por su género, ese mismo día gana otra por la misma razón. "Vamos con la señora, ella nos está representando en el volante a las mujeres" y "Aquí, entre mujercitas, estamos más seguras", son algunas de las cosas que le han dicho.

—¿Y su esposa le hizo algo para que desconfíe así de las mujeres? —pregunta ella y se prepara para arrancar el vehículo.

—¡No, no, no! Sino que no conducen bien —responde él, como revelando una verdad obvia y universal.

Quito está en los Andes, a 2.800 m sobre el nivel del mar. Sus casas y

calles trepan hasta las laderas de la hoya que la contiene. En esa faja urbana de aproximadamente 50 km de longitud y ocho de ancho hay cerca de dos millones y medio de habitantes y 450.000 vehículos, casi uno por cada cuatro habitantes.

Martha Calahorrano, la mujer que llevó al militar al que no le gusta cómo conducen las mujeres, maneja, desde hace tres años, uno de los cerca de 15.000 taxis que operan legalmente en la ciudad (según cifras de la Agencia Metropolitana de Tránsito). La compañía a la que ella pertenece tiene 80 accionistas. Tres, incluyéndola, son mujeres. Todas prefieren "martillar" en la noche. Martha lo hace desde las 19:00 hasta las 24:00 y le gusta moverse por el norte de la ciudad. Ahora se dirige a uno de los puntos calientes para recoger pasajeros. Antes de presionar el acelerador con la punta de su zapato tipo *ballerina*, mira por el retrovisor y chequea los espejos laterales.

Da retro y saca a su Chevrolet Aveo del parqueadero del Centro Comercial Aeropuerto. Le entrega unas monedas al guardia. Él la despide con un "gracias, niña". Martha tiene 56 años y es abuela. Viste pantalones *stretch* blancos y una blusa de tela ligera. Está acostumbrada a que guardias, policías metropolitanos, pasajeros y otros taxistas le digan "princesa", "reina", "mamita" y "mija". También le dicen "señora", pero suelen ser mujeres y hombres jóvenes quienes usan ese término. "De retorno, central", le susurra a su radio Motorola.

El Centro Comercial Aeropuerto está coronado por un letrero de neón rojo —"Supermaxi"— y se encuentra frente al antiguo aeropuerto de Quito, al que cada media hora —y hasta medianoche— llegan busetas con pasajeros desde el nuevo aeropuerto de Tababela, ubicado a unos 30 minutos de viaje por carretera. El taxi de Martha no es el único que espera afuera del estacionamiento del lugar. Hay tres vehículos adelante suyo.

Los choferes han abandonado sus asientos y, apoyados en los capós, observan si algún nuevo transporte llega. Todos quieren empacar en sus taxis a las familias que vuelven de Miami cargadas de bolsas del Duty Free y que probablemente van a la González Suárez, al Quito Tenis, a Bellavista o a otros barrios bien iluminados, con edificios inteligentes y camellones cargados de árboles y césped, donde los perros de la zona hacen sus necesidades. También son abordados con entusiasmo los turistas extranjeros —que usualmente llegan en camiseta de manga corta y sandalias— buscando llegar a los hoteles del Centro Histórico, a más de cinco dólares de distancia-taxímetro.

Mientras Martha busca posibles pasajeros, dos ráfagas de fuegos artificiales, una verde y otra blanca, revientan en el cielo. No es algo inusual en Quito. Un equipo local gana un encuentro de fútbol, estallido. Fiestas de alguna institución pública o partido político, estallido. Feriados varios, estallido. Una mujer de pelo corto y bufanda se acerca al auto. Lleva un bolso de mano y luce cansada. Cuando entra al asiento de pasajeros se escucha el tintineo ahogado de las monedas que aprieta en las manos.

—A los conjuntos San Felipe, por favor.

A veces, el aire entre la cabina del conductor y el asiento de pasajeros se espesa y solo permite un intercambio básico de información. Esta es una de esas veces. Al menos, hasta unas pocas cuadras antes de llegar a su destino, cuando la mujer despega la nuca del asiento y rompe su mutismo.

—¿Usted trabaja las noches? —le pregunta a Martha.

—Sí.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las doce.

—Umm... me parece más peligroso por la noche.

La mujer vuelve a pegar la nuca al asiento y solo se incorpora cuando el taxi se detiene frente a un conjunto residencial de ladrillo visto y muy iluminado por fuera.

—Servida, señorita —le dice Martha antes de recomendarle que abra la puerta con cuidado.

Desde que arrancó la Regularización del Servicio de Taxi en el 2011, las mujeres taxistas dejaron de ser avistamientos anecdóticos y se convirtieron en una minoría ya visible. Sin embargo, su género aún causa sorpresa en muchos pasajeros.

La Ordenanza Municipal 0047, emitida durante ese proceso, demandaba que las operadoras creadas durante la regularización incluyeran un mínimo del 5% de mujeres, como conductoras y socias o accionistas. Las que existían antes no debían cumplir este requisito para obtener su permiso de operación.

De vuelta en el antiguo aeropuerto, Martha revisa su celular. Tiene como protector de pantalla una foto de su nieta de cuatro meses. Por las mañanas cuida de su madre de 102 años y cocina para sus dos hijos menores, de 18 y 20 años (tiene dos más, ambos casados). Su rutina es así desde que se separó de su esposo hace tres años. Explica que a pesar del maltrato psicológico, físico y verbal que recibió durante su matrimonio, le tomó mucho tiempo

llegar a esa decisión. De hecho, el taxi que maneja fue comprado con un préstamo que ella pidió para que su esposo emprendiera un negocio propio. Pero él nunca lo usó.

Afuera hace frío y una nueva tanda de buses provenientes de Tababela está llegando. Martha saca la cabeza por la ventana: "Pssst... ¿taxi?". Está en una zona que ella no considera peligrosa. No necesita colocar los seguros ni subir las ventanillas.

Una familia joven —padre, madre y una niña con botas rojas— entra al auto.

—A la Gaspar de Villarroel —dice el padre, con acento venezolano.

El camino está despejado y Martha lo disfruta. No hay embotellamientos ni bocinas graznando en bandada. El frío hace que los espacios públicos se vacíen. El hecho de que en viernes y sábados los locales de diversión cierran a las 02:00 en lugares considerados no turísticos, y a las 03:00 en los turísticos, contribuye a que el pulso nocturno de Quito sea bajo.

La iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, cuyo techo metálico parece un sombrero mexicano, y una pizzería Domino's comparten la esquina que inaugura el tramo empinado de la Gaspar de Villarroel. Las pocas casas antiguas que aún no han sido tumbadas se codean con edificios cuyas plantas bajas funcionan como panaderías, consultorios médicos y tiendas.

—Nos deja donde está el aviso, a la derecha —dice el hombre.

El vehículo se detiene junto a un letrero de "No estacionar" y la familia desciende.

Martha no vuelve al antiguo aeropuerto. Decide "martillar" en la Estación Norte "Río Coca" de la Ecovía, un sistema de buses acordeónicos que opera todos los días, desde las 06:00 hasta las 22:00, y recorre la ciudad de norte a sur. Martha se estaciona detrás de dos taxis "de color", como se les conoce a las unidades que operan ilegalmente. Es una técnica que adopta seguido: quienes salen de la estación se aproximan a esos vehículos, pero al ver que detrás hay un taxi legal, deciden subirse a este último. Pocos segundos después, un hombre ancho, de barba y overol azul se para junto a la puerta de pasajeros. La abre. Cuando termina de acomodarse en el asiento, el olor a alcohol ya se ha regado por toda la cabina.

—A la Gaviria —dice efusivamente.

Martha titubea, usualmente no lleva a borrachos, pero el hombre fue más rápido que su olfato. Finalmente arranca, más por inercia que por decisión.

—¡Pero no voy a pagarle los tres dólares!

—Señor, yo le cobro lo que marque el taxímetro.

—No voy a pagar los tres dólares —repite—. Yo le pago dos... Yo soy hincha de El Nacional.

El Nacional es un equipo de fútbol quiteño que no ha ganado ningún torneo local en 10 años. Martha no es hincha de ningún equipo.

La Gaviria no está lejos, pero el recorrido se hace largo. Los taxis de la compañía de Martha son ejecutivos. Es decir, no recogen pasajeros en las calles, sino solo a través de una operadora telefónica, por lo que no tienen las cámaras de vídeo ni el botón de auxilio que son parte del kit de seguridad que el gobierno central y la Agencia Nacional de Tránsito han instalado en los taxis convencionales del país. Pero tiene su radio y sabe que en caso de toparse con un pasajero sospechoso, solo debe decir "10-6-1, central" para pedir que la compañía le haga un seguimiento de seguridad. El hombre, sin embargo, después de balbucear algo que suena a "vengo de un poco de Rock 'n' Roll y respeto", se limita a guardar silencio y a ver, a través de la ventanilla, los pollos asados que giran lentamente en las vitrinas de la 6 de Diciembre y Gaviria.

—¡Chútica! Ya llegamos, ¡aquí no más es!

Martha detiene el taxi junto a una vereda poco iluminada.

—Cóbrele, mi reina bella —dice el hombre y le da un billete de cinco dólares—. ¿Eran tres? ¿No?

Martha le entrega el cambio.

—Me llamo Mario —le dice a Martha, cuando finalmente logra girar la manija en la dirección correcta y abre la puerta—. ¿Cómo se llama usted?

Una vez que el mundo del hombre borracho y el de ella quedan separados por la puerta metálica del taxi, Martha suelta una carcajada. La tensión que acumuló durante la carrera se evapora. No es la primera vez que un pasajero, sobrio o borracho, coquetea con ella y la pone incómoda. Si le piden su número de teléfono, ella les da uno falso. Le gusta conversar con gente, le gusta su trabajo, pero tiene claro para qué lo hace. Luego de terminar de pagar las cuotas de los préstamos con los que se compró su auto y una casa en Marianitas —en el extremo norte de la ciudad—, su plan es llevar de vacaciones a sus hijos menores a Colombia o Cuba. "Si trabajara ocho horas en una empresa, mis hijos, mi familia, estarían solos —dice—. No tendría tiempo para ellos".

Según la Encuesta del Uso del Tiempo 2012, realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos y la Comisión de Transición hacia el Consejo de las Mujeres y la Igualdad de Género, las mujeres ecuatorianas

dedican un 46% de su tiempo al trabajo (remunerado o no) y un 54% a actividades personales. Por su lado, los hombres destinan un 40% a lo primero y un 60% a lo segundo. Manejar su propio taxi no solo le da a Martha mayor control de su tiempo, también le permite tener una situación financiera relativamente estable. "Este es un trabajo digno, bien reconocido económicamente —dice—. ¿Dónde más voy a ganar USD 1.000 al mes?"

Pero manejar un taxi propio no solo significa tener una mayor libertad para disponer del tiempo propio e ingresos suficientes. Significa también estar inmersa en un espacio público que, como explica Susana Wappenstein, profesora e investigadora del departamento de Sociología y Estudios de Género de FLACSO Ecuador, está mayormente ocupado por hombres. Manejar un taxi significa estar en ese espacio público pero, a la vez, estar aislada. Si eres sujeto de un agresión verbal o de algún tipo de acoso por parte de un pasajero, significa estar dentro de una caja metálica y tener menos posibilidades de reaccionar, de defenderte, de pedir auxilio o de escapar.

Sandra Cadena no es parte de una operadora de taxis. Es decir, no trabaja legalmente. Si algún policía metropolitano la detiene, dice que los pasajeros que lleva son parientes o amigos. "Mientras no vean que tengo una Motorola, no sospechan".

Conduce un Hyundai Getz dorado y la mayoría de sus clientes son mujeres. Desde hace dos meses, su esposo la ayuda con algunas carreras. Él, después de 21 años de trabajar en la misma empresa, se quedó sin empleo.

Cuatro años atrás, Sandra sí trabajaba en una operadora y estaba cerca de la dirección desde donde un cliente pidió una unidad. Tomó la radio e indicó que atendería el llamado. Un hombre de alrededor de 40 años —jean, camiseta y saco— se subió al asiento del copiloto. Sandra ya lo había llevado en una ocasión anterior, pero le extrañó que eligiera sentarse junto a ella. Sabía que era arquitecto y que tenía dos hijas. El arquitecto le pidió que lo llevara a Tambillo, una parroquia rural fuera del territorio que Sandra cubría. La conversación empezó con lugares comunes, el clima, los hijos, el tráfico. Luego, el arquitecto aventuró un monólogo sobre la impericia en la cama y la vejez de su esposa, sobre sus preferencias sexuales —masturbación y sexo oral antes de la penetración— y sobre cómo él era un hombre que no se andaba con rodeos y que proponía a las chicas que le gustaban que fueran a un motel. Antes de poner su mano sobre la de Sandra, que estaba en la palanca de cambios, agregó que su esposa no lo entendía, que era fría y que él era fogoso.

—Quiero conocerle más —dijo el arquitecto—. Como le conté, yo no invito un café, voy directo al plan.

Sandra no supo qué decir. Su primer impulso fue detener el vehículo. Cuando pudo articular, le advirtió que lo dejaría ahí, en medio del camino. Estaba nerviosa.

—Este rato se me baja —dijo, levantando los seguros e intentando sonar firme.

—Ok, ok... Veo que usted no es fácil —respondió el hombre, pero no se movió del asiento.

Después de decirle que se comportara y que no dijera una sola palabra más, Sandra lo llevó hasta Tambillo. Pero cuando el hombre se bajó del auto, ella aún luchaba por controlarse, y se le olvidó indicarle el costo de la carrera. El arquitecto tampoco preguntó y se bajó sin pagar.

Sandra recuerda ese episodio mientras maneja por la Autopista General Rumiñahui. Si las vías del Distrito Metropolitano de Quito son un sistema circulatorio, esa autopista es un torniquete. La gente de Conocoto y del Valle de Los Chillos que se dirige a la "ciudad" a trabajar, se convierte, dentro de sus autos o en los buses públicos, en coágulos que avanzan lentamente. Sandra aprovecha que los vehículos que están por delante suyo no se mueven. Toma el Samsung blanco que tiene sobre las piernas y revisa su cuenta de Instagram. Le da *like* a un vídeo que muestra cómo pintarse un diseño verde fosforescente en las uñas.

Sandra tiene un copete ochentero y el pelo recogido con un moño púrpura. No lleva maquillaje. Esta mañana se despertó a las 04:30 y no alcanzó a *arreglarse*. Lo hará mientras espera a algún pasajero. Eso sí, sus uñas largas están cubiertas por una gruesa capa de esmalte rojo sobre la que se ven varios puntitos blancos que hacen que el volante parezca ser timoneado por una bandada de coleópteros. "Son naturales —aclara con orgullo—. Solo esta que se me rompió es de acrílico".

Atravesar la autopista es la única forma de llegar a su destino. Debe dejar a Bachita, una mujer de 78 años, en una clínica de osteoporosis en la Avenida Eloy Alfaro, en el centro-norte de la ciudad. Durante la hora pico, hacer ese trayecto puede tomarle poco más de una hora. Pero es temprano aún —las 06:15— y el nudo que se formó al inicio de la carretera se afloja. Sandra acelera. Media hora después deja en la puerta de la clínica a Bachita, quien le paga 12 dólares y le da la bendición al despedirse. "Soy como una hija para ella —explica Sandra—, es mi cliente regular", y se dirige a retirar a su próxima pasajera, en el barrio La Gasca.

Sandra trabajaba a medio tiempo en la compañía de taxis de la que era cliente el arquitecto que no se anda con rodeos. Por las tardes hacía recorridos escolares. Su plan era ahorrar para comprar una furgoneta y dedicarse solo a lo último. Para financiar el proyecto, ella y su esposo habían vendido el Kia Carens que Sandra manejaba. Pero entonces llegó el cáncer. "Me hicieron una mastectomía radical —dice—. Encontraron metástasis en los ganglios, fue agresivo". Sandra tenía 37 años. "Lo que vendimos del carro —dice— lo gastamos en mi tratamiento". Después de terminar su radioterapia, Sandra se reincorporó a la compañía, primero como operadora telefónica —debía aún resguardarse del sol— y luego, además, como conductora.

La avenida La Gasca es una lengua empinada de asfalto que parece terminar en el Rucu Pichincha —el pedazo filoso de cordillera que flanquea a Quito por el Occidente. En 1975, un aluvión bajó por esta vía aterrando a los habitantes de las pequeñas casas de techos tejados que abundaban en sus transversales y que en los últimos años han sido derribadas para construir edificios de pocos pisos, tipo cajón.

Hoy en La Gasca hay un rompevelocidades en casi cada cuadra. El Hyundai Getz se detiene en un semáforo y un hombre canoso, con arrugas bronceadas en la frente y el cuello, le enseña a Sandra el abanico de CDs y DVDs piratas que sostiene en su mano. La única carátula que se distingue es la de *La Era del Hielo* 5, película que está a días de estrenarse en el país. Ella mueve el índice de su mano derecha de un lado a otro en señal de negativa. Toda la música que necesita está en un USB conectado a la radio del tablero (ahora suena una *cumbia gaucha*). Tampoco acepta los servicios de los muchachos limpiavidrios que abundan en la ciudad. Ella guarda su propia franela en la gaveta, junto a un *body splash* de Victoria's Secret.

Mientras las llantas de su carro encuentran el mejor ángulo para embestir a los *chapas acostados*, Sandra cuenta que abandonó la compañía, no por el episodio con el arquitecto, sino para tener mayor libertad. Que no podía compartir mucho con su familia, dice. Que en ocasiones tenía que hacer turnos desde las 05:00 hasta las 20:00 durante los fines de semana, y que solo tenía una hora para almorzar. Quería tener más tiempo. Después de renunciar, envió mensajes por WhatsApp a los pasajeros que conoció en la compañía y les puso a disposición su servicio. Ahora la llaman por celular para coordinar las carreras que necesitan.

Tiene varios clientes frecuentes, como Bachita y Dayana —la fisiotera-

peuta veterinaria a la que está por retirar en una de las transversales de La Gasca—, que eligen su servicio porque se sienten más seguras que si tomaran un taxi o un bus en la calle. Según cifras del Municipio del Distrito Metropolitano, un 67% de mujeres ha recibido agresiones sexuales verbales en unidades de transporte público de la ciudad y un 65% reporta alguna violencia o acoso sexual en los mismos escenarios. Sandra también se siente más segura trabajando de esa manera. "Gente desconocida —dice— yo no cojo". Además evita barrios, tanto del norte como del sur, que considera peligrosos.

La noche también exige medidas especiales.

—En la noche no cojo a nadie —dice Gina—. Así se esté muriendo, le dejo que termine de morirse.

Gina Chicaiza tiene 42 años. Usa gafas oscuras y guía el volante con su brazo derecho. El izquierdo está empacado en una manga azul con blanco y se asoma por la ventana de su Aveo Emotion. Aunque es una manga del Emelec, un equipo de fútbol guayaquileño, Gina es hincha de El Nacional. Solo la usa para protegerse del sol. Un osito plano, café y con olor a vainilla cuelga del retrovisor y se tambalea. Desde el asiento del copiloto, Aylin Solange, una bebé de siete meses juega con él. Está sentada sobre las piernas de Paola, su madre, que es la hija de 18 años de Gina.

Mientras Gina explica que prefiere llegar segura a su casa que coger pasajeros potencialmente peligrosos a horas muy avanzadas de la noche, el vehículo se mueve por las calles adoquinadas de San Isidro del Inca. En las veredas hay más postes de luz y cables que árboles, y los muros están cubiertos de graffiti. Locales de comida típica llenos de gente —de menestras, chugchucaras y carnes—, bazares y vulcanizadoras se intercalan con las sencillas casas de la zona. Gina es conductora y propietaria de un taxi desde hace casi una década y desde hace seis años es accionista de una operadora en Monteserrín, al norte de la ciudad. De hecho, fue la primera mujer accionista de esa compañía. Ahora son cinco.

Las mujeres que manejan taxis ejecutivos en Quito, como Gina, han aumentando en un 30% en los últimos tres años, según estima Alex Morales, presidente de la Unión Provincial de Taxis Ejecutivos de Pichincha. Los dirigentes de la Unión de Cooperativas de Transporte de Taxis de Pichincha y de la Unión de Operadoras de Taxis de Pichincha también ven un aumento considerable de mujeres propietarias y conductoras en sus respectivas federaciones, aunque tampoco cuentan con cifras exactas.

Gina se dirige a las Parrilladas Don Pato para almorzar con dos colegas. Una está en el asiento trasero de su taxi. Tiene un piercing sobre la comisura izquierda de la boca y los labios pintados de fucsia. Es Paola Báez y tiene 25 años. Desde hace dos meses es chofer no propietaria de una de las unidades de la operadora; antes manejaba un camión. La otra, que ya las espera afuera del local, es Paola Llumipanta, chofer propietaria de 32 años, que fue migrante ecuatoriana en España por casi una década. Gina la llama cuñada, a pesar de que Paola no está casada con su hermano y de que la relación está en *standby*. Gina tampoco está casada con el hombre con quien convive desde hace casi 20 años y con quien tiene dos hijos, pero se refiere a él como "mi esposo".

Las paredes de las Parrilladas Don Pato son celestes y las sillas, verdes limón. Una bachata suena a todo volumen. Las mujeres se sientan y ordenan. La hija de Gina y su bebé se demoran un poco más en acomodarse. Paola Llumipanta explica que aprendió a conducir en España. Hace dos años volvió al país, pero aún no se acostumbra a la manera en que la gente de Quito maneja.

—Que aquí un hombre baje la ventana y te grite '¡Torpe!' o '¡Mujer tenías que ser!' es difícil —dice—. Ese tipo de frases a una le hieren.

Esos insultos, explica Susana Wappenstein, equivalen a los comentarios sexuales que una mujer puede recibir sobre su apariencia cuando camina por la calle. "Es lo mismo —dice—. Se basa en el principio de que alguien tiene el derecho a insultar a la mujer por su condición de mujer".

A Gina esos comentarios no la lastiman. Ella cree en la retaliación. Después de ordenar una parrillada de carne con papas y ensalada —intenta dejar el arroz para bajar de peso—, cuenta lo que otro taxista le dijo cuando ambos se detuvieron frente a un mismo semáforo en la Avenida Amazonas.

—¡Chuta!, ahora todo mundo está dejando de cocinar para venir a manejar —le espetó el hombre a través de la ventanilla abierta.

—¡Anda dile a tu moza que vaya a cocinar, porque yo ya dejé cocinando! —respondió Gina.

Piercing Paola y Paola, la que extraña España, lanzan una carcajada. La hija de Gina sonríe en silencio. Se ha sonrojado. Su madre quiere que ella también saque una licencia profesional y le ayude a manejar el taxi. Quiere que estudie, sí. Pero también quiere que pueda tener una fuente de ingresos para mantener a Aylin Solange, pues el padre de la niña no está en el panorama.

La parrillada de Gina y las de las demás llegan junto con una jarra de jugo de mora y cinco vasos. *Piercing* Paola pincha una salchicha con su tenedor, provocando que sude gruesas gotas de aceite. Está algo distraída. Les cuenta a sus amigas que las últimas semanas no han sido buenas. Que ser chofer y no propietaria no es un buen negocio porque todos los días, independientemente de cuánto gane, debe darle al dueño del taxi 25 dólares y correr, además, con los gastos diarios de gasolina.

—Nunca quise manejar un taxi —explica antes de comerse el pedazo de salchicha que cuelga de su tenedor—. Puse un anuncio en OLX —una web de avisos clasificados— para buscar un trabajo conduciendo. Hay muchas empresas que necesitan choferes. Lo que pasa es que trabajo no hay y solo me llamaban para manejar taxis.

—Es duro —dice Gina.

—Quiero un trabajo donde me puedan asegurar, donde tenga un sueldo fijo —dice *Piercing* Paola—. Aquí, un día te va bien, un día te va mal y otro día te va pésimo. Así ganara 600 dólares al mes en total, ganar dinero a diario no es lo mismo. Te acabas todo en un día.

—Es verdad eso —dice Paola, la que extraña España—. Uno intenta ahorrar para pagar sus deudas, pero luego ve algo que le gusta o que necesita y se gasta.

Piercing Paola prefiere manejar camiones. Cuenta que hace poco dejó su hoja de vida en una multinacional que buscaba choferes. En la garita de la empresa, el guardia le confirmó que una contratación estaba en marcha y que el requisito principal era tener una licencia profesional tipo C. También le dijo que era política de la empresa no contratar mujeres para ese trabajo. De todos modos, *Piercing* Paola dejó su hoja de vida y la fotocopia de su licencia tipo C.

—Ni así tuviera una licencia superior a la que ellos requieren, me dejarían trabajar —dice.

—Ni así tuvieras licencia de avión te dejarían —sentencia Gina.

Luis, el hombre con el que *Piercing* Paola empezó una relación hace tres meses, llega cuando ya solo quedan hojas de lechuga en los platos. Minutos antes, las mujeres hablaban de algunos de sus colegas de la operadora. Uno de ellos había adoptado recientemente la costumbre de mandarle besos volados a Gina (los cuales ella considera inocentes, siempre y cuando no le siga el juego). Otro, comentó *Piercing* Paola, la había llamado "mi amor".

—Par de fieros —había sentenciado Gina.

Piercing Paola se había reído, pero aclaró que todos sus colegas hombres han sido amables desde que empezó a trabajar en la compañía.

Mientras Luis espera que la parrillada que ordenó llegue a la mesa, recuerda una de las historias de *Piercing* Paola. A las cuatro de la tarde ella circulaba por la Gaspar de Villarroel y cuatro albañiles, visiblemente desgastados después de la jornada laboral, se subieron a su taxi y le pidieron que los llevara a "La Comuna". La Comuna Santa Clara de Millán, un asentamiento indígena de descendientes de los Quitu-Cara, está en las laderas del Pichincha y desde hace 103 años es una entidad jurídica con autonomía territorial. Es decir, tiene su propio cabildo. Ahora, pequeñas farmacias, panaderías, zapaterías, ferreterías y viviendas salpican sus angostas calles. En el 2014, el alcalde Mauricio Rodas firmó una Ordenanza Municipal para que se continuara con un plan de desarrollo que garantizara a la comuna su autonomía y el reconocimiento de su cultura. *Piercing* Paola no tenía idea de cómo llegar al lugar. "Tranquila, mujer —le dijo uno de los albañiles—, yo le voy dirigiendo".

Y entonces ella percibió el aliento a alcohol del hombre y notó que los cuatro estaban borrachos. No sabe muy bien por qué, pero arrancó el vehículo. Luego tomó disimuladamente su teléfono y le escribió a Luis por WhatsApp.

Paola: Hola, mi amor. Me estoy yendo a La Comuna con cuatro borrachos. No me di cuenta de que estaban borrachos y me da miedo.

Luis: ¿Dónde estás? ¡Envíame la locación por GPS!

—¡Hay códigos de seguridad para eso! —le reprende Gina—. ¡Con la Motorola!

El intercambio de mensajes llegó hasta ahí. *Piercing* Paola escuchó que uno de ellos amenazaba por teléfono a alguien por haber robado el celular de un amigo. Con el mismo disimulo con el que le escribió a Luis, escondió el teléfono debajo de sus muslos por miedo a que se lo robaran.

Luis tuerce los ojos y explica lo preocupado que estaba:

—¡Yo le llamaba constantemente y ella no respondía!

En la entrada de La Comuna, los borrachos vieron que a ella le costaba andar por una calle tan empinada y decidieron divertirse a sus expensas. No le dijeron que ya habían llegado a su destino y le pidieron que continuara subiendo. Cuando ya se rieron lo suficiente, le indicaron que diera la vuelta y que los dejara varias cuadras más abajo. "Para que se le quite el miedo, *mijita*", fue la respuesta que uno de ellos le dio cuando les preguntó por qué le hicieron subir innecesariamente la cuesta.

Las mujeres guardan silencio por unos segundos y se miran entre ellas. Finalmente estallan en carcajadas. Luis intenta contenerse, pero termina sumándose al coro de risas. Gina pide otra jarra de jugo de mora y un niño de unos 12 años retira los platos vacíos de la mesa y luego le sirve a Luis su parrillada. La hija de Gina toma a Aylin Solange, quien no ha lanzado ningún ruido significativo durante el almuerzo, y sale al Aveo Emotion a esperar. Sabe que las anécdotas recién empiezan (ya las ha escuchado antes). Sabe que las Paolas y su madre tienen demasiadas historias. Y que esas historias solo cobran sentido cuando salen de los confines de sus taxis y son compartidas entre amigas. Entre otras mujeres que han encontrado en ese oficio un medio para materializar su espíritu emprendedor y sus deseos de libertad. Un medio aún inusual ante la vista de muchos, pero con el cual ellas son dueñas de su tiempo y, a la vez, de la ciudad que por mucho tiempo se negó a darles cabida.



CLAUDIA JAGUARIBE

Sobre São Paulo y Entremorros















Mi obra propone una frontera entre la documentación y su interpretación. Hace hincapié en aspectos y detalles que están realmente presentes, pero que en ocasiones hay que construir para poder verlos en su conjunto. Lo que me interesa es crear imágenes que aporten nuevos significados y relaciones visuales a las transformaciones constantes que estamos presenciando en nuestro entorno. Se centra en cómo percibimos y creamos nuestra relación entre la naturaleza, la cultura y su interpretación visual.

“Sobre São Paulo” y “Entremorros” son dos series que abordan la complejidad de representar el crecimiento espacial y la dimensión física de las distintas ciudades. En cada una de esas series decidí trabajar y desarrollar una perspectiva fotográfica que subrayara sus características.

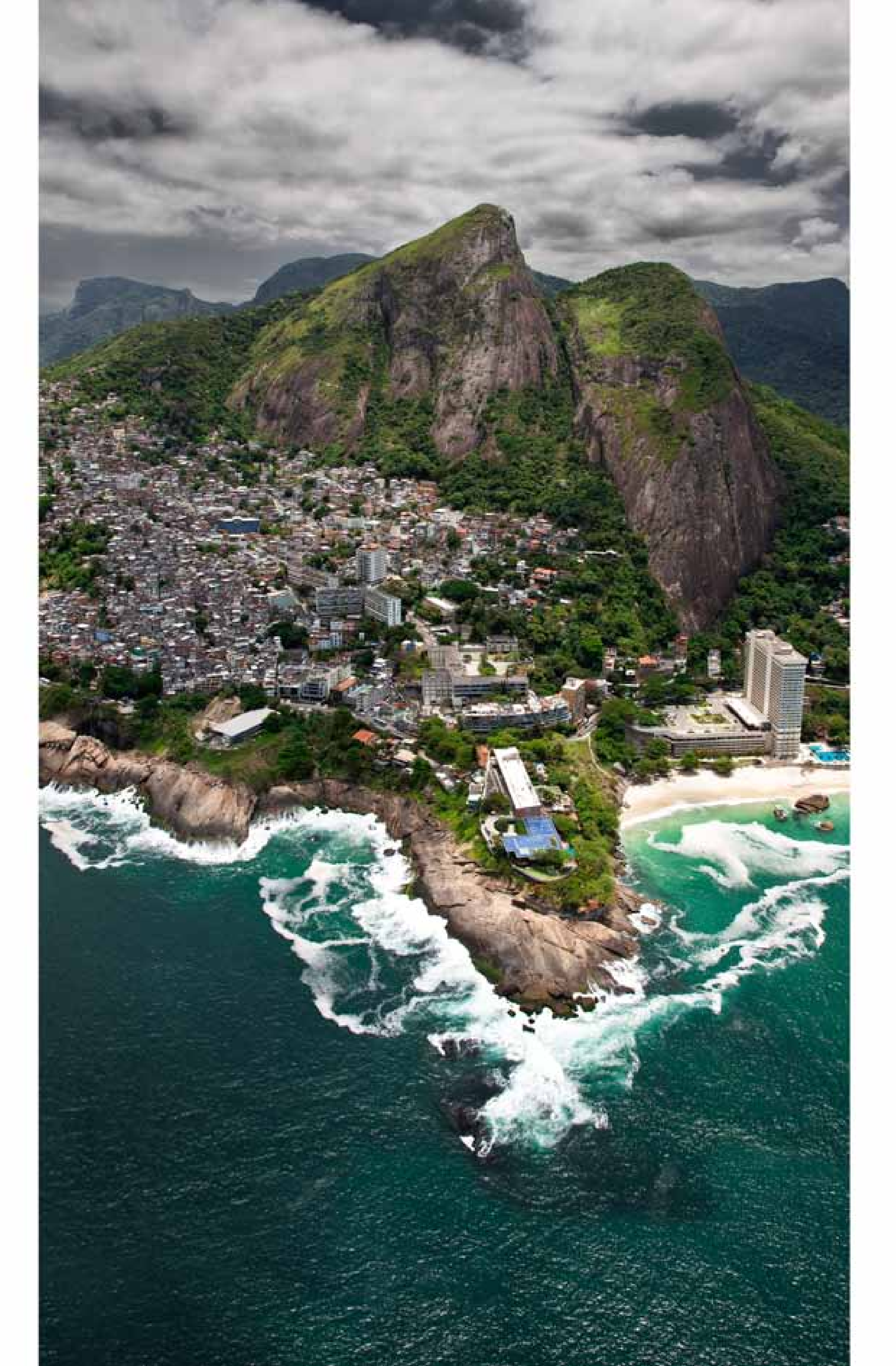
En “Sobre São Paulo” quería reflejar la inmensidad de la ciudad, mostrar cómo la superficie construida se convierte en un paisaje en sí misma y arrasa la geografía original. Lo conseguí fotografiando desde una perspectiva aérea, desde un punto de vista frontal y lejano al mismo tiempo. Después de varias vueltas en helicóptero y de haber subido a distintas azoteas de la ciudad, acabé haciendo una cartografía subjetiva, montajes y combinaciones del material fotográfico. Al crear imágenes panorámicas podemos contemplar la ciudad como si fuera posible una visión frontal permanente. Las fotos se han montado de forma algo aleatoria, lo que transmite al observador la sensación de estar perdido en una ciudad enorme, dominada por los edificios y algunos puntos de referencia.

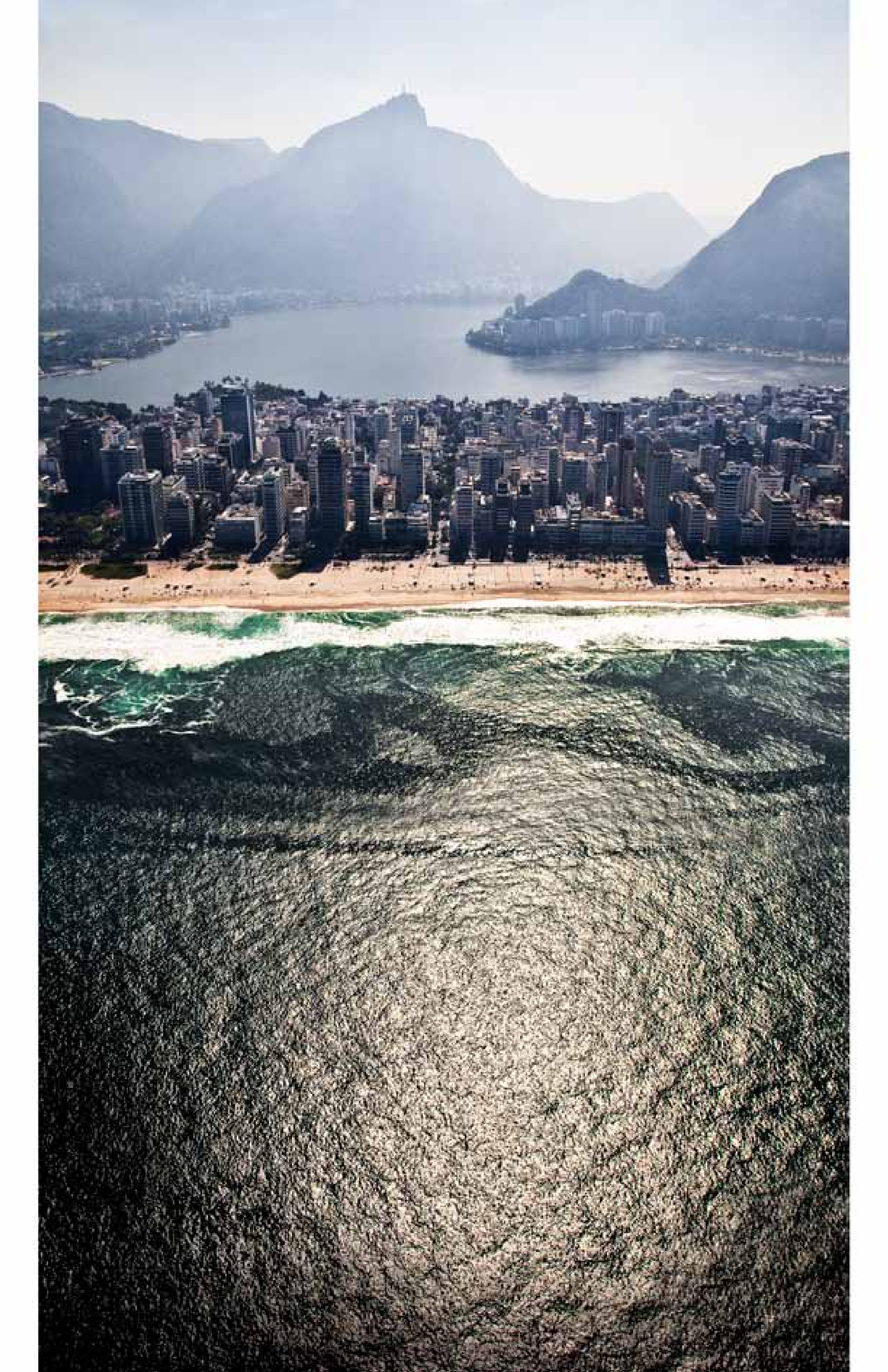
Entremorros

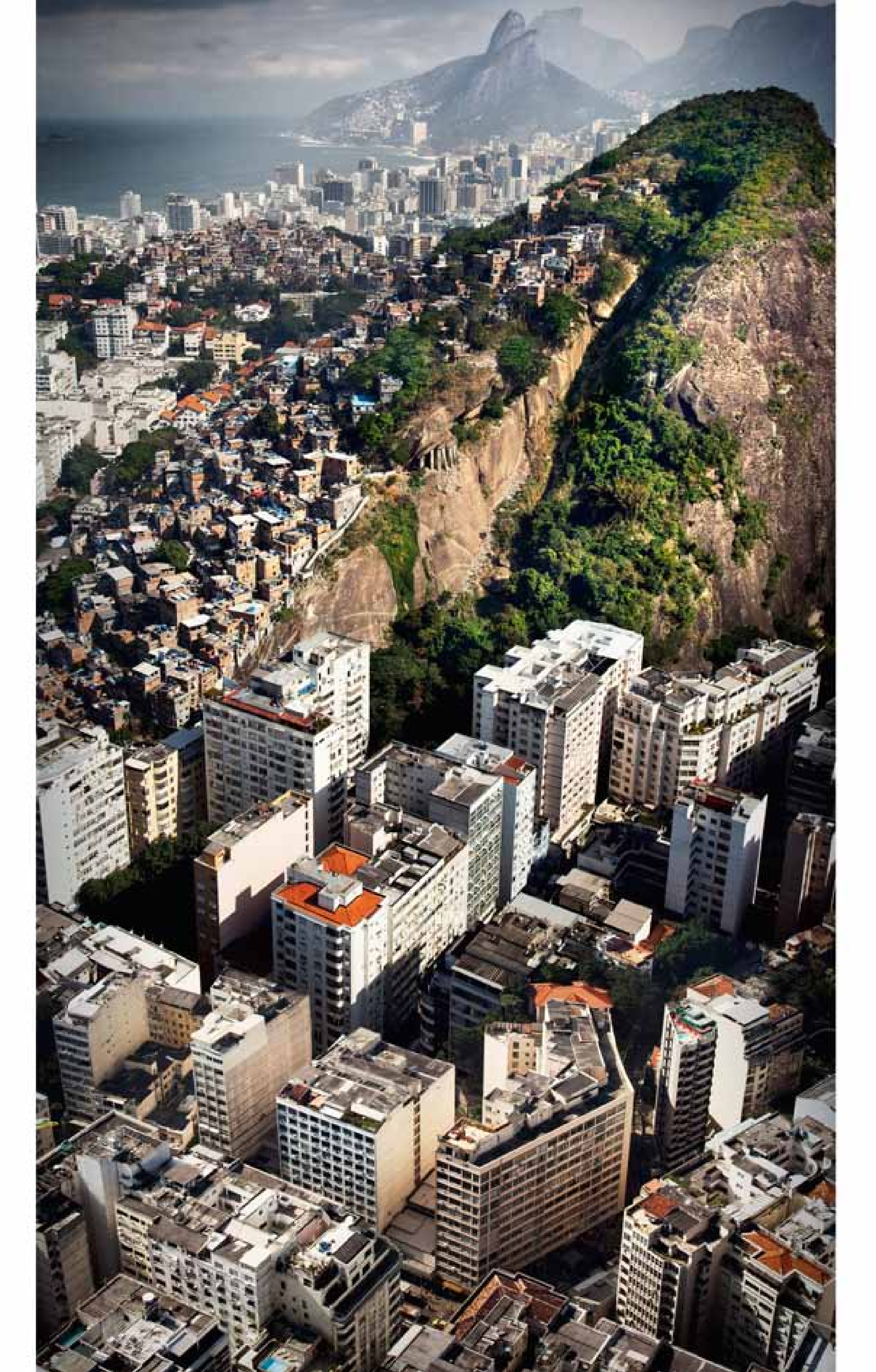
La ciudad brasileña de Río de Janeiro, mi lugar de nacimiento, cuenta con una larga tradición de representación pictórica y fotográfica. Yo he querido analizarla con una perspectiva contemporánea, teniendo en cuenta las enormes transformaciones que se han producido en el paisaje como consecuencia del intenso crecimiento urbano. He fotografiado la zona meridional de Río, que concentra los barrios más ricos y más de moda, así como algunas de las mayores favelas: Rocinha, Morro Santa Marta, Vidigal. Al fotografiar desde dentro de las favelas y desde un helicóptero podía crear imágenes que mostraban los inmensos cambios provocados por el crecimiento caótico de la ciudad y sus consecuencias en el paisaje.

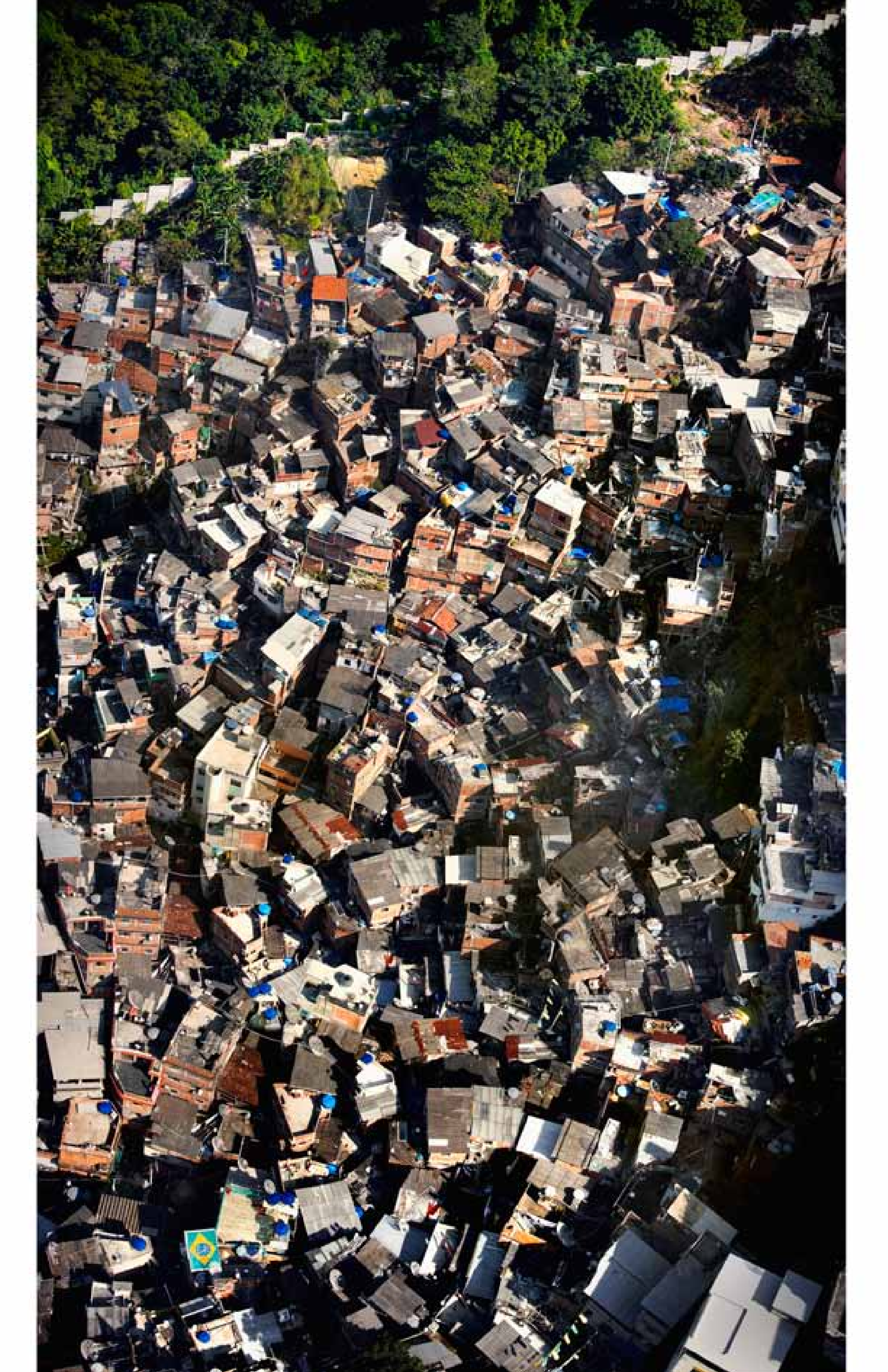
Río es una ciudad que crece entre las montañas y el mar, lo que da lugar a un paisaje urbano vertical. Con el objetivo de mostrar ese aspecto prominente, opté por unos encuadres y unos ángulos que provocan intencionadamente una sensación de desasosiego y precariedad. Cuando se miran con más atención, uno se da cuenta de que la perspectiva de todas las composiciones presenta una extraña desviación. Algunas imágenes son collages de tomas fotográficas independientes en las que lo lejano y lo muy próximo son cosas contiguas.

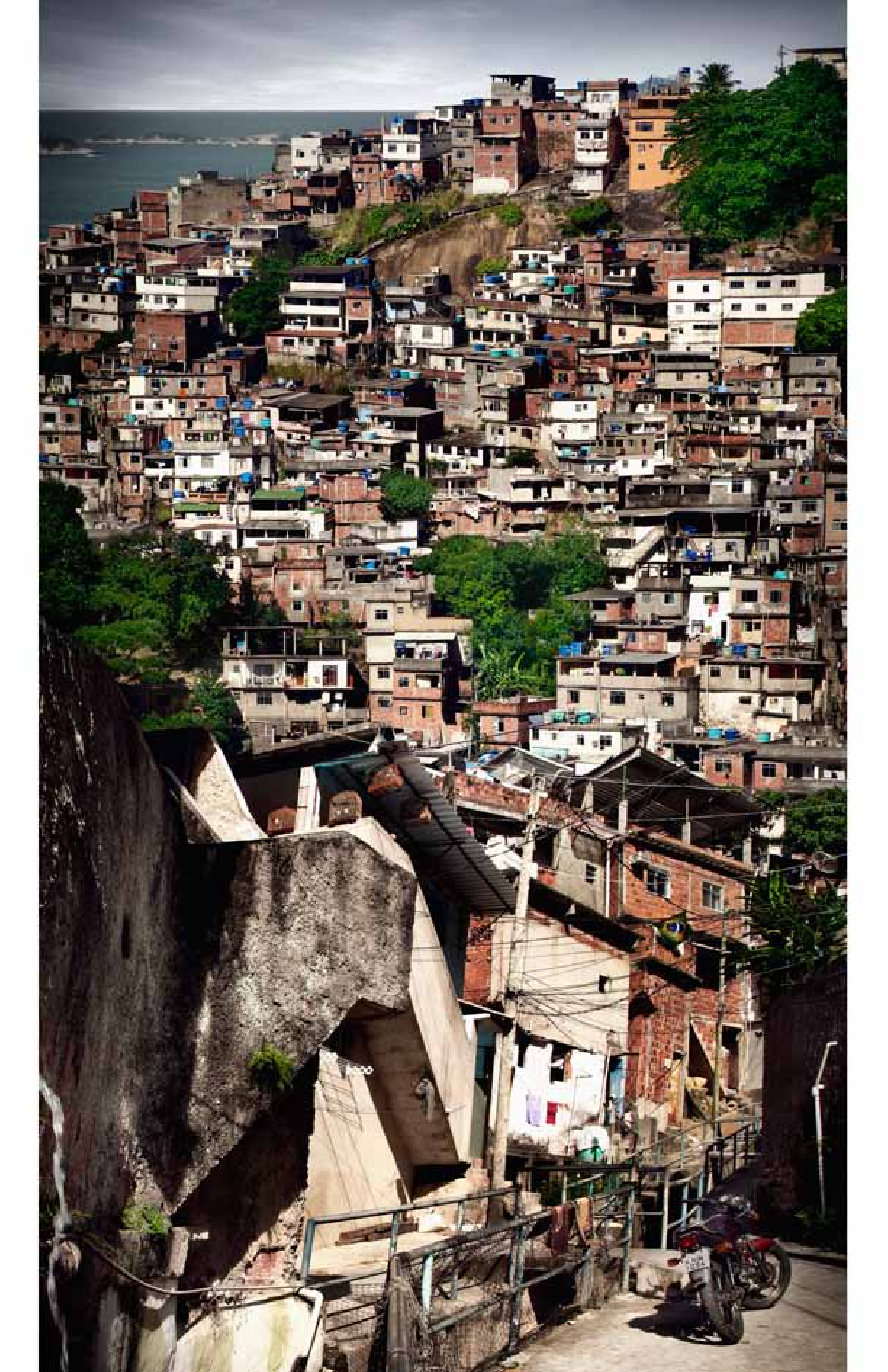
www.claudiajaguaribe.com.br

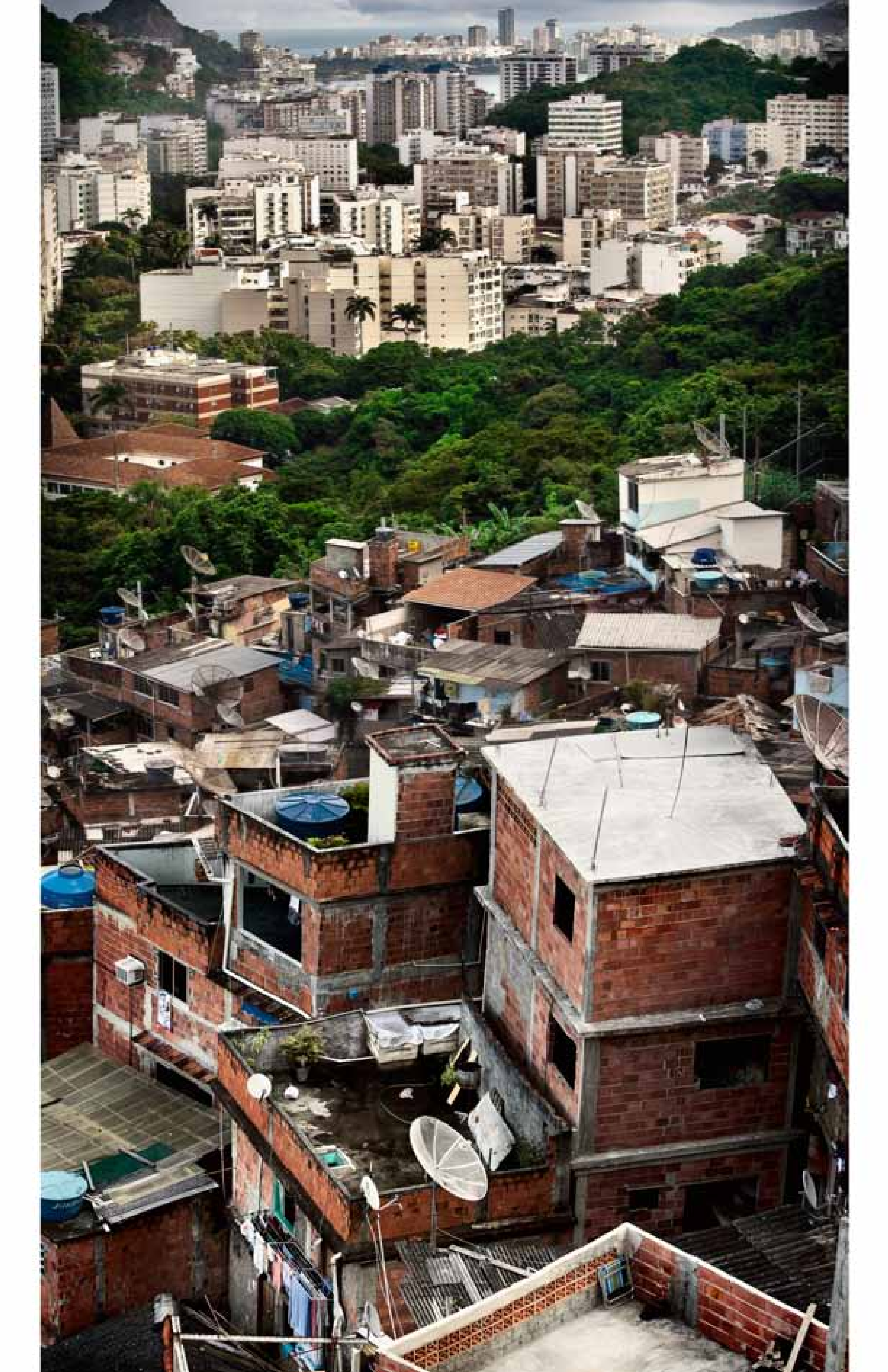


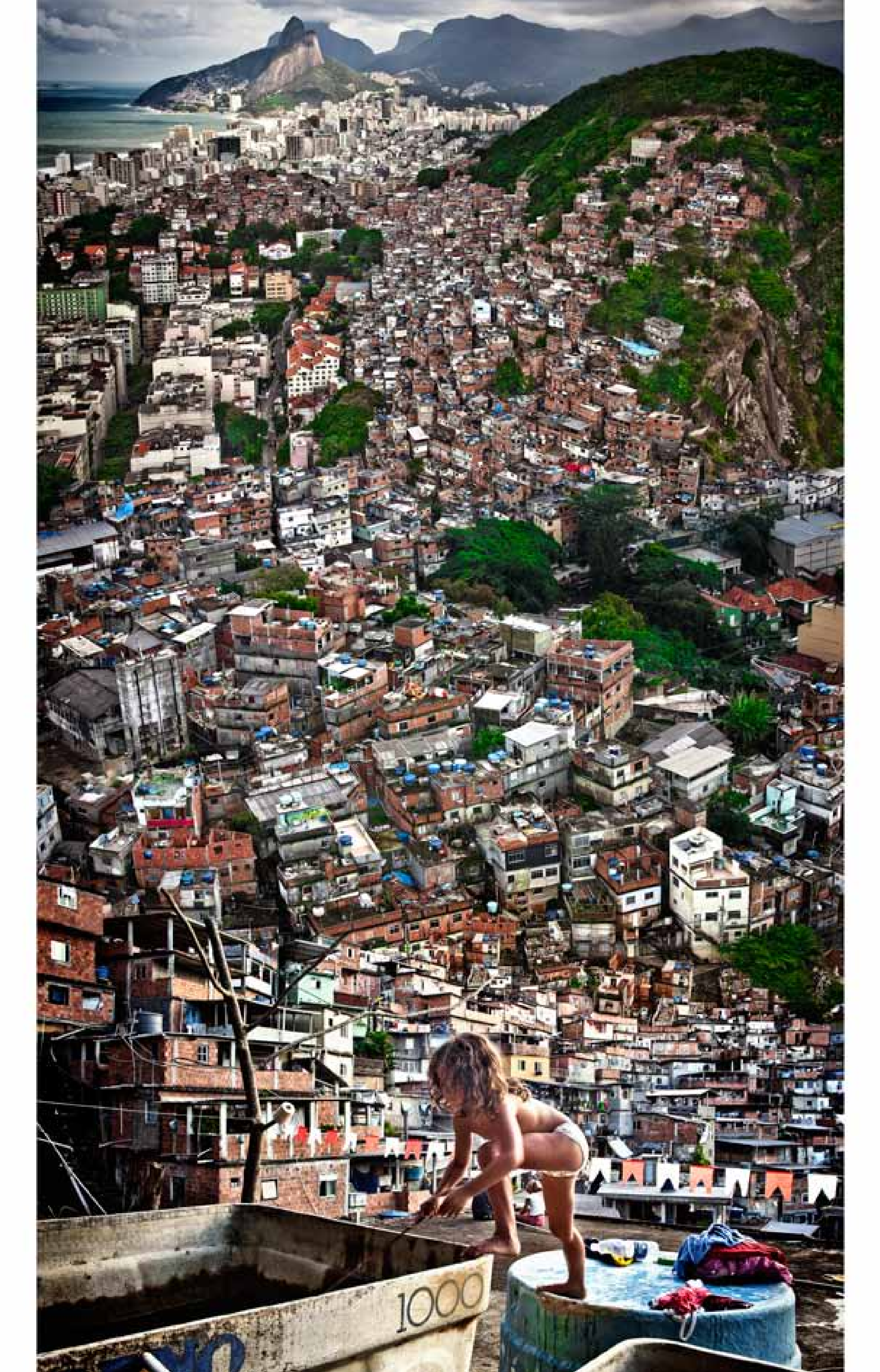











1000

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

La baja zona

“En suma: durante cuarenta años, Cristina ha presenciado y padecido todas y cada una de las penetraciones costeras que han golpeado a La Habana.”

UNO

Casi todos los años, Cristina Rodríguez López y su hijo Guillermo Solís se mudan a la misma casa. Ambos viven en un sótano devenido apartamento —extremadamente bien cuidado, pero capsular y opresivo, como todos los sótanos—, ubicado en el edificio 458 de la calle 5ta entre la Avenida Paseo y la calle A, en el Vedado, barrio principal de La Habana.

Como el resto de los vecinos que viven en zonas bajas, por debajo del nivel del asfalto, y apenas a unos cientos de metros del mar y el Malecón, Cristina, de 84 años, y Guillermo, de 45 recién cumplidos, son fieles seguidores del reporte del tiempo en los noticieros de la televisión, y han aprendido, después de varias amargas experiencias, a interpretar incluso hasta ciertos eufemismos típicos de los meteorólogos.

—Cuando anuncian ligeras penetraciones del mar, agárrate —dice Guillermo—. Lo que viene es mucho.

Con cada penetración costera en el Vedado, madre e hijo tienen, literalmente, que desmontar la casa, dejarla en el puro cemento. No se trata solo de mudarse de modo convencional —las ropas, los equipos electrodomésticos, los muebles—, sino también de zafar cada tornillo, cada lámpara, cada bisagra y cada instalación eléctrica o toma de corriente. De lo contrario, el salitre —esa plaga casi totalmente imperceptible, salvo por su sabor salado— se lo comería todo, lo oxidaría o descompondría. Cristina y Guillermo cargan con sus bultos y suben al primer piso del edificio. En el descanso de la escalera, capean el temporal, y así evitan la evacuación.

Hace solo unos pocos meses, en enero de 2016, el fenómeno climatológico El Niño —un cambio en el movimiento de las corrientes marinas, con el subsiguiente aumento de la temperatura en las aguas del Pacífico ecuatorial y grandes variaciones atmosféricas— le trajo a Cuba, de golpe,

cinco frentes fríos, antecedidos todos por hondonadas prefrontales. Como consecuencia, en el litoral norte occidental se reportaron dos importantes penetraciones del mar con apenas seis días de diferencia entre una y otra.

—Es que hay una estrecha relación entre la llegada de El Niño y la intensidad de las inundaciones costeras —dice Yoania Povea, meteoróloga del departamento de Física de la Atmósfera en el Instituto de Meteorología (INSMET) de Casa Blanca, el más importante del país.

Aun así, los expertos no dudaron en calificar la consecutividad y la magnitud de las penetraciones como un evento muy poco usual. El Vedado ocupó los titulares. Diversos medios de prensa siguieron de cerca la evacuación de más de un centenar de habitantes y la evolución del fenómeno: las olas de seis metros rompiendo en el muro del Malecón y desbordando la avenida, los camiones de rescate de la Defensa Civil, las máximas acumulaciones.

En Cuba, hasta el presente, las penetraciones del mar ocurren bajo la estricta influencia de los factores meteorológicos habituales. A saber: los ciclones tropicales y los sistemas frontales, siendo las costas de la región occidental las más afectadas. Sin embargo, hay algunas evidencias concretas del efecto del cambio climático en ciertos parámetros ambientales del país. La temperatura promedio anual ha aumentado 0.6 grados Celsius desde mediados del siglo pasado, los períodos de sequía han crecido desde 1960, y en algunas regiones del Occidente el nivel medio del mar ha subido hasta casi nueve centímetros en los últimos cuarenta años. Para 2010, ya se registraba una tendencia de crecimiento cercano a los 2.0 milímetros anuales.

Si tomamos en cuenta la condición insular del país, y la existencia de zonas bajas en gran parte del perímetro costero cubano, no resulta extraño que sea justamente este punto el que más preocupe a los especialistas. Tanto el ascenso del nivel del mar, como la presencia y actividad humana, han provocado la retirada de la línea de costa, no solo en Cuba, sino en gran parte de las islas alrededor del mundo. Esto, se calcula, viene ocurriendo desde hace quinientos años, pero nunca con tanta gravedad como ahora, con el aumento de las temperaturas por el incremento en la concentración de los gases de invernadero.

Con las inundaciones últimas en el Vedado, a pesar de que pasaron de moderadas a fuertes, y fueron consideradas las más intensas de los últimos años, Cristina y Guillermo no tuvieron que mudarse del sótano para, pasada la tempestad, volver a él. Según cuenta Guillermo, justo en la esquina de 5ta y Paseo hay un generador de bomba y un trabajador de recursos hidráulicos

estuvo bombeando toda la primera madrugada, con lo cual evitó, al menos en esa cuadra, acumulaciones mayores. Para Cristina fue un descanso merecido.

—Desde el año 67, yo las he vivido todas, las más grandes y las más chicas —dice.

La experiencia la ha convertido en una suerte de gurú que los vecinos del resto de los sótanos no dudan en consultar cada vez que se anuncia alguna penetración del mar. Que no son pocas.

—En invierno, los frentes fríos —dice Guillermo—, y en verano son los ciclones, que cuando vienen por el norte, meten lluvia y viento, y cuando vienen desde el sur, y siguen de largo, tuercen el mar, como si lo enroscaran, y eso trae marejadas.

Fue, por ejemplo, el caso del huracán Juan, en 1985. Estacionado en la costa sur de los Estados Unidos, sus vientos provocaron mar de leva en La Habana, con olas entre cuatro y seis metros durante 72 horas. En la calle Línea, más allá de la casa de Cristina y Guillermo, la marea alcanzó los dos metros de altura.

Debido a la particular configuración geográfica de la Isla —alargada, con amplias zonas de plataforma insular—, el Centro de Meteorología Marina del INSMET suele clasificar las inundaciones en dependencia de la altura de la ola. Según informes especializados, este tipo de medición "es muy conveniente para el área del Malecón habanero, cuya forma acantilada es favorable a las inundaciones por rompiente de oleaje".

Las inundaciones provocadas por olas de más de cinco metros clasifican como severas, las inundaciones por olas entre cuatro y cinco metros clasifican como moderadas, y las inundaciones provocadas por olas de menos de cuatro metros clasifican como ligeras.

Son las inundaciones ligeras las únicas que no llegan hasta la calle 5ta, aunque, en cualquier caso, Cristina parece habérsele adelantado a la naturaleza o al menos marcharle a la par, predecirle los movimientos, porque ya no se muda en vano.

—Cuando desmantelamos el apartamento —dice—, es porque lo teníamos que desmantelar.

¶

Todos los años, Yoandri Marzo, de 34 años, y su esposa Mariusdelvis Lambert, de 32, quieren mudarse de casa, pero nunca han podido. Oriundos de Punta de Maisí, en el extremo este del país, ambos viven desde principios

de los 2000 en los Bajos de Santa Ana, una especie de gueto costero, un barriecillo insalubre construido por emigrantes del Oriente entre el mangle de Santa Fe, al noroeste de La Habana.

El Consejo Popular Santa Fe, con ocho kilómetros cuadrados y veintiséis mil habitantes censados, pertenece al municipio Playa, y cuenta con La Puntilla, una de las playas icónicas de todo el litoral habanero. Es cosa sabida que, en las últimas décadas, La Puntilla ha sufrido tanto la pérdida de considerables áreas de arena como el deterioro progresivo de la vegetación natural.

Se calcula que a mediados del siglo pasado, hacia 1956, el área ocupada por la vegetación natural sumaba 0.45 kilómetros cuadrados. Para 2010, ya se había reducido a la mitad. El asentamiento humano es razón fundamental en ello. En principio, el poblado Santa Fe debería llegar solo hasta la desembocadura del río Santa Ana, actualmente un terraplén árido con algunos charquillos fétidos —a veces tornasolados, en los que el sol se refleja— y montículos revestidos de un musgo amarillento, enfermo.

Alguna vez, todo lo que hubo después del río fue mangle tupido y una laguna en la que, según Migdalia Hernández, vecina nativa de Santa Fe, los muchachos de su época —años cincuenta y sesenta— solían bañarse. Pero ya no. Desde mediados de los noventa, lo que hay es una comunidad, digamos, paralegal. En los Bajos de Santa Ana viven alrededor de tres mil personas —Yoandri y Mariusdelvis entre ellas —, todas provenientes de las provincias orientales. Su estatus es el típico de cada una de las comunidades de emigrantes que en un inicio, a partir de la crisis económica que asoló al país tras el colapso soviético, se formaron clandestinamente en muchos rincones de La Habana —sitios intrincados, estrictamente marginales— y que luego el Estado no pudo ni desalojar ni promover.

Declarado barrio insalubre, tienen luz eléctrica, agua, y, si alguien se enferma, cuenta con atención médica gratuita, pero no les permiten cambiar la dirección del carné de identidad, no les reconocen otros derechos legales, están a la merced y el capricho de las autoridades policiales, no reciben los alimentos de la libreta de abastecimiento, y los hijos que nacen mantienen la dirección original de las madres, es decir, se inscriben —si se inscriben— en pueblos en los que esos hijos jamás han puesto ni pondrán un pie, aunque sí pueden matricular en la enseñanza primaria y secundaria y estudiar en escuelas de la capital.

Hoy, en la tarde del primer sábado de julio, bajo el calor tiránico que convierte a La Habana en una gran vela en la que todos crepitan como

insectos, Yoandri cava una zapata para levantar, justo al lado de la casucha en la que hasta ahora ha vivido, una casa un tanto más prospera. Trabaja descalzo, con el torso desnudo. Viste apenas un jeans viejo, remangado a la altura de los tobillos. No es un hombre imponente, ni alto ni bajo, pero sí recio, sin una gota de grasa. Piel mestiza y pelo enmarañado. Es el típico hombre moldeado en el gimnasio de la supervivencia.

Tiende cordeles, hace mediciones, vierte piedra y cemento, fija cabillas y abre huecos en la tierra con un azadón. Mariusdelvis —trigueña y locuaz— diagrama en el aire una casa que piensa legarles a sus tres hijos pero que hasta ahora solo existe en su imaginación.

—Aquí va la sala —dice— y aquí la cocina y aquí el cuarto de los niños y aquí el cuarto de nosotros y allí una terracita.

Pero, independientemente de esta pincelada de ilusión, Mariusdelvis es —tiene que ser— una mujer pragmática.

—¿En cuánto tiempo creen que puedan terminar la casa?

—Por lo menos en diez años. Con tres hijos nadie puede construir, porque es calzado y ropa y comida. Hay que echar la zapata y después juntar cuatro bloques y así. Es poco a poco —dice.

Los dos hijos mayores, uno de 14 años y otro de 9, dos muchachillos azorados e inofensivos, acaban de llegar de la costa, donde se han estado bañando desde el mediodía. La hija pequeña, de 6, duerme en la casa, que, si tiene que ser algo, es un monumento a la tristeza: el piso de tierra, el techo de zinc y fibrosen, la estructura frontal ligeramente inclinada, y las paredes de tablones horizontales o cartones disparejos por cuyos intersticios se cuelan, sobre todo, enfermedades.

—Esta es la segunda vez que tengo a la niña con dengue —dice Mariusdelvis—. La primera vez me la atendieron en Coco y Rabí (hospital de La Habana), y todo perfecto, la verdad, de maravillas. Ahora tiene vómitos y sangre en la nariz. La llevé al (Hospital) Pediátrico y las plaquetas le dieron bien, pero después fue que vino a salirle la erupción. Está durmiendo porque se tomó una benadrilina.

Como en un cuadro surrealista, objetos y artefactos dispersos custodian el sueño de la niña: un refrigerador americano descascarado, con manchones verde marino; dos sacos de cemento, una silla de hierro, otra silla improvisada, con el espaldar de un asiento de escuela y un cubo oxidado como base; una gata blanquinegra; chancletas rotas; bolsos viejos prendidos de un clavo; un retrato de uno de los hermanos vestido con el uniforme de

la escuela primaria. Y, encima de una mesa, acentuando el desorden y la pobreza, un garrafón de agua por la mitad, un peine de hombre, dos vasos plásticos, varios trapos grasientos y un pomo de miel. Afuera, en el patio, un tanto más de lo mismo. Acumulación de hierros, palanganas y armatostes.

En par de ocasiones, Yoandri ha pretendido rellenar el patio con arena, subirle el nivel para contrarrestar el embate de las penetraciones costeras, pero la policía se lo ha impedido.

—El agua nos ha llegado hasta la sala —dice Mariusdelvis—. Y a la altura de la ventana. En 2005, con el ciclón Wilma, tuvieron que sacarnos los carros anfibios. Lo perdimos casi todo. El ciclón nos tumbó el baño, rajó la taza, nos mojó el refrigerador y el televisor.

Los reportes del INSMET señalaron que con el Wilma, al combinarse las grandes marejadas y el efecto de la surgencia del huracán con el llenante de marea astronómica, las acumulaciones en los Bajos de Santa alcanzaron los dos metros y medio de altura.

Con las inundaciones de enero último, el mar llegó apenas hasta la cocina. Mariusdelvis no considera el hecho tan grave. En contraste con el Vedado, los Bajos de Santa Ana —un gueto que existe, pero que no se puede saber que existe— solo fue mencionado, casi de pasada, por un reportero de la televisión y por cierta revista quincenal, de improbable tirada, la cual aseguraba que 130 habitantes del barrio ya habían sido evacuados.

Con los años, en el patio de Mariusdelvis y Yoandri también se acumulan objetos y basura que el mar en sus embestidas ha arrastrado, como un paquete que, de algún momento a otro, alguien va a venir a recoger.

DOS

LOS HABITANTES DE LOS APARTAMENTOS-SÓTANOS EN EL VEDADO, cerca de la línea del mar, son personas que quisieran irse a otro lado, pero con quien nadie estaría dispuesto a permutar. Los sótanos del Vedado son apartamentos solo porque el problema de la vivienda en Cuba —neurálgico, enquistado— ha hecho creer que casi cualquier techo es bueno para vivir. Y más en el Vedado: barrio céntrico, activo, hasta cierto punto lujoso, cosmopolita. Si los habitantes de los apartamentos-sótanos del Vedado se quejaran por vivir donde viven, es bastante probable que no solo los habitantes de los Bajos de Santa Ana, sino también los de los solares en

“Con las inundaciones de enero último, el mar llegó apenas hasta la cocina.”

La Habana Vieja, y los de los palacetes derruidos en Centro Habana, y los de las cuarterías de San Miguel Padrón, y los de los edificios de microbrigada en Alamar, se les echaran a reír en la cara.

Pero hay, si se mira, una clara diferencia —en la prestancia, en el confort— entre los apartamentos-sótanos del Vedado y los propios apartamentos de esos mismos edificios. La diferencia de estatus —por llamarlo de alguna manera— aquí no se manifiesta como en otros barrios: norte-sur o este-oeste, sino arriba-abajo.

Sin embargo, en el apartamento de Cristina y Guillermo saltan a la vista cierta pulcritud y órdenes básicos, que solo son posibles a partir de determinada estabilidad económica.

—No te creas —dice Guillermo—, es duro mantener la casa así. Hay que vivir arriba de ella.

La sala, la cocina y el comedor están pintados de blanco. El baño, enchapado hasta el techo. Y las paredes de los cuartos son de piedra Jaimanita, que repelen el salitre. Han logrado atajar la adversidad sin renunciar al ornamento.

El sótano-apartamento del edificio 462, propiedad de Leonel Ramírez —un hombre de poco más de 40 años con la cabeza blanca en canas— sí muestra las cicatrices de las mareas. Los pedazos de cal levantados, las paredes desconchadas, las marcas de cemento superpuestas como parches, y los ladrillos —que vienen a ser el esqueleto de la casa— a flor de piel. Hay un polvillo áspero en el aire, producto de la erosión constante.

—El ladrillo —explica Leonel— es una esponja, chupa y chupa, hasta que ya no le cabe más agua y el trozo de pared se desmorona.

Leonel sabe de otras casas en que paredes enteras se han derrumbado. Por eso él, a unos centímetros del piso, justo encima de los rodapiés, ha roto las paredes a todo lo largo, para que la humedad drene.

—Después que baja el mar, y la inundación se va, es como si la pared llorara. Tienes que buscarle una salida para que no explote.

Acostumbrado desde hace más de veinte años a las penetraciones costeras, Leonel ha sabido tomarle el golpe. Y cuenta con un entretenido repertorio de anécdotas. Él es de los que, en medio de las marejadas, sale a la calle a cazar lo que aparezca. Una práctica de la que ni siquiera escapan los rescatistas de la Defensa Civil.

—Hace unos pocos años se les viró una lancha y perdieron no sé cuántas cajas de cerveza. Además, cuando te evacúan, también te quitan todo lo que tú recogiste.

Leonel ha visto gente que, con las inundaciones, se ha encontrado muebles, ropas, zapatos, aires acondicionados, aunque los equipos electrodomésticos, una vez que entraron en contacto con el agua salada, por lo general no sirven. Leonel acostumbra salir con una bolsa de nailon que se coloca a la altura del pecho, como un jamo, y con la que pesca todo lo que pase por su lado.

—Aquí hubo penetraciones que cogieron movido a todo el mundo y que rompieron los cristales de las tiendas en Paseo. Tú veías las cajas de comida nadando por la calle.

Leonel asegura que, con las inundaciones provocadas por El Niño del año 1997, un amigo suyo se agenció, provenientes de la tienda de ropa deportiva de 1era y B, 32 zapatos marca Reebok, pero todos del pie derecho.

—Después tuvo que ir a la tienda y poco a poco robarse los del pie izquierdo.

¶

En cuarenta años de penetraciones costeras, Cristina ha sido evacuada en lancha, ha pasado días en escuelas y albergues, ha visto cómo se han llevado a vecinas con afectaciones pulmonares, al borde del colapso, ha visto cómo el agua ha hecho trizas los apartamentos de vecinos que el día de las inundaciones estaban para el extranjero, ha visto cómo en el hotel Riviera, ubicado en Avenida Paseo y calle 1era, un contenedor arrastrado por la fuerza del mar rompió los cristales de la tienda, ha visto personas, con la marea a la altura del pecho, guiando muebles por encima de la corriente, tal como se guía al ganado, empujándolos con la mano, toreándolos, y ha visto cómo la presión del mar, buscando salida, ha levantado las tazas de los baños, pegándolas al techo.

Luego, Cristina ha tenido que limpiar su casa con chorros de agua a presión, para quitar la costra del salitre, pero también el petróleo y los excrementos que las inundaciones traen consigo. Ha tenido que desinfectar su cisterna durante varios días, un aparte que los inspectores de Salud Pública, previniendo cualquier tipo de contaminación, exigen con particular ahínco.

Hoy, para entrar a su casa, hay obligatoriamente que brincar un muro de unos cincuenta centímetros que Guillermo ha levantado alrededor de la escalerilla por la que se desciende. Señal esta de que ambos ya se han resignado a vivir donde viven. Imposibilitados de mudarse, decidieron apertrecharse tanto como les fuese posible.

“Entre los efectos visibles del cambio climático, es justo ese, el ascenso del nivel medio del mar, el que más podría afectar a Cuba, por su condición de isla o archipiélago.”

En suma: durante cuarenta años, Cristina ha presenciado y padecido todas y cada una de las penetraciones costeras que han golpeado a La Habana.

—¿El Estado les ha hablado sobre alguna solución?

—Se ha hablado de distintos proyectos. Hacer un dique en el Malecón, poner dados de concreto en el agua, en la base de la muralla, pero nada —dice Guillermo.

—Y me voy a morir y no lo voy a ver —añade Cristina—. Siempre dicen, nunca hacen.

Como en tantas otras cuadras del Vedado y de La Habana en general, justo detrás del edificio de Cristina y Guillermo, en medio de la manzana formada por la Avenida Paseo y las calles A, 3ra y 5ta, hay un descampado yermo que ellos sugieren como un posible terreno para construir un edificio y trasladar a los habitantes de los sótanos.

La idea, que suena descabellada (pedirle al Estado que construya cuando apenas puede mantener en pie lo que está construido), ha sido manejada incluso por especialistas, como parte de una estrategia planificada que busca poner en marcha dieciséis proyectos distintos con el objetivo de contrarrestar los efectos del cambio climático sobre el país.

El Dr. Eduardo Planos, presidente del Programa Nacional de Ciencia Cambio Climático en Cuba, ha hablado de ordenamiento territorial en las zonas costeras, "fundamentado en el conocimiento riguroso de los peligros, las vulnerabilidades y riesgos, y en escenarios futuros de ascenso del nivel del mar". Entre los efectos visibles del cambio climático, es justo ese, el ascenso del nivel medio del mar, el que más podría afectar a Cuba, por su condición de isla o archipiélago. Hoy, unos tres millones y medio de personas viven a escasos kilómetros de la línea de la costa, y hay, en zonas propiamente costeras, la friolera de 246 asentamientos. Se calcula que, de mantenerse los patrones actuales, para 2050 Cuba podría haber perdido casi 2.700 kilómetros cuadrados de superficie terrestre y cerca de 9.000 viviendas.

—Los frentes fríos se califican en débiles, fuertes y moderados —dice el Máster Reinaldo Casals, especialista del departamento de Meteorología Marina, en el Instituto de Meteorología de Casa Blanca—. A partir de los años cincuenta, el número de frentes fríos débiles ha aumentado, antes parece haber sido peor, por lo que no hay ninguna razón para pensar que las inundaciones costeras son una consecuencia del cambio climático, siempre han estado ahí. Y el fenómeno de El Niño es cíclico, erráticamente cíclico,

es decir, que no tiene una frecuencia fija pero es cíclico, y tampoco tiene nada que ver con el cambio climático.

Pero, más que desencadenar las inundaciones costeras actuales, lo que el cambio climático podría hacer, y hace, es acentuarlas. En 2007, el Consejo de Ministros acordó implementar un "Programa Nacional de Enfrentamiento al Cambio Climático" que entre sus objetivos se trazaba concluir lo que llamó el "Macroproyecto Vulnerabilidad Costera" y desarrollar una red de monitoreo del estado y la calidad de la zona costera.

Varios grupos de estudios científico-técnicos, conformados por más de 17 instituciones y cerca de 150 especialistas, proyectaron "escenarios de peligros asociados al ascenso del nivel medio del mar para el año 2050", con resultados francamente alarmantes: un incremento de 27 centímetros del nivel mar con la pérdida de más de un dos por ciento de superficie y sus respectivos ecosistemas, el retroceso de un metro de la línea de costa, y el grave deterioro de casi un 20 por ciento de los manglares del país.

—En general —dice Dailys Rodríguez, geógrafa y especialista en asuntos de manejo costero—, ese es el tema del cambio climático en Cuba. Se tiene aún más miedo por lo que pueda pasar, por lo que pueda provocar, por la manera en que puede agravar los daños ambientales ya existentes que por lo que está pasando.

En los Bajos de Santa Ana, según cuenta Mariusdelvis, "hasta con cambio de luna el mar se mete en la casa. Y cuando todo se llena de agua, es un problema, ni los niños pueden ir a la escuela". Si, efectivamente, el fenómeno llegara a agravarse aún más, los Bajos de Santa Ana, erigido en el corazón del manglar, estarían destinados a desaparecer.

El asentamiento trajo consigo la tala furtiva y, como consecuencia, la pérdida de la cobertura boscosa con una regeneración nula. Las especies de mangle rojo, mangle prieto y el patabán, en la desembocadura del río, constituyen ya un reducto de este ecosistema dentro de la zona del litoral habanero.

—Los manglares están subvalorados —dice Dailys Rodríguez—, pero son una de las mejores barreras naturales contra los ciclones y absorben la salinidad, son como filtros. Impiden que el agua de los cultivos se contamine, que las aguas del manto freático se mezclen. Además, son supersensibles. Mucha agua los mata. Poca agua los mata. La basura los mata. Es obvio que un asentamiento en el mangle rompe el equilibrio natural.

Lo que más quieren Mariusdelvis, y el resto de los vecinos, es irse. Hace tres años, la policía y los oficiales de Guardafronteras le decomisaron a

Yoandri un taller de carpintería que tenía en el patio para construir un bote con el que pretendía lanzarse al Estrecho de la Florida.

—Hasta las bisagras me llevaron. Me dejaron pelao, sin nada. Tuve que pasar las de Caín para darles comida a esos muchachos. Me colgaron seis mil pesos de multa, que pagué a plazos, de diez en diez.

—Ojalá que nos dieran casa —dice Mariusdelvis—. Es lo que tienen que hacer.

—No, yo no quiero nada —la interrumpe Yoandri—. Yo hago lo mío poco a poco. Yo no quiero nada de ellos (el Estado), lo que quiero es que me dejen en paz, que me dejen hacer lo mío. No que me regalen, pero que no me quiten.

Yoandri expresa lo que parece ser un sentimiento generalizado, en especial entre los cubanos menores de cuarenta años. Que el Estado, simplemente, no se entrometa. Que no intente ayudar, porque sus intentos traen quién sabe qué consecuencias. El Estado como un sastre remendón que ha extraviado las medidas de la gente y que, sea cual sea el vestido que diseñe, ese vestido no va a servir.

—La balita de gas cuesta ciento veinte pesos, y si la policía te agarra con una, te la quita —dice Yoandri—. Compras un camión de arena y a los cinco minutos te tocan a la puerta. No te dejan respirar. Si la policía te coge en la calle con la dirección de Oriente en el carné, te lleva para la estación y te pegan treinta o cuarenta pesos de multa. Te dicen que no eres de aquí, y a la entrada de La Habana hay un cartel que dice que esta es la capital de todos los cubanos. ¿Nosotros no somos cubanos? Uno quiere legalizarse, pero te niegan, en ninguna institución te atienden.

Los Bajos de Santa Ana es también un embarcadero por el que mucha gente suele lanzarse al mar, intentado llegar a los Estados Unidos. Sobre todo gente joven. Todo el tiempo. Yoandri mismo no sabe por qué está construyendo una casa nueva, y, una vez más, en el mangle, en un caserío que muy probablemente, a mediano plazo, deje de existir. Los ecosistemas costeros que no han logrado adaptarse a las alteraciones producidas por el cambio climático son los que, además, padecen la presencia arbitraria del hombre. La naturaleza, consigo misma, termina entendiéndose bien.

En cualquier caso, no es un equilibrio que Yoandri quiera seguir entorpeciendo.

—Tengo que tirarme en balsa. Si llego, bien. Y si no, no. Pero hay que intentarlo. Todo el mundo lo hace. Y yo soy pobre. Y eso es lo que hace el pobre. El pobre lo que hace es tratar de sobrevivir.





MAYA GODED

La última Cenicienta







1997 – 2015

He ido tomando estas fotografías a lo largo de varios años, por el gusto de observar a otras mujeres, de reflexionar sobre la feminidad, los rituales de belleza, los eventos importantes como la celebración de los quince años. En una palabra, lo que significa e implica ser mujer en la sociedad católica de la Ciudad de México.

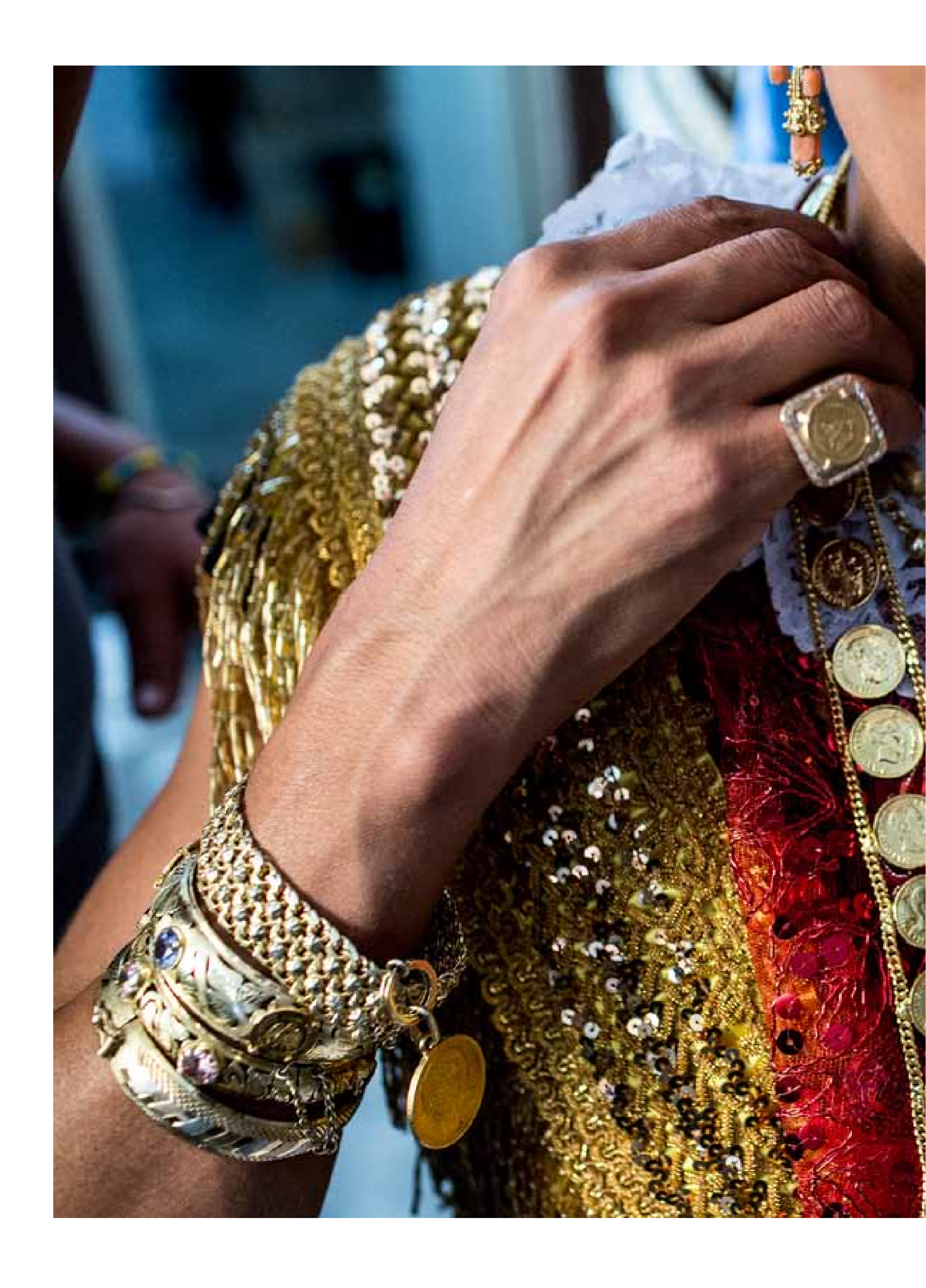
www.mayagoded.net








Vibrating Ring











LEO FELIPE CAMPOS

Ahí están las marcas de esos disparos

“Las cifras oficiales sobre homicidios en Venezuela son un misterio debido a la opacidad del gobierno, (...)”

La única vez que su padre le pidió una pistola tenía doce años. Es el último recuerdo que tiene de él: le dijo que lo habían robado y quería vengarse. El chico consiguió el arma a través de uno de sus tíos maternos y se la entregó. Su padre estaba casado con otra mujer, no con su mamá. La mujer viajaba y él la fue a buscar. La encontró en la cama con otro, les disparó a ambos y se suicidó.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Miguel, igual que yo.

Tenía doce años cuando un compañero de estudios le arrebató un lápiz y una goma de borrar. Pero ya no usaba su nombre. Le decían Miguelón.

Se cayeron a golpes. Una pelea de muchachos, hasta que su compañero salió corriendo a buscar a su hermano mayor, que estaba armado. Él fue a decirle a sus tíos, los hermanos de su madre. El resultado: un tiroteo. Acababa de nacer su primera "culebra" en el barrio, como se llama a los conflictos personales en estas zonas populares. San Agustín, Caracas, Venezuela. Comenzaban los años noventa.

—¿Volviste al colegio?

—Después de eso, más nunca.

Años antes ya lo habían defendido de esa forma, cuando iba a visitar a su papá y un joven trató de robarlo. Se lanzó por un barranco, le dijo a su mamá, llamaron a sus tíos y estos respondieron con balas.

—¿Qué edad tenías cuando aprendiste a disparar?

—Catorce años.

Su padrastro, que era delincuente, tuvo una hija con su madre, y él sintió celos de su hermana. Cuenta que la mamá y el padrastro lo dejaban solo. Se mudó con su abuela.

—¿Dónde dormías?

—Compartía una litera con uno de mis tíos.

Al mayor de los tíos lo liquidaron primero, en un velorio; había asesinado

a alguien y el padre de ese alguien cobró venganza. Luego fue el turno de su tío menor, su mismo grupo le tendió un complot. Eso dice Miguelón, quien buscó un revólver fuera del cerro para protegerse. Tenía amistades en otras zonas de Caracas porque jugaba baloncesto en torneos intercomunales. Sus tíos vendían droga.

—¿Y tú?

—Yo no. Todavía.

Después llegó un tipo que lo humilló mientras jugaba baloncesto. Le disparó y él tuvo que correr. Le dijo a su mamá: "*Nojoda*, yo no me voy a dejar matar". Se sentía solo, contaba con sus primos, que también eran criminales en potencia, y con un amigo, pero sin sus tíos no era igual. Fue entonces cuando compró su primera pistola. Una 7 milímetros. Quienes lo amenazaban vivían cerca. Suele ser así: los protagonistas de una "culebra" se conocen desde pequeños. Tiene un conflicto y a raíz de ahí se estudian, se juran la muerte. Disparan. Sobre todo en las noches.

—¿Qué edad tenías?

—Diecisiete.

Formó parte de una banda delictiva llamada "El autobús", que obtuvo prestigio en el mundo del hampa. Para quien crece en la ley del cerro lo más importante es el cartel y eso se traduce en que portes un buen armamento y te tengan miedo. *Nadie es más malandro que nadie* —reza un proverbio común en los barrios. Le llaman respeto.

Miguelón vendió drogas: marihuana y crack, sobre todo. Robó. Fue acumulando poder. Llevó el "volante" del "carro" en su sector, lo que quiere decir que tomaba decisiones en su banda. Era mujeriego. Le encantaban la bebida y el deporte.

—¿En ese momento aún vivías con tu abuela?

—No, ya vivía con Yelitza, mi primera mujer.

Yelitza quedó embarazada, pero perdió al bebé cuando nació. En un tiroteo mataron a una señora por accidente. Balas perdidas. Él no sabe si esas balas fueron de "El autobús" o de la otra pandilla. Esa señora era la suegra de su hermana materna y ella nunca supo que él estuvo implicado en el homicidio.

—¿Tienes una hermana paterna?

— Sí, pero con ella no me la llevo bien. Conocí a mi sobrino en estos días, también es delincuente, vino por ahí y yo le estaba dando consejos. En 20 años nunca llegamos a hablar. Esto fue hace poco, porque mi tía se murió y

yo bajé pa'l entierro. Mi hermana ni se acordaba de mí, me vio y se quedó impresionada, pensaba que la iba a matar.

—¿Por qué?

—Porque a raíz de que mi papá mató a su mamá y se suicidó, ella vino pa' la casa de mi papá y sacó su ropa y la quemó. Ella es mayor, cuando eso pasó yo estaba más pequeño y me empezaron a decir cosas. Yo la quería matar a ella y a su mamá también.

La banda "El autobús" comenzó a ser perseguida por la policía, que entró al barrio a ejecutar a los delincuentes. Miguelón huyó y se escondió en Caucagua, un pueblo del estado Miranda. Allá dejó embarazada a una chica, pero ella no le contó nada, dice. Cuando las cosas se calmaron, regresó a San Agustín y tuvo una hija sin saberlo. Al tiempo volvió con Yelitza, quien quedó embarazada, nuevamente. Le nació otra hija. A esta sí la conoció de inmediato.

—¿Sigues con Yelitza?

—No, ya te voy a contar.

A partir de entonces, en lugar de sentar cabeza, siguieron las noches de robo, rumba y mujeres. En otra de muchas fiestas, una de sus "culebras" llegó "echando plomo". Le mataron a un compinche, a uno de sus primos le dieron un tiro en el ojo y él terminó con una bala en el hombro. Los llevaron al hospital. Alguien le avisó a Yelitza, quien estaba en su rancho con la bebé, en ese momento de once meses. Ella salió a buscarlo y quedó atrapada entre las balas de los que dispararon en la rumba y los que respondieron desde una calle cercana. Terminó herida de muerte. La llevaron al hospital donde estaba Miguelón. Se encontraron en Emergencias. Él se sorprendió, le preguntó qué coño hacía allí.

—¿Por qué estás sangrando así? ¿Dónde está la bebé?

Los médicos no pudieron salvarla.

Miguelón supo entonces, más que cuando trataron de robarlo por primera vez, más que cuando su papá se mató con una pistola que él le había entregado, más que cuando pensó que su madre lo quería menos que a su hermana, más que cuando asesinaron a sus tíos, más que cuando perdió a su bebé, más que nunca supo que quería vengarse, exterminar a alguien, acabar con todo. No le importaba nada más.

Tenía 25 años. Hoy tiene 36, cinco hijos, siete balazos en el cuerpo, y está en una silla de ruedas.

¶

La historia de Miguelón no es una excentricidad en un país que tiene una tasa de homicidios de 70 por cada cien mil habitantes, según las estimaciones de la investigadora Dorothy Kronick, que rebasan las cifras oficiales y están por debajo de las proyecciones de otras ONG, como el Observatorio Venezolano de Violencia. Venezuela es uno de los países más peligrosos del planeta y su capital una de las ciudades que aporta más cadáveres abaleados.

Dentro de las 32 parroquias que conforman Caracas, San Agustín, donde vive Miguelón, tiene un estimado oficial de cincuenta mil habitantes repartidos en sus lomas, y solo entre mayo y junio de 2016 varios entrevistados afirman haber conocido sobre al menos nueve asesinatos. Uno de ellos tuvo amplia notoriedad, pues ocurrió dentro de uno de los funiculares del sistema de metrocable, un teleférico que funciona como transporte masivo y conecta a los habitantes del barrio, enclavado en montañas, con la parte baja de la ciudad.

Jesús Galarraga, habitante de la zona desde que nació, hace 33 años, cuenta que iba en el siguiente vagón y presenció el homicidio:

—El chamo ni se dio cuenta, estaba viendo su celular cuando abrió la puerta y llegó el otro, le puso el arma en la cara y ¡bum! Aquí también mataron a otro hace poquito —señala el lugar donde estamos—. El chamo saltó de ahí pa' abajo y lo estaban esperando. Por eso está cerrada la estación y nada más está esa puerta abierta, y por eso están los policías.

Se refiere a la fachada del metrocable en La Ceiba, que comunica con una calle del barrio. Abajo, a pocos metros, está un colegio de la organización católica Fe y Alegría, donde estudió él. También Miguelón, antes de que lo expulsaran, y la mayoría de los habitantes de la zona, que entran o salen de la estación a toda hora. Al lado está la cancha de baloncesto Por la Paz y la Vida coronando una edificación enorme, de cinco pisos, una obra del gobierno chavista del Distrito Capital.

En los niveles inferiores hay un mercado y una farmacia que por lo general están cerrados. En los pisos siguientes hay salones para talleres educativos, de danza y teatro, y también exposiciones. Dictan clases de percusión y conviven alumnos de la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar.

La instalación deportiva está protegida por cercas sobre pequeños muros de cemento. El techo es alto. Al ser un quinto piso y estar sobre la loma de una montaña, la vista hacia los cuatro puntos cardinales es privilegiada: ofrece un campo de beisbol, terrenos baldíos, ranchos, escalinatas y perros, el verde de su amplia floresta, avenidas con movimiento, torres y monu-

mentos como íconos de la arquitectura modernista del siglo xx, los linderos de la ciudad que se pierden y sus contornos que se bifurcan. Allí juegan baloncesto desde las alturas.

Mientras converso con Galarraga, desde un costado aparece una niña. Es su sobrina y toca el violín. Acaba de terminar una clase de la orquesta sinfónica. Le pide la bendición y cuenta que la maestra le está enseñando “una música toda loca” que a ella le gusta. Comienza un diálogo entre ambos:

—¿Y tu mamá?

—Está allá abajo.

—¿Cuándo vas a subir pa’ allá arriba? Ve un fin de semana.

—No sé, tío, ahorita las cosas están peligrosas. Iba a ir la otra vez y mi mamá me echó pa’ atrás, pero a lo mejor voy este fin de semana, si Dios quiere y no pasa nada grave.

La niña se marcha. El hombre hace una pausa.

—¿Ves? Los chamos ya piensan así. Ella solo tiene siete años.

San Agustín cuenta con una impronta criminal y cultural reconocida en la capital. De esta barriada que se extiende entre laderas y miles de viviendas, callejones que serpentean verticalmente bajo techos de zinc, cables de alta tensión, cabillas, bloques de cemento y ropas secándose al sol, como si algo estuviera siempre a medio construir, han surgido músicos, artistas y deportistas, pero también malandros: ladrones, traficantes, asesinos.

El crimen y su configuración en esta parroquia, sin embargo, distan de las formas de acción de otras barriadas peligrosas de Caracas, como El Valle, El Cementerio y la Cota 905, sectores que se comunican entre sí por la parte alta de sus montañas y donde el gobierno de Venezuela ha centrado la llamada Operación de Liberación y Protección del Pueblo (OLP), un operativo armado y represivo que busca combatir a las bandas criminales, que han establecido alianzas entre sí.

Según declaraciones de periodistas, investigadores, funcionarios y también delincuentes, estas alianzas, esta “paz” entre malandros, es una orden que viene de las prisiones, donde la palabra de un líder, llamado “pran”, puede ser una sentencia de muerte. Los “pranes” deciden qué se hace y qué se deja de hacer en las celdas, patios y pabellones de la cárcel. Están presos, pero imponen su ley tanto adentro como afuera: poseen celulares, dinero y armas de alto calibre. Usan sus contactos y mueven redes que los conectan con gente en las ciudades, en las bandas y en el sistema de justicia.

Donde existe “la paz” de los malandros hay códigos y tareas para el

escape, el hurto, el robo, la extorsión, el secuestro, la venta de drogas, los asesinatos, las ejecuciones y el ocultamiento, desmembramiento o desaparición de cadáveres. Se respetan las jerarquías y lo que hagan los bandidos de otros cerros porque el enemigo es uno: el uniformado, bien sea policía o guardia nacional. Al que "se coma la luz", como dicen para referirse a alguien que ha quebrantado una norma, lo eliminan.

Esa "paz" entre delincuentes existió poco tiempo en San Agustín porque son muchas bandas, no hay un solo líder. Es lo primero que me dice Miguelón cuando nos presentamos. Galarraga opina lo mismo y se refiere a una orden policial en Venezuela que prohibió el patrullaje en ciertos sectores dominados por el hampa, como parte de un proyecto impulsado por el gobierno en 2013, llamado Movimiento por la Paz y la Vida. Dice que funcionó solo por unos meses.

—Una autoridad habló con los malandros para que se acabaran los disparos y entregaran las armas, pero ellos más bien se tomaron un break para armarse mejor, y seguían robando en la calle. Son cosas que la gente sabe. Hasta que llegó el momento en el que volvieron los problemas y ahora es peor. ¿Por qué? Porque esos chamos tienen armamento de guerra. Aquí hay semanas en los que salen hasta cinco muertos.

Las cifras oficiales sobre homicidios en Venezuela son un misterio debido a la opacidad del gobierno, pero entre periodistas de sucesos, institutos de investigación y ONG de derechos humanos surgen estimados que reproduce la prensa. El de junio de 2016 es un boquete que espanta: ingresaron quinientos cadáveres abaleados al Servicio Nacional de Medicina y Ciencias Forenses, mejor conocido como la morgue de Bello Monte, en Caracas. Hasta entonces, uno de los meses más violentos de los que se tenga registro.

En la parroquia El Cementerio, el comerciante de origen portugués Ricardo Soares, que en realidad tiene otro nombre, cuenta que un famoso criminal del sector Cota 905, apodado "El Coki", lo ha llamado para pedirle 30 kilos de carne. Ha ocurrido dos veces. El maleante envía a jóvenes en motos y paga un precio que no le permite a Soares ganar dinero, pero sí tranquilidad. Este joven, socio de una carnicería y otro negocio de alimentos, ha convivido con los malandros de la zona desde niño. Afirma que creció con ellos, se conocen y se respetan, pero a inicios de 2016, desde la parte más alta de El Cementerio hubo una orden: todos los comercios deben pagar una "vacuna", eufemismo para la extorsión periódica, en este caso, mensual.

—Yo no es que sea su pana, pero he hablado con los "pranes" de abajo. Hay una relación. Ellos me protegen porque cuando me llega comida, los llamo y sus familias nunca hacen cola, y tú sabes que ahora, con la escasez de alimentos, eso se agradece. Pero tuvieron que ponerse de acuerdo con los de arriba para cobrarme, y eso que antes se odiaban, se caían a plomo. A esos chamos también les doy carne para que hagan parrillas.

—¿Y te han invitado?

—Un par de veces, pero, ¡qué va! Una tarde me vinieron a buscar, me montaron en una moto y me tocó ir a negociar. En los otros locales pensaron que me estaban secuestrando. Subí y cuando llegué fue como hablar con un empresario, solo que había un poco de chamos armados, con granadas, fusiles, de todo.

—¿Cuántos eran, aproximadamente?

—Más de 40. Me ofrecieron de beber. Hablamos tranquilos. Al final, como yo conocía a los de abajo, me cobran solo 150 mil bolívares mensuales. Eso fue a principios de año, pero por la inflación ya me avisaron que pronto va a subir. La crisis les afecta a todos, papá. A una doña que tiene un negocio en la esquina, que no quiso pagar la "vacuna", la secuestraron, la amenazaron y le quitaron diez mil dólares. Ahora está pagando su vaina.

A mediados de 2016, esos 150 mil bolívares equivalían a unos nueve salarios mínimos en Venezuela. Aparte, Soares contrata también a dos policías para que lo escolten hasta la autopista cuando cierra sus locales. El monto es similar. En total paga unos veinte salarios mínimos cada mes para sentirse medianamente seguro. Hasta que le aumenten la extorsión.

No es una exageración afirmar que los habitantes de Caracas de cualquier localidad y estrato social han sido asaltados, secuestrados o extorsionados, o bien tienen un familiar o amigo que ha sido víctima de estos crímenes o, incluso, fue asesinado. Para combatir esto, el gobierno nacional puso en acción la OLP, el vigésimo segundo plan de seguridad luego de 17 años en el poder.

La OLP se inició en julio del 2015, pero no cuenta con un marco legal en documentos públicos ni determina sus alcances en la Gaceta Oficial, el órgano divulgativo de los decretos emitidos por el Ejecutivo. En paralelo, los líderes del chavismo apuntan a una idea que repiten como mantra: no luchan con delincuentes comunes, sino con paramilitares financiados por "la derecha", en abstracto, que forman megabandas y entrenan a sus soldados.

En Venezuela, las municiones son competencia legal y exclusiva del

Estado, pero es común el uso de granadas, fusiles y metralletas entre las bandas delictivas. ¿Cómo llegan a los delincuentes? Aunque el gobierno se haga la víctima, parte del problema está en el tráfico de balas y armamento a través de militares y policías.

Al cumplir su primer año, la OLP ha aniquilado a famosos narcotraficantes, homicidas y exconvictos, pero no ha generado la pacificación ni la justicia prometidas, según el balance que realizan Keymer Ávila, investigador del Centro de Estudios Penales de la Universidad Central de Venezuela, y voceros de instituciones como el Comité de Familiares de las Víctimas (Cofavic). Por el contrario, ha aumentado la violencia a partir de estos enfrentamientos armados y del abuso de poder. El Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (Provea) y Human Rights Watch publicaron un informe en abril de 2016 en el que dan cuenta de detenciones masivas, maltrato de detenidos, desalojos forzosos y al menos veinte ejecuciones extrajudiciales.

Alexander Torres es padre de dos niños y vive desde que nació, hace 30 años, en el sector El 70 de El Valle, uno de los barrios de Caracas dominados por la acción criminal. Su casa está cerca del lugar que usan los delincuentes para reunirse con sus fusiles a la vista. Con ellos negoció el uso de un terreno para fines religiosos. Acude a una iglesia cristiana y asegura que nunca lo han robado allí, pero que con la policía instalada en las calles por la OLP, el orden ha cambiado, los de la banda huyeron o están escondidos. Al líder lo mató la Policía Nacional Bolivariana.

—Yo puedo transitar a la hora que sea mientras estén los malandros, inclusive me siento más seguro cuando los veo. Ahorita ando preocupado porque están afuera y la policía le quita dinero a la gente. Te paran y si te consiguen "unos reales" se los quedan. La gente no conoce sus derechos y un policía mete miedo. Tiene su pistola, te puede desaparecer, tú sabes cómo es. Claro, no todos son iguales.

—¿Los criminales de El 70 prohíben robar en el barrio?

—Allá respetan mucho a uno, y más como cristiano. A veces llegan y te dicen: 'Coye, varón, échame una bendición aquí. Mira, tengo un problema con mi esposa'. Yo he recibido vendedores de droga, minoristas, hubo uno que fue hasta mi casa y lloró. Hace meses llegaron unas chamas de Valencia, tenían dinero y unos malandros las robaron y las mataron. Esos malandros eran de El 70, pero el mismo líder de la banda los mandó a eliminar porque se "comieron la luz".

¶

Después de envenenarse de odio por el asesinato de Yelitza, la madre de su hija, Miguelón incendió la casa de los homicidas, que en ese momento estaba vacía. Siguió su rutina criminal entre rumbas y partidos de baloncesto hasta que conoció a una chica llamada Haiskel, que tenía 17 años, y se enamoró. Ella le pidió que abandonara la delincuencia. Tuvieron un hijo y él comenzó a alejarse de sus fechorías, pero era mujeriego y agotaba a su nueva pareja, así que se fue a vivir con otra.

Sus robos eran cada vez más esporádicos y en uno de ellos fue capturado por la policía: le decomisaron la pistola y lo dejaron en libertad esa misma madrugada, luego de pagar una extorsión. Uno de sus compinches le debía dinero y él le había advertido que tenía que pagar o atenerse a las consecuencias.

El 06 de junio de 2010 fue a una fiesta. Seguía desarmado a causa del robo frustrado. Se estaba marchando cuando pusieron tambor, un ritmo musical hecho para cinturas vertiginosas y cuerpos que saben sudar. Una mulata le pidió devolverse. Estaba bailando cuando escuchó que alguien gritó su nombre sobre el repique de los cueros. No llegó a voltearse del todo.

Uno.

Dos tiros.

Por la espalda.

Fue su compinche.

Quiso matarlo antes de que él lo liquidara por el dinero que le debía.

Miguelón terminó nuevamente en el hospital. Juró vengarse, pero su columna hizo corto circuito y sus piernas no respondieron. Los especialistas dijeron que nunca volvería a caminar. Comenzó la recuperación en San Agustín con médicos cubanos. Haiskel, la madre de su hijo, lo convenció para que acudiera a una iglesia cristiana. Por primera vez se preguntó por el sentido de la vida que había tenido hasta entonces.

—Mi mentalidad fue cambiando, antes tenía miedo de salir porque decía: 'Si pasa la "culebra" y me ve en silla de ruedas, me mata', pero empecé a luchar. Me había separado de la mamá de mi hijo y estaba con la otra chama, que me había salido preñada, pero yo era desconfiado, pensaba que me iba a "montar cachos". Me separé. Hablé con Haiskel. Hablé con el niño. Ella volvió conmigo y me puso condiciones, me ayudó en la rehabilitación. Fue una lucha, un proceso tremendo, pero poco a poco me levanté. Con voluntad.

Se puso en pie en pocas semanas. Aunque puede apoyarse en unas muletas para andar trayectos cortos, se cansa rápido y hoy vive en una silla de

ruedas. Así encaró al hombre que le había disparado por la espalda. Le dijo que él podía haberlo matado, pero que ya no importaba. Lo perdonó.

—Ese chamo sigue vivo, pero está peor que yo.

—¿Por qué?

—Porque vive encerrado en cuatro paredes, o escondiéndose, no puede salir. Por aquí mataron a uno hace una semana, él estaba ahí y también lo plomearon. Se lo tuvieron que llevar del barrio.

A Miguelón lo salvó el baloncesto. Durante la inauguración de la cancha Por la Paz y la Vida, junto a la estación de metrocable La Ceiba, pidió entrenar a los niños y adolescentes que quisieran ser dirigidos por él. Nunca antes lo había hecho y en su condición sería más difícil. Comenzó con seis y al mes eran treinta.

Hoy es quien se encarga del mantenimiento de la instalación, con sus propios recursos, tiene la llave para abrir y cerrar la puerta, practica con la selección para discapacitados del distrito capital y suma cinco años dirigiendo todas las semanas a los chicos y chicas de su escuela Team Work, a quienes les repite hasta el cansancio que hay pocas opciones para no caer en la delincuencia. Se pone de ejemplo: a medio afeitar, sentado en su silla de ruedas, con bermudas o jeans gastados, se toca con el índice la cabeza, sobre la que a veces lleva una gorra, y más bien seco, apoyado en el sarcasmo, muestra sus heridas. Sus piernas son más delgadas que sus brazos, prácticamente unos huesos forrados de piel. No les pide, les exige: que no sigan sus pasos o terminarán caminando mal.

Haiskel, su actual pareja, cuenta que ella tuvo dudas sobre el papel de Miguelón como entrenador, porque su cambio no fue de la noche a la mañana. Seguía bebiendo, a veces fallaba. Pero él le habló de "rescatar a esos chamos" y ella reconoció otra motivación. Cuando la cancha Por la Paz y la Vida estuvo inhabilitada durante un tiempo, él bajaba hasta una más lejana, llamada "El plan", y hasta allá iba a entrenar.

—El de antes era irresponsable hasta con sus hijos —dice Haiskel—, ahora piensa primero en los demás, sobre todo en los muchachos de su cancha. Él los apoya en sus sueños y les habla claro, los salva del ocio y de lo que se vive aquí todos los días, que es el malandreo.

A este hombre lo conocí a través de una organización civil llamada "Caracas mi convive", que apuesta por la reconciliación y el perdón, por acciones de convivencia en espacios donde la violencia está presente. Es una iniciativa que arrancó en 2013 y ha logrado desplegarse por más de 16 ba-

rriadas caraqueñas, siempre apalancadas por la presencia de un líder comunitario. Miguelón, que antes fuera un maleante: ladrón, vendedor de crack, asesino, es hoy ese líder. Dirige. Consigue dotaciones para sus jugadores. Protege el espacio.

—A los chamitos malandros de hoy en día tú no les puedes decir nada, pero ha habido problemas cerca de por aquí y yo he tenido que bajar y decirles: 'Epa, *mano*, ¿qué pasa? Tú sabes que yo ando es con puros chamos sanos, gente que está pendiente del deporte, ya no estoy con la delincuencia'. Y ellos: 'No, vale, tranquilo. Nosotros sabemos que tú estás en tu cancha'.

Este viernes en la tarde, desde su silla de ruedas, Miguelón grita hacia las gradas. Se toma en serio su papel de árbitro de un torneo intercomunal que él mismo organiza. Carga un cuaderno en el que escribe y revisa horarios de los partidos por venir.

Junto a él está Yhaderlyn, una morena que lleva las anotaciones del juego: minutos, puntos y faltas. Tiene 21 años. Creció en San Agustín, pero a raíz de la construcción del metrocable, el gobierno le ofreció otra vivienda a sus padres y se mudaron. Ella igual regresa para las prácticas todas las semanas desde hace tres años y, como las otras chicas, respeta a su entrenador. Son solidarias con él. Lo quieren. Ella estudia sexto semestre de contaduría en la Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada (Unefa). Juega con el equipo de su universidad, pero afirma que el entrenamiento de La Ceiba es más físico y completo.

—Miguelón es exigente. Le gusta que tengamos disciplina, que nos comportemos bien, incluso fuera de la cancha. Que veamos el deporte como un estilo de vida. Nos dice que así estemos perdiendo por muchos puntos, nunca dejemos de luchar. Que ganemos o perdamos, pero con los zapatos puestos. Ayer mataron a un chamo por la redoma, cerca de aquí, y mi mamá me pidió que no viniera. Eso es algo que desmotiva. Nosotros hemos vivido balaceras aquí metidos, ahí están las marcas de esos disparos, pero Miguelón siempre nos habla de su situación y nos incentiva.

Haiskel mira esta tarde el entrenamiento con una bebé de ocho meses en sus brazos. Es la hija más pequeña de Miguelón. Cuenta que el grupo tiene poco apoyo de los padres y del resto de la comunidad. Hay eventos a los que acuden grupos de música, danza o teatro del sector, pero lo que tienen el entrenador y sus chamos es producto de su esfuerzo, del dinero obtenido por rifas y torneos, o de donaciones como las que realiza la asociación civil "Caracas mi convive".

Miguelón usa sillas de plástico y pequeños conos para señalizar los ejercicios, balones viejos que abrió con una navaja y llenó de tierra para hacer movimientos de fuerza, y también las gradas del recinto, sobre las que exige saltos, subidas y bajadas. Para hidratarse cuentan con un termo decrépito. Antes de cada sesión, buscan agua que por lo general les regala el personal del metrocable, pero estas semanas han tenido que conseguirla en otro lado y hoy el agua tiene un tono verdoso. Algunos jóvenes prefieren no beber de ella, a pesar del cansancio.

Rommel es el más alto, supera los 1.80 metros. Es fuerte, sus movimientos son poco fluidos. No logra cumplir con una tarea: elevarse con ambos pies hasta el siguiente escalón en la grada. Teme caerse. Miguelón lo llama y le pide que salte sobre el piso. El chico lo hace. Después lo invita a que repita el movimiento hacia delante.

—Si te sientes inseguro nunca vas a lograr lo que quieres. Confía en ti.

Lo para frente a las escalinatas y le dice que lo intente. Rommel vacila, solo levanta un pie. El entrenador lo lleva de a poco y el chico respira hondo. Cierra los ojos y aprieta los puños. Se eleva y, por menos de dos segundos, vuela sobre sus miedos. Dos de sus compañeras lo aplauden. El entrenador se voltea con una sonrisa.

Durante el torneo, que puede durar meses, Miguelón arbitra casi siempre con el pito en la boca porque las manos las usa para girar las ruedas. Va de un lado al otro de la cancha. Acelera. Frena. Avanza. Retrocede. Hace un chiste. Se ríe, tiene los dientes montados. Su boca es una ciudad donde ha ocurrido un terremoto.

Durante un momento del partido va hasta un costado y toma un cepillo para barrer los pequeños pozos de agua que quedaron detrás de uno de los tableros, producto de la lluvia. Se queja de la falta de recursos. Dice que sus chamos son buenos, pero no tienen ni zapatos adecuados y merecen más.

Al terminar el último juego de este viernes, algunos se quedan charlando y otros practicando jugadas. De repente se escuchan disparos. Vienen de una calle aledaña a la planta baja, al lado de un conjunto de edificios donde viven dos alumnas de Miguelón. Una de ellas mira todo desde arriba mientras escribe por su celular.

El entrenador está excitado. Se desplaza en su silla de ruedas hasta la cerca para presenciar mejor el tiroteo que ocurre abajo, a unos cincuenta metros. En la cancha se emocionan. Sienten curiosidad, comentan. Desde allí ven cómo varios muchachos de su edad, que están armados, corren para

esconderse y entran a los edificios. Hay mirones en la calle y en las ventanas de los apartamentos. Las balas cesan y vuelven.

El eco de los disparos hace difícil precisar el lugar de los pistoleros, hasta que un grupo de cuatro varones y dos mujeres sale cargando a un joven herido. Lo hamacan entre sus brazos mientras caminan. Intentan parar una moto, pero el conductor no frena. Lo insultan, lo maldicen. Los disparos continúan. Cinco. Siete minutos. Casi una eternidad. Finalmente, logran que otro motorizado se detenga. A esta distancia es confuso detallar de dónde mana la sangre. El chico no se sostiene. De la cintura hacia abajo es una gelatina roja. Lo montan entre el piloto y otro que decide acompañarlos.

Arriba, en la cancha, Jesús Galarraga apunta:

—¿Ves? Esta es nuestra cultura.

Otro completa la idea y dispara sonriente:

—Bienvenido al barrio, panita.

El rebote incesante de los balones ha dado paso a un susurro. Los jóvenes se cruzan de brazos. Preguntan si alguien conocía al herido. Especulan. Las pelotas descansan sobre el piso. El baloncesto ha terminado por hoy. El sol se esconde y al fondo está la ciudad, imponente, con sus montañas y estructuras de cemento, como una gigantografía inamovible llena de hormigas. Miguelón decide cerrar y manda a recoger todo. Frente al silencio del grupo, suelta con naturalidad:

—Vamos, que esto se está poniendo feo, *mano*, y ustedes pueden correr, yo no.

Al día siguiente, el torneo sigue.

Es el turno de las chicas a las que dirige Miguelón: se las verán contra un equipo de varones.

Por ética deportiva, él no será el árbitro. Dará las instrucciones desde un costado, regañará, subirá las cejas. Apretará la boca y cerrará los ojos, como suele hacer cuando algo no le gusta.

Será un partido duro, de fallos y entregas comprometidas. El ánimo se desbordará mientras un manto de luz fina entra desde un costado. Miguelón se inventará un chiste antes de frotarse las manos para celebrar un lance.

Se jugará con ambición. Habrá gritos de aliento. La pasión flotará sobre la cancha y bajará como un rocío sobre el cerro. Por un momento, solo existirá ese partido. No habrá más. Al final, ellas perderán por un punto, pero lo harán batallando y se notará en sus rostros: hasta el último segundo correrán hacia el aro contrario creyendo que pueden ganar.



RODRIGO ABD

Tierra arrasada



1. *Un hombre andando por alfombras inundadas de agua en La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el viernes 2 de mayo del 2014. Agentes del ejército, la policía y la marina habían empezado a destruir maquinaria dedicada a la minería ilegal de oro en esa región selvática del sureste del país. Las autoridades comenzaron a imponer la prohibición de practicar la minería legal el lunes en el distrito de Huepetuhe. Antes de que se cumpliera el plazo, los mineros se enfrentaron a la policía y cortaron el tráfico intermitentemente en la Ruta Interoceánica, que conecta el Pacífico con Brasil.*





2. *Esta fotografía del 11 de noviembre del 2014 muestra una vista aérea de relaves del distrito de La Pampa producidos por la minería informal en el departamento peruano de Madre de Dios. Unos 1.200 agentes del ejército, la policía y la marina habían empezado a destruir maquinaria dedicada a la minería ilegal de oro en esa región selvática del sureste del país. La vigésima Conferencia sobre Cambio Climático de las Naciones Unidas, conocida como COP20 o CMP10, se celebraría en Lima, la capital peruana, del 1 al 12 de diciembre de ese año.*

3. *Unos hombres filtrando agua para quedarse con la arena y el oro en La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el viernes 2 de mayo del 2014.*



La conocen como La Pampa y es un territorio de 50 mil hectáreas de bosques tropicales arrasados por la fiebre del oro. Está en la región de Madre de Dios (sudeste del país) y vista desde el aire parece un campo de batalla asolado: repleto de profundos cráteres, con troncos de árboles amputados y tiendas de plástico azul donde se asientan los miles de buscadores de oro que llegan desde las áreas más desfavorecidas de Perú.

La extracción ilegal de oro está estimulada por el alto precio de este metal —cuya onza vale 1.200 dólares— y en menos de una década ha provocado un desastre ecológico: el suelo de los bosques está erosionado y los ríos amazónicos están contaminados por el mercurio que usan los mineros artesanales para separar el oro de las impurezas.

Desde finales de 2012, el Estado peruano ha intentado combatir el avance de la deforestación de La Pampa, y la contaminación del suelo y el agua. En las llamadas interdicciones —masivos operativos policiales que se hacen por aire y tierra— se expulsa a los mineros del lugar, se destruyen sus campamentos y se dinamita la maquinaria que usan.

Pero la lucha estatal por proteger los recursos naturales es limitada y choca contra el drama social que atraviesan los mineros que encuentran en la minería un medio para salir de la pobreza. Aunque no hay cifras oficiales, dado su grado de informalidad, las autoridades peruanas calculan que en La Pampa trabajan alrededor de 20 mil mineros, incluyendo niños y mujeres.

Uno de estos trabajadores anónimos explica su difícil situación: "Sabemos que depredamos el bosque, pero qué vamos a hacer, si el gobierno no nos da alternativas. Estamos dispuestos a reforestar si nos piden que lo hagamos. La minería es un refugio para todos nosotros".

El "todos nosotros" no solo incluye a los mineros que soportan el ruido de los motores hasta 28 horas seguidas para sacar unos pocos gramos de oro sumergidos en pozas enlodadas. Alrededor de este negocio ilegal también se congregan cocineras, mecánicos, taxistas y ferreteros y otros empleos informales que demanda el asentamiento de mineros. "Vivo de los motores, soy mecánico, y si el gobierno viene y los destruye, ¿de qué voy a vivir yo y mi familia?", expresa Leoncio Condori, de 51 años, quien hace seis se estableció en La Pampa para mejorar sus condiciones económicas.

www.rodrigoabd.com



4



5

4. *En esta fotografía del 4 de mayo del 2014 vemos a un minero que sostiene una amalgama de mercurio y oro conseguida tras hacer un turno de 28 horas en una mina de oro ilegal en La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios. Miles de hombres dedicados a la minería artesanal soportan los largos turnos entre sudores y se exponen, por unos pocos gramos de oro, a los peligros de los hundimientos del terreno, a que una máquina les aplaste un brazo o una pierna y al mercurio tóxico utilizado para amalgamar las partículas del metal precioso.*

5. *Mineros llamados "maraqueros" preparando la máquina conocida como "chupadera", tras bajar los motores desde la superficie hasta el cráter (que puede llegar a estar a casi 16 metros de profundidad) y antes de empezar a trabajar en la búsqueda de oro en La Pampa, el lunes 5 de mayo del 2014.*

7. (doble página): *Manuel Espinosa sosteniendo a su hijo Edward, de cuatro meses, durante una pausa de la actividad minera en La Pampa, el viernes 2 de mayo del 2014.*

6. *Mineros llamados "maraqueros", porque trabajan con un artefacto conocido como "maraca", retirando grandes piedras y pedazos de troncos de árboles en La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el sábado 3 de mayo del 2014.*











8. *Esta vista aérea tomada desde un helicóptero de la policía muestra los efectos de la minería ilegal en una zona deforestada conocida como La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el miércoles 24 de febrero del 2016. A la derecha vemos una tolva, una construcción rudimentaria, similar a una esclusa, formada por pedazos de alfombra con el objetivo de recoger los depósitos de oro del sedimento del agua.*



9. *Policías protegiéndose del polvo levantado por un helicóptero durante una operación destinada a erradicar la minería ilegal en la zona conocida como La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el miércoles 24 de febrero del 2016.*



10. *En esta fotografía del 12 de noviembre del 2014 vemos a una columna de policía andar por un campamento minero ilegal destruido durante una operación destinada a erradicar la minería ilegal en La Pampa.*



11. *Llamas y columnas de humo negro sobre un campamento minero ilegal destruido después de que las autoridades prendieran fuego a las motocicletas y la gasolina empleadas por los mineros, en el marco de una operación destinada a erradicar la minería ilegal en la zona conocida como La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el miércoles 24 de febrero del 2016.*



12. *En esta fotografía del miércoles 30 de abril del 2014 vemos arder gasolina utilizada en la minería ilegal tras la actuación de las autoridades en el distrito de Huepetuhe, en el departamento peruano de Madre de Dios, el lunes 28 de abril del 2014.*





13. *Una madre cargando a su hija en el campamento minero donde vivían, en el distrito de Huepetuhe, en el departamento peruano de Madre de Dios, el lunes 28 de abril del 2014. Unos 1.500 agentes del ejército, la policía y la marina habían empezado a destruir maquinaria dedicada a la minería ilegal de oro en esa región selvática del sureste del país.*



14. *Un minero empapado y cubierto de barro trabajando en el interior de un cráter en busca de oro en La Pampa, en el departamento peruano de Madre de Dios, el domingo 4 de mayo del 2014.*

ALEJANDRA SÁNCHEZ INZUNZA

Instrucciones para respirar en la Ciudad de México

“Para hacer de Ciudad de México un lugar más habitable varios expertos coinciden en que es indispensable cambiar el modelo de ciudad.”

Cuando Roxana Malvaez empezó a correr para tener una vida más sana, no pensó en el aire. Cuando le dolía la cabeza durante sus trotes por el bosque de Chapultepec, el mayor parque de Ciudad de México, no pensó en el aire. Cuando en medio de la pista sintió por primera vez el sangrado de su nariz, no pensó en el aire. Cuando tenía que pausar el rock que escuchaba en su celular porque no podía avanzar más de un kilómetro sin ataques de tos, no pensó en el aire. Cuando acabó en el doctor con un ojo parchado, no pensó en el aire. Pero el aire tenía que ver con todo.

Respiramos 21,000 veces al día para sobrevivir pero no pensamos que el aire nos puede dañar. Podemos elegir qué comer, dónde vivir, con quién salir pero no qué respirar y en Ciudad de México, el aire solo es bueno 8 de cada 10 días. Al trotar al aire libre, Roxana Malvaez se enfrenta a una mezcla de contaminantes —ozono, dióxido de azufre, nitrógeno, material particulado, monóxido de carbono y plomo— que en dosis muy concentradas puede provocar desde una rinitis hasta un enfisema pulmonar. Cuando los sangrados de nariz, la garganta reseca y los dolores de cabeza se agudizaron, Roxana, internacionalista de 28 años, fue al médico porque creía que tenía alguna enfermedad que se manifestaba al correr. “El doctor me dijo que tenía que dejar de correr al exterior. ¡No era yo, era el aire!”, dice Roxana, quien odia ejercitarse en la caminadora de un gimnasio. El material particulado —mejor conocido por su tamaño como PM 10 y PM 2.5— se le quedaba en la nariz, le provocaba costras y, a su vez, sangrados. También tenía que ver con la tos, el dolor de cabeza y la sensación de cansancio. Hace unos meses, una partícula microscópica e imperceptible se metió en su ojo, se quedó en su lente de contacto y le rasgó la retina. Durante dos semanas usó un parche y no salió a correr.

Desde hace más de 30 años, Ciudad de México ha estado entre las metrópolis más contaminadas del mundo y esa etiqueta ha dado pie a decenas de rumores. En una noticia del periódico mexicano *El Tiempo*, del 20 de

julio de 1982, se decía que respirar su aire era equivalente a fumar 40 cigarros, que los choferes de taxis y camiones tenían conjuntivitis por la contaminación, que había congestionamientos por tráfico de más de tres horas, filas de 12 kilómetros y 8,000 coches, y que la polución había disminuido la visibilidad en el aeropuerto de cinco a tres millas. Las leyendas urbanas son creíbles en una ciudad que tiene más coches de los que Madrid tiene habitantes y donde hasta hace un par de décadas había una refinería de petróleo, la gasolina tenía plomo y no se medía la calidad del aire. En medio de la descomposición etérea, los *chilangos* han aprendido a respirar sin mascarilla de carbono y a no parar a pensar en qué se llevan a los pulmones.

Pero 2016 ha sido un año infumable. Después de 14 años sin una contingencia ambiental —los niveles de contaminantes son tan elevados que hay que tomar medidas emergentes como disminuir el uso del vehículo y no hacer actividades al aire libre—, la capital ha tenido nueve solo en el primer semestre y sus habitantes han empezado a pensar en el ozono, dióxido de azufre, dióxido de nitrógeno y material particulado que se alberga en la nariz y los pulmones; en el benceno que se acomoda en el hígado y los riñones; y en el plomo y monóxido de carbono que se incrustan en el cerebro y el corazón.

Nadie toma voluntariamente un vaso de agua sucia o come una manzana podrida, pero es imposible no inhalar la suciedad del aire. De acuerdo con el Instituto Mexicano de la Competitividad, en 2015 la contaminación en el aire de Ciudad de México provocó al menos 1,800 muertes, 4,500 hospitalizaciones y 248,000 consultas médicas.

"Ningún certificado de defunción dirá 'murió por contaminación', pero es un hecho que la mala calidad del aire afecta a la salud y provoca miles de muertes prematuras al año", explica el doctor Horacio Riojas, director de Salud Ambiental del Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) —este organismo registra 9,638 muertes por polución en el área metropolitana el último año—. Sin saberlo, los habitantes de Ciudad de México y alrededores deben sobrevivir a su aire.

Las urbes más contaminadas —Pekín, Shangái, Hanoi, Dubái, Lima, Nueva Delhi— están llenas de personas que gastan sus ahorros en purificadores de aire o que beben una cerveza en bares donde pagan por aire limpio. Si el futuro fatalista implica a ciudadanos que van de compras con un tanque de oxígeno, en el presente algunos deportistas, ricos y famosos duermen en cápsulas de aire para prolongar su calidad de vida y sobrevi-

vir a la contaminación. Unos holandeses diseñaron hace un par de años la Aegis Parka, una chaqueta hecha con la tela más resistente del mundo, que cuenta con una máscara de carbono y se enciende cada vez que el nivel de contaminantes es muy alto. La tecnología nos ayuda a soportar el aire sucio.

En Ciudad de México el aire determina lo que hacen sus habitantes. Un abogado renuncia a la casa de sus sueños para poder respirar. Unos médicos buscan la cura al asma analizando el aire más sucio de la capital. Un mecánico ignora que sus pulmones podrían estar tan contaminados como los de un fumador. Un profesor lidia con un grupo de alumnos enojados por no poder jugar al aire libre. Un informático estudia francés durante los embotellamientos. Un poeta recoge pájaros muertos víctimas del plomo. Millones de automovilistas se vuelven histéricos con el Hoy No Circula y un grupo de ciclistas finge morir por un ataque de tos producto de la contaminación.

Para sobrevivir al aire de Ciudad de México, Roxana Malvaez pidió un cambio de horario en su trabajo en una cámara de comercio para poder entrenar antes de trabajar. "Me asusté cuando supe que las partículas se quedan en mis pulmones pero no quiero dejar de correr fuera", dice. Tres veces por semana vuelve al bosque de Chapultepec para correr por las mañanas —a pesar de la prohibición médica—porque por esa hora hay menos emisiones en el aire. No sale a la calle sin antes mirar cómo está la calidad del aire. Para entrenar para su primer maratón compró una mascarilla, que no siempre se pone, y un humidificador. Cada vez que llega a su casa, Roxana Malvaez toma una buena dosis de aire puro para compensar las horas que respira el aire sucio del exterior.

¶

Para que funcione una capital de 20 millones de personas se necesitan 52,000 vehículos con 30,000 toneladas de comida. Cada noche, mientras Ciudad de México duerme, miles de camiones sueltan nubes de humo negro al llegar al mercado más grande del mundo, la Central de Abastos. Los vehículos estacionan en el espacio donde cabrían casi 700 estadios de fútbol, y los comerciantes sacan de sus contenedores kilos de carne, frutas, pescado, pollo, verduras y litros de agua embotellada (para la mayor consumidora de agua embotellada del mundo). Durante toda la madrugada, acomodan piñas y sandías en pilas de tres metros de altura, colocan letreros sobre tomates y patatas que dicen "Qué chulada" u "¡Órale qué precio!" y a lo largo del día, medio millón de personas respira entre sus pasillos sin

pensar que se encuentra en una de las zonas más contaminadas de la ciudad, donde se produce un 10% de toda la basura y donde flotan miles y millones de partículas de diésel, un combustible que contamina 20 veces más que la gasolina. Narciso Hernández, un policía de tránsito que inhala 24 horas seguidas el humo de los camiones en la Central, espera con ansias el fin de su jornada para regresar a su hogar en el valle de Chalco, estado de México. "Siempre pienso en llegar a casa para desintoxicarme", dice.

La colonia Nueva Rosita, a unos metros de la Central de Abastos, es un una zona residencial donde los vecinos cierran las calles para celebrar fiestas y los camiones encuentran estacionamiento. Hay una regla ambiental inapelable: donde hay más coches hay más contaminantes. Los inventarios de emisiones de la zona metropolitana señalan que un 60% de la polución proviene de los coches particulares, entre un 15 y 20% de los vehículos de carga, y el resto, de la industria y los hogares. Además de albergar decenas de camiones y tráileres, la Nueva Rosita, al oriente de la ciudad, en la delegación Iztapalapa, está rodeada por tres importantes ejes viales. Muchos médicos, ambientalistas y estudiosos del aire han elegido los barrios alrededor de la Central de Abastos para estudiar los efectos de la contaminación en la salud, especialmente por la abundancia de ozono y PM. Los escapes de los coches emiten óxido de nitrógeno que al reaccionar con el oxígeno de la naturaleza forma el ozono, el culpable de los ojos irritados, el ardor de garganta y las casi 700 consultas médicas que hay al día por infecciones respiratorias. El óxido de nitrógeno es también precursor de las partículas suspendidas (PM) que pueden ser cancerígenas o causar enfermedades respiratorias crónicas. A pesar de que los habitantes de la Nueva Rosita tienen mayor exposición a estos contaminantes, estos parecen inmunes a ellos. "La ignorancia es la felicidad", afirma la doctora Patricia Segura, jefa del departamento de investigación del Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER). "Si no lo mides no sabes que está en el ambiente y puedes vivir toda la vida sin darte cuenta del daño que hacen los contaminantes", agrega.

Mario López, un mecánico de 30 años, ha reparado motores de tráileres desde que tenía 13. "Toda la vida he respirado humo y nunca me ha pasado nada. Sería peor que fumara", dice con una risa que deja entrever dos huecos en los dientes. López, la tercera generación de mecánicos en la familia, no percibe cuándo empeora la calidad del aire, que en su zona suele ir de mala a muy mala. De acuerdo con el doctor Horacio Riojas, estar expuesto a la contaminación puede disminuir la esperanza de vida de una persona entre

seis meses y dos años. Para su tesis universitaria, el médico siguió durante un par de años a 35 pacientes que habían tenido un infarto para determinar qué tanto daño le hacía el aire a un enfermo del corazón. Les conectó un monitor de partículas, otro de monóxido de carbono y otro que registraba la frecuencia cardiaca todo el día. “Si se acercaban a una avenida con coches, su frecuencia se alteraba. Si estaban rodeados de árboles, estaban mejor”, comenta Riojas, un hombre menudo de barba espesa y entrecana.

Hace años que sus colegas, los doctores Albino Barraza y Leticia Hernández, trabajan con personas que viven cerca de la Central de Abastos y otras zonas contaminadas al oriente y sur de la ciudad para determinar qué tanto les afecta la polución. En 2002 comenzaron un estudio con 183 niños asmáticos y sanos, de entre 6 y 12 años, expuestos a la combustión del diésel por vivir en zonas con alta circulación de vehículos pesados. Durante cinco años, los pacientes fueron cada dos semanas al Hospital Infantil donde les medían la función pulmonar y el nivel de inflamación de las vías respiratorias. “En todos los casos había disminución de la función pulmonar. El asmático es más susceptible y el efecto es más alto, pero no significa que a los sanos no nos afecte”, indica Barraza.

En 2006, lideraron otro estudio para establecer la relación entre asma, obesidad y contaminación. La metodología y los resultados fueron similares. “Los pacientes que tienen más exposición a contaminantes tienen una disminución en la función pulmonar y les aumenta la variabilidad en colesterol, triglicéridos, LDL y HDL. Esa alteración también tiene que ver con daño cardiovascular. No se puede saber si hay riesgo a que en 40 años te dé un infarto, pero si esos biomarcadores se ven alterados puedes ser más susceptible”, explica Hernández, quien asegura que siempre que hay contingencia su hija se enferma.

Un 34% de la población tiene algún tipo de alergia y un 11% es asmática. En México se decreta contingencia cuando el nivel de ozono supera los 180 puntos en el Índice de Calidad del Aire (IMECA). Esto significa que niños, ancianos y asmáticos no deben salir a la calle o hacer ejercicio. Las escuelas prohíben las actividades al aire libre. La contingencia implica una vida con ventanas cerradas.

Cuando el timbre suena y anuncia el receso, los niños de la escuela primaria Víctor María Flores, en la colonia Juárez en el centro de la ciudad, se quedan en sus escritorios cada vez que hay contingencia. El profesor Aarón Jurado les ordena que no salgan del salón como si estuvieran en una situación

de emergencia. El aire se convierte en una especie de monstruo que impide a los 22 niños de tercer grado salir a jugar. El exterior es un peligro y los alumnos tienen que comer su almuerzo en los mismos escritorios donde unos minutos antes estudiaban matemáticas. "Es engorroso porque la infraestructura de la escuela no es la más adecuada, no hay buena ventilación y estar en un espacio tan reducido implica cierta incomodidad. Los niños están enojados, aburridos, desesperados", dice Jurado, quien este año empezó a explicar a sus alumnos que el aire les hace daño. Durante la "temporada de ozono" —de marzo a junio—, las enfermedades respiratorias aumentan drásticamente en la escuela. Si un niño llega enfermo a clase lo regresan a casa para que no contagie a los demás, aunque es prácticamente inevitable. "Se enferman cada vez más. Somos más vulnerables a todos los elementos que respiramos constantemente y eso se nota más en los últimos años", dice el profesor, que lleva casi dos décadas dando clases en esta primaria pública.

Los daños a la salud dependen del tipo de contaminante. Los gases suelen pasar a todas las células del cuerpo y difundirse. El ozono, por ejemplo, es un material muy reactivo. Cuando entra a nuestro cuerpo se convierte en oxígeno otra vez, pero deja un radical libre que es muy peligroso porque va buscando con quién unirse, rompiendo enlaces y oxidando todo lo que encuentra a su paso, como los metales. "El ozono no mata pero ataranta. Detrás de él entran otras cosas", sostiene Patricia Segura.

La médico del INER suele experimentar con cobayas para ver los daños del aire sucio en el cuerpo. Las inyecta clara de huevo, a la que son alérgicas, para volverlas asmáticas. "Están totalmente sanas, pero en tres semanas empiezan a enfermarse", dice la doctora. Las cobayas son expuestas a niveles de contaminación de PM por encima de los 100 puntos, que es mala calidad del aire, más o menos lo mismo que respiran los habitantes de la Ciudad de México todo el año. Las PM se miden por el tamaño de sus moléculas. Si miden más de 10 micras (PM10) se pegan al moco y no penetran al cuerpo. Mientras menor la molécula, más peligrosa. Las 2.5 y las ultra finas, menores a una micra, llegan a los alveolos y se incrustan en la sangre. Son tan finas que llegan al cerebro y pueden ser letales. Cuando los animales están en contacto con las PM, empiezan a toser, se les cierran las vías aéreas y tienen secreciones mucosas. Sus pulmones se ponen completamente negros. "Los sometemos a contingencias. En las tres semanas vemos que aumenta la inflamación de sus vías respiratorias y las crisis asmáticas son muy severas", agrega Segura. Tiempo después, las cobayas mueren.

¶

Un día de invierno de 1987, el poeta Homero Aridjis recibió una llamada con una noticia apocalíptica: los pájaros caían del cielo. Las aves se habían convertido en su obsesión desde el día en que intentó matar a unas cuantas con una escopeta y casi termina matándose él mismo. Su experiencia con la muerte a los 10 años le despertó un interés por los pájaros y por el medio ambiente como si fueran caras de la misma moneda. "Entendí que mi sobrevivencia estaba ligada a la suya", dice Aridjis mucho tiempo después en el salón de su casa. Aquel día de invierno lo comprobaría una vez más: los pájaros se desplomaban en el suelo sin ninguna bala de por medio. El aire de la ciudad de México los estaba matando.

El escritor colgó el teléfono y corrió a la Alameda Central a recoger los cadáveres que después serían su bandera contra la contaminación en la capital. "Fueron víctimas del aire envenenado que nosotros también respirábamos", recuerda Aridjis, fundador del Grupo de los 100, una comisión de intelectuales y figuras de renombre —Juan Rulfo, Eleonora Carrington, Octavio Paz, Rufino Tamayo, entre otros— que buscaban cambios en las políticas ambientales. Su batalla empezó un día de febrero de 1985, cuando el escritor Ramón Xirau iba camino a la universidad a dar clases, pero el aire era tan gris y tóxico que pidió al taxista que lo llevara a la redacción del periódico *Uno más Uno* para publicar una carta de protesta contra la contaminación. Al leerla, Aridjis, un hombre de ojos achinados y nariz aguileña, decidió que había que hacer algo, así que llamó a Xirau y un mes después todo el país hablaba de la necesidad de respirar aire limpio. "Era asfixiante, una contaminación sólida, se sentía que se iba a caer el muerto en la calle", insiste Aridjis sobre aquellos días.

El Grupo de los 100 logró los primeros cambios ambientales en una ciudad que antes de esto no relacionaba que el color gris y nubloso del aire tenía que ver con los contaminantes. Los activistas lograron el cierre de la refinería de Azcapotzalco, la creación del primer sistema de monitoreo de calidad del aire, la clausura de los basureros al aire libre, que se quitara el plomo de la gasolina y se instaurara el Hoy No Circula y los centros de verificación vehicular. "Queríamos proteger a los habitantes de la muerte lenta a la que estaban condenados por la corrupción y negligencia de muchísimos años", agrega el poeta, que nunca ha conducido un coche y se mueve en Metro. Con los 100, Ciudad de México empezó a respirar mejor.

Como los mineros que solían bajar con un pájaro enjaulado para probar la ventilación debajo de la tierra, en el exterior los pájaros también eran las primeras víctimas del aire. Pero desde los noventa ninguno ha vuelto a morir por la contaminación. Aunque no se perciba, la calidad atmosférica es mucho mejor ahora que en los tiempos en que el Grupo de los 100 se tomaba fotos con Salma Hayek y Pierce Brosnan. En 1992, el IMECA llegó a los 492 puntos. Ahora no rebasa los 200. La norma mexicana, sin embargo, sigue por debajo de lo que recomienda la Organización Mundial de la Salud (OMS) que es decretar contingencia apenas se registren los 150 puntos. "La contaminación ambiental hoy es muchísimo menor de lo que teníamos en años anteriores, aunque las contingencias hicieron que se perdiera esa noción", apunta el Dr. Francisco Barnés, director ejecutivo del Centro Mario Molina, una asociación civil fundada por el premio Nobel mexicano que pretende ser un puente entre la ciencia y las políticas públicas a nivel ambiental.

Entre 1992 y 2010 se redujo en un 33% las concentraciones promedio de ozono, pero los últimos cinco años hubo un retroceso en la política ambiental. En marzo de 2016, cuando se detonó la primera contingencia, todos se preguntaban qué había pasado. La gente tomaba fotos de puestos de tacos o camiones con humo negro para denunciar a los contaminadores. Las madres lidiaban para poner a sus hijos cubrebocas y protegerlos de lo que trajera el viento. La ciudad estaba en alerta. En redes sociales, los protectores de los animales daban consejos para no exponer a los perros a la contaminación. Los fumadores eran vistos con recelo. Los ciclistas se enaltecían de no contaminar. Los veganos presumían de reducir las emisiones de CO_2 al no comer vacas. El gobierno de la Ciudad de México instauró el Doble Hoy No Circula para reducir el parque vehicular y ofreció el transporte público gratuito, pero nadie entendía por qué la ciudad salía de una contingencia para entrar en otra.

"Se juntaron dos cosas: la norma del aire se redujo 30 puntos de jalón en 2014, por lo que ahora detonaba una contingencia a un menor nivel de contaminantes. Y en 2015 el parque vehicular aumentó drásticamente. Todo esto hizo una bola de nieve", explica la activista ambiental Marta Delgado.

Cuando Delgado era secretaria del Medio Ambiente (2006-2012) se endurecieron las medidas del Hoy No Circula, el programa para controlar el parque vehicular en la ciudad. Los vehículos anteriores a 2008 recibieron el holograma 2, es decir que debían dejar de circular un día a la semana y un sábado al mes. "Los centros de verificación son corruptos y los vehículos

“Como los mineros que solían bajar con un pájaro enjaulado para probar la ventilación debajo de la tierra, en el exterior los pájaros también eran las primeras víctimas del aire.”

anteriores a 2008 no tienen inyección electrónica, convertidor catalítico de tres vías y otras tecnologías. Por tanto, no pueden pasar las verificación al nivel del holograma 0. ¿Para qué le das al verificentro la posibilidad de corromperse? Decidimos no dársela", justifica Delgado. Un estudio del Centro Mario Molina de 2015 señala que un 45% de los vehículos que circulan a diario y un 80% de los que tienen holograma 2 rebasan los límites permitidos y consiguieron su calcomanía "aprovechando prácticas de corrupción y fallas evidentes en los sistemas de verificación". Un carro que no pase la verificación puede contaminar hasta 20 veces más.

En 2014, cuando paralelamente se endurece la norma ambiental, el gobierno de la Ciudad de México determinó que el Hoy No Circula se extendiera a todos los sábados del mes. Esto generó una animadversión de la población tanto en la capital como en el área metropolitana. Al menos 2,000 personas se ampararon contra la medida que consideraban discriminatoria. La bola de nieve se hizo gigante. Ante la ola de amparos, el gobierno decidió revocar la medida a los coches anteriores a 2008 y desde entonces todos podrían someterse a la verificación vehicular. "Esa nueva medida hace que en 2015 se sumen a la flota vehicular alrededor de 750,000 vehículos. Hay expertos que dicen que es un millón de vehículos extras", indica Gabriela Niño, coordinadora de Política Pública del Centro Mexicano de Derecho Ambiental. Los días muy contaminados a Gabriela Niño le duele cabeza.

¶

En el tráfico de Ciudad de México, Carlos Monsiváis escuchó las nueve sinfonías de Beethoven. Desde principios de siglo, cuando cuatro millones de automovilistas consumían 18 millones de litros de gasolina y cinco de diésel y arrojaban al aire 2,400 mil toneladas de contaminantes al año, el escritor mexicano solía pensar que el verdadero tiempo libre estaba en los embotellamientos y que el tráfico de la ciudad debía verse como una "institución de la paciencia". En sus ensayos proponía que en las arterias más congestionadas como el Periférico debían instalarse confesionarios, venta de libros, casetes y atención especial a enfermos nerviosos. "También se propone, y no parece tan mala idea, inscripciones mensuales para cursos de Historia del Arte, Historia de México, Historia Universal. El Periférico sería un lugar ideal para esto. Hay tiempo de sobra y, si se instalan microcomputadoras en cada automóvil, se podría chatear", anticipaba ante una ciudad con más automóviles que baños públicos.

Algunas de las profecías de Monsiváis se cumplieron aunque no exactamente como lo preveía. María Pulido, una diseñadora gráfica de 35 años, ha llegado a mandar hasta 133 whatsapps durante los 50 minutos que hace "cuando no hay tanto tráfico" desde su casa en la colonia Condesa hasta su oficina al poniente de la ciudad. "No me había dado cuenta que chateaba tanto, pero al menos así no me aburro", dice. Cada vez que se transporta, Martín Rodríguez estudia francés con una aplicación en su celular. Así aprovecha el tiempo e intenta escapar del tedio vial. "Si pudiera, incluso aprendería a tocar el piano", comenta este informático que pasa al menos 15 horas a la semana en su coche o en el transporte público.

En 2012, el Instituto Mexicano de la Competitividad (IMCO) empezó a estudiar la calidad del aire al ver los costos de la contaminación más allá de la salud. "Había ciudades como las chinas que ahuyentaban las inversiones y enfermaban a su población. Queríamos prevenir que eso pasara en México", dice Gabriela Alarcón, encargada de Desarrollo Urbano del IMCO. Cuando se le preguntaba a la gente cuáles eran los 10 principales factores que le preocupaban de su ciudad, los primeros dos siempre eran el empleo y la calidad del transporte y esta última es deficiente en Ciudad de México. Un 75% de la población en la capital se mueve en transporte público, según un estudio del Centro Mario Molina, y un 65% considera que este es pésimo o malo. En promedio una persona pierde 2 horas y 42 minutos al día en transportarse. Dimitre Krunic, un serbio que trabaja como *community manager* en una empresa en el centro de la ciudad, gasta de cuatro veces más en Uber con tal de evitar las aglomeraciones del Metro. En un transbordo en la estación de Taxqueña, en el sur, puede tardar hasta una hora. "Lo único que odio de esta ciudad es el transporte. Estoy todo el día de mal humor", dice Dimitre. El costo por la mala movilidad en la zona metropolitana implica pérdidas por 33,047 millones de pesos al año (1,762 millones de dólares), según el IMCO, lo suficiente para construir 12 líneas de Metrobús.

Desde que estudiaba la preparatoria, Agustín Martínez, un hombre cuadrado y alto que lleva bigote, apostó por la bicicleta para moverse, evitar el tráfico y no contaminar. Ahora preside Bicitecas, una red de ciclistas que en 2012 empezó a trabajar con otras organizaciones de la sociedad civil el tema de calidad del aire. A través de la campaña nacional, *Hazla de tos*, intentaron mostrar los daños del coche al medio ambiente y buscaban concientizar a la población sobre lo que implica respirar en las ciudades. Participaron en charlas con el gobierno, hicieron un vídeo musical y tomaron las calles.

Protestaban entre vehículos con máscaras de fumigación. Hacían *flash mobs* en los que una persona tosía y empezaba a contagiar a todos los que estaban en el lugar hasta que todos caían "muertos" por la contaminación. "Era una imagen fuerte de lo que iba a pasar" dice Martínez, quien inhala el humo de los coches cada vez que recorre Tlalpan en su bici.

Para hacer de Ciudad de México un lugar más habitable varios expertos coinciden en que es indispensable cambiar el modelo de ciudad. Esto implica desincentivar el uso del coche, contar con transporte público de calidad y usar la bicicleta como medio de transporte. Para tener una ciudad menos contaminada, Francisco Barnés, del Centro Mario Molina, recomienda aumentar el precio de los coches como se ha hecho en Tokio y Singapur, regular el transporte de carga, combatir la corrupción en verificentros y renovar la flota vehicular, que en la capital tiene un promedio de 12 años de edad. Agustín García, del Centro de Ciencias Atmosféricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, considera indispensable además cumplir con los objetivos del programa Proaire 2011-2020, que entre otras acciones pretende bajar la norma de medición del aire a 150 puntos para decretar una contingencia. "Se puede vivir sin comer un mes, aguantar unos días sin tomar agua, pero sin respirar no se puede más que unos minuto", dice este ingeniero químico que decidió estudiar el aire al ver en él un nicho de oportunidad porque pocas personas querían dedicarse a su estudio por ser gratuito. Si la ciudad no cambia, sus habitantes están condenados a respirar mal aire.

La primera contingencia de 2016 detonó este año en el sur de la ciudad, cerca del estadio Azteca, donde los futbolistas se han quejado durante años del aire contaminado. El Centro de Monitoreo Atmosférico del Pedregal, —la zona metropolitana tiene 45— detectó el 14 de marzo la primera contingencia en la capital después de 14 años. En Jardínes del Pedregal, donde las calles tienen nombres como Fuego, Rayos, Nubes, no hay ninguna que se llame Aire.

Saúl Aranda buscó durante años el lugar ideal para vivir con su familia hasta que un día lo encontró en un aviso en el periódico. Tenía dos pisos, cuatro habitaciones y cuatro baños, un jacuzzi, una cocina gigante para que su esposa hiciera su famosa lasaña, una sala con bar donde solía ver el fútbol con sus amigos y un jardín espacioso para su perro Sócrates. Estaba cerca de su despacho y de la escuela de su hijo, a solo 20 minutos de casa de sus padres. Tenía vecinos amables, espacio para los coches y estaba en la zona

que más le gustaba, a unas calles de un centro comercial al que solían ir los fines de semana. Aunque costó un poco más de lo que esperaba, esa casa, en Jardines del Pedregal, una colonia adinerada en el sur de la capital, era el lugar donde esperaba envejecer. Todas sus necesidades estaban en esos 450 metros cuadrados. Pero entre todos sus requisitos, Saúl Aranda nunca pensó en el aire.

Los Aranda solo aguantaron dos años en la casa de sus sueños. Sin saberlo, se habían mudado a una de las zonas más contaminadas de la ciudad, donde casi todo el año hay mala calidad del aire por la acumulación de ozono. Las gripes y las epidemias de tos se hicieron más comunes entre la familia. A Sebastián, su hijo de siete años, se le agudizaba una tos perruna y se le cerraba la garganta, producto del CRUP, una afección que inflama las vías respiratorias. Más de una vez acabó en el hospital. Cuando su esposa se embarazó de nuevo decidieron hacer vida en otro lado. “Teníamos que irnos a un lugar donde los niños pudieran respirar sin enfermarse”, dice Aranda. La familia se mudó a Cuernavaca, Morelos, a 40 minutos de la capital, donde el tiempo es bueno casi todo el año y donde cuando se mudó hace cuatro años, los niveles de contaminación eran menores a los de la Ciudad de México. Su casa ahora tiene piscina, aunque es más pequeña. Todos los días sus hijos juegan en el jardín. Saúl Aranda piensa en empezar a correr para aprovechar el aire libre y tener una vida más sana. Sin embargo, a los Aranda les persigue una maldición etérea. La llamada ciudad de la eterna primavera se está convirtiendo en una de las más contaminadas del país junto con Mexicali y Monterrey. “Todavía no lo sentimos, espero que no nos tengamos que volver a mudar”, bromea Aranda.



OSCAR B. CASTILLO

Nuestra guerra... Nuestro dolor



1. *Caracas (Venezuela). Un estudiante lleva una máscara confeccionada con la bandera venezolana con un agujero de bala, en la zona sureste de Caracas, durante una manifestación contra el gobierno de Nicolás Maduro en la que se pide seguridad y se protesta contra la subida de la inflación y la violencia.*





2. *Caracas (Venezuela). Familiares y habitantes de San Agustín, en el centro de Caracas, observan el cortejo fúnebre que recorre las calles.*



3. *Caracas (Venezuela). Juan Carlos Palacios, de 24 años, se traslada a la espalda de un chico del barrio al que la familia paga por ese servicio. Para Juan Carlos, ese es el principal reto cotidiano: encontrar una forma de salir del largo laberinto de escaleras que conforma su barrio.*



4. *La Guaira (estado Vargas, Venezuela). A las afueras de Caracas, en un taller sobre violencia y crimen organizado por las autoridades, un niño dibuja escenas cotidianas de actos violentos en su comunidad. La edad de entrada en la vida delictiva está disminuyendo y hay cada vez más casos en los que están implicados muchachos de 12 o 13 años. El gobierno ha montado talleres para el desarme que pretenden implicar a los miembros de las comunidades en la lucha contra las armas ilegales y la violencia.*



5. *Caracas (Venezuela). El cantante de hiphop Splinter visita a los miembros de una banda en su escondrijo para grabar un vídeo musical. En mitad de esta situación, cualquier joven "normal" puede quedar atrapado en la creciente oleada de violencia callejera, ya que su vida transcurre envuelta en violencia.*



6. *Caracas (Venezuela). Un anciano chilla y grita contra la corrupción en la distribución de alimentos, en protesta por la escasez de productos, en Catia, habitualmente un baluarte de partidarios de Hugo Chávez y Nicolás Maduro.*



7. *Caracas (Venezuela). Una partidaria de la oposición en un cacerolazo en protesta contra los resultados de las elecciones presidenciales que dieron la victoria a Nicolás Maduro.*

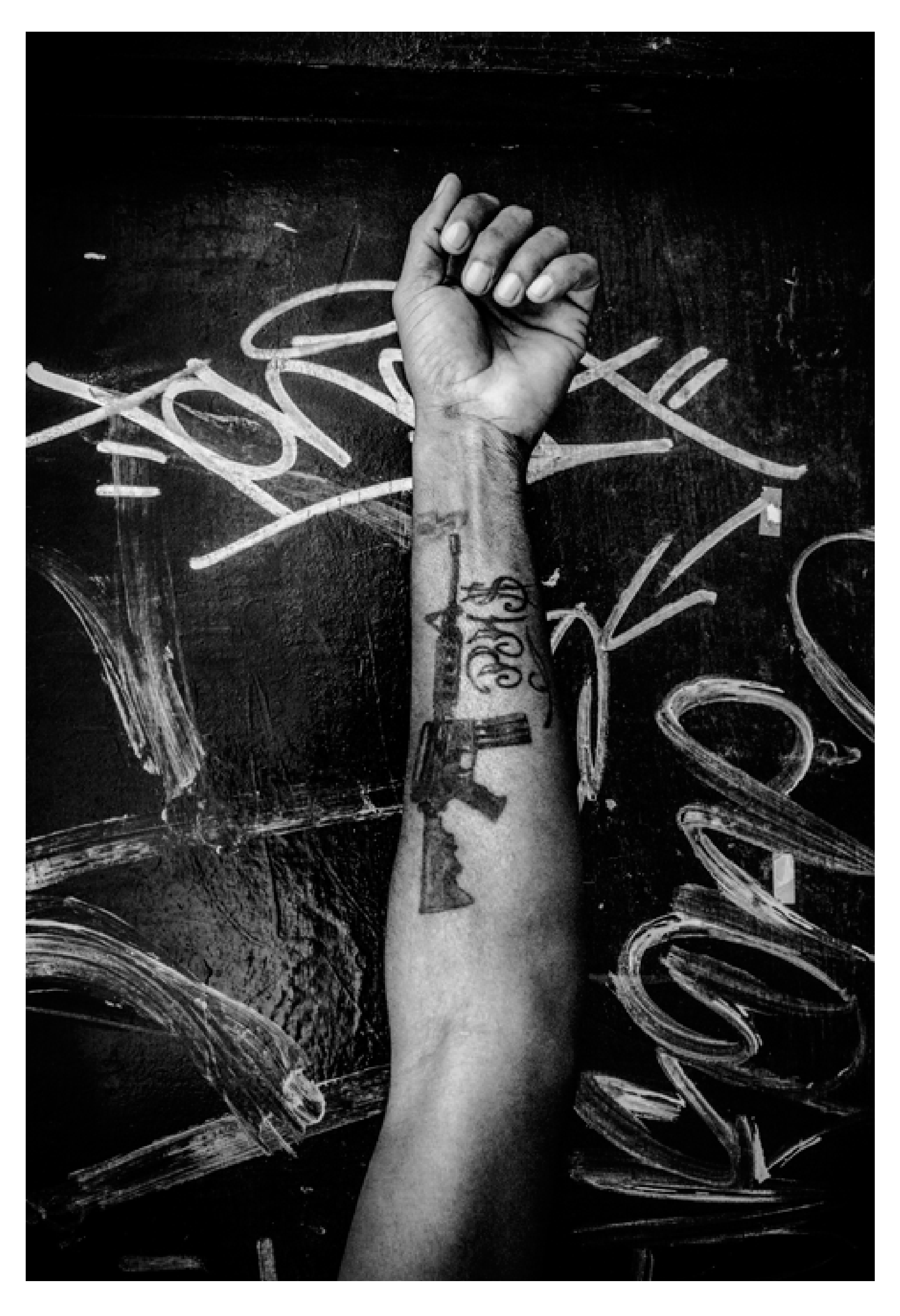
8. *Caracas (Venezuela). Mientras en un extremo de la ciudad tenían lugar los funerales por Chávez, en el otro se celebraba una boda de clase alta. En las mesas había whisky de 18 años y otras bebidas importadas y platos de la máxima calidad.*

9. *Caracas (Venezuela). Los miembros de las bandas y los muchachos jóvenes del barrio suelen ocupar las casas abandonadas e instalarse entre los escombros. Tras una intensa temporada de lluvias, algunas barriadas han quedado completamente destrozadas, lo que ha obligado a sus habitantes a buscar abrigo en otras zonas de la ciudad y en campos de refugiados, mientras esperan a que el gobierno les asigne una casa de protección oficial.*






LA



10. *Un joven posa para una fotografía mostrando un brazo tatuado con una metralleta. La creciente oleada de violencia se refleja en muchas manifestaciones sencillas de la vida cotidiana, con una juventud cada vez más vinculada a la conducta violenta como víctima y victimaria.*

NUESTRA GUERRA… NUESTRO DOLOR

Causas y consecuencias de la violencia en Venezuela

Nuestra guerra… Nuestra guerra no está hecha solo de sangre y fuego, nuestra guerra es una batalla interminable contra nosotros mismos, es el predominio de nuestra apatía frente a nuestro duro trabajo. La hacemos con dureza pero sin complicaciones, es el “dispara primero, pregunta después”. Nuestra guerra es una prueba de nuestra incapacidad para mantener un diálogo y al mismo tiempo coexistir con nuestras diferencias. Nuestro dolor… Nuestro dolor no es solo físico, algo duele en otra parte. La bala ha perforado la carne y se ha quedado alojada en el alma colectiva; y, anclada como está, se está haciendo imposible sacarla.

Nuestra guerra no debería llevar el nombre de GUERRA. En nuestra guerra no hay bandos, no hay campos definidos y enfrentados al enemigo. Esta es una lucha de todos contra todos. No se trata de un conflicto armado, por mucho que haya millones de armas listas para disparar. No es una narcoguerra, por mucho que todos los años pasen toneladas de droga de entrada y salida por nuestros puertos y nuestros cerebros. Aquí no se produce un golpe de estado, pero mucha gente quiere derrocar a un gobierno que intentó, en su momento, derrocar a otro gobierno. No tenemos una hambruna pero la gente no logra encontrar alimentos básicos, aunque sí tenemos whisky de 18 años. Nuestra guerra es criminal, es política, es económica, es social, es moral, es espiritual… Incluso algunos santos a los que rezamos llevan la pistola al cinto todo el rato y piden coca y ron para seguir divirtiéndose en el más allá.

Nuestro dolor ha sido en gran medida egoísta; mientras la carnicería se producía solo en las barriadas, entre los pobres, entre “esa” gente de “ahí”, nadie levantó su voz contra ella. El dolor no lamentaba el dolor ajeno. Quizá no fue NUESTRA hasta que el círculo de violencia nos atrapó a todos y nos hizo víctimas y victimarios al mismo tiempo.

Las obras que se presentan aquí son una selección que pretende reflejar nuestras experiencias como sociedad que se enfrenta a una violencia ampliamente manifestada en todos los niveles de la vida diaria. Más que ser un relato de hechos violentos, mi trabajo persigue enlazar los eslabones de la cadena dando un antes y un después al hecho violento en sí. Lo que más me interesa son las imágenes sobre causas y consecuencias que podrían ayudarnos a comprender mejor cómo hemos llegado a lo que hoy parece un punto sin retorno.

Con este proyecto quiero dar un rostro humano a esas cifras en rojo. La situación es cierta y en ocasiones resulta tan evidente que no hace falta consultar ningunas cifras para darse cuenta de que esta plaga está devorando realmente la vida de la sociedad venezolana y su juventud. Sin embargo, mientras el gobierno se esconde, distorsiona las tasas de criminalidad reales y desde el 2005 no ofrece ningún dato ofi-



11. *Caracas (Venezuela). Opositores al gobierno se manifiestan en Caracas para pedir a las autoridades una fecha definitiva para el referéndum revocatorio y la finalización del proceso. El revocatorio está recogido en la Constitución, pero su solicitud ha resultado muy complicada, ya que el gobierno lo está retrasando con distintas medidas y no ha concretado una fecha de celebración.*



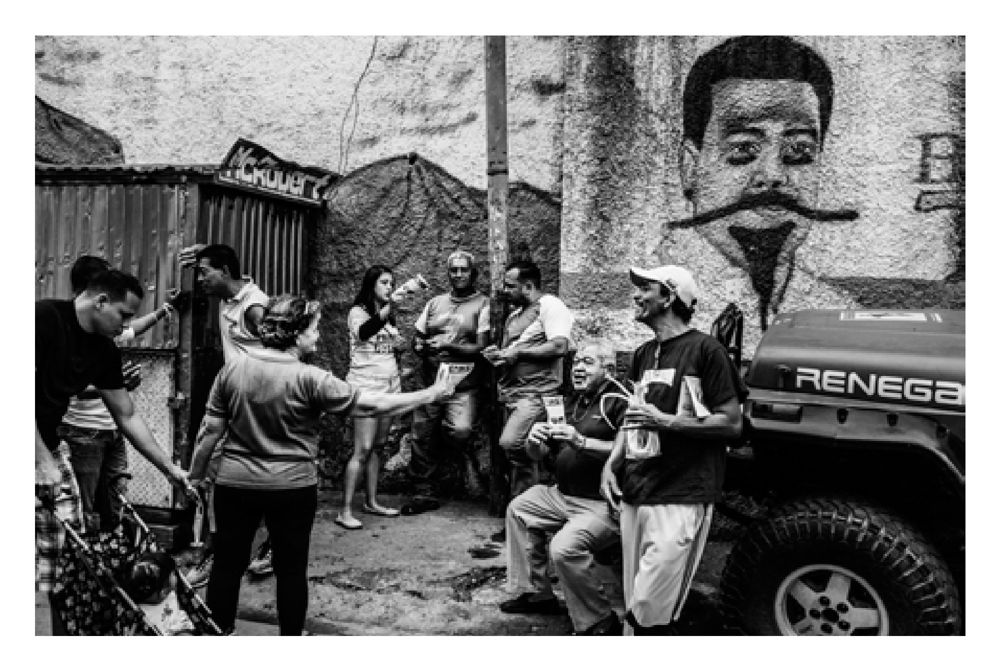
cial, y mientras la oposición se aprovecha de ello utilizando el dolor de los ciudadanos como arma política, la tragedia está en el aire y es imposible de ocultar.

Detrás de esas cifras alarmantes se encuentran millares de familias destrozadas: niños sin padres y padres sin niños, miles de supervivientes con el cuerpo y también el alma llenos de cicatrices. Ciudadanos de todas las edades, clases sociales y filiaciones políticas que cargan con años de dolor y sufrimiento sobre los hombros pero siguen negándose a rendirse ante la adversidad. Sé cómo se sienten; he vivido esa misma angustia en mis propias carnes. Por eso, como fotógrafo, no quiero que estas historias pasen inadvertidas, sino que se recuerden gracias a imágenes que hablen tanto a la opinión pública como a la población (a los ciudadanos y a sus líderes) y que les hagan comprender la importancia de actuar de inmediato y aceptar su responsabilidad ante la reconstrucción de nuestra situación actual.

www.eltestigo.net



12. *Vista de puestos callejeros en la zona caraqueña de Sabana Grande, con algunos adornos navideños al fondo. El empleo informal ha ido creciendo con el tiempo y, aunque el gobierno ha tratado de crear un marco legal, muchos trabajadores siguen viviendo de la economía sumergida, sin pagar impuestos ni declarar sus ingresos, y en consecuencia sin seguridad ni protección social.*



13. *Delante de un mural del presidente Nicolás Maduro, miembros de la oposición hablan con los ciudadanos y distribuyen propaganda política en la zona del 12 de Octubre de Petare.*



14. *Caracas (Venezuela). Un comisario de la policía de Caracas se enjuga las lágrimas mientras unos agentes trasladan el ataúd con los restos mortales de un compañero, el supervisor jefe Larry Morillo, de 43 años, asesinado y quemado parcialmente por hombres armados. Durante los hechos también murió por arma de fuego su hijo Yonaiker y la familia se vio obligada a abandonar el barrio.*



15. *Un niño juega en un campo deportivo entre el agua estancada, producto de las recientes lluvias. La comunidad ha trabajado mucho en la estructura para adaptarla a sus necesidades cotidianas, pero la falta de material y de conocimientos específicos comporta resultados que en ocasiones no cumplen los requisitos mínimos de seguridad e higiene.*

PATRICIA NIETO

Las huerteras de Medellín

“En la década de los 90 llegaron a Medellín más de cien mil personas procedentes de lugares donde las guerrillas, la fuerza pública y las autodefensas se enfrentaban avivadas por el narcotráfico.”

I

ROSALBA ECHAVARRÍA suspende el vuelo del machete al percibir un aleteo. Durante unos segundos permanece inmóvil, alerta, con el brazo en alto sosteniendo la pequeña espada de un solo filo. Mira el cuerpo verde y espinoso de la cidra en busca de alguna amenaza. No hay trepadoras ni rastreros a la vista; sí un manojo de mariposas plateadas que intentan pegar sus lenguas en unas flores rojísimas que no se despeinan con el alboroto de las recién llegadas. La mujer deja caer el arma con la que ha intentado interrumpir el avance de las enredaderas sobre un tejado y se acerca sigilosa a los *zapatos de obispo* que soportan el ataque de las voladoras.

Cerca de la flor, Rosalba no es más la abuela ruda que desgaja monte, cava acequias y hace germinar el fríjol donde solo hay rocas. De cara a las mariposas, ella es serenidad y silencio. Sonríe como si la llegada de las forasteras fuera la señal de su triunfo: si las mariposas vienen es porque en su huerta hay néctar. Después de pocos minutos de éxtasis, Rosalba abandona la tarea de limpiar su arado y se entrega a contemplar el retazo de tierra donde hace cinco años no germinaba ni un yerbajo.

Camina entre los surcos con la seguridad de quien conoce los senderos como si fueran los pasillos de su casa. "Son diez camas de sembradío y las he ido fabricando de la nada" dice sin levantar la mirada. Ojos, manos, nariz y paladar son los instrumentos de identificación y control. Mira las manchas en haz y envés, toca las espinas en el tallo, huele la flor, mordisquea la hoja. Enuncia y comenta: "cidrón, para la sangre; perejil, se lo está comiendo la palomilla; ají, no lo llevo porque no me gusta; col, se pasó de altura; naranjo, hace días que no florece; lechuga, queda para semilla; papa criolla, muy rica con espinaca; albahaca, sirve para perfume; tomate cherry, está recién *botoniado*; manzanilla, para limpiar recién nacidos sean niños o gatos".

El punto seguido de su relato se convierte en un silencio de varios tiempos. Rosalba se detiene en la manzanilla y la tantea hasta la raíz para saber si las aguas estancadas la enferman. Amasa la tierra que le quedó entre los dedos y dice que es lodo. Esquiva piedras, apoya sus pies en la raíz de un aguacate para impulsarse. Arriba, se abraza a un tronco joven para observar la extensión del planeta que acaba de recorrer.

En la cima, Rosalba se ve menos pequeña y más blanca que cuando trabaja entre los matorrales. A los 70 años, sabe que su huerta, de 40 metros cuadrados, es más que tierra removida con sus manos que han sido palas, azadones y rastrillos; sabe que esa huerta es su último lugar en la tierra y se aferra a ella como lo hacen treinta y nueve mujeres más a sus parcelas en el cerro Pan de Azúcar, una roca de origen oceánico que aflora en las montañas orientales de Medellín, se eleva a 2.138 metros y da la cara, como un gigante a la defensiva, a los golpes sin tregua del viento, la lluvia y el fuego.

Si mira a lo lejos, Rosalba puede contemplar el río en su paso por la ciudad. Pero prefiere no hacerlo, dice. La línea plateada que un día fue el río visto desde lo alto, es hoy una mancha marrón que no se destaca a la luz del sol ni de la luna. Y los cuatro millones de personas que se mueven por el Valle de Aburrá la intimidan. Entonces mira lo próximo, el barrio Pinares de Oriente de donde en 2008 salió un contingente de mujeres en busca de tierra para sembrar.

II

Pinares de Oriente es un caserío abarrotado en la parte baja del cerro. Rosalba señala los senderos que comunican 170 casas construidas a diferentes alturas según los caprichos de la roca. Unos ranchos han sido vallados con piedra y cemento para protegerlos de la pendiente que en ocasiones es rodadero de aguas, troncos y rocas; otros ya son casas de madera o ladrillo con balcones coloridos; y algunos se distinguen por el brillo de sus techos metálicos. Hace treinta años, era el rostro erosionado de la montaña; una superficie de rocas maquilladas con tierra rojiza que no soportaba ni las raíces de un helecho. Allí llegaron cinco familias sobrevivientes de un deslizamiento de piedras y lodo que sepultó a 500 personas el 27 de septiembre de 1987 en Villatina, el barrio del que Pinares de Oriente es apéndice.

A ese puñado de salvados se sumaron, en los años siguientes, cientos procedentes de zonas en guerra. Con el espanto de haber visto lo innombrable tatuado en el rostro y sin más posesiones que la ropa puesta se arrumaban en casas maltrechas de viejos conocidos de donde los sacaban urbanizadores piratas para llevarlos montaña arriba con la promesa de un techo de plástico. En la década de los 90 llegaron a Medellín más de cien mil personas procedentes de lugares donde las guerrillas, la fuerza pública y las autodefensas se enfrentaban avivadas por el narcotráfico. Y siguieron llegando más campesinos cuando los grupos paramilitares se apoderaron de grandes territorios en los primeros años del siglo XXI y elevaron la cifra de desplazados a más de seis millones en todo el país en los últimos treinta años.

Gente doliente, herida, desarraigada ocupó terrenos del Pan de Azúcar pagando precios de usura o recibiendo lotes asignados por Julio Perdomo, un paramilitar que en su condición de líder recién desarmado se instaló en una casa de madera y desde allí intentó imponer el orden. "Si soy capaz de controlar una cuadra, esa cuadra va a vivir en paz; si puedo controlar un barrio, ese barrio va a vivir en paz", le explicó Perdomo a un reportero de la televisión alemana en el 2004, un año después de dejar las armas con del bloque Cacique Nutibara y meses después de tomar posesión de la base del cerro con un grupo de hombres de confianza con quienes, frente a la sociedad, se dedicaría a la cría de cerdos y gallinas a través de la Cooperativa Omega.

"A ese mundo llegamos nosotras, éramos como muertos de otra guerra que queríamos vivir", dice Rosalba. "Y los unos o los otros nos prestaron o nos vendieron tierra y palos y plásticos para arropar a los hijos", cuenta sin apartar los ojos de las mujeres que deshierban tomateras, cortan cebollas, cosechan coles y bañan niños en las huertas vecinas. "Todas guardan luto por algún difunto", asegura. Y todas, cuenta, han dejado piel en las piedras cuando las trabajan para sembrar y sangre en los caminos cuando se enfrentan con policías que les destruyen casas y corrales por ocupar lotes de propiedad pública. Y todas, lo han dicho en voz baja, se han desgarrado en llanto cuando las bandas expulsan a alguna de su rancho. Los jefes armados codician las 104 hectáreas del cerro; ambicionan la corona desde donde se ve toda la ciudad; y pretenden poseer los salientes rocosos que como faros permiten ver los senderos que comunican los 18 barrios legalizados y los 18 en gestación, las corrientes de agua que surten cientos de casas, y hasta el interior de las casas donde crecen miles de niños aptos para los ejércitos.

“Supe que todas teníamos esposos o hermanos o hijos masacrados o desaparecidos.”

Isela Quintero fue la primera en levantar la voz cuando vio a veinte mujeres luchar para rescatar tejas y fogones cuando les tumbaron sus casas. "Sentí que esa tragedia era la de todos", confiesa mientras repasa las hojas de un cuaderno escolar. Hace semanas que Isela, madre de tres hijas, no siembra una semilla pero escribe. Mira la huerta de Rosalba a través de la malla, arranca un manojo de hojas de menta, las huele, las muerde, las saliva y luego dice que no está dispuesta a pasar en blanco la página de sus duelos.

"Ella fue la que nos despertó", reconoce Rosalba. Después de ver ese desalojo con los labios cerrados y los dientes apretados, Isela no tuvo paz. Empezó a repetir de esquina en corrillo que eso no volvería a suceder. "Me di cuenta de que todas habíamos perdido nuestra tierra original", Isela interrumpe ese recuerdo para mirar el valle donde hierve la ciudad y pinta el campo de su padre como un bosque de muchas aguas donde fue feliz hasta los siete años. "Supe que todas teníamos esposos o hermanos o hijos masacrados o desaparecidos", corta la frase para invocar a su esposo asesinado. "Entonces las invité a conversar pero ese día nada más nos abrazamos", repite "nada más" como si quisiera enfatizar que solo después de llorar pudieron hablar.

La voz de Isela reveló la fuerza de lo frágil. Ella, una rubiecita de 32 años, se dejó llevar por su memoria tejida con jirones y habló de raptos y persecuciones, despojos y asesinatos, torturas y amenazas, huidas y miedos que son parte de su historia. Y aseguró, en medio de su confesión, que estaba cansada de vagar y que el Pan de Azúcar, como también lo había decidido Rosalba, sería su último hogar. Cuando dijo que allí crecerían sus hijas, el relato se hizo fuerte y llevó a las mujeres de Pinares de Oriente a pensar que de la Medellín indiferente obtendrían luz, de la inmensa roca que les sirvió de cama exprimirían miel, del bosque de pinos harían brotar manzanas, de sus corazones dolidos saldrían palabras para decir que estaban vivas. Y esa vida, en palabras de Isela, "es lo que debía sembrarse en una ciudad hostil con los campesinos sacados brutalmente de sus tierras".

III

El primer día en el mundo recién creado, las mujeres de Pinares de Oriente denunciaron a las autoridades por abuso; el segundo, crearon un comité encargado de establecer contacto con las oficinas del gobierno ante las que

Pinares de Oriente no existía; el tercero, se denominaron junta de acción comunal (no registrada) y eligieron autoridades; el cuarto, llevaron agua potable a través de un acueducto clandestino hasta sus duchas que no eran más que mangueras; el quinto, encendieron legalmente lamparitas con energía eléctrica; el sexto, consiguieron escuelas para sus niños; y el séptimo día, cuando se disponían a descansar, se preguntaron si ellas iban a seguir comiendo las sobras que mendigaban en plazas y restaurantes; si iban a seguir alimentando a sus hijos con papayas podridas, leches vinagres, lechugas ennegrecidas, panes descompuestos y arroces plagados de gusanos.

Isela obtuvo la respuesta un domingo de 2008 mientras miraba el perfil del cerro en ascenso. "Ve —se dijo— si esto es campo y yo soy campesina, qué hago aquí con los brazos abajo sabiendo que hay niños almorzando papel periódico migado en agua". Entonces agarró una barra y se fue a explorar. Con ella, Silvia Rueda y Gloria Ocampo se lanzaron a la aventura. Recorrieron el cerro, hundieron la barra y escogieron un lote con algo de verde muy cerca de Pinares de Oriente. En pocas semanas ya eran varias mujeres, con sus hijos y nietos, las que estaban dispuestas a ocupar solo unos metros de las 13 mil hectáreas que bordean a Medellín como un cinturón verde. Pero Isela, ante el recuerdo de una atrocidad, detuvo la marcha y convenció a las demás de no dar un solo golpe a la tierra sin permiso del gobierno local.

La historia de horror vino de lo alto del cerro. Rosalba escucha el relato suave y lento de Isela y se cubre los ojos con las palmas de las manos para no dejar ver las lágrimas que ya afloran. Allí doce familias unidas por el hambre decidieron ocupar un lote un año antes de que Isela pensara en una huerta comunitaria. Todas las mañanas, mujeres y hombres tomaban la cuesta provistos con azadones, palas, barras, machetes, alicates, azadas, hachas, picos, rastrillos, barretones y zoquetes. Primero, sembraron naranjos y mandarinos; cebolla, papa, yuca, zanahoria, lechugas y tomate para probar si era posible sacar pan de una roca. Después, la energía invertida en revitalizar el suelo rocoso y ácido fue el lecho para más vida: 19.300 árboles de café, 7.000 matas de yuca, 200 árboles frutales y un galpón con 600 pollos, según contabilizó un grupo de universitarios interesado en la agricultura urbana, daban cuenta de un proyecto familiar y vecinal del que además de alimentos esperaban obtener dinero.

La noticia de la inminente cosecha de una huerta en lo alto del cerro llegó a los oídos de los jefes que parecían controlar hasta la respiración de

los niños dentro de los ranchos. Los capos mandaron observadores y mensajeros. Según sus órdenes por cada kilo de alimento vendido, el *duro* debía recibir un porcentaje. El brazo de la economía criminal se extendió hasta donde los más pobres intentaban sacar alimento de la tierra. Las familias agricultoras se hicieron la promesa de seguir adelante pese a la amenaza: no pagarían vacunas y no se enfrentarían. Aún después del asesinato de tres jóvenes, las familias continuaron con su empresa impulsadas por la necesidad de sobrevivir sin saber que su resistencia silenciosa y laboriosa se convertiría en una provocación mayor. Meses más tarde, cuando asesinaron al más viejo de los agricultores, las doce familias abandonaron la huerta, las herramientas, los ranchos y el cerro.

Las mujeres de Pinares de Oriente reconstruyeron esa historia como si fuera la película que ellas vivirían. Después del silencio que les produjo el miedo intentaron resumir los aprendizajes. "Nosotras queremos sembrar porque sabemos hacerlo y tenemos hambre" fue la primera idea, recuerda Isela. "Nosotras nunca hemos empuñado un arma y no vamos a hacerlo", estuvieron de acuerdo. "Nosotras podemos usar la voz para que la ciudad sepa que existimos", concluyeron. Así decidieron contener el impuso de labrar la tierra y llenarla de semillas para tener comida en poco tiempo. En cambio, decidieron dirigir fuerza, energía y palabra a un terreno quizá más árido que el Pan de Azúcar: la política.

La palabra avivó las discusiones en la Mesa de desplazados de la Comuna 8 a donde Isela llegó como representante. Y allí, cuando planteó el tema de la hambruna en Pinares de Oriente, descubrió que ella y sus vecinos no eran los únicos con los estómagos vacíos. Cuando escuchó decir que el 35,7% de población de Medellín no tiene acceso en todo momento a alimentos suficientes recordó la imagen de las cocinas de su vecindario encendidas solo para hervir agua, cebolla y sal.

Entonces preguntó más. Y supo que en su comuna el 71% de las personas no come el mínimo requerido. Y concluyó que en Pinares de Oriente, un caserío que no suma en las estadísticas de la ciudad por estar plantado por fuera de la frontera urbana, ese indicador de gente con hambre podría llegar al 90%. Esos datos fueron como pepas de oro rescatadas por Isela, que empezó a justificar con ellos la necesidad de una huerta en Pinares de Oriente y a predicar que el cinturón verde debería convertirse en un gran solar, con sembrados y bosques nativos, que bordeara la ciudad.

IV

Rosalba parece escuchar por primera vez el relato de la odisea que fue tener una huerta. Aferrada a su árbol joven, decide reparar en los 64 mil metros cuadrados que el gobierno local les dio en préstamo hace seis años. Señala los linderos y luego cada una de las cuarenta huertas demarcadas por mallas donde se mueven las *huerteras* como si fueran abejas trabajando en un panal. Isela recita los apellidos al azar, sin pensar en quién es el más viejo o el mejor agricultor; con cada nombre su memoria activa mil recuerdos y por eso se detiene cuando se le aparece de nuevo su propia historia. "Lema, Henao, Ceballos, Echavarría, Areiza, Torres, Ramírez, Atehortúa, Rueda, Valencia, Sucerquia, Vásquez, Parra, Quintero... esa soy yo", dice Isela e interrumpe el llamado a lista. Se dedica a observar una nube de mariposas blancas que revolotea entre las coles como para evitar traer a su boca la escena de cuatro hombres apuntándole con armas largas en el recodo de un camino en la vereda de su infancia. "Son bonitas —explica Rosalba— pero se comen las hojas en un dos por tres".

Mientras que Isela se aísla en su propio silencio, Rosalba desciende de su torre y retoma el inventario tocando, arrancando, mordiendo. "Tomate de árbol, para dulce; sábila, para las ampollas; plátano, hay tres gajos; cilantro, tengo hasta para vender; mango, a veces trae gusano; breva, en la casa de mi *amá* nunca faltaba; guanábano, ahí viene la flor; incienso, huele a misa; cidra...". Rosalba deja la frase a medio camino, se acerca sigilosa, levanta el machete, corta y una esfera carnosa y verde esmeralda cae a sus pies. La levanta y continúa "... el pan de los pobres. Bendita sea esta cidra" y celebra la cosecha con los brazos en alto y una sonrisa.

En el 2010, Rosalba no festejaba. Como aún no era parte de la familia de las *huerteras*, ni preguntó ni le preguntaron qué hacía mirando. Recuerda que vio a las mujeres rasgarse las uñas contra las rocas al tratar de calcular la profundidad del suelo cultivable. Y mucho después, envidió a las que pasaban cargadas con gajos de cebollas y manos de coles.

La que llevaba cebollas, le parece recordar a Rosalba, era Luz Parra. Una mujer de cuarenta años que desafía el calor de julio para no perder la cosecha de hortalizas. Rosalba la saluda desde la distancia, ella contesta con una frase que se lleva el viento y de nuevo se inclina sobre la cama de lechugas moradas. Más tarde, cuando el sol ya no hiere los ojos y en sus uñas no se encarna la tierra, declara su vocación. "Me crié con mi tío en la montaña.

“Rosalba parece escuchar por primera vez el relato de la odisea que fue tener una huerta.”

Allá trabajaba en el corte, nunca en la cocina". Un día desyerbaba el yucal; otro, limpiaba el fríjol; después pasaba por el cafetal marcando los árboles picados por la roya; y el fin de semana ayudaba a sacar miel de la caña.

Los Parra vivían en un campo que Luz recuerda plano, verde, con aguas cristalinas que bajaban de un pequeño cerro. Arriba se instalaron unos hombres "diferentes a los campesinos", explica. Tenían armas, uniformes, comida en latas, narraban aventuras e invitaban a los niños a aprender a vivir como ellos. Pero una tarde el encanto se rompió. Luz entró sin permiso a un cobertizo y lo que vio la horrorizó. Un hombre encadenado le rogaba que se fuera y nunca regresara. Corrió tan rápido como pudieron sus piernas y dio la noticia de haber visto a un secuestrado. Desde entonces los guerrilleros la llamaban *Minguerra*, como queriéndole decir que trabajaba para el Ministerio de Defensa, y así, no abriera la boca.

Pocos meses después llegó un grupo paramilitar a ocupar el cerro. Dos horas tuvieron para salir del paraíso después de que un hombre asesinara al tío mayor y a Compañero, el perro de la casa. Más de treinta personas descendientes del mismo abuelo salieron abriendo selva con un machete para evitar encontrarse con soldados del Ejército y sumar un tercer enemigo.

"Ya no hubo más familia", se lamenta Luz. Cada uno tomó un camino. El que ella escogió la dejó al pie de un bosque de pinos y frente a un hombre que decidía a quién darle un lote. "Lo llamaban *Barbado* pero solo tenía bigote o *El Viejo* pero era joven", dice Luz y recuerda que cuando ella se le presentó con sus dos hijos ni la miró ni la escuchó. "¿La huerta?" se pregunta Luz. "Era un tierrero amarillo", se responde. Cuando la recibió, el 16 de abril de 2012, creía estar preparada para la faena. Era agricultora de nacimiento y se había entrenado con profesores de la Universidad Nacional para sembrar en tarros, en agua y en cojines. Pero no sabía que conquistar el cerro tenía un precio. Durante meses, cargó estiércol de vacas y caballos desde un potrero vecino, lo mezcló con cáscaras de plátano y papas que acumulaba en el vecindario y lo esparció lentamente sobre sus 40 metros cuadrados. "¿Eso qué comida le va a dar?", le gritaban los que la veían trabajar. Ahora ella les responde: lechuga, cilantro, coles, pepino, cidra, zucchini, cebolla, berenjena y pepino cohombro.

Rosalba sí recuerda que las coles las llevaba Berta Vásquez, una abuela mayor tan hábil de cuerpo como de palabra. Es caminante desde que hombres del Ejército la sacaron del corregimiento Juan José de Montelíbano hace más de 25 años, donde sembraba arroz, plátano y yuca. Al Pan de

Azúcar, donde vive hace diez, lo recorre desde la base hasta la cima. También bordea el cerro por caminos de tierra y piedra preguntando en cada huerta qué hay para la venta o para el trueque. A veces se la ve llegar cargada con repollos de Golondrinas, tomates de Rayito de Sol, cilantro de El Faro, cebollas de El Pacífico o limones de 13 de Noviembre.

Antes de llegar a su casa, Berta se fuma un cigarrillo en la Casa Vivero en compañía Rosalba y Luz, en espera de algún comprador para sus mercancías que incluyen galletas y encurtidos. Hasta hace poco nadie se acercaba a esa cabaña de madera que semeja las fondas campesinas. Según reportes de prensa, durante siete años Julio Perdomo —El Barbado o El Viejo— dirigió desde allí una de las organizaciones criminales que surgieron después de la desmovilización de los grupos paramilitares. En esa casa, hoy salón de clases de las *huerteras*, convivían más de diez hombres encargados de cuidar los cerdos, alimentar las gallinas, extorsionar a los comerciantes, distribuir marihuana, traficar con lotes, entrenar a decenas de tiradores cada semana (en el lote que hoy es de las *huerteras*), y torturar y asesinar a quienes infringían las leyes impuestas por Perdomo. En el año 2010, cuando Perdomo aceptó cargos por concierto para delinquir, constreñimiento, desplazamiento forzado, extorsión y homicidio, los testigos del caso denunciaron la desaparición de treinta cuerpos en las grietas del cerro y hablaron de un lote llamado socialmente campo de *paintball* donde entrenaban tiro al blanco, con blancos de carne y hueso.

Ahora los niños juegan en el patio, algunas mujeres aprenden cómo procesar alimentos y Berta expone sus diversos saberes. “He sacado muchas ideas como esta de cosecharle a otras personas” y explica que si alguien le pide diez lechugas ella es capaz de ir hasta el otro lado del morro para traerlas . “Diseñé un chimichurri especial porque tiene distintas clases de cebolla”, suspende el relato mientras bota una bocanada de humo. Cebollas de ramas blancas, moradas y verdes, cebollina, cebolla de Medellín, cebolla amarilla, pimentón y una combinación de aromáticas que no revela porque ahí está el secreto. “He descubierto muchas bondades en las plantas y presto ese servicio”; dice en voz baja que la jamaica sirve para los riñones, el cilantro para el insomnio, la rúgula licuada con hojas de zanahoria y remolacha para adelgazar, y la albahaca para el corazón.

Ahora Rosalba no mira a las *huerteras* desde la distancia. Cuando ella, sus once hijos y sus 25 nietos habían olvidado la tersura del aguacate criollo, la caricia del cristal de sábila, el estremecimiento de la lengua al rozar

el ají, la salivación profusa como respuesta al olor de las brevas cociéndose en su almíbar, Isela le entregó una huerta que otra mujer abandonó. Con los pies descalzos, Rosalba entró en su nuevo mundo. Barrió la superficie para examinar los trazos hechos por la antigua dueña, planeó la siembra y comenzó su obra. Al tocar la tierra con las manos, su vida pareció recobrar el sentido original pues dice que una alegría incontenible la hizo llorar. Mientras que arrancaba hierbitas recordó su vida en Ochalí, una montaña agreste y verde, y por momentos evocó su vida de niña campesina hurgando gusanos en la frijolera o tanteando el tamaño del próximo huevo de la gallina.

De repente, la tarde se cerró y la lluvia amenazó pero Rosalba no quería interrumpir ese momento. La tierra del Pan de Azúcar era ruda pero era tierra como la que ella tuvo que abandonar el lunes 17 de enero del año 2000. Las imágenes le cayeron como si fueran una catarata. Sin orden temporal ni gramatical formaron un relato tardío del horror. Ese comienzo de semana, 150 hombres de un grupo paramilitar asesinaron a 16 personas en cuatro caseríos del municipio de Yarumal. Pasaron por La Quiebra, El Llano, La Rivera y Ochalí. Asesinaron a nueve hombres que eran los compadres de Rosalba. Esa misma semana 120 personas salieron de la vereda. Rosalba dejó todo lo que tenía: una parcela, tres cerdos, una mula, diez gallinas y una casa con siete piezas y tejas de eternit. En Medellín la recibió un techo de plástico en el año 2000 y catorce años después una huerta que la conecta con su memoria y que la reta a diario a demostrar cómo de una roca puede brotar miel.

“He descubierto muchas bondades en las plantas y presto ese servicio.”

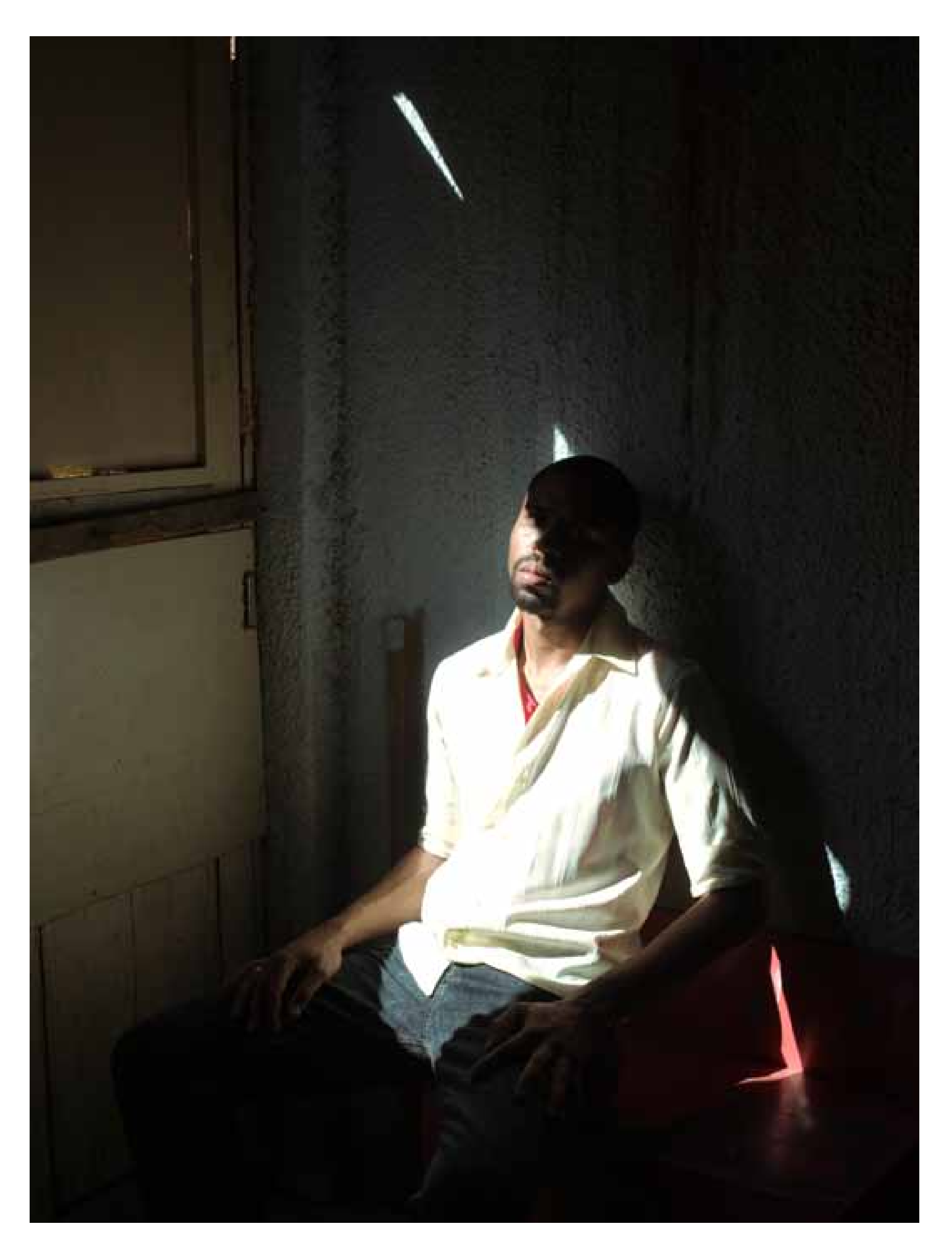


CRISTINA DE MIDDEL

Gentlemen's club



1. *Detalle de una de las toallas que están a disposición de los clientes en los cuartos alquilados por horas en la zona de la plaza Tiradentes, en el centro de Río de Janeiro. El precio de la habitación es cinco euros por 20 minutos de uso.*



2. *Silvio, 28 años. Guardia de seguridad en un club nocturno. Soltero. Va con prostitutas tres veces al mes y suele pagar 180 reales (40 euros) por 40 minutos con dos chicas. Empezó a usar este servicio a los 14 años por curiosidad y porque le gusta estar con mujeres cuando se emborracha.*



3. *Detalle de una de las camas del hostal en el que se realizaron las fotos, en las cercanías de la plaza Tiradentes. Las sábanas se cambian una vez al día a pesar del uso que se les dé.*

4. *Charles no quiere decir su edad. Es un trabajador del metal. Nunca se casó y es padre de tres niños. Va con prostitutas tres veces al mes y suele pagar de 50 a 100 reales (12 a 25 euros) por una sesión. Empezó a frecuentar prostitutas a los 17 años cuando su padre le llevó a un club de alterne y sigue yendo por ser algo diferente y porque esas mujeres tienen mucha más experiencia.*





5. *Detalle de una de las camas de un hostal situado en las cercanías de la plaza Mauá, lugar de encuentro y negocio para las prostitutas y los clientes de la zona. El precio de la habitación es 14 euros por servicio.*

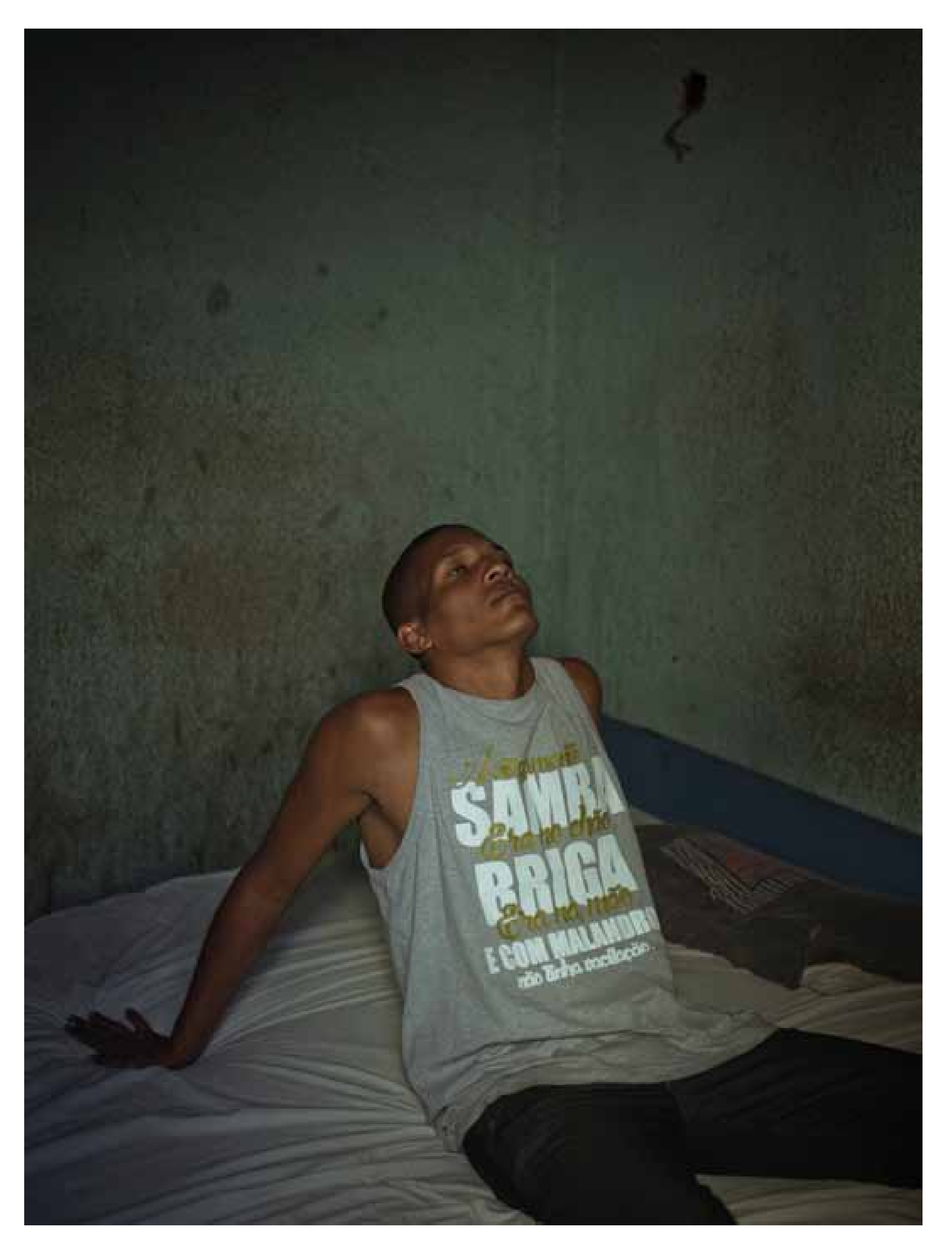
6. *Daniel, 34 años. Guardia de seguridad. Casado y padre de ocho niños. Frecuenta prostitutas tres veces por semana y normalmente no paga por sus servicios porque trabajan en el mismo club. Empezó a los 19 años y sigue haciéndolo porque le gusta el placer sin compromiso.*

7. *Detalle de la habitación del hostal vecino a la plaza Mauá, cerca del Puerto de Río.*





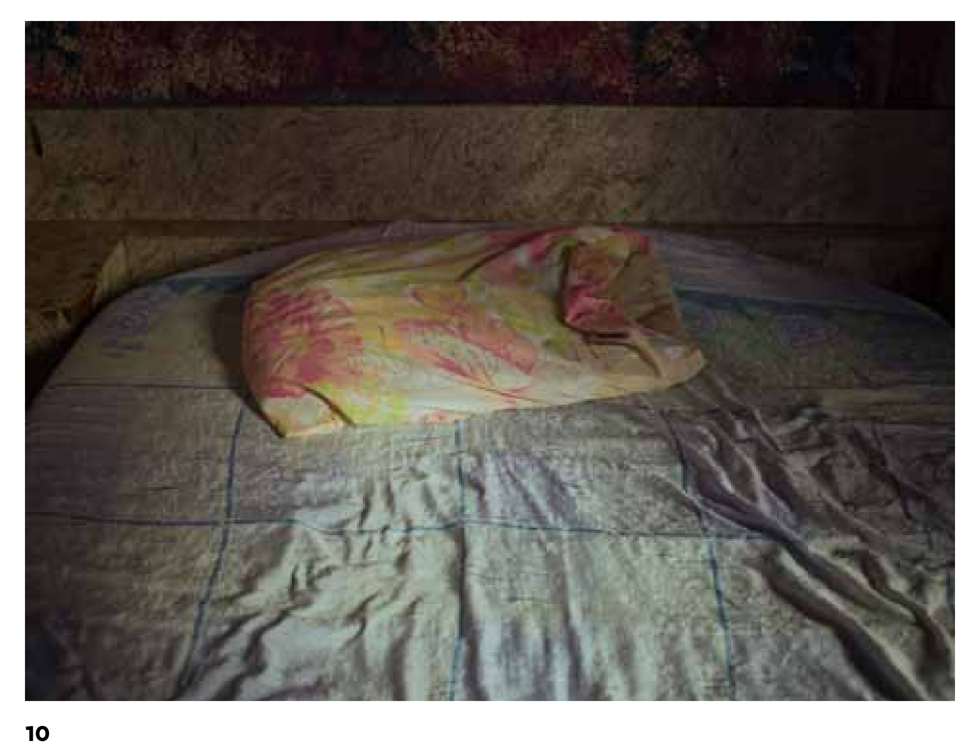

ALICE
E
JOÃO



8. *Felipe prefiere no indicar su edad. Es trabajador autónomo. Soltero y padre de cinco hijos. Frecuenta prostitutas una vez al mes y suele pagar entre 50 y 100 reales (12 a 25 euros) por servicio. Empezó con 19 años y sigue yendo por placer y diversión.*

9. *Detalle de la habitación del hostal vecino a la plaza Mauá, cerca del Puerto de Río.*





10



11

La fotografía de prensa se ha centrado en una única mitad del negocio a la hora de explicar y retratar el negocio de la prostitución. Si un grupo de alienígenas aterrizara en la Tierra y tratara de entender cómo funciona ese negocio solo leyendo los periódicos, llegaría a la conclusión de que está basado en mujeres que se desnudan en cuartos inmundos, nada más.

Con esta serie de fotografías pretendo ponerle cara a la otra mitad del negocio que permanece invisible y silenciosa: los clientes.

En junio de 2015 decidí colocar un anuncio por palabras en varios periódicos de Río de Janeiro, lugar casi icónico para el turismo sexual y para los reportajes de prostitución. Mi primera e ingenua intención fue llegar a conocer y a entender qué tipo de hombres son los que frecuentan los clubes y, en una segunda fase, invertir los papeles durante una sesión y hacer que los hombres cedieran su imagen y compartieran su identidad y experiencias a cambio de dinero. Una transacción parecida a la prostitución.

Los hombres que respondieran a mi anuncio posarían para ponerle cara a la otra mitad del negocio, cobrando 50 euros por 20 minutos si enseñaban su cara y 25 euros si decidían permanecer en el anonimato.

La respuesta fue, para mi sorpresa, masiva y aún el día de hoy sigo recibiendo respuestas de hombres interesados en participar.

Todas los retratos se dispararon en dos hostales en zonas muy frecuentadas por prostitutas y clientes, alquilando una habitación con cada sesión.

www.lademiddel.com

10. *Detalle de la cama en la habitación del hostal vecino a la plaza Mauá, cerca del Puerto de Río. Zona recién revitalizada con la construcción del Museo del Mañana.*

11. *Italo, 35 años. Albañil. Casado y padre de seis hijos. Va con prostitutas dos o tres veces a la semana y suele pagar 150 reales (35 euros). A veces le basta con invitarlas a una cerveza, si consigue ganar confianza con ellas. Empezó a frecuentar prostitutas a la edad de 18 años y sigue haciéndolo porque le gusta el sexo sin compromiso.*

12. *Newton, 43 años. DJ. Soltero y padre de dos hijos. Frecuenta prostitutas dos o tres veces a la semana y suele pagar 70 reales (16 euros) por sesión. Empezó a usar ese servicio a los 22 años y sigue usándolo porque no le hace daño a nadie, porque es divertido, no hay sentimientos en juego y porque es una simple transacción comercial.*







13. *Detalle de una de las habitaciones del hostal cercano a la plaza Mauá. Las habitaciones suelen estar decoradas con temas románticos.*

CARLOS MARTÍNEZ

Ciudad de números y letras

“El Salvador es un país pequeño y su capital —que cabría más de 20 veces en el Distrito Federal mexicano— es un valle a las faldas de un volcán dormido.”

Eran cuartos de final del mundial 2010. Estaba Sebastián “El Loco” Abreu parado frente al portero Richard Kingson de Ghana, con el futuro de su patria en los pies, a punto de disparar el penal que lo iba a decidir todo. Alargó la distancia hasta el centro de la media luna mientras el resto del equipo tiritaba viéndolo. Se encarreró hacia el balón como una flecha y al verlo venir, con galope de avestruz, el portero africano hizo su apuesta y se lanzó hacia la derecha, pero El Loco se detuvo a tiempo para darle a la pelota una patadita chusca que la mandó haciendo un arco inofensivo justo al centro de la portería, donde hacía medio segundo había estado sudando Richard Kingson. El equipo explotó, el banquillo explotó, el estadio explotó, El Loco corrió glorioso besando su camiseta con el dorsal número 13. Uruguay acababa de pasar a semifinales por primera vez en 40 años y él era la estrella que huía de los abrazos. El matador.

Durante su larga carrera, Abreu jugó en 21 equipos de 10 países en 3 continentes y siempre llevó a la espalda el 13, su número de la suerte.

Han pasado seis años desde aquel penal y al cumplir sus 40, El Loco ya fue. En los estertores de su carrera, sin nada mejor que hacer que sacarle los últimos dólares a sus piernas, aterrizó en una de las más raquíticas ligas de fútbol del continente: la salvadoreña, donde fichó con el Santa Tecla FC. Que ocupa el lugar 748 del *ranking* mundial de clubes, lo cual no es un piropo para nadie. El caso es que fue presentado como una celebridad y en la rueda de prensa los periodistas salvadoreños corrieron a preguntarle lo lógico: si de verdad era lo suficientemente loco como para seguir usando el número 13, que había portado en la espalda desde 1995.

Sebastián dijo que aunque había sido advertido de “la situación”, él preferiría seguir llevando su número de toda la vida, que él no pretendía ofender a nadie, que aquel era el número que lo había acompañado toda su carrera.

“La situación” de la que habló El Loco es que El Salvador es un país violento. El más violento del continente. En 2015, uno de cada mil salvado-

reños fue asesinado y el consenso entre las autoridades y la sociedad es que la mayor parte de homicidios fueron cometidos por dos pandillas: La Mara Salvatrucha-13 y el Barrio 18, enemigas mortales. "La situación" es que la guerra entre las dos pandillas la libran también la mayor parte de salvadoreños: el que vive en el territorio de una pandilla es considerado enemigo por la otra y por ello evitará a toda costa llevar cualquier seña que pueda dar lugar a malos entendidos. "La situación" es que los salvadoreños tienen miedo, viven con miedo, van con miedo en el autobús, trabajan con miedo y llegan con el miedo puesto a sus casas y con el miedo algunas cosas desaparecen, se censuran, dejan de ser pronunciables: para evitar mencionar a las pandillas, los salvadoreños se refieren a la Mara Salvatrucha-13 como "Las Letras" y al Barrio 18 como "Los Números". Los pandilleros se tienen prohibido pronunciar al enemigo, así que para los miembros de Las Letras la 18 es la "diecihoyo" y para los miembros de los números la Mara Salvatrucha es la "mierda seca". "La situación" es que, de los 66 equipos de las tres categorías profesionales del fútbol nacional, solo 8 tienen inscritos el 13 o el 18. "La situación" es que el director de la escuela de la colonia Santa Eduviges —controlada por el Barrio 18— ha tenido que admitir que, en las listas de inscripción, el número 13 quede siempre vacío y que cuando le pidió a uno de sus alumnos que se inscribiera en esa casilla, el muchacho le respondió: "Mejor expúlseme, profe".

Días después de su presentación como el nuevo fichaje del Santa Tecla FC, Sebastián Abreu anunció que por razones de márquetin cambiaría su dorsal por el número 22: los dueños del equipo auguraban que nadie compraría camisetas —aunque se tratara del famoso jugador— si estas llevaban estampadas el número 13.

¶

El Salvador es un país pequeño y su capital —que cabría más de 20 veces en el Distrito Federal mexicano— es un valle a las faldas de un volcán dormido. Su máximo monumento, su Torre Eiffel, su Estatua de la Libertad, es un Jesús parado sobre un globo terráqueo, que fue esculpido originalmente para adornar la tumba de un presidente, hasta que, pasados los años, fue obsequiado por los descendientes del difunto para que adornara a todo el país.

San Salvador tiene todos los méritos para ser la capital salvadoreña: es la ciudad más poblada del país —poco más de 300 mil habitantes—, duplica la tasa nacional de asesinatos, es campeona en los listados más infames de

tráfico vehicular en el mundo, está a medio camino entre un volcán y el mar y desde luego está el hecho de que... tiene por símbolo una lápida.

Pero ser ciudad capital es solo una ilusión: en un país tan pequeño saber exactamente el municipio en el que se vive es poco más que un formalismo en el recibo de electricidad; las ciudades son vecinas puerta con puerta y, para diferenciarse, algunos municipios han dibujado en la calle la línea fronteriza, con el nombre de cada ciudad a cada lado de la línea, probablemente para que el camión recolector de basura de un municipio no cometa el error de recoger un solo desperdicio del municipio vecino.

Para nombrar este nudo y evitar la posibilidad milimétrica de confundirse de vecindario, se usa el amplio "Área Metropolitana de San Salvador" y asunto resuelto. Ahí van nombradas de un plumazo 14 municipalidades: la crema y nata de lo urbano: donde caben desde los jardines de la embajada de los Estados Unidos en la idílica Colonia Santa Elena, hasta Montes de San Bartolo y sus casuchitas claustrofóbicas. Ahí dentro están todos los actores: los afortunados que viven en casonas protegidas por la sombra de árboles robustos en colonias que tienen el estatus en el nombre, como la prestigiada Colonia Escalón; y los desgraciados que habitan atroces planchas de cemento bautizadas con sorna por urbanizadores con un sentido del humor muy retorcido: Bosques de Prusia, Alpes Suizos, Prados de Venecia... Pero incluso estas divisiones hechas de abismos viven apretujadas en el Área Metropolitana: en los barrancos oscuros de la Colonia Escalón y bajo el puente que lleva a la Colonia Santa Elena hay hormigueros fecundísimos, o bombas de tiempo, según se mire.

La Zona Rosa es el paseo turístico más famoso, sede del hotel Princess, que hospeda regularmente a presidentes visitantes, o de restaurantes donde se puede comer a gusto exquisiteces de gastronomías internacionales, o bailar en discotecas con acceso restringido... pero, hundida a sus espaldas, está también la comunidad Las Palmas desde donde irradia su poder la Pandilla 18.

Sentado en una de las mesas de un Denny's, tomando un refresco de frutas, un líder pandillero señalaba a todos esos bares, discotecas y restaurantes y explicaba con seriedad: "Todos esos lugares, toditos, nos pagan y ellos saben que no pueden decir nada". Cosa que aprendió por las malas el propietario de un restaurante argentino que denunció a la policía la extorsión de la que era víctima: dos chicos en motocicleta vaciaron el cargador de una pistola sobre los comensales que almorzaban en la terraza. "Es que el dueño tenía doble

cara —explicó el pandillero— por un lado nos pagaba, pero al mismo tiempo denunciaba a la policía". Aquel día no murió nadie, pero un nigeriano se llevó de recuerdo un plomo en el cuerpo y esa misma tarde el restaurante cerró.

La apretura del Área Metropolitana, que hace irrelevantes las divisiones oficiales, convierte en asunto de vida o muerte saberse la nomenclatura real, que se pasa por el forro los mapitas con sus fronteras administrativas: la organización geográfica de Las Letras y Los Números que controlan palmo a palmo la capital. Algunas veces el control es explícito: como en la Colonia Valle de las Flores, donde la pandilla hizo instalar un portón en la única entrada y le entregó las llaves a uno de sus miembros, que justificó aquello explicando que "hay que cuidar que no entre la policía". Otras veces el control es invisible, normalmente sutil... hasta que uno es un señor nigeriano que se almuerza un bife y un desconocido te pega un tiro desde una moto sin decir agua va.

Si sos un político en campaña y querés entrar a una de esas comunidades marginales a besuquear niñitos y a regalar baratijas con tu cara impresa, debés tener un operario que le consulte a la pandilla de turno si aquello puede ser o si se les ofrece alguna cosita a cambio. En abril de 2016, en un comunicado conjunto firmado por los "voceros nacionales" de la Mara Salvatrucha-13 y el Barrio 18, las pandillas decían sentirse "defraudadas" por el partido en el gobierno: "Los dirigentes del FMLN nos han defraudado... promueven nuestra aniquilación por medios militares. Por tanto, nuestras comunidades nunca jamás volverán a ser canchas para que el FMLN busque votos y organización partidaria... hemos dado instrucciones a nuestros territorios de no permitir actividades partidarias, ni el uso de sus distintivos, como banderas, camisetas, gorras, etc.".

Si sos una multinacional como la inglesa-sudafricana SABMiller, que es la segunda empresa cervecera en el mundo y la propietaria de la marca Coca Cola en El Salvador, entonces pagás carísimo por un mapa georreferenciado para planificar tus rutas de distribución. Pero no un mapa marcado con las inútiles líneas administrativas, sino con el signo de cada colonia, según sea territorio de Letras o de Números. De esa manera podés evitar que tus camiones repartidores hagan rutas mixtas en colonias enemigas y evitar con ello que tus choferes aparezcan en las noticas detrás de la cinta amarilla que protege la escena del crimen.

Si sos un alcalde de un municipio del Área Metropolitana, como Ilopango, por ejemplo, te encontrás en la necesidad de invitar a las dos pan-

"(...) la organiza-
ción geográfica de Las
Letras y Los Números
que controlan palmo
a palmo la capital."

dillas enemigas a dialogar para intentar que los números de homicidios de tu ciudad no se disparen hasta las nubes. Ahí, en el salón de sesiones del concejo municipal, el líder local del Barrio 18 reclamaba al de la Mara Salvatrucha-13 que algunos de sus miembros solían violar los límites y que eso iba a terminar en que salieran "a flote" las armas. Para evitar confusiones, y como muestra de buena voluntad, acordaron establecer como frontera un árbol de capulín y para mayores señas decidieron que un "civil" llegaría a demarcar la frontera sobre la calle, con un spray de color verde.

Al lado de un árbol que da una frutilla roja y aromática hay ahora en Ilopango una línea pintada con spray, como aquella que dibujan los alcaldes para no equivocarse. Esa es una frontera urgente, de las que vale la pena respetar. De un lado de la raya están Los Números y del otro lado gobiernan Las Letras.

¶

Alfredo era un buen estudiante. Un chico flaco con unos enormes ojos oscuros y un hablar cadencioso al que le gustaba hacerse el misterioso sobre su edad exacta. Habrá tenido quizá uno 20 años y había escalado hasta llegar a ser el líder de la célula local de la Mara Salvatrucha-13. Alfredo estaba en las antípodas de la imagen estereotipada de un pandillero: no llevaba ningún tatuaje en el cuerpo y en lugar de los anchos pantalones *cholos*, vestía skinny jeans ceñidos al cuerpo y tenía un tonillo cariñoso, casi amanerado, al hablar, arrastrando las palabras para que sonaran más suaves. Lo conocí en el parqueo de la alcaldía de Ilopango, donde el alcalde me había invitado a presenciar su intento de negociación con las dos principales pandillas.

Al bajar de mi moto sentí cómo por la espalda alguien apretaba algo contra mis costillas y me susurraba: "no te movás y dame las llaves de la moto". Obedecí. Entonces Alfredo soltó una risotada y sacó sus dedos de mi costado. "Noooooombre, periodista, es una broma". Y me dio la mano, mostrándome su sonrisa de muchacho. Me dijo que ya me había visto en la alcaldía y que el alcalde les había anunciado que yo estaría presente en la sesión. "¿Se asustó, periodista? No se asuste, era una broma". Y yo le sostenía la mano sin saber cómo reírme de su gracia. Nos fumamos un cigarro hablando de motocicletas y Alfredo me explicó que el chiste del que fui víctima era una réplica del arte de robar carros, que consistía básicamente en esperar que el conductor desprevenido se bajara del vehículo, pedirle a algún cómplice que vigilara la escena, mostrarle una pistola al *cliente* y

ponerlo *tikaman* —que en castellano común quiere decir con las manos en la cabeza—. Me contó además que un día algo salió mal y la policía los persiguió, pero que como él era muy listo fue desarmando su arma por piezas, mientras escapaban en el carro robado, y lanzaba las piezas por la ventana. Así solo podrían acusarlo de robo y no de portación ilícita de armas. Había estado un tiempo preso y salió de la cárcel para gozar de sus nuevos galones de expresidiario. A partir de aquel día Alfredo contestaba mis llamadas y es posible que incluso él me llamara alguna vez. Lo volví a ver el día que visité la escuela pública de la Colonia Las Cañas.

Las Cañas es una colonia partida por una carretera de cuatro carriles. De un lado habita la mayor parte de la población y es controlado por el Barrio 18. Del otro lado vive mucha menos gente y es controlado por la Mara Salvatrucha-13; ahí también quedó instalada la única escuela pública del lugar. Los maestros de la escuela experimentaban una dramática reducción de estudiantes: algunos cursos habían pasado de 3 secciones con 45 alumnos cada una, a una sola sección de 15 chicos. Algunos profesores habían sido reasignados por falta de estudiantes y todo eso había ocurrido de un año para otro, después de que la Mara Salvatrucha-13 prohibiera usar la escuela a cualquier habitante del otro lado de la calle. Las Letras habían hecho sentir su autoridad, decretando que cualquier estudiante o padre de familia que atravesara esos cuatro carriles era un espía enemigo y que debía atenerse a las consecuencias, es decir a una paliza o a una lluvia de tiros. Así que la escuela se fue quedando vacía. Recorrí las instalaciones con los maestros y tomé nota de los salones desiertos y de las listas de inscripción a medio llenar. Ningún maestro se ofreció a acompañarme a la salida y en tanto había puesto un pie fuera de la escuela, el portero cerró con un portazo a mi espalda y me dejó parado ahí frente a los señores de Las Letras.

Me esperaban cinco pandilleros y un perro, haciendo lo posible —el perro incluido— por mostrarme sus caras más temibles y caí en la cuenta de la enorme tontería que había cometido: había dado por hecho que para visitar la escuela de aquella comunidad solo requería el permiso de los maestros y ahora aparecía la Mara Salvatrucha-13 para recordarme mi error. Un gordo tenía una gruesa cadena en las manos y otro tipo sujetaba al perro por el cuello. Entonces, para mi dicha, en medio de mis balbuceos, Alfredo me reconoció. Ya no era aquel muchacho amable. Me miraba con odio, o con un gesto que lo imitaba muy bien, se acercó en silencio y al estar cerca empezó a regañarme sin su tono dulzón. Ahora escupía las palabras como

un martillo: "Periodista, no vuelva a hacerme esto. El teléfono no ha dejado de sonarme y como usted anda arete y no lo conocen aquí, estaban listos... si va a venir llámeme primero... imagínese si yo no estoy". Y yo no he dejado de imaginarlo desde entonces.

Alfredo era alumno de aquella escuela. Estudiaba el séptimo grado en el turno nocturno junto con alumnos mucho menores que él. Era un estudiante aplicado y sus maestros fueron descubriendo con el tiempo que aquel muchacho flaco tenía una autoridad por sobre el resto de alumnos, y luego descubrieron que también la tenía por sobre ellos mismos.

"Si vos querías regañar a un niño, te amenazaba diciendo que su papá o que su hermano era de la pandilla. ¿Y qué ibas a hacer?", recuerda el profesor Eleazar. Entonces recurrían a Alfredo y al día siguiente el niño había perdido la enjundia y se terminaba disculpando con el profesor. Si algunos *homeboys* de la pandilla merodeaban la escuela vendiendo drogas, los maestros hablaban con Alfredo, y al día siguiente no había rastro de los vendedores de droga. Así que cuando a los profesores se les ocurrió una idea para recuperar a los alumnos perdidos, lo natural era buscar la autorización del *palabrero* de Las Letras.

Desde luego los maestros no son idiotas y jamás pretendieron alterar las reglas de la naturaleza: esos cuatro carriles que separan a la Colonia Las Cañas están escritos en piedra y pedir que se desvaneciera esa frontera era —es— ridículo. Así que le apostaron a algo un tanto menor: ¿y si Alfredo accedía a dejarlos cruzar a ellos esa calle? Así podrían hacer una colecta entre ellos mismos y los padres de familia y alquilar una casa en la otra parte de Las Cañas y montar ahí una especie de sucursal de la escuela. Alfredo autorizó a sus maestros a cruzar la calle y aventurarse en el otro territorio. Ahora faltaba la otra parte: convencer a Carlos, *palabrero* de Los Números, de que les permitiera entrar en sus territorios.

Carlos era un tipo algunos años mayor que Alfredo, de muy pocas palabras, a quien nunca vi reírse. Llevaba tres seises tatuados en la frente que le daban una apariencia violenta y hacían que su mirada —desde unos ojillos achinados— pareciera severa. Siempre pensé que, a fuerza de impostar un rostro rudo, Carlos ya no tenía otra cara que enseñar. Carlos escuchó a los maestros y tampoco puso reparo a la idea.

Probablemente sin saber lo que habían conseguido, los maestros de la escuela Las Cañas acababan de crear un puente sobre un abismo. Un puente colgante, si se quiere; uno que tambaleaba sobre la voluntad de dos mucha-

“Si vos querías regañar a un niño, te amenazaba diciendo que su papá o que su hermano era de la pandilla.”

chos que no habían conseguido terminar la secundaria... pero un puente al fin y al cabo.

La casa era carísima. 35 dólares por el alquiler de una sola planta, en una Colonia como Las Cañas —llena de trabajadores informales, de empleadas de maquila, de obreros mordidos por un salario mínimo que ronda los $200 al mes— es una cifra que hay que tener en cuenta. 35 dólares, dependiendo dónde estén puestos, pueden significar una enorme cantidad de cosas diferentes: puede ser media borrachera de un viernes o una cena, o un libro o un taxi al aeropuerto o unos zapatos baratos o el tanque de gasolina de un carro mediano o una escuela; una fea, una cruel escuela que es también, según se mire, la mejor escuela posible en la Colonia Las Cañas.

Fueron 90 inscritos en la primera sentada. Sobre todo alumnos de bachillerato, pero también los había de alfabetización de adultos, y de secundaria... El dinero se consiguió enseguida y hubo tal acogida que fue necesario hablar con un partido político para que prestara su local por las noches y luego hubo que invadir el local de Protección Civil.

La escuela era en realidad una casuchita apretujada, a medio terminar, que en la noche era un hervidero de señores aprendiendo a dibujar una letra y el misterio del sonido que ese dibujo convoca; de chicos que —tras una jornada laboral— tenían la fuerza de voluntad suficiente para sentarse en un pupitre de niño a llenar cuadernos. O sea, dicho en otras palabras, que aquella casuchita por las noches se llenaba de gentes que —quizá tontamente— se sentaban a tener esperanza juntas.

A los maestros no les quedó otra que repartirse para atender la tremolina que habían creado: el que impartía ciencias naturales, ahora debía además ofrecer sociales y quizá inglés. Todos los días, los maestros hacían el recorrido entre la escuela y la casuchita, atravesando el fuego sin quemarse.

Cuando un grupo de pandilleros agarraron la costumbre de merodear la escuela para piropear a las chicas que salían de clase, el maestro Eleazar habló con Carlos y los chicos jamás volvieron a aparecer. Tres pandilleros del Barrio 18 consiguieron sacar el bachillerato y muchos de los hijos de la pandilla conocieron ahí sus primeras letras.

Dos años después de haber iniciado aquel experimento, la escuelita sigue en pie: el alquiler vale ahora 60 inmensos dólares, que es el precio por ocupar las dos plantas completas. La guerra entre ambos lados de la calle también sigue en pie y la distancia que cabe en esos cuatro carriles no se ha acortado. Todavía hay familias partidas por esa división, que se encuentran

a hurtadillas en algún lugar lejano para poder hablarse y tocarse sin riesgo. Pero la escuelita sigue en pie.

Carlos fue asesinado por su propia pandilla. Se apoderó de cien dólares el día de su cumpleaños para celebrarse a sí mismo la vida y montó una juerga con sus *homeboys*. Jamás consiguió reunir el dinero necesario para reponer lo robado al Barrio 18 y desde arriba se decretó su muerte. Lo mataron sus propios guardaespaldas en el centro de una polvosa cancha de fútbol. Pero la escuelita sigue en pie.

Alfredo no terminó el bachillerato. Fue sustituido como jefe de su célula acusado de no ser lo suficientemente duro. La última vez que el profesor Eleazar lo vio, iba en su moto sobre la calle que divide a la Colonia Las Cañas. Quizá esté vivo. Pero la escuelita sigue en pie.

En la oficialidad de las oficinas y los diplomas con sus sellos, los graduados de dos lugares tan distantes llevan una sola referencia: Escuela Las Cañas. Entonces los maestros toman los diplomas y atraviesan la frontera para tener una segunda fiesta de graduación. Los nuevos *palabreros* de ambos lados no son tan entusiastas como sus antecesores, pero mantienen el salvoconducto para los maestros... y la escuelita sigue en pie.

¶

Pese a todo la ciudad está ahí: Jesús sigue parado sobre su globo terráqueo, apuntando el dedo hacia el cielo y bajo su mirada los jóvenes se equivocan una y otra vez intentando aprender nuevos trucos en sus patinetas, subiendo a las bancas del parque, cayéndose y levantándose de nuevo. Los bares ponen música; los carros se atascan en nudos que se deshacen por la noche; los chicos van a las escuelas.

El profesor Eleazar fue ascendido a director. Ahora dirige una escuela controlada absolutamente por el Barrio 18. "Mejor expúlseme, profe", le dijo a Eleazar un adolescente que se negó a inscribirse en la casilla #13 de la lista del curso. Y el director Eleazar supo que no bromeaba. Así que aquella casilla quedó vacía. Y vacías quedaron también todas las casillas con el número 13: la de los equipos de fútbol, la de la lista de llegadas tarde, la lista de participaciones en clase.

—Profe, ¿y si no se puede usar esa casilla por qué mantiene el número? ¿No es más fácil saltar de una vez del 12 al 14?

—No, porque si lo hago renuncio al símbolo de autoridad que todavía me queda: la de mantener el 13 en mis listas.

“Si de la vida quieres gozar, ver, oír y callar.”

Aunque ningún alumno quiere escribir su nombre a la par de esa obstinada cifra, Eleazar la vuelve a imprimir como un niño que mancha una pared. A hurtadillas, un director de escuela ha disfrazado de número trece su dignidad.

Quizá el grafiti más repetido en la ciudad es uno que dice: "Si de la vida quieres gozar, ver, oír y callar". A veces se cambia de lugar y dice: "Ver, oír y callar, si de la vida quieres gozar". Otros se pasan por el forro la rima de la frase y van al grano: "Ver, oír y callar, o vos seguís". Gozar a veces está escrito con s. Callar con y. Pero la idea es esa, repetida, martillante, en el muro de un vecino, en el portón de una escuela, y la gente convive con esa amenaza de muerte como si no estuviera. Pero es regla que nadie toca el muro donde se ha escrito. Orinar al pie del letrero te condena a una golpiza, con suerte. Y desde luego nadie en sus cabales osaría borrarlo, salvo las jornadas de borradas de grafiti que organiza la policía, en las que un agente con el rostro cubierto le pasa pintura blanca al letrero, mientras otros lo custodian con armas largas. Pero al día siguiente, como la mala hierba, el grafiti está ahí de nuevo.

A modo de venganza, un anónimo temerario, dibujó en el Paseo General Escalón un corazón que decía en su interior: "MS-13 y Barrio 18 se aman a muerte". Hace rato lo borraron.

En el complejo resumen que es el Área Metropolitana de San Salvador, a veces es necesario que un jugador se cambie el número de camiseta, aunque con este haya visto sus glorias pasadas, o que un grupo de maestros se las ingenie para meter, en una casuchita asediada por pandillas, las esperanzas de un puñado de chicos y sus padres. Algunas familias han aprendido a juntarse lejos de las fronteras que las separan y un director de escuela oculta su terquedad detrás de un número. Dos pandillas usan un árbol de capulín como frontera y, eventualmente, un travieso se atreve a hablar de amor entre Números y Letras.





NICOLÁS JANOWSKI

Adrift in blue

Adrift in Blue*

(Tierra del Fuego, Argentina - Chile, 2014-2016)

> *Entre lo "real" y lo "mágico" solo media un pequeño detalle: el sitio desde donde uno mire la vida.*
> *H. C.*

La isla de Tierra del Fuego, el confín del mundo, tradicionalmente ha sido presentado como un espacio físico e imaginado donde la realidad se presenta como un escenario de fuerzas espirituales. El pensamiento asociado al lugar se trasfiere al mundo externo, y las imágenes y el contorno de la isla se proyectan por los sentidos de la mente a lo largo de la historia.

El escenario fueguino actual es heterogéneo en cuanto a su origen, pero comparte el mismo espíritu de sacrificio y perseverancia propio de los primeros pobladores. Un escenario íntimamente vinculado con el aislamiento y la renuncia.

Y es precisamente en este sentido que este imaginario histórico presenta a Tierra del Fuego como un lugar-límite, la última frontera de la civilización anclada en el extremo austral de la tierra habitable: el fin del mundo es el lugar donde la hostilidad y la aventura conforman sus representaciones más comunes. Y aun en tiempos de globalización, la metáfora del fin del mundo persiste y proyecta su cuota de misterio.

www.nicolasjanowski.net

* ***Adrift****: Naval word for anyone or anything that cannot be found or has come undone. Ships are adrift when they are moved about at the will of the wind and tide. Adrift originates from the Middle English 'drifte' meaning to float.*

















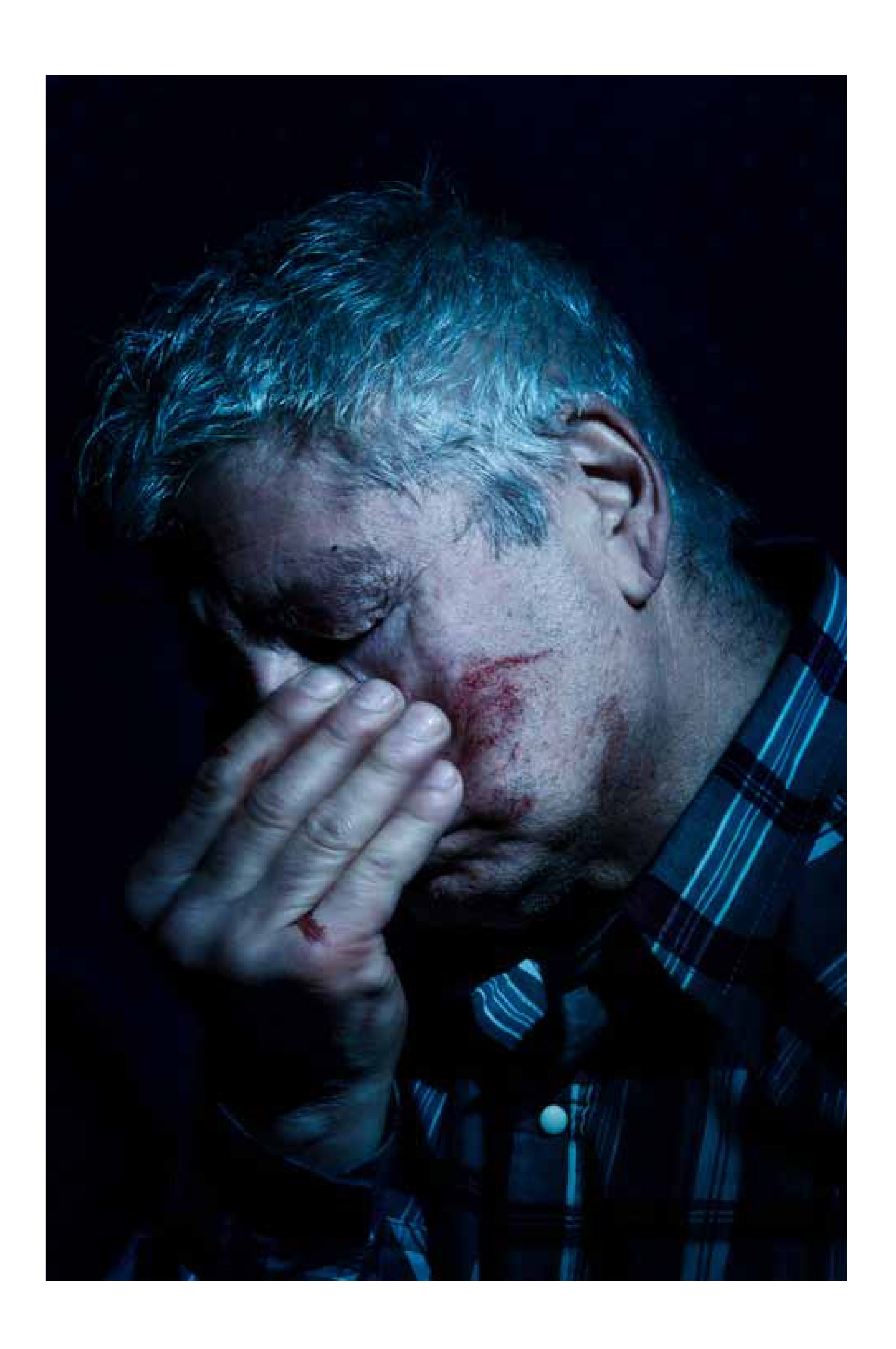












JOSEPH ZÁRATE

Los niños de petróleo

“En 2007, durante el Congreso Mundial de Energía, se anunció que la Tierra todavía almacena reservas de petróleo suficientes para uno o dos siglos más.”

La primera señal del desastre fue el olor. Ácido, penetrante, el aire enrarecido se expandía desde la ribera del río hasta las cabañas de madera, como una nube invisible de gasolina. Los niños que jugaban en la orilla fueron los primeros en gritar la noticia. La corriente descendía como una mancha negra y viscosa que cubría insectos, peces, canoas, raíces de árboles, hasta chacras de yuca y plátano cercanas a la playa. Las familias de Nazareth, una comunidad amazónica de dos mil habitantes, en la provincia de Bagua, al norte del Perú, cuentan que la noche anterior había estallado una tormenta. El río Chiriaco se había desbordado. Solo que esta vez traía consigo litros y litros de aquella sustancia conocida por estar compuesta de la misma materia de la que estaban hechos los dinosaurios.

En Nazareth, algunos ancianos awajún, miembros de la segunda etnia más numerosa de la selva peruana, conocían el petróleo de tiempos pasados. Pero Osman Cuñachí —doce años, sexto de primaria, arquero en su equipo escolar— jamás había visto ni tocado algo parecido.

Osman recuerda que la tarde del miércoles 10 de febrero de 2016, dos ingenieros de Petroperú, la compañía estatal más importante del país, llegaron a Nazareth en una camioneta 4x4. Semanas antes una fisura en el Oleoducto Norperuano, esa serpiente de acero de más de ochocientos kilómetros famosa por transportar el petróleo de la selva a la costa, había derramado dos mil barriles en una quebrada cercana al río Chiriaco. Un deslizamiento de tierra había doblado el tubo hasta agrietarlo. La empresa construyó una represa artesanal con troncos y lonas de plástico para contener el combustible, pero las lluvias hicieron que se rebalsara, esparciéndolo como una peste negra varios kilómetros río abajo. Ese día por la tarde, los ingenieros de Petroperú dijeron a los nativos de Nazareth que les pagarían si ayudaban a recoger el petróleo. El monto sería generoso. Juntar un balde de crudo equivalía a ganar hasta cinco veces más que un día de trabajo en la chacra: ciento cincuenta soles (cuarenta y siete dólares). No indicaron

quiénes podían hacerlo ni advirtieron que la sustancia era tóxica ni dieron trajes especiales. Familias enteras corrieron hacía el río para recoger todo el petróleo que pudieran.

Cuando Osman Cuñachí y sus hermanos llegaron al lugar del derrame, su tía y sus primos ya estaban allí. También había madres embarazadas, abuelas y muchachos sumergidos en el agua o montados en canoas juntando el crudo con las manos desnudas. Osman recuerda que el hedor lo mareaba. Le ardían los ojos y le dolía la cabeza. Roycer, su hermano de tres años, fue el primero en rendirse. Luego Omar, de siete, y Naidh, su hermana de catorce. Osman decidió seguir hasta el anochecer. El dinero prometido lo hizo continuar.

De regreso a casa, mientras caminaba por la carretera, una vecina le tomó una fotografía que se difundió rápido en Internet y que el país y la prensa extranjera comentarían con indignación durante los siguientes días. En la imagen, Osman Cuñachí tiene manchados de negro la cara, los brazos, los pies, el short, la camiseta roja que lleva en letras blancas la palabra Perú. El niño carga un balde con petróleo. Y sonríe.

¶

Quienes vivimos en las ciudades solemos indignarnos ante las noticias sobre desastres ecológicos. Sabemos que derramar petróleo en un río puede alterar para siempre la vida de quienes habitan valles y bosques a cientos de kilómetros de las capitales. Sin embargo, también es cierto que difícilmente cuestionamos el protagonismo que tiene este recurso en nuestras vidas.

Ningún análisis de las guerras por recursos naturales está completo si no se menciona el poder del petróleo. Gracias a él, en el último medio siglo hemos creado un mundo en el que la gente vive en promedio dos décadas más que antes, en el que se cruzan océanos en medio día, en el que las personas se comunican instantánea y globalmente por apenas unos centavos, y hasta llevan bibliotecas enteras en un celular. Hoy el petróleo se usa para impulsar muchos de los procesos que permiten fabricar las cosas que consumimos. Regular la temperatura de nuestros edificios y hacer funcionar nuestras máquinas y vehículos consume el 84% del petróleo que se extrae anualmente en el mundo. Y el 16% restante se usa como ingrediente para fabricar una infinidad de productos: plásticos, fármacos, fertilizantes, crayolas, chicle, tinta, detergente lavaplatos, desodorante, amoníaco, neumáticos, vasitos de tecnopor. Todo el sistema actual depende de esa sustancia

subterránea que enciende el motor de la modernidad. Sin ella, sería imposible concebir las ciudades como las conocemos hoy.

El problema es que nuestra dependencia del combustible ha alcanzado una dimensión tan escandalosa, que se ha vuelto un tema de debate cada vez más frecuente entre ambientalistas y políticos. Perú, el primer país de América Latina en explotar petróleo comercialmente, es una muestra de ello. En 1924, cuando Venezuela se convertía en un país petrolero, Perú ya era el líder en la región. Hoy, mientras el primero produce tres millones de barriles diarios, el segundo apenas el 1% de esa cantidad. El petróleo peruano disponible —que se extrae de la selva— se agota, pero la población aumenta y con ella el consumo de combustible a un ritmo preocupante. El Perú está entre los veinte países "más adictos" al petróleo, según la BP Statistical Review of World Energy. Y a la vez es uno de los tres países más vulnerables a los daños causados por el calentamiento global y el uso de combustibles fósiles.

En 2007, durante el Congreso Mundial de Energía, se anunció que la Tierra todavía almacena reservas de petróleo suficientes para uno o dos siglos más. "El mundo no tiene que preocuparse en mucho tiempo por el fin del petróleo", dijo aquella vez el presidente de Saudi Aramco, la mayor petrolera del mundo. Hoy es una obviedad decir que la multimillonaria industria del petróleo es una de las más sucias y contaminantes que existen. Ante eso, los científicos insisten en advertirnos: si para la segunda mitad del siglo XXI los países no cambian sus fuentes de energía por otras menos destructivas para el planeta, es muy probable que la naturaleza y el sistema económico acaben por colapsar. La razón va más allá de lo ecológico y está condicionada por la fuerza de la realidad: el petróleo se acabará y no podemos hacer nada para evitarlo.

La Agencia Internacional de Energía (AIE), que monitorea las reservas energéticas del mundo, ha pronosticado: en el año 2020 llegaremos a consumir más petróleo del que la tecnología nos permite explotar. Una vez que alcancemos ese punto la producción caerá en picada. De hecho, es posible que experimentemos antes un "punto álgido" si la demanda supera la oferta y la extracción se vuelve más costosa. Si el hambre de petróleo en las ciudades permanece estable, el mundo necesitaría encontrar el equivalente a seis Arabias Sauditas para ponerse al día con el incremento esperado de la demanda entre el presente y el 2030. Fatih Birol, experto en energía y director ejecutivo de la AIE, nos exhorta: "Debemos

abandonar el petróleo antes de que él nos abandone. Y necesitamos prepararnos para ese día”.

Osman Cuñachí, niño awajún, no entiende de política ambiental ni ha escuchado al señor Birol, pero sí sabe lo difícil que es sacarse el petróleo del cuerpo cuando te manchas con él. La noche en que llegó a su casa, luego de recoger un balde de crudo, sus padres lo regañaron por salir sin permiso. Osman y sus hermanos intentaron quitarse el petróleo con jabón, lavavajillas y detergente para ropa. Se restregaron el cuerpo con un trapo, pero nada. Hasta que su primo, que también había recolectado, les recomendó que se limpiaran con gasolina. Y eso hicieron. Los hermanos Cuñachí no pudieron dormir esa noche debido a la picazón en el cuerpo. A la mañana siguiente, los ingenieros de Petroperú llegaron a Nazareth. Una veintena de nativos esperaba con sus baldes llenos de petróleo al lado de la carretera. Pero al final, y a pesar de los reclamos de la gente, los ingenieros solo pagaron un máximo de veinte soles (siete dólares) por cada recipiente recogido. Osman recuerda que el ingeniero solo le pagó dos soles (sesenta centavos de dólar) por el balde que juntó. El niño no reclamó. Solo regresó a casa, le dio una moneda a su mamá y con la otra fue a la tienda a comprarse unas galletas de animalitos.

¶

Osman Cuñachí no recuerda cuantas veces ha contado esta historia, ni cuantos periodistas le han pedido que muestre su ropa manchada y las heridas en su cuerpo ante una cámara. Quisiera ser conocido por su talento para atajar penales y no como “el niño que recogió petróleo”.

Es una tarde nublada de domingo. Una lluvia pesada cae sobre Nazareth. Han pasado cuatro meses desde el derrame y Osman se siente raro al ver la foto que lo volvió famoso en una gigantografía colgada fuera de la casa comunal.

—Sales feo —le dice su amigo y Osman se tapa la cara con las manos, rojo de vergüenza.

El letrero anuncia una campaña de salud, llevada por la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, para evaluar a treinta niños que aseguran estar enfermos por haber recogido petróleo. Uno por uno pasan a un toldo cerrado dentro de la casa, donde un médico recoge muestras de sangre y orina y corta un mechón de pelo, que serán analizadas por un laboratorio en Quebec. Como son más de las seis, la casa está en penumbras. En Nazareth se fue la luz eléctrica. Un niño escuálido huye del consultorio, horrorizado

por las agujas. Su papá le grita algo en awajún y corre a buscarlo. El médico, de panza prominente y empapado de sudor, ruega que alguien lo alumbre con la linterna del celular para poder seguir con su trabajo.

Osman no es de los chicos que esperan sentados, así que aguarda su turno jugando fútbol con sus amigos en una explanada llena de charcos. Los awajún cuentan que esa cancha es un antiguo cementerio de máquinas y tuberías, usadas para construir el Oleoducto Norperuano, una de las mayores obras de ingeniería de la historia del Perú, a finales de los setenta. La dictadura militar de aquel entonces invirtió setecientos millones de dólares y el trabajo de dos mil hombres para materializar el proyecto que, según economistas y políticos, convertiría al Perú en un país del Primer Mundo. Cuando fue terminado, la empresa estadounidense a cargo de la construcción, decidió sepultar todo el material restante en la selva, pues le resultaba más barato que trasladarlo. Un día los *gringos* se fueron. Entonces un grupo de familias awajún dejó la montaña para asentarse sobre un campamento abandonado, plagado de ratas que se comían a las víboras. Allí fundaron su primera escuela. Luego llegarían la carretera, la luz eléctrica, la televisión por cable, la posta médica y decenas de nativos atraídos por las señales del progreso.

Hoy Nazareth es una comunidad de pescadores, agricultores y comerciantes minoristas, que hacen su vida en torno al río Chiriaco. Ahora mismo, como cualquier niño awajún, Osman Cuñachí podría estar pescando o bañándose allí, pero no puede. Desde que el derrame ocurrió las autoridades ambientales del Estado han prohibido esas actividades por la cantidad de plomo y cadmio que hay en el agua. Los nativos dicen que estos métales tóxicos provienen del petróleo. Petroperú, que asegura haber limpiado el crudo en las riberas de la comunidad, dice que no es cierto: el petróleo tiene cantidades ridículas de aquellos metales. Germán Velásquez, presidente de la compañía por esos días, dijo que provenían del desagüe y la basura (botellas de plástico, detergentes, pañales descartables, animales muertos) que los pueblos cercanos arrojan a orillas del río. “Si alguien allí tiene la opción de recibir algún tipo de indemnización económica, dirá que el petróleo le hace llorar —me había dicho Velásquez, comandante en retiro de la policía y asesor de empresas, en una cafetería de Lima—. He investigado: para que el petróleo genere un poco de contaminación tendrías que haber estado metido en un barril de petróleo tres o cuatro días. Yo me he bañado en el río Chiriaco hace dos meses y todo bien”.

—Quien diga que el petróleo es inofensivo, miente —me dice el médico Fernando Osores, luego de diez horas seguidas atendiendo a los niños de Nazareth en la casa comunal—. No por nada los antiguos peruanos lo llamaban "estiércol del diablo".

Como experto en toxicología ambiental y enfermedades tropicales, Osores ha viajado por el Perú estudiando múltiples casos de contaminación causados por industrias extractivas. Cuando ocurre un derrame, explica, millones de moléculas de hidrocarburos se evaporan y se expanden rápidamente como gases venenosos. Basta con que alguien las respire durante unos minutos, para sufrir dolores de cabeza, mareos o molestias en el abdomen. Si alguien se expone al petróleo sin protección y durante días, es peor: aparecen alergias en la piel, irritación en la garganta y dificultad para respirar. El petróleo es una mezcla compleja de diversos hidrocarburos. Algunos de ellos (como el benceno y el xileno) pueden dañar el sistema nervioso y hasta provocar cáncer con los años. El crudo derramado en la corriente es otro problema. Este se divide en gotas minúsculas que se mezclan con partículas de barro y se sedimentan en el lecho del río. Así empieza la cadena: las partículas contaminadas alimentan a las bacterias. Las bacterias al plancton. El plancton a los peces. Los peces a los humanos. Osores dice que el petróleo puede no verse a simple vista, pero siempre deja secuelas.

—Estamos frente a un desastre químico —asegura el médico.

Osman Cuñachí todavía tiene sarpullidos y verrugas en las piernas y ronchas en los brazos debido al contacto con el crudo. Su hermano Omar sufre dolores de cabeza y diarrea. Al igual que ellos varios niños y niñas de Nazareth comenzaron a sentirse mal luego de haber participado en la recolección. En una asamblea realizada una semana después del derrame, la comunidad envió un comunicado al Presidente de la República y al Ministro de Salud, reclamando atención inmediata. El comunicado incluía una lista con los nombres de todos los niños que se encontraban enfermos luego de haber recogido el crudo. Eran más de sesenta, solo en esa comunidad. Petroperú ha donado toneladas de víveres y agua, y ha realizado campañas de salud para atender a las familias afectadas. El Ministerio de Vivienda ha construido baños con inodoros nuevos y una red de tuberías que lleva el agua de la quebrada hasta las casas en ciertos sectores de la comunidad. Sin embargo, el jefe de Nazareth asegura que el Estado no ha realizado una evaluación toxicológica de los pobladores. Hasta julio de 2016, cuatro meses después del derrame, nadie en este pedazo de selva sabía con certeza

si su salud había sido afectada por el contacto con el petróleo. Las pruebas del médico Osores son el primer intento por averiguarlo.

¶

El ingeniero de Petroperú que supervisa la limpieza del derrame en Chiriaco es un limeño cincuentón de nariz afilada y hablar apurado, que cada veinte minutos me recuerda no citar su nombre en esta historia porque teme quedarse sin empleo. "¿Sabe usted que pasó con el último ingeniero que habló sin autorización con un periodista? —me dice, abriendo los ojos—. Lo botaron". A pesar de su hermetismo corporativo, el ingeniero anónimo permite que lo acompañe unas horas en su trabajo. El campamento de operaciones, cercano a la zona del derrame, es una fila de tiendas de color azul y verde al lado de la carretera flanqueada por árboles altísimos. Dentro hay operarios consultando mapas, un par de ingenieras revisando archivos de Excel en sus *laptops*, una doctora muy maquillada y muy aburrida hirviéndose de calor frente a dos ventiladores a todo poder. Junto al campamento, hay un puente de piedra y un vigilante con chaleco y casco naranja, al que le falta el brazo izquierdo. En la entrada, un enorme letrero rojo con letras blancas y mayúsculas advierte: PROHIBIDA LA CONTRATACIÓN DE MENORES DE EDAD. Una medida de la compañía, me explican, para evitar las habladurías de la prensa.

—En Petroperú hacemos las cosas bien —dice el ingeniero.

Es una mañana calurosa, que provoca una pereza húmeda, agobiante. Viajamos en una furgoneta repleta de bolsas de arroz, frijoles, latas de atún y botellones de agua. Son donaciones de la compañía para algunas escuelas de las comunidades que se abastecen de las aguas del río contaminado. El ingeniero cuenta que los trabajos de limpieza están por terminar.

—Es imposible dejar todo exactamente como era antes del derrame. Hemos hecho todo lo humana y técnicamente posible. Lo que te puedo decir es que hemos dado trabajo a más de ochocientas personas, con un sueldo que nunca más en su vida van a encontrar.

Sentada a mi lado, Yesenia Gonzales, la asistente del ingeniero, dice que es cierto y me cuenta todo lo que ha logrado trabajando para Petroperú. Yesenia vive en Chiriaco, pero nació en Piura, en la costa norte del Perú. Tiene veinticuatro años, la cara redonda y el pelo lacio y negro como sus ojos. Lleva tres meses trabajando en la empresa y ha hecho de todo: vestida siempre con botas de jebe y un traje especial ha recogido el crudo sumer-

gida en el río, ha cargado sacos con tierra contaminada, ha limpiado piedra por piedra con mangueras de agua a presión. Por cada día de trabajo, de siete de la mañana a seis de la tarde, ganaba ciento cincuenta soles (cuarenta y siete dólares) y el doble de ese monto los domingos.

—Nadie paga así aquí. En un restaurante tienes que trabajar todo el día por veinte soles (seis dólares). En la chacra pagan treinta (nueve dólares). Yo estoy muy agradecida porque trabajando en el petróleo pude hacer mi plata.

El entusiasmo de Yesenia Gonzales recuerda a otro entusiasmo más viejo. De cuando se imaginaba la selva peruana como el espacio donde la promesa de prosperidad sería cumplida gracias al recurso que escondía en sus entrañas. La primera vez que se explotó un pozo de petróleo allí fue noticia de portada. El diario El Comercio decía el 17 de noviembre de 1971: "Quinientos obreros que trabajan en la región Trompeteros [Loreto] cantaron, bailaron y se bañaron con petróleo, arrebatados por la alegría de haber realizado un hallazgo de trascendental importancia para la economía de nuestro país". El presidente de Petroperú, general de la dictadura militar, juraba: "El futuro económico del Perú está asegurado".

La apertura de la Amazonía a la explotación petrolera en los setenta tuvo profundas consecuencias en la gente de la región, en especial entre los indígenas. La última vez que la selva peruana había sido tan codiciada ocurrió durante el auge sangriento del caucho, a mitad del siglo XIX. Hasta entonces las sociedades indígenas producían todo lo que necesitaban: cazaban, pescaban, recolectaban, cultivaban la tierra. No dependían del exterior para su sustento, pero tampoco podían acceder a productos que ellos no produjesen. Años después, la fiebre del petróleo y la construcción del Oleoducto Norperuano generó una demanda masiva de mano de obra en la selva peruana. Con los salarios de las empresas, los indígenas —sobre todo varones— compraban radios, escopetas, medicinas y otros productos que carecían en sus hogares. No era pocos los que gastaban en cerveza y putas. Comunidades nativas enteras pasaron de ser autosuficientes a depender del dinero ganado en las petroleras. Se mudaban a las ciudades o a los campamentos en busca de un mejor futuro. Algunos olvidaban su lengua y sus costumbres. En la ciudad, creyeron, podían ser *alguien*.

Casi medio siglo después, en las calles de Chiriaco, a quince minutos en mototaxi de Nazareth, se oyen los sonidos de un pueblo en aparente desarrollo. Motores de colectivos buscando pasajeros. Voces de chiquillas

con jeans ajustados vendiendo comida en la calle. Discos de reggaeton sonando en tiendas con televisión por cable. Alabanzas en la puerta de una iglesia evangélica. Altavoces anunciando cada diez minutos: "Se necesitan dos personas para descargar el camión". Golpes secos de unos obreros picando piedras para construir una casa. Bebés llorando en los brazos de sus madres mientras ellas hacen cola afuera de un banco. Desde el día en que ocurrió el derrame, Chiriaco parece el reflejo en miniatura de cualquier distrito popular de Lima: cada vez más ruidoso, más lleno cemento, más cercano a lo que llamamos de modernidad. "Trabajar en el petróleo" aumentó el número de mototaxis y comercios. Llenó de clientes cantinas, hoteles y prostíbulos. Hay quienes bromean con la idea de "hacerle otro hueco al oleoducto". El trabajo que cientos de nativos y mestizos consiguieron aquí limpiando el combustible, puso más dinero en los bolsillos de todos. O casi todos.

¶

Edith Guerrero, profesora de nutrición y amante de los bambúes, dice que jamás olvidará la vez que un ingeniero de Petroperú intentó convencerla de que el petróleo era abono para sus arrozales. Ahora ella está de pie bajo la lluvia, sobre la desembocadura de la quebrada Inayo, donde el petróleo se volcó al río Chiriaco. Hasta el día del derrame, Edith tenía aquí ochocientos plantones de bambúes, vacas pastando, ciruelos y laureles altísimos, y una quebrada limpia donde los nativos awajún también pescaban. Pero ahora, cuatro meses después del incidente, su terreno de cuarenta hectáreas se ve como si hubiera sido arrasado por una docena de excavadoras. Los árboles más altos fueron cortados para hacer puentes. Todos su plantones de bambú fueron arrancados en el proceso de limpieza de suelo. Llevó sus vacas a otros pastos vecinos. Todo su plan de siembra de arroz se arruinó. El agua de la quebrada, la que utilizaba para el riego y dar de beber a su ganado, está contaminada. Vista desde el cielo, la quebrada se extiende como una cicatriz profunda y aceitosa en medio de sus dominios.

—Los nativos no son los únicos afectados —reclama la agricultora de piernas largas, nacida en la sierra de Cajamarca—. Los obreros arrancaron mis bambúes sin permiso. Me decían: "No se preocupe, Petroperú paga".

Edith Guerrero cuenta que, a pesar de sus reclamos, y a diferencia de otros agricultores que sí fueron indemnizados, la empresa hasta ahora no le ha reconocido sus pérdidas. Un día de febrero fue al campamento de Petro-

perú. Pero la ingeniera que la atendió le dijo que no sabía nada. "¿Tampoco sabe dónde están recogiendo el petróleo?", le preguntó Edith. "Pues en la quebrada y la quebrada es del Estado", respondió la ingeniera. Edith salió del campamento y subió a su motocicleta. Al llegar a su terreno, echó a gritos a todos los trabajadores de la empresa. Al día siguiente regresó con su esposo muy temprano. Cerraron el camino con alambres de púas. Cuando los obreros llegaron, ella los esperaba con un palo y ramas de ortigas, largas como látigos. Luego de una semana, un ingeniero de Petroperú la visitó. Le insistió que firmará un documento donde la empresa se comprometía a pagar todos los gastos, aunque no precisaba cifra ni fecha alguna.

Ahora, sobre el terreno, hay ochocientos cilindros con el petróleo recogido de la quebrada, cubiertos con lonas de plástico azul. Unos hombres con botas de jebe y cascos naranjas trabajan recogiendo lo poco que queda del petróleo. Hay una pila de sacos de tierra y maleza contaminada. Unas mangas amarillas atraviesan el cauce y retienen lo que queda del petróleo: películas de aceite en la superficie de la quebrada.

Edith recuerda que cuando las autoridades ambientales llegaron a ver el daño, recogieron muestras del suelo contaminado con guantes especiales. Usaron mascarillas porque decían que el olor era tóxico. No era la primera vez que se enfrentaban a un caso así. Según Osinergmin, la institución que fiscaliza las empresas de energía, en los cuarenta años de vida del Oleoducto Norperuano, hubo sesenta y un derrames: un 70% de ellos por corrosión o falta de mantenimiento y un 30% por sabotajes o robos en la zona. Al desastre en Chiriaco, le siguieron otros tres en la selva peruana. El último ocurrió a fines de junio de 2016, en Barranca, Loreto. El Ministro del Ambiente salió a denunciar el hecho: Petroperú había bombeado petróleo cuando estaba prohibido que lo hiciera mientras no diera mantenimiento al sistema. "El oleoducto está obsoleto", criticó el ministro en televisión nacional. Días después, el presidente de Petroperú presentaría su renuncia y un balance amable de su gestión: la empresa había facturado cinco mil millones de dólares en un año. En el informe no había una sola línea sobre los derrames. Según el peritaje, se sabe que estos ocurrieron porque el oleoducto no recibe mantenimiento adecuado desde 1998. La empresa dice que esto se debe a "políticas de austeridad". Que no conviene cambiar todo el ducto porque sería muy costoso. En un escenario así no es descabellado pensar que otro derrame pudiera ocurrir. Todo es turbio y huele mal como el mismo petróleo.

La última vez que nos vimos, Edith Guerrero me contó que Petroperú la había llamado por teléfono para negociar. La empresa necesitaba construir una carretera que atravesara su chacra y así poder sacar los ochocientos barriles que están almacenados allí. Los nativos de Yangunga, la comunidad awajún ubicada frente a sus tierras, en la otra orilla del río, intentaron convencerla: construir la carretera les daría empleos, incluso podrían vender sus plátanos en la ciudad. Pero Edith Guerrero les dijo que no iba a permitir que la carretera pase por su terreno si Petroperú no pagaba los setenta mil soles (veinte mil dólares) que pide por todo lo que perdió.

—De lo contrario, soy capaz de tirar los cilindros al río, a ver si así entienden estos sinvergüenzas.

—¿Y qué te dijo el último ingeniero que vino a buscarte? —le pregunté.

—"¿No sabe, señora, que el petróleo es abono para su arroz?".

¶

Una paradoja del desarrollo: que algo tan terrible como un derrame de petróleo y la muerte de un río se convierta en algo temporalmente provechoso para un pueblo, no suele aparecer en las noticias. Nuestra actitud políticamente correcta frente a las tragedias ambientales a veces nos impide notar las fracturas y contradicciones de ese ideal llamado progreso. La historia de Nazareth, el hogar de "los niños del petróleo", es solo un pequeño espejo en el cual nos reflejamos todos. "El derrame se volvió una oportunidad, pero no sirve si tarde o temprano estás contaminado", dice Yolanda Yampis, la madre de Osman, que trabajó en la recolección y se compró una refrigeradora con lo que ganó. "Mis hijos ahora van a estudiar. También estoy construyendo mi casa, ya compré los ladrillos", cuenta el albañil Américo Taijín, que pasó tres meses limpiando la quebrada. "Mi pareja no tenía trabajo pero ahora gana bien. Solo espero que no tenga algo genético por estar todo el día en el petróleo —dice la enfermera Janet Tuyas, quien espera ser madre antes de cumplir cuarenta—. Imagínate, ¿y si mi hijo nace enfermo?".

Janet es una joven awajún de ojos rasgados y figura atlética, que vive en Nazareth desde hace unos años, cuando empezó a hacer sus prácticas en la posta de la comunidad. La vez que la conocí, durante una ronda de vacunación a bebés y niños (la mayoría de ellos sufren desnutrición y anemia), me contó que era sencillo reconocer quienes habían aprovechado el salario de Petroperú. Mientras caminábamos por los senderos,

flanqueados por viejas cabañas de yarina y caña, se podían ver algunas viviendas de hasta dos pisos, hechas con tablones nuevos de madera y calaminas de aluminio. Una pequeña antena de televisión por cable coronaba uno de los techos. En ese mismo sector, el Ministro de Vivienda y el Embajador de Japón habían inaugurado días antes más de cien baños con inodoros nuevos, duchas y una red de tuberías que llevaría el agua de la quebrada hasta cada hogar. La comparación con la ciudad era inevitable: los awajún no volverían a caminar largas distancias para juntar su agua en baldes. Ahora bastaba con abrir el grifo para beber agua, lavar la ropa o bañarse. "Tenemos todo eso, sí, pero nuestro río prácticamente está muerto —dijo Janet Tuyas, con pena—. Desde hace meses nadie se baña ni pesca ahí… bueno, casi nadie".

En ocasiones, cuando la enfermera visitaba a algunas madres awajún, ellas le servían boquichico o zúngaro asado, que pescaban en el río contaminado. Para no ser descortés, la enfermera mentía: prometía comer el pescado en casa, pero en realidad lo tiraba a la basura. Antes rogaba a las madres que esperaran a que el río estuviera limpio de nuevo, hasta que una de ellas le dijo, algo enfadada: "¿Qué vamos a comer entonces si no tenemos plata?". Desde entonces Janet Tuyas, que gana poco pero lo suficiente como para comprar pescado en el pueblo, decide callarse.

¶

Al mediodía el calor lo aplasta todo en este pedazo de selva. La furgoneta de Petroperú en la que recorro el pueblo hace su última entrega de víveres. Nos estacionamos en la orilla del río, frente a la comunidad nativa de Wachapea, una de las diez comunidades que el Estado ha señalado como las afectadas por el derrame. El ingeniero anónimo me dice que toda esta zona que vemos ya está limpia, que quizá "haya ligeras manchas, como si una gota de aceite cayera en todo el río". En la orilla nos recibe una mujer canosa de camiseta oscura y crucifijo de madera en el pecho. Es Rosa Villar, directora del colegio Fe y Alegría 62 San José, un internado para niñas. Pregunta si sus alumnas ya pueden bañarse y jugar en el río.

—Es que algunas lo hacen —dice la religiosa—. Imagínese, son más de quinientas jovencitas. Después del almuerzo se van nomás. El río es su mundo.

—Eso no lo puedo decir yo, ya usted sabe —dice el ingeniero. Los obreros de la empresa bajan en silencio los sacos de arroz, las latas de atún, los

bidones de agua—. ¡Hace tiempo me hubiera bañado cuarenta veces en el río! Ahora, si hay partículas de petróleo en las raíces de los árboles, ¿qué más puedo hacer? ¿Poner la quebrada de cabeza?

Más tarde, mientras regresamos por una avenida de tierra hacia el campamento, Yesenia Gonzales, la asistente del ingeniero anónimo, me señala algo por la ventana: una vivienda de cemento y techo a dos aguas a medio construir.

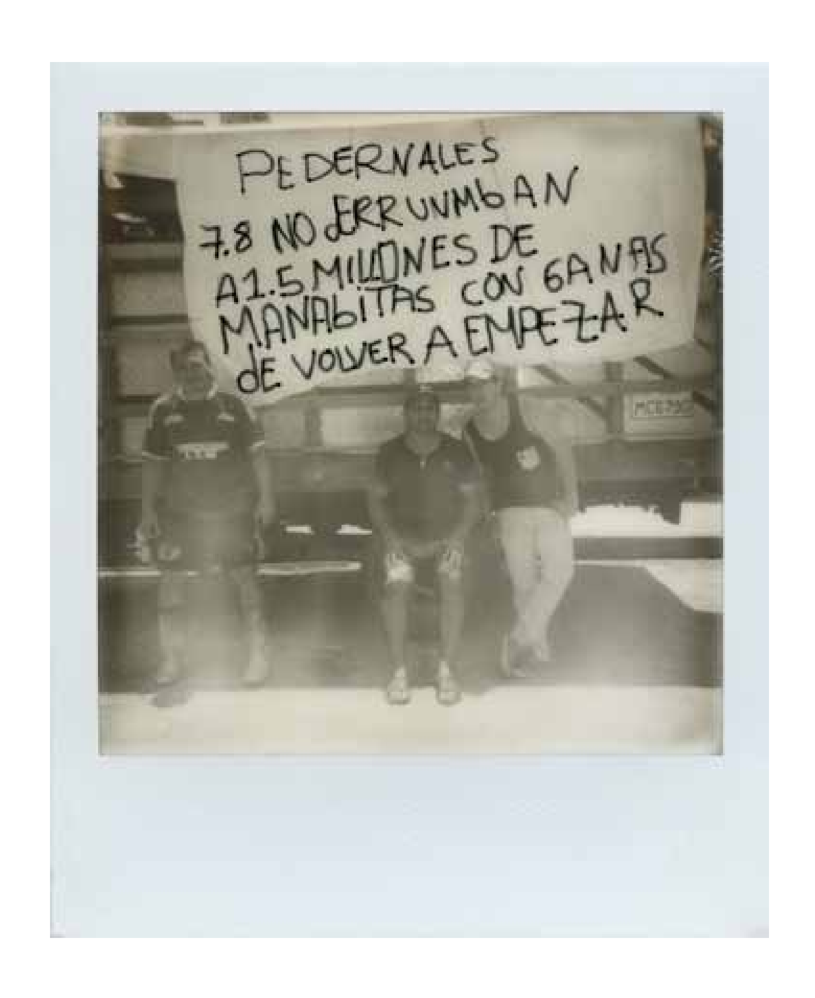
—Esa es mi casa —sonríe—. La gente me dice que si a los veinticuatro años ya tengo casa propia, más adelante ¡qué no voy a tener!

Yesenia cuenta que varios amigos suyos que han trabajado recogiendo el petróleo y les ha ido muy bien. Uno de ellos se operó la vista. Una amiga llevó a su hija a Lima para operarla del corazón. Otra, madre soltera, compró un terreno en Chiclayo, una de las ciudades más pobladas de la costa.

—A pesar de que hubo daños, hay gente que se siente feliz por lo que pasó.

Alguien podría pensar que es oportunismo. Pero no, me dice. Es sobrevivir.





MISHA VALLEJO e ISADORA ROMERO

De puño y letra



EL TSUNAMI ESTÁ
EN LA MENTE.


pasando duros momentos
el tiempo pasa y sigo
sin estudiar. Pavel.



Por lo material no importa
lo q Duele es la muerte de mi
sobrina pero hay q seguir ade


Pedernales:
Dios nos sacude para
enmendar nuestros erro-
res; Gloria a Dios



Se me fue la casa abajo pero estamos bien.



LO MATERIAL CON ESFUERZO SE RECUPERA! LA VIDA NO! VALORALA!



me siento mal por lo
que paso

¿Qué decir cuando se ha perdido todo? Cuando no se encontró al familiar, al vecino, al amigo. Cuando el futuro es incierto y el presente precario. Parece que faltan palabras, pero la necesidad de hablar es imperante. Contar cómo se vivió y se vive, qué se sintió y se siente, qué se perdió y qué duele. Contar sus esperanzas, anhelos y necesidades. Contar con la presencia y las letras, con las huellas que se van borrando, como se borran de a poco los escombros y la ayuda que comienza a menguar.

Este proyecto se inició una semana después del terremoto de 7.8 grados en la escala de Richter que afectó a la costa ecuatoriana. Partiendo de la premisa de la emergencia psicológica, las fotografías se realizaron durante un proceso de atenta escucha y contención empática. Las imágenes son un retrato en un instante, fugaz como el momento, en el que el mundo conocido para estas personas se vino abajo. Luego la catarsis: describir qué sienten estas personas, un pensamiento o reflexión.

Las fotografías fueron realizadas en poblaciones de Manabí y Esmeraldas, las provincias más afectadas. Personas de Muisne, Chamanga, Pedernales, Jama, Coaque, Canoa, San Vicente, Bahía de Caráquez, Portoviejo y Manta cuentan sus historias desde sus albergues temporales, desde los escombros de sus casas o desde las carpas fuera de ellas, donde duermen por temor a una réplica. También hablan desde estructuras aún en pie, pero quebradas y vacías, que visitan a diario mientras aguardan la evaluación técnica que les diga si hay esperanza de reparación o deben demoler.

¿Cómo se sigue cuando se perdió todo o casi todo? Se sigue con la templanza de estas personas que son mucho más que un número en una estadística, y con la fuerza de las manos solidarias que acuden en su ayuda y que aún se necesitarán por largo tiempo para la reconstrucción.

www.mishaka.com / www.runaphotos.org
www.isadoraromero.com



estos son mis nietos que agradesco
a nuestroseñor jesus que no le paso
nada ojalo que Dios no protejo a
todo mis familia al todo tonquin


SE BENDE
PLATA



como ben aqui en mi alberge
descansando y esperando que
pace Todo esto q esta pasando



me Hago La fuerte. por mi mami pero me dan ganas De llorar



GRACIAS A DIOS ¡MIS PADRES VIVOS!
EN UNA CIUDAD TOTALMENTE
DESTRUIDA!



TOCA SACAR FUERZAS
DE DONDE NO HAY.. ...
EMPEZAR DESDE 0 ///

MÁRIO MAGALHÃES

Las flores de la Vila Autódromo

“Los pioneros de la ocupación de los cerros habían sido antiguos esclavos desprovistos de casa y tierra.”

HELOISA HELENA COSTA BERTO se tendió de bruces, cerró los puños, colocó el izquierdo en el suelo de cemento, apoyó el derecho sobre el izquierdo y reposó la cabeza sobre ambos. La columna vertebral maltratada por el tiempo y sujeta con ocho tornillos ni siquiera amagó con dolerle. De haberle dolido, Heloisa no lo habría notado. Quizá le hubiera parecido, como mucho, que le había picado un mosquito.

Quien allí se prosternaba frente al altar no era Heloisa, sino la *ialorixá* Luizinha de Nanã, guía del *terreiro* (lugar de culto) Yle Axe Ara Orun Yaba Jiyi. Luizinha de Nanã es el nombre dado a Heloisa en el candomblé. Había lanzado las caracolas y estas presagiaron su marcha de allí. Heloisa lloró durante una semana. Luego Luizinha se puso una falda de colores estampados, ofreció comida sagrada a la divinidad Nanã y la interrogó acerca del destino.

"Yo de aquí no salgo", avisó Nanã, el viejo orixá femenino identificado con las aguas quietas y cenagosas. Lo anunció con rabia, como percibió Luizinha, que se afligió y preguntó: "¿Por qué seguir sufriendo?" Al escuchar la respuesta, "Quiero mucho más para ti", se sintió humillada, pillada en falta por poner poco empeño en permanecer en la casa a la orilla de la laguna de Jacarepaguá.

Heloisa vivía en el número 144 de la avenida del Autódromo. El lugar, un templo del candomblé, recibía el nombre de Casa de Nanã. La religión cruzó el Atlántico con los africanos esclavizados, entre ellos los antepasados de Heloisa. Brasil fue uno de los últimos países en abolir la esclavitud, en 1888. En el siglo XXI, en un curso técnico, a una hija de Heloisa la tacharon de macaca.

Luizinha de Nanã comenzó a gestarse en la adolescencia de Heloisa. La muchacha se rapó la cabeza en una ceremonia de iniciación del candomblé. Descubrió que Nanã, indolente como ella, era el orixá que la guiaría y de quien ella cuidaría. Ascendió a *madre de santo*, que es como se conoce a las mujeres, también denominadas *ialorixás*, que gobiernan los *terreiros*.

"Es casa de pobre, pero es mi casa", meditaba Heloisa en 2013. Ella había vivido allí en la trasera de la casa de su madre, en una choza de madera, con

el marido, dos hijas y dos hijos. En las noches de tormenta el aguacero lo empapaba todo. Daba la impresión de que en el tejado brillaban más goteras que estrellas en las noches de cielo diáfano. Se marchó de allí, regresó, levantó su casa de ladrillos y estableció el *terreiro* con un nombre en yoruba, idioma africano. Plantó árboles y recolectó hierbas sagradas.

En los rituales de trance y magia, al son de cantos y tambores, el aroma a espliego y boldo de la India complacía a quienes le encomendaban su labor espiritual. Deseaban un futuro más luminoso. El 2 de octubre de 2009 el futuro se reveló sombrío para la Casa de Nanã.

Aquella noche, en Copenhague, el conde belga Jacques Rogge proclamó, con la autoridad de presidente del Comité Olímpico Internacional: "Tengo el honor de anunciar que los Juegos de la 31ª Olimpiada se celebrarán en la ciudad de Río de Janeiro". Río había noqueado a Madrid, Chicago y Tokio. En la playa de Copacabana las multitudes enloquecieron con el triunfo. Treinta kilómetros al oeste, en Vila Autódromo, se hizo el silencio.

Allí estaba la casa de Heloisa. Al otro lado de un muro blanco, en el antiguo circuito de Fórmula 1, planeaban instalar el Parque Olímpico. Ya habían tenido motivos y pretextos para tratar de eliminar el barrio popular de 588 viviendas, nacido como favela décadas antes, y para apartar a sus 1.252 habitantes. Nunca algo tan gigantesco como los Juegos, festejados por la mayoría de los brasileños. Pocos años más tarde, ante la inminencia del desalojo, Luizinha recurrió al vaticinio de Nanã.

El orixá calló sobre lo que fuese a suceder, pero la animó a perseverar, y Heloisa perseveró. Más que suya, la casa era de Nanã, asentada en suelo sagrado. Soñó que una ola voraz y sádica ahogaba el poblado entero. Solo dejó sin consultar las cartas para adivinar el porvenir, porque las había abandonado desde que profetizaran la muerte de su madre. Dirce aparentaba la salud de su juventud, cuando desfiló como maniquí. Hasta que la hija distinguió la combinación funesta de carta de ataúd con carta de cruz. Seis meses más tarde, la madre murió de cáncer.

¶

Corazón de Madre fue el mote que los cariocas pusieron a los camiones que en los años sesenta transportaban a los criminales peligrosos. Siempre había sitio para uno más, de ahí el apodo. A sus 14 años, Altair Antunes Guimarães no era peligroso, y menos aún criminal, pero lo subieron a uno de aquellos armatostes. A él le pareció que abandonaba el paraíso.

El paraíso siempre será cuestión de perspectiva. A Altair y su familia acababan de sacarlos de la favela de la isla del Clube dos Caiçaras, en la laguna Rodrigo de Freitas. Quien observara las bandadas de peces agitándose por debajo de su palafito, una cabaña sostenida por estacas clavadas en el agua, reconocería una vivienda precaria e inhóspita. No así el niño que había llegado allí con un año y se divertía pescando con un cesto mújoles para la comida. Apenas despertaba, Altair tenía ya en la retina el Cristo Redentor. Luego se zambullía en el mar de Ipanema y del Leblon, frente a los edificios con el metro cuadrado más caro del país. Río se parecía a la *Ciudad Maravillosa* que da título a su himno. El padre de Altair, cocinero, había escogido el lugar para estar cerca de los restaurantes donde pensaba buscar empleo.

El Corazón de Madre avanzaba con Altair hacia Ciudad de Dios, 25 kilómetros más allá. Igual que Vila Kennedy y Vila Aliança, era un conjunto de viviendas populares financiado por Estados Unidos. Todas ellas en la zona oeste, que es hacia donde enviaban a los habitantes expulsados de la zona sur. Zona sur de las clases media, media-alta y acomodada. Zona oeste de las clases media, media-baja, de los pobres y de los indigentes.

Semejante geografía social no ha impedido que Río se distinga de las ciudades que han confinado en unas periferias alejadas a los ciudadanos con poco o ningún dinero en el banco. Porque en la zona sur los montes, los morros, irrumpen en el llano. Los pioneros de la ocupación de los cerros habían sido antiguos esclavos desprovistos de casa y tierra. En 1897 regresaron a Río soldados que habían combatido en la guerra de Canudos, en la que el ejército exterminó a miles de insurrectos de un poblado de Bahía. Los militares pobres se asentaron en una colina en las cercanías del puerto. La llamaban "la favela", por una planta común en Canudos. Así surgió el término *favela* para designar determinado tipo de poblamiento urbano. Hoy el morro de Favela se llama morro de la Providencia.

En la década en que Altair se despidió de la zona sur, el gobierno de Río estaba empeñado en erradicar las favelas. Alegaba la amenaza de desprendimientos y sus condiciones sanitarias infames. Como en la isla del Clube dos Caiçaras, no quedó nadie en el cerro de Pasmado, en Botafogo, desde donde se disfruta de la vista de la bahía de Guanabara. Mandaron a todo el mundo a Vila Kennedy, a más de dos horas en autobús de los antiguos trabajos. En Pasmado promovieron un condominio de apartamentos de clase media.

La dictadura vigente prefería extinguir las favelas a urbanizarlas y dotarlas de servicios públicos. De 1960 a 1975, 140.000 habitantes de favelas resultaron

afectados por los desahucios. En el espectáculo teatral *Opinião*, en 1964, el sambista Zé Kéti cantó estos versos: "Me pueden detener / Me pueden golpear [...] / De aquí, del morro, yo no salgo, no". En 2010, en Río residían en favelas 1,4 millones de personas, el 22% de la población de la ciudad. En la favela de Rocinha, donde viven 69.161 almas, la esperanza de vida es de 67 años. En Gávea, barrio próximo, de 80. En el censo más reciente el 50,7% de los brasileños se declararon negros y, de acuerdo con la clasificación oficial, *pardos*. En el barrio de São Conrado, únicamente son el 16,7%. En la favela del Vidigal, al lado, el 58,9%. El cerro y el asfalto, como los cariocas se refieren al llano, se han consagrado como unas metáforas de la desigualdad.

Cuando el Corazón de Madre detuvo el motor en Ciudad de Dios, Altair se convirtió en una estadística de los desalojos. La casa de paso donde hospedaron a la familia acabó siendo su hogar permanente. El tejado de amianto lo caldeaba como un horno. El adolescente que hubo de interrumpir los estudios estuvo vendiendo polos y trabajó en la construcción civil. Se casó y ha tenido tres hijas.

Quien quiera tranquilidad debería buscarse otra esquina, avisaba Buscapé, personaje del film *Ciudad de Dios*: allí, "si corres el bicho te agarra, si te quedas el bicho te come". El bicho le agarró a un hermano de Altair, el basurero Altamiro, que se extravió en el tráfico de drogas. Acosado por unos traficantes, Altamiro acabó ejecutado a tiros.

Altair aborrecía Ciudad de Dios, pero no tenía hacia dónde correr. Ironías de la existencia, el gobierno decretó la demolición de su casa para abrir una vía rápida, la Línea Amarilla. A mediados de la década de los noventa, Altair experimentó su segundo traslado justo cuando cumplía 40 años. El dueño de una taberna tenía un terreno de 550 m^2 en cierta Vila Autódromo, también en la zona oeste. Altair lo compró pagando una mitad en dinero y la otra con un Chevette muy baqueteado.

Levantó una casa sobre pilotes en la orilla del canal, el río Pavuninha, que circunda la comunidad. Ladrillo a ladrillo, edificó su mejor casa. De día repartía periódicos y por las noches hacía de agente de seguridad privada. Su segunda mujer, Vânia, bregaba de empleada doméstica en los alrededores. El matrimonio adoptó como hija propia a una nieta biológica de Vânia. Una *top model* inglesa había inspirado el nombre de la niña, Naomi. Mucho tiempo después, recordando el traslado a Vila Autódromo, diría Altair: "Salí del infierno para ir a un pedazo del cielo".

¶

En Vila Autódromo sobraba creatividad a la hora de poner nombres. Una familia devota del Flamengo, el club de fútbol con mayor hinchada, tenía ocho hijos. Los nombres de todos comienzan por la letra F. Los cuatro de la acupunturista Sandra Maria de Souza son Izis Lua [Luna], Jade Sol, Flora Terra [Tierra] y Pérola Luz [Perla Luz]. Se homenajeaba a célebres pilotos con las calles Graham Hill, Denis Hulme, Gilles Villeneuve, Francisco Landi y François Cevert. No faltaba la calle Pit Stop. La Nelson Piquet recibía el nombre del circuito situado al otro lado del muro. La José Carlos Pace la de una de las once curvas de la pista, el mismo número de las calles de la barriada. No obstante, la velocidad y la Vila Autódromo nunca acabaron de combinar.

Ayrton Senna, nombre de una avenida aledaña, completó una vuelta al circuito de 5.301 metros en 1 minuto, 25 centésimas y 302 milésimas. El ritmo de Vila Autódromo era más bien el de Gabriela, una tortuga que vivió allí y cumplió 44 años antes de desaparecer. Con sus callejuelas de tierra apisonada, el lugar era semejante a una aldea rural. El olor de la tierra mojada era de campo, no de ciudad.

Mientras los motores no rugiesen, a partir de 1977, aquello era silencio y soledad. Los primeros pescadores acamparon allí en unas cabañas cubiertas con plástico en el tránsito de los años sesenta a los setenta. Salían de la laguna de Jacarepaguá cargados de róbalos, corvinas y tilapias. La marea de la Barra da Tijuca subía y derramaba agua salada en la laguna fecundando generosas cosechas de camarón.

El pescador José Emidio dos Santos se daba banquetes con los capivaras, tatús y patos silvestres que allí cazaba. Con las carreras la quietud absoluta terminó. Por suerte, los tubos de escape no atronaban todos los días. La densidad poblacional aumentó. Sin otro sitio donde vivir, los operarios de la obra del autódromo se establecieron allí. A ellos se unieron peones que trabajaban en los primeros condominios de lujo de la Barra.

En su infancia el asentamiento informal de Vila Autódromo configuraba una ocupación irregular típica del desorden urbano de un Río carente de viviendas. En el siglo siguiente el déficit habitacional de la ciudad alcanzaría las 220.000 unidades. Era una favela tradicional, aunque llana. El panorama se redefinió con la construcción de casas de albañilería por las propias familias.

Las edificaciones comenzaron a pagar impuesto sobre bienes inmuebles al municipio. La concesionaria de energía eléctrica hizo la conexión a la red. Los domicilios obtuvieron un código postal y pudieron tener televisores de

plasma, máquinas de lavar y antenas parabólicas. El gas llegaba en bombonas. La compañía de recogida de basura pasaba tres veces por semana. Se generalizaron los teléfonos fijos. Muchos gallos y gallinas y algunos caballos y cabras daban color al paisaje. La favela era ahora un barrio popular, al que los residentes se referían como "comunidad". Vista desde el aire estaba llena de puntos redondos azules, los tanques de agua de los tejados. El problema era abastecer los tanques. Y qué hacer con los residuos orgánicos.

En 2014 el 49% de los hogares brasileños tenía acceso a una red de saneamiento. Al tratamiento de los residuos, el 40%. Y al 83% les llegaba suministro de agua por canalización. Las instancias de los residentes de Vila Autódromo solicitando el saneamiento se amontonaban sin éxito en las mesas de los organismos públicos. La comunidad buscó una solución, a su manera. Para no morir de sed y de las inmundicias, se hicieron captaciones clandestinas de agua en las tuberías próximas. También se instalaron fosas sépticas en las fincas, evitando así el vertido de residuos a la laguna.

Sin embargo los vertidos *in natura* provenientes de Jacarepaguá, navegando a cielo abierto por el canal, bordeaban la calle Beira Rio de Vila Autódromo, rumbo a la laguna de 4 km^2. El inmundo canal se volvió un criadero de nubes de mosquitos. Menos mal que no proliferaron las enfermedades transmitidas por el *Aedes aegypti*, como el dengue y el zika. Desaguadero de ríos, la laguna estaba cada vez más sucia. Hubo quienes percibían hedor a pies, a huevos podridos y a cosas más fétidas. El agua que antes dejaba ver los peces se volvió oscura y la pesca escaseó. Peces incautos que quedaban atrapados con la marea alta se asfixiaban a toneladas en la laguna agonizante.

Si la falta de saneamiento era lo peor, la seguridad daba un respiro. Mientras que numerosas comunidades de Río estaban dominadas por bandas de traficantes o milicias paramilitares, allí el crimen no prosperó. Por pragmatismo: un espacio pequeño, sin callejones donde esconderse, no favorece a quien precisa huir. No existían las balas perdidas y las violaciones que envenenan la ciudad. Con todo, la crónica de sucesos tuvo su titular. En 1993 el presidente de la asociación de vecinos fue muerto en su bar por dos disparos en la cara. El asesinato no se esclareció.

En el poblado, microcosmos de los abismos sociales de Brasil, vivía un coronel, comandante del Batallón de Operaciones Especiales de la Policía Militar. Su casa estaba situada en la única arteria asfaltada, enfrente de la laguna, donde edificaciones de dos y tres alturas hacían ostentación de garajes y coches, embarcaderos y lanchas. La Vila Autódromo también tenía una élite.

Al principio, la Vila y sus inmediaciones eran consideradas parte del barrio de Curicica. En el código postal, de Jacarepaguá. Hasta las inmobiliarias publicitaron la Barra da Tijuca, en la zona oeste, como barrio sofisticado, estilo zona sur. El área en torno a Vila Autódromo pasó a ser promovida como Barra. Antes estuvo el Autódromo de Jacarepaguá. Sobre sus ruinas, en el mismo lugar, ahora el Parque Olímpico está en la Barra.

En julio de 2016 el precio medio del metro cuadrado de los apartamentos en la Barra era de 9.788 reales; en Jacarepaguá, de 6.200; en Curicica, de 5.596. El Índice de Desarrollo Humano de la Barra equivale a los de Noruega e Islandia. El de Jacarepaguá, a los de Surinam y Kazajistán.

¶

El nombre del barrio no era importante para Maria da Penha Macena cuando ella, su marido y su hija desembarcaron en Vila Autódromo. Todo lo que poseían cabía en una furgoneta pequeña. Aquella tarde del 9 de julio de 1994 la selección brasileña venció a Holanda en el Mundial de Fútbol. El crack Romario, nacido en la favela carioca de Jacarezinho, abrió el marcador. Quienes más conmemoraron el día fueron Penha, Luiz y Nathalia. No por el épico 3 a 2 de Dallas, sino por el sueño más cercano de una vida mejor lejos de Rocinha.

A los 29 años Penha tenía mucho que contar. Había nacido en Paraíba, estado pobre de la región noreste de Brasil, sin un padre que la amparase. Oyó decir que era maquinista de tren y que tenía 22 retoños. La madre fue a probar suerte en Río, dejando a la hija con la abuela. "¿Quién es esta mujer?", preguntó la niña a los seis años, cuando llegó a Rocinha y se reencontró con la desconocida que la había traído al mundo. Un año después trabajaba como una persona mayor lavando vasos y cortando verduras en un bar. A los 11 se encargaba del cuidado de una niña en Botafogo; "una niña al cuidado de otra", según recuerda Penha. Estuvo de empleada doméstica, interina y limpiadora en casas de la zona sur. En la favela montó una barraca en la que vendía *angu* a la bahiana hasta las dos de la madrugada.

Desde los 14 años su corazón latía por Luiz Cláudio da Silva, que tenía 17 cuando se enamoraron. Crecido en Rocinha, también él descendía de paraibanos, y no había conocido al padre. Se casó con Penha, compró con ella una cabaña, la derribaron y construyeron una casa. Y llegó Nathalia, para quien los padres querían un lugar sin la zozobra de la favela turbulenta. Por un anuncio de periódico hallaron una caseta en Vila Autódromo y en ella invirtieron todo lo que tenían, sobre todo esperanza.

Ellos solos hicieron la nueva casa, de dos pisos, más tres pequeños estudios, un garaje y cinco cuartos de baño en total. No la concluyeron porque, como Luiz aprendió en la práctica, "la obra en casa del pobre no acaba nunca". En los bajos tuvieron un bazar que vendía desde un cuaderno escolar hasta un saco de cemento. En 2005 el poblado sumaba 52 puntos de comercio, incluyendo panadería y salón de belleza. El antiguo basurero Luiz siguió el curso universitario de educación física y pasó a dar clases de musculación en los condominios.

Plantaron en la pequeña finca dos mangos, dos guayabos, un aguacate y un pie de acerola. Había catorce bananos, diez de banana plata y cuatro de banana de agua. "En Vila Autódromo conseguí estabilizarme, echar raíces", recapitularía Penha. Raíces tan profundas como las de sus árboles. Y como no todo sale bien, un cocotero se murió. En la Vila, Penha sufrió decepciones "en lo amoroso". Echó abono a su amor y ella y Luiz están juntos hasta hoy.

A su llegada recibieron un buen susto, aunque no por los jacarés (caimanes) que nadaban en la laguna. Durante una inundación pasada, con el agua a un metro de altura por la calle, un vecino abrió la puerta y se topó con uno que callejeaba por allí. No en vano el barrio se llama Jacarepaguá, nombre que en el idioma indígena tupí designa un lugar de jacarés. Lo malo fue enterarse de que la prefectura de Río se movilizaba para expulsar a la comunidad.

La prefectura y los empresarios. En 1986 el diario *O Globo* informaba: "La Asociación Comercial e Industrial de Jacarepaguá está preocupada ante la posibilidad de que esta situación perjudique la imagen de Río como ciudad turística". Al año siguiente el *Jornal do Brasil* titulaba: "Podrían retirar del autódromo la favela". La prefectura acudió a la justicia en 1993 con una acción civil pública de protección ambiental. Acusaba al poblado, además de una excesiva proximidad a la laguna y al canal, de provocar daños paisajísticos y estéticos.

Para la comunidad de Vila Autódromo los jacarés eran el menor de los peligros.

¶

Barra World Shopping & Park, Barra Square, Downtown, Barra Point, Barra Garden, Barra Shopping. Una colosal réplica de la Estatua de la Libertad da la bienvenida en el New York City Center. En la Barra da Tijuca los centros comerciales reniegan de la lengua portuguesa. Un edificio residencial es una *residence* y una piscina un *pool*. Largas avenidas imitan las de Miami. En oposición a la sociable vida carioca, los paseos son escasos. Ningún barrio cultiva con tanto fervor el aislamiento en condominios cerrados.

Allí se concentran los nuevos ricos. Los llamados “emergentes” achacan a la envidia las bromas acerca de su estilo de vida exuberante como los colores chillones del pintor Romero Britto. La ciudad se expandió en aquella dirección a partir de los años setenta. En 2011, de cada diez promociones inmobiliarias, la Barra contribuyó con nueve. El barrio se dio cuenta en 1993 de que en diez años sus favelas habían saltado de 23 a 66. Deslucían la imagen exitosa que la Barra tenía de sí misma.

Ese año de 1993 un estudiante de derecho de 23 años decidió terminar con las ocupaciones. Eduardo Paes había accedido al cargo de subprefecto, una especie de administrador, de Barra da Tijuca y Jacarepaguá. Tras un éxito en la favela Via Parque, logró otro en la de Vila Marapendi, donde una mujer lo abofeteó. No se cansaba nunca, como un niño hiperactivo. Tractores, guardias municipales y funcionarios de Defensa Civil se presentaron en Vila Autódromo para confiscar el material de construcción, pero una barricada los contuvo. Paes pretextó que el poblado dejaría espacio para un parque ecológico.

Sentía devoción por Pereira Passos, que en los albores del siglo XX hizo demoler unas casas de vecindad modestas, desalojando a los ocupantes, para abrir unos hermosos bulevares inspirados en los de París. El antiguo prefecto importó gorriones con la intención de dotar de aires y trinos europeos a la vieja colonia tropical. En 2008, Eduardo Paes fue elegido prefecto de Río.

Vila Autódromo ya no dormía al relente de la ilegalidad. En 1998 el gobierno del estado de Río de Janeiro, cuya capital es la ciudad de idéntico nombre, había concedido a los residentes unos títulos de “derecho real de uso”. No los convertían en propietarios de aquellas tierras del Estado, pero sí permitían que disfrutasen de ellas durante 99 años. En 2005 el consistorio municipal declaró la Vila “área de especial interés social”. Sin arredrarse, la prefectura intentó suprimirla antes de los Juegos Panamericanos de 2007. Y de nuevo fracasó.

Surgió entonces la candidatura Río-2016. Los primeros proyectos, en diseños y maquetas, mantenían el poblado cerca del Parque Olímpico, que ocuparía el espacio del autódromo. En Copenhague, sin embargo, Paes anunció el “fin de la favela” y que allí funcionaría el centro de medios de comunicación de los Juegos. Tres empresas construirían las canchas de juego del parque, como la de baloncesto, en medio de la inmensidad de 1,18 millones de m² de tierras, más que el barrio de Leme. Luego se quedarían con 800.000 m² para promover sus urbanizaciones exclusivas.

A tres kilómetros de Vila Autódromo, la Villa de los Atletas que acoge a las delegaciones deportivas tiene 31 torres y 3.604 apartamentos que serán

vendidos a la clase media. Todo lo contrario que la villa olímpica de Londres, que después de 2012 se destinó a familias de renta baja. BBC Brasil entrevistó a Carlos Carvalho, propietario de una de las empresas constructoras del Parque Olímpico y de la Villa de los Atletas. El condominio de la Villa de los Atletas iba a llamarse Ilha Pura (Isla Pura). Será una "residencia noble, y no para los pobres", dijo Carvalho. "Tender las tuberías para el agua y la luz tiene un coste alto, y quien reside paga. ¿Cómo iba uno a poner pobres allí?" Y acerca de Vila Autódromo: "Usted no puede quedarse a vivir en un apartamento conviviendo con un indio al lado. No tenemos nada contra el indio, pero para ciertas cosas no sirve. Si él apesta, ¿qué tengo que hacer yo? ¿Es que voy a quedarme cerca?" Entre 2008 y junio de 2016 el precio de los inmuebles en Río, que ya era el más alto del país, subió un 253%, más que el 226% de São Paulo. En el mismo periodo la inflación fue del 65% y la bolsa de valores cayó un 13%.

Eduardo Paes desaprobó a Carvalho: "Le horrorizan los pobres". Aun así, el destino de los "indios" parecía sellado. El prefecto informó que el Parque Olímpico requería otra pista de acceso. Y era urgente ampliar las avenidas Abelardo Bueno y Salvador Allende. En la intersección de ambas se alzaba Vila Autódromo, cuyas casas estaban en medio del camino de las futuras obras. La comunidad ocupaba 86.000 m². Paes dijo al *Globo* que "la prefectura quiere tener derecho, en caso de necesidad, a expropiar allí para abrir una vía, como hace en tantas áreas de la ciudad, dentro de la ley, respetando los derechos de las personas sin ningún tipo de terrorismo".

Sin tardar mucho, sangre humana regaría el suelo de Vila Autódromo.

¶

En la tarde del 3 de junio de 2015, Maria da Penha formaba, juntando sus brazos con los de otras personas, un cordón para impedir la demolición de una casa. Reclamaban una semana para que los ocupantes pudiesen mudarse. La Agrupación de Operaciones Especiales de la Guardia Municipal estaba allí para cumplir la orden judicial de desalojo de vivienda obtenida por la prefectura. Contrario a la expulsión, el padre católico Fábio Guimarães, párroco de la capilla de San José Obrero, de Vila Autódromo, sugirió: "Daos solo la mano, no el brazo". El cura se lo señaló a los guardias: "Nadie está en actitud hostil".

Poco después los guardias lanzaron spray de pimienta, sacaron pistolas de choque, dispararon balas de goma y golpearon con porras. Desde lo alto de sus 1,51 m de altura y 41 kg de peso, Penha prestó amparo al septuagenario conocido como señor Brasil, temiendo que fuese a caer y lo pisoteasen. No reparó

en una porra que se aproximaba a su rostro, entre la nariz y el ojo izquierdo. "¡Madre! ¡Madre!", gritó Nathalia.

Chorreó la sangre, de los ojos de Penha manaba líquido, y ella se sintió como una delincuente. Tenía rota la nariz, un hematoma le hinchaba el ojo herido, y la camisa blanca ensangrentada había quedado más oscura que la pared de ladrillos desnudos contra la que se apoyó. El señor Brasil se llevó un porrazo directo en la frente y corrió más sangre. Otra decisión de la justicia, demandada por el Defensor Público, suspendió el desalojo.

La tensión venía de lejos. Desde 2011 las personas volvían a casa y se sorprendían al encontrar pintadas en ella las letras "SMH", seguidas de unos números. Eran notificaciones de la Secretaría Municipal de Habitación, escritas con spray negro en las paredes, registrando el número del proceso de expropiación. Al estar amparados los vecinos por el título de uso hasta 2097, el gobierno les propuso intercambiar sus viviendas por un piso o una indemnización en dinero, aunque asimismo hizo saber que quien no estuviese en los bordes de la laguna y del canal podría quedarse.

Los pisos se construirían a 2,7 kilómetros de allí, en Curicica, en el *conjunto popular* (viviendas sociales) Parque Carioca. Los de dos habitaciones medirían 44 m^2 y, según la estimación de Eduardo Paes, valdrían 286.000 reales. Los de tres, 61 m^2 y 400.000 reales. En el condominio habría piscina, un parque infantil, cancha deportiva, saneamiento.

La asociación de vecinos de Vila Autódromo, presidida por Altair, elaboró un proyecto de urbanización con el asesoramiento de las universidades UFRJ y UFF. Las casas muy precarias o en las orillas de la laguna y del canal serían eliminadas y sus habitantes reasentados en los inmuebles disponibles y en nuevas edificaciones de cuatro plantas dentro de la Vila. Toda la comunidad tendría 23.000 m^2 y la reforma costaría 13,5 millones de reales. El Plan Popular no convenció a la prefectura, pero ganó el concurso urbanístico Urban Age Award, patrocinado por el Deutsche Bank.

Al obrero metalúrgico Antônio Pedro Martins el gobierno le ofreció 120.000 reales por su casa, cuantía insuficiente para adquirir otra. Por miedo a no tener donde residir, aceptó lo del Parque Carioca. La limpiadora Luciana Souza da Silva, madre de doce hijos, pasó a habitar con su prole y su marido un único piso. Tan pronto como partía una familia, su casa era destruida por excavadoras, aunque no se retiraban los escombros.

El viento levantaba polvo que provocaba picores y crisis alérgicas. Los niños andaban en medio de cascotes y ratones en aquel escenario de posbom-

bardeo. Cortaron el correo y los teléfonos. Faltaban la luz y el agua. Si una familia de la segunda planta se marchaba, se derruían sus paredes a mazazos aunque aún permaneciese allí la del primer piso. En viviendas contiguas las piquetas que demolían una causaban grietas en otra. Muchos desistieron. Y dejaron tras de sí sus famélicos animales. Los perros mataban a los gatos y los gatos invadían las casas en busca de comida.

"No todos tienen precio", escribieron en un muro. La artesana Jane Nascimento se plantaba delante de máquinas y camiones impidiéndoles avanzar, como un chino enfrente de un tanque en la plaza de la Paz Celestial. En una parrillada de cumpleaños, los guardias municipales prohibieron que ondease la bandera de Brasil. Alegaron que la barriada era terreno de obras. En respuesta, los vecinos clavaron una bandera nacional en lo alto de cada casa. Sin querer, colgaron una cabeza abajo, fiel reflejo del estado de cosas. En visitas a la Vila, donde participó en actos culturales, el DJ Lencinho se imaginaba estar en la aldea de Astérix resistiendo a los romanos.

Las familias se peleaban. Unos querían irse, otros no. Penha era difamada como loca. Un tío suyo le aconsejó: "Márchate de ahí, el prefecto es muy fuerte". Un cantero llegó del trabajo y se encontró con media casa, perteneciente a su exmujer, en ruinas. Ella había negociado.

Un único permiso medioambiental de la prefectura permitió talar 324 árboles, y los pájaros emigraron. Con las casas viniéndose abajo, el poblado se asemejaba a un tablero con pocas piezas. Las 58 que sobrevivían en marzo de 2015 recibieron el jaque mate a través de un decreto municipal que las clasificó de utilidad pública y las expropió. Altair no quiso ver el fin de la suya, en la tercera expulsión de su vida. Heloisa Helena pidió que respetasen una palmera dendé y un akoko, árboles sagrados de la Casa de Nanã, y escuchó que aquello era basura.

"Aunque hoy hayan echado abajo mi casa, a mí no me han echado abajo", dijo Penha el 8 de marzo de 2016, Día Internacional de la Mujer. Ella, Luiz y Nathalia se fueron a vivir a la capilla. La oferta que rechazaron, 2,35 millones de reales, rozaba en su momento el millón de dólares estadounidenses, una fortuna con la que jamás habían soñado. "Construí mi casa para vivir en ella, no para negociar", dice Penha encogiéndose de hombros.

El municipio ha desembolsado más de 200 millones de reales en indemnizaciones. Los inmuebles en las riberas de la laguna alcanzaron hasta 2,99 millones por unidad. Si en un terreno había una casa y un estudio, se contaban como dos familias y dos residencias. Según ese criterio, la comunidad estaba

compuesta por 824 familias. Quien resistió más tiempo arrancó indemnizaciones mayores, y nuevas intrigas y recelos surgieron entre los vecinos.

En marzo de 2014, cuando fue inaugurado el Parque Carioca, algunos procedentes del poblado exclamaban: "¡Aquí únicamente no viene quien no está bien de la cabeza!" En 2016 la piscina ya no funcionaba y el parque de juegos tenía rotos y herrumbrosos los aparatos. El primer piso de un edificio de cinco había estado inundado. Los diarios informaban de la actividad de milicianos y traficantes. Se ofrecían apartamentos de dos habitaciones por 110.000 reales, y de tres, por 250.000. El centro de medios de comunicación no se instaló en Vila Autódromo, que tampoco se convirtió en parque ecológico.

Con la indemnización recibida, Heloisa Helena ha comprado una casa en Guaratiba, en la zona oeste, donde revivirá la Casa de Nanã. Altair se prepara, por primera vez, para vivir en un piso. El día en que por la mañana demolían la casa de Penha, el prefecto anunció por la tarde que aceptaría la permanencia de algunas familias, las últimas, entre las que rechazaron los acuerdos, a las que se les había derribado la casa.

Se han construido veinte casas en la calle Nelson Piquet, la única que ha sobrevivido y que ha sido rebautizada por Eduardo Paes como calle Vila Autódromo. Cada una tiene 56 m^2 de superficie, en parcelas de 180 m^2, con derecho a añadir una segunda planta. Al lado habrá dos escuelas y una cancha de deporte.

"Vila Autódromo es un marco de resistencia a los desalojos", afirmaba en una conmemoración Sandra Maria, la madre de Lua, Sol, Terra y Luz. Sandra consiguió quedarse y va a vivir en una de las casas nuevas. Penha y su familia también. Les entregarán las llaves el día redentor del 29 de julio de 2016, a una semana de la ceremonia de apertura de los Juegos. Para Penha da igual que de la comunidad solo haya subsistido una calle; aquello "siempre será Vila Autódromo". Al recibir una medalla, hizo balance de más de dos décadas de luchas y esperanzas: "He descubierto cómo hay buena gente en esta tierra llamada Brasil".

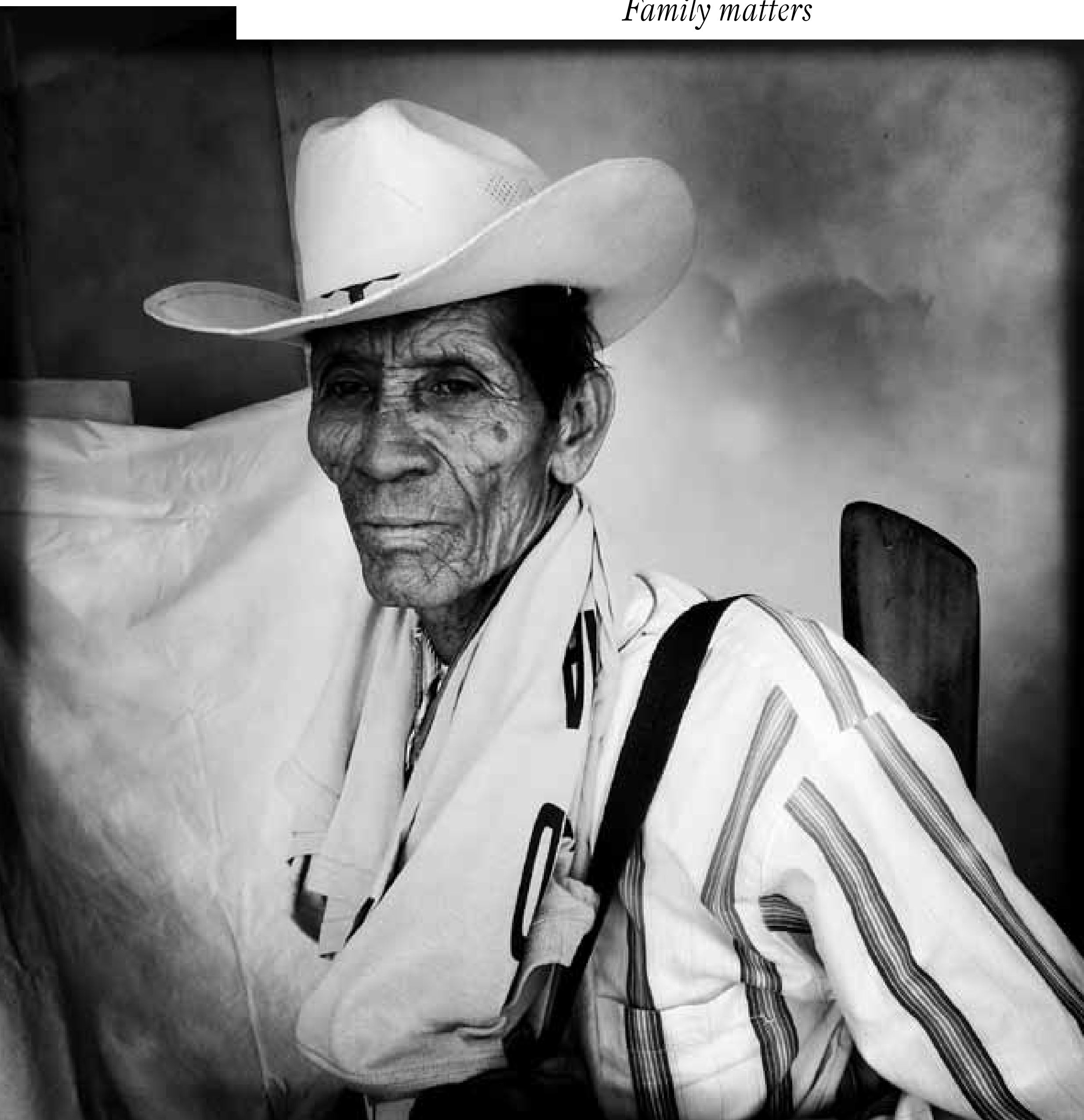
Quien pasa por la nueva calle Vila Autódromo en dirección oeste, tuerce a la izquierda y camina un poco más, encuentra flores amarillas en un matorral a la derecha. Aproximándose, ve que detrás de ellas crece una enorme calabaza.

La tierra sigue siendo fértil.



ADRIANA ZEHBRAUSKAS

Family matters



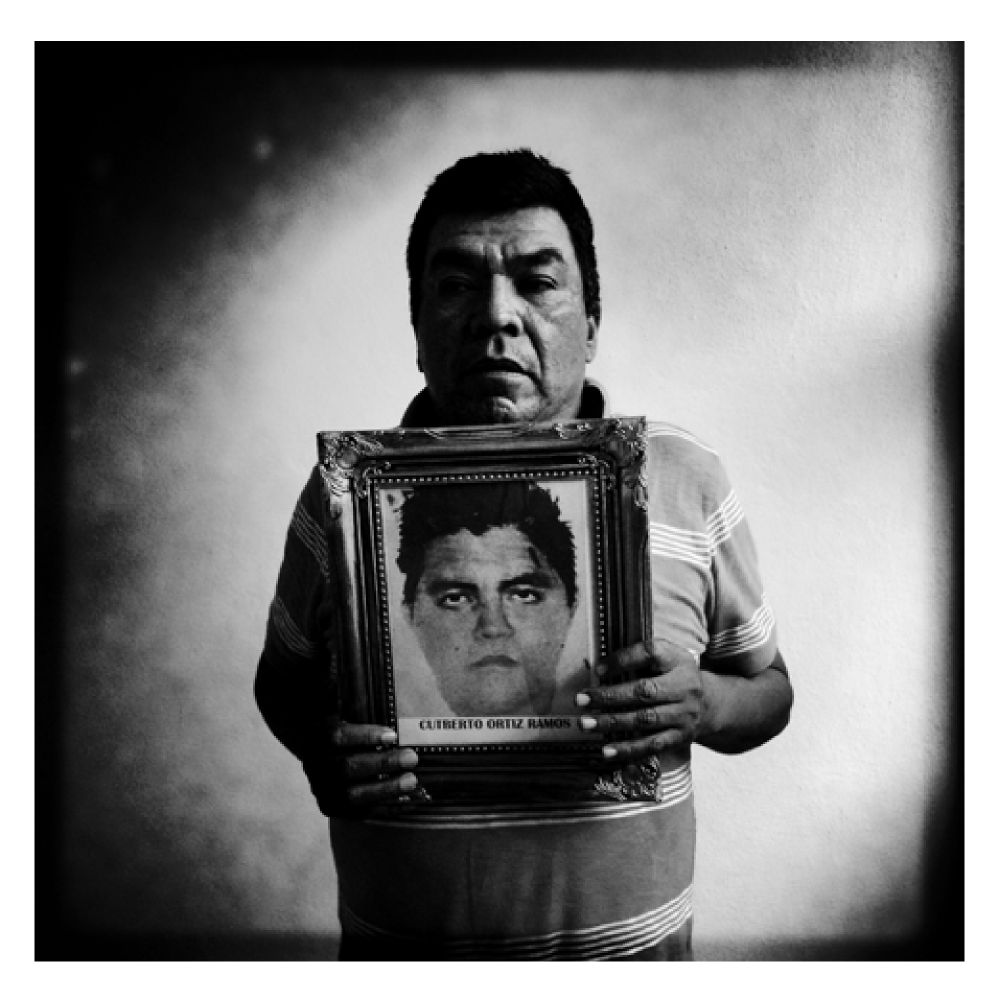
1. *Don Severo, 62 años, campesino y miembro de la Policía Ciudadana Comunitaria. El desorden y la violencia asociada con el narcotráfico dieron nacimiento a decenas de fuerzas de autodefensa para proteger a las comunidades. Cruz Grande, Guerrero, México, 2015.*



2. *Don Gerardo y su caballo, el Güero. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2015.*



3. *Judith saliendo de la iglesia. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2016.*



4. *Óscar Ortiz Serafín con la foto de su hijo Cutberto Ortiz Ramos. Desde que su hijo desapareció, hace siete meses, él duerme en la escuela, esperando su regreso. Ayotzinapa, Guerrero, México, 2015.*



5. *Ropas secándose al sol. En Huehuetonoc, más del 90% de la población son del grupo indígena Amuzgo y preservan su lengua, sus costumbres y su indumentaria tradicional. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2016.*



6. *Brígida Chora López, 83, la abuela de Alexander Mora Venancio. Alexander fue el único de los estudiantes desaparecidos en ser oficialmente identificado. El Pericón, Guerrero, México, 2015.*





8



9. *BMelisa y Isaiah posando para una fotografía por primera vez. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2016.*

7. *Ángel y Allyson con la foto de su padre, un año después de su desaparición.*
Tixtla, Guerrero, México, 2015.

8. *Los perros de Huehuetonoc, Guerrero, México, 2015.*



10. *Gallina y mantel, casa de Cristina y Guillermo. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2016.*



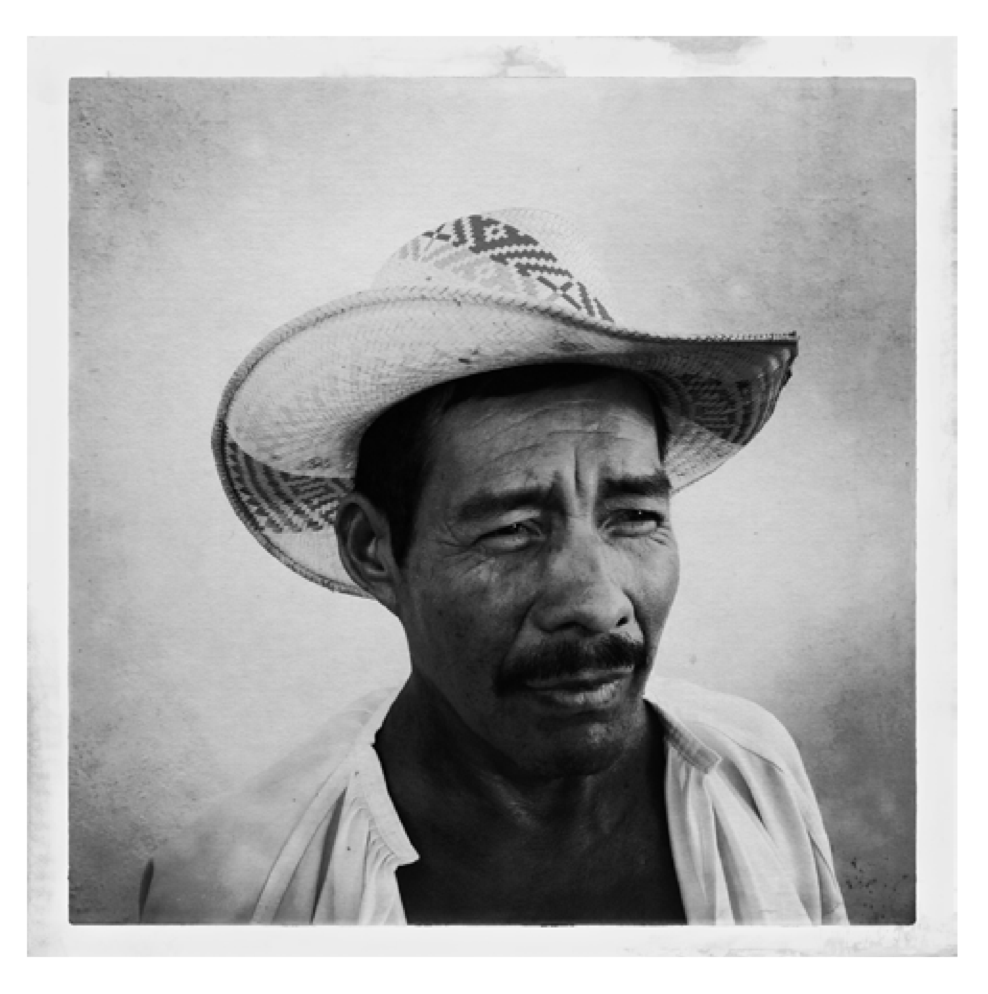
11. *Los hermanos Ariana y Jordin posan para la foto con sus ropas de bautismo. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2016.*



12. *Eugenio Zurita López, Marcelo Álvarez de la Cruz y Esaú López Luis, miembros del grupo de autodefensa. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2015.*



13. *Mónica, Mariana, Celeste y Yaribet. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2016.*



14. *Don Margarito. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2015.*

En México existen más de 27.000 personas desaparecidas, según Amnistía Internacional. Solo en 2014, la cifra alcanzó el récord de 6.000 desaparecidos. Pero se estima que el número real es mucho más alto. Muchos casos no son reportados por miedo a represalias y por la desconfianza en las autoridades locales y gubernamentales.

Al trabajar con las familias de los 43 estudiantes de la escuela rural de Ayotzinapa (México) que desaparecieron en septiembre de 2014, una cosa se tornó clara para mí: a estas personas no solo les habían robado su futuro, sino también la memoria de su pasado. Más allá de algunas cuantas fotos de documentos oficiales e imágenes tomadas con celulares, muy pocas de estas familias poseen fotografías de sus seres queridos.

Esto es una gran paradoja de los tiempos que vivimos: jamás se han producido tantas imágenes y cada vez menos de estas se imprimen. Pero, ¿quiénes somos sin nuestras memorias?

Siempre me han fascinado los retratos de familia y lo mucho que estos representan y cuentan nuestra identidad.

La historia contada a través de los retratos posados muestra el cambio a lo largo del tiempo. Las familias se ven distintas en distintas fotografías y así van narrando cómo y en dónde vivimos.

Quizás, a través de estas imágenes, podemos constatar que en un mundo en constante cambio y pérdidas inevitables, hay cosas que el tiempo no tiene derecho de destruir. Tal vez, la necesidad por tomarnos y poseer esas fotografías encuentra su raíz en nuestras creencias espirituales, y en nuestra convicción de que la vida no es una serie de impulsos físicos que pierden sentido en el minuto que cesan de existir.

Una persona fotografiada ha alcanzado un momento de redención, salvada del destino de ser para siempre olvidada.

www.azpix.com.br



15. *Jorge Luis y Dorian son hermanos, nietos de doña Jakilina Virguen Balthazar. También son dos de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa. Xalpatlahuac, Guerrero, México, 2015.*



16. *Doña Guadalupe despierta al primer rayo de sol para limpiar el patio del pequeño Hotel Soñador. Huehuetonoc, Guerrero, México, 2015.*

CRISTIAN ALARCÓN

La muerte no alcanzó a Nabila

“Coyhaique hoy tiene pinta de pueblo rodeado de cerros y algunos problemas de las grandes ciudades: desigualdad, pobreza, violencia, y un machismo rampante.”

El único día que Angélica Nahuelcar puede ordenar su casa, en el barrio El Bosque de la austral ciudad de Coyhaique, en la Patagonia chilena, es el sábado en la mañana. Hoy, siendo ya las tres de la tarde, apenas si ha podido cocinarle a sus hijos y preparar el mate. Sentada en la cocina de su pequeña casa almuerzan sopaipillas con pebre y salchichas fritas. A veces, cuenta Angélica, no le alcanza para darles de comer, aunque trabaja de lunes a viernes limpiando una oficina. Este sábado hizo horas extras. Angélica crió cinco hijos, a los cuarenta y tres años. El mayor es militar y vive en Iquique. El que le sigue, "está en un campito recluido" por un "*condoro* que se mandó". Es decir, lo procesaron por robo. Angélica es una madre clásica: quiere creer que el muchacho no sabía nada cuando lo dejaron esperando que sus amigos buscaran unas herramientas ajenas. Como sea, ya sale los domingos a visitar a la familia.

Mañana lo esperan con el fuego hecho en la estufa a leña, la única manera que tienen de combatir el frío extremo del invierno. Coyhaique, un enclave de más de 63 mil habitantes en la región de Aysén, santuario de la naturaleza patagónica y la ciudad emblema de las luchas sociales contra el proyecto de represa Hidroaysén, es la ciudad más contaminada de América Latina: el humo que producen sus estufas genera un hongo ceniciento en el que el cielo austral no se distingue de un cielo de megalópolis contaminada. En ninguna ciudad de las más frías de Chile hay gas licuado, y comprar los tubos es tan caro que casi nadie los usa. Los que pueden queman madera seca de ñire o de lenga. Los que no, deben usar madera húmeda de pino —la regala la municipalidad en los barrios pobres como El Bosque—. El pino es duro de despedazar, hay que hachar con fuerza de campesino para convertirlo en leños; desprende una resina que se pega a las paredes de las chimenea y al salir es veneno oscuro.

La niña de cinco años que nos observa con grandes ojos es Antonia, la hija del joven preso. Su madre no la puede cuidar, aunque vive a unas pocas

casas, y entonces Antonia es la hija menor de su abuela. "Mi tío me trae regalos cuando viene, una vez me dio un muñeco en un cochecito, con un chupo", cuenta. Con ese muñeco Antonia juega todo el día dentro de su casa. Angélica casi no la deja salir: "El barrio está peligroso, los cabros se juntan en las esquinas y se ponen pesados, les da por molestar a los que pasan, por robar lo poco que tiene la gente de trabajo para comprar drogas", dice. Angélica cree que la discriminan solo por tener "un poco más de educación", por ser consciente de los problemas que tiene la ciudad y las mujeres en su zona, donde el caso de Nabila Rifo golpeó a todos por su brutalidad.

Hace un mes y medio, una mañana de sábado como esta, Angélica supo lo que le pasó a Nabila. Lo supo como miles de otras mujeres ese día, entre las nueve y las tres de la tarde, cuando la noticia se compartió en las redes sociales. Al principio Angélica no lo creyó: era demasiado. Hasta que la llamó una amiga: —Oye Angélica, *weona*, ¿viste lo que le hicieron a esa chica?

—No, ¿a quién?

—Todavía nadie le conoce el nombre, pero está hospitalizada porque alguien le arrancó los ojos cerca de tu casa, en Monreal con Lautaro —dijo la otra. Entonces Angélica sintió la misma debilidad que cuando le contaron una noche que habían matado a su esposo.

—Las piernas como lana. Dice.

Nabila era una víctima aún sin nombre, pero había un lugar, y era un poco más allá de la calle Victoria, que es la que separa al viejo Coyhaique de las poblaciones, los barrios más pobres, nacidos uno tras otro sin parar durante los últimos veinte años. Angélica pensó en que todo había ocurrido en la madrugada, a esa hora en que un perro vecino aullaba sin cesar. Lo maldijo, por despertarla. Y como no se callaba, pensó:

—Dios mío, ¿qué desgracia estará pasando?

¶

En Santiago el centro también respira aire contaminado. Sobre la avenida Portugal los autos pasan más veloces que de costumbre. Es viernes y los mendigos que viven en los alrededores de la Posta Central descansan sobre sus camastros inventados con cartón y colchones viejos, junto a sus perros. En el quinto piso de este edificio un equipo de cirujanos, médicos, psicólogos, enfermeras y policías custodia la vida de la sobreviviente derivada desde Coyhaique. Nabila Rifo, veintiocho años, respira el aire hospitalario de la sala más aislada, ya le han quitado la asistencia mecánica con que

pasó las primeras semanas. Lleva allí desde el 14 de mayo, hace cuarenta y cinco días, cuando su atacante la dejó ciega y con múltiples fracturas en la cara y la cabeza. El informe médico ha dicho que una en el occipital, una en el temporal y otra en el hueso que sostiene el pómulo derecho, más los dientes de arriba y abajo que perdió y la mandíbula trizada. Los golpes estaban también en las piernas, en el torso; Nabila se defendió como pudo de su asesino: no hay dudas para los que la cuidan a diario, quisieron matarla, y ella —milagro, fuerza, tenacidad, buena suerte— no cedió; su corazón siguió latiendo. Aquí está, en recuperación.

Abajo, en la esquina de la Posta los rastros de las velas derretidas: hasta que se supo que Nabila había recuperado la consciencia las feministas de Santiago la cuidaron con un abrazo simbólico cada atardecer. Sobre las rejas negras colgaron carteles que todavía resisten. "Cuidado! El machismo mata". Y la advertencia: "Nosotras te esperamos (con machete y la hoguera listas)". En la guardia, aletargadas en el sufrimiento de cada cuerpo, más de ochenta personas. Apenas se intenta caminar hacia los ascensores aparecen los hombres de verde armados. Un joven de ambo advierte: "Nadie puede llegar arriba. Están solo un carabinero y un gendarme. Entran los enfermeros y los médicos, nadie más".

Hasta hace algunos días los médicos daban el parte sobre Nabila en conferencia de prensa, aparecían en la TV. Durante la última semana el Estado ha cerrado todas las vías de acceso a ella, y también a su familia. Desde Coyhaique las organizaciones de mujeres dicen que ya no tienen contacto con la madre; en la fiscalía insisten en que ellos no son el camino para llegar, que se consulte con el Sernam —el Servicio Nacional de la Mujer. En el Sernam dicen que "la familia de Nabila en su conjunto tomó la decisión de no prestar ninguna declaración, postura que es compartida por el Circuito Intersectorial de Femicidios".

¶

En este tiempo nuevo, después de la tragedia, a Nabila nadie puede verla y ella, literalmente, ya no podrá ver jamás a nadie. Al llamar por teléfono, su hermana Katherine atiende con voz temblorosa. Escucha los argumentos: que no es para un diario, que es para un libro, que no todos son cuervos amarillos. Dice que es mejor llamar en diez minutos, que consultará a su madre, Noelia. Luego atiende, pero simula que se corta. Los medios publican la larga historia de golpes que soportó Noelia de su última pareja.

Nabila era testigo de esos puñetazos y era quien denunciaba a su padrastro, dicen. Al llegar a Coyhaique el silencio de la familia es total. Es lógico, es humano; el silencio que asoma después de una tragedia.

¶

En el corazón del forastero que pronto pisará la frontera hay inquietud. Se extreman los intentos para dar con un guía que alumbre con sapiencia local la débil huella que deja un crimen en una ciudad insular como esta; una especie de isla a la que casi solo se llega en avión (por tierra hay que cruzar en transbordadores largos trechos de agua hasta llegar a la región). Mariza Romero, activista del Colectivo de Mujeres Desnudando, nacida y criada en Coyhaique, atiende en su casa y comienza por el contexto: Coyhaique es también la Región de Aysén, a 1700 kilómetros de Santiago, a la altura de Comodoro Rivadavia y Los Antiguos, del lado argentino; al norte más de pescadores, al lado sur, más de ganado, lana y mineros. Y los nuevos, profesionales que se asientan con la idea del progreso. Atraen los sueldos en el empleo público: el doble que en el resto de Chile por el premio de zona extrema. En cuarenta años, la ciudad ha crecido hasta triplicar sus habitantes.

Desde sus inicios, en 1929, fue un lugar de hombres —pobres, ignorantes, aventureros— venidos a las faenas del campo y de la pesca desde Chiloé o Argentina a trabajar para el único dueño de todo, el terrateniente Mauricio Brown.

Coyhaique hoy tiene pinta de pueblo rodeado de cerros y algunos problemas de las grandes ciudades: desigualdad, pobreza, violencia, y un machismo rampante. Los índices de abuso sexual contra mujeres son el doble que en el resto de Chile. Solo el año pasado hubo más de mil denuncias por maltrato habitual, amenazas y lesiones. El 71 por ciento de las víctimas de lo que el Estado llama VIF (Violencia Intrafamiliar) son mujeres. Nadie es capaz de calcular la cifra oculta tras el miedo a denunciar. ¿Cuántas son las mujeres violentadas en esta ciudad que no se han animado a contarlo jamás?

Mariza Romero se siente más tranquila con la introducción descriptiva. Entonces advierte:

—Nuestra gente es silenciosa. Dicen que el que se apura en la Patagonia pierde el tiempo.

¶

Carla Sáez quiere hablar, no le importa que digan que ella es una *copuchenta*.

Cree que lo que ha visto y oído le da mucho sentido a lo que pasó tan cerca de su casa. El sábado de la tragedia, por la tarde, pudo ver el operativo policial y a la mamá de Nabila Rifo perdida entre los pacos preguntando si la mujer sin ojos y agonizante en el hospital era su hija. A "la vecina" la conocía porque a veces iba a su panadería a comprar: callada, discreta, una dueña de casa más. Al que veía más era "al vecino". Los imaginaba, sí, porque soportaba el "tun, tun, tun" de jueves a domingo, ese sonido imparable salido de los fondos de su casa, del otro lado del cerco, desde que atardecía. Un sábado de enero a la mañana ya no pudo más.

—Escucho gritos de niños, eran unos gritos tan grandes y angustiados que dolía el alma de escuchar. "No, papito, no, ¡no pegue más a la mamá!". Entonces le dije al Alex, mi marido, sale por favor. Como no salió, dije, no me importa que me digan la *copuchenta*. Cuando estoy en el patio siento que quiebran platos, vasos, botellas, vidrios rotos. Y los niños: "No, papá, por favor".

Carla, el pelo largo a un costado de la cara, madre de cinco hijos, no lo dudó. Con un palo golpeó el techo de los vecinos.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó.

No esperaba que Mauricio Ortega, el vecino desabollador, se distrajera con ella. Volaron los vasos a través del cerco. Las botellas le cayeron cerca. El reclamo de los niños no se interrumpía. Lloraban y pedían que basta. Los insultos de Ortega tampoco: "*maraca*, concha de tu madre, mierda, mierda, mierda, era lo que más se escuchaba, mierda todo el rato".

—A la vecina nunca la escuché, lo de ella era silencio total.

A la semana todo se había calmado. Un día a los hijos de Carla se les perdieron unos gatitos nuevos. Desde el otro lado Nabila se los devolvió. No comentó lo que había ocurrido, no dijo nada. Carla ignoraba que en junio un familiar de Nabila había denunciado a Mauricio Ortega por partir la puerta de la casa con el hacha de picar leña. Ortega tiene cuarenta y un años, trece años más que Nabila. En lugar de llevarlo a proceso la jueza de garantías le dio la chance del juicio abreviado y le pidió que firmara cada semana y que hiciera un tratamiento en un centro para hombres violentos, un tratamiento que jamás cumplió.

¶

Dos días antes del viaje a Coyhaique, Angélica Nahuelcar dice lo que luego irán repitiendo los demás; lo dice desde El Bosque, con la voz murmurante de las casas de madera unas pegadas a otras. Todo se escucha entre las plan-

chas de cholguán, todo se filtra en esas paredes de pino prensado. No hay secretos en las ciudades del sur; una discusión trasciende como el viento que sopla entre los pasajes, esos simulacros de calle que han permitido que en cada nuevo plan de viviendas entren más, apretados, hacinados, aunque vivan en el confín y más allá de la ciudad el campo sea infinito. Angélica deja pasar un rato hasta lanzar esas hipótesis que todos han hecho suyas. Le da pena decir que Nabila era una mujer de la noche, que de tan pobre muy pequeña comenzó en el trabajo sexual, que la saben atendiendo las mesas en un local; y que medio pueblo cree que la marcaron así porque denunció a una mafia de traficantes y trata de personas. Acá, dice Angélica, se va a encontrar con un montón de cosas oscuras que nadie quiere saber, que todos conocemos, pero nadie quiere que se sepan: Coyhaique tiene su sombra, y en la sombra está la prostitución, la trata, la droga.

¶

Monseñor Luigi Infanti della Mora ha sido bautizado en algunos medios como "el obispo rebelde". Dos hechos marcaron su diócesis: en el año 2003 una sucesión de misteriosas muertes de jóvenes, doce en total, por las que el obispo acusó a políticos, jueces y empresarios de la región. "Pretendieron que fueran suicidios y fueron asesinatos", sigue diciendo. Y luego, en 2012, la mayor revuelta popular que se recuerde, iniciada por los pescadores y continuada por el resto de los patagones en reclamo de subsidios para aminorar las duras condiciones de vida: Infanti estuvo en los cortes de caminos, de puentes, en las barricadas poniendo el cuerpo ante la policía para que no reprimieran a los manifestantes. Luigino, como le dicen sus fieles, tiene del otro lado del teléfono una voz juvenil: no hay problema, se lo puede acompañar por la tarde a una misa en Lago Atravesado, un pueblecito a unos cincuenta minutos de Coyhaique.

Monseñor toca la campana del hostal a las cinco y cuarto de la tarde. Es el hombre más elegante de esta comarca. En estos parajes su figura se distingue a lo lejos: un saco de lana gris, unos zapatos clásicos lustrados y un bolso de cuero negro como los que usaban los médicos antiguos. Luce como uno de los Siervos de María que llegaron a Coyhaique en 1937. Conduce con pericia pero se pierde en un cruce; disfruta de contar historias. Y pregunta por el *métier* de su entrevistador.

—¿Crónica? Los obispos debemos escribir una "crónica", así le decimos, por pedido del Vaticano. Publicamos aquí una de los primeros curas que

llegaron a la zona. Aunque algunas historias eran inconvenientes. Para que tenga usted una idea, a fines de los años treinta Coyhaique tenía 600 habitantes. De ellos, 250 eran prostitutas.

En 1937 hubo un accidente grave en la zona de Chile Chico: murieron nueve personas. Los cadáveres llegaron a Coyhaique y el alcalde del pueblo le pidió al curita que los velaran en la iglesia. El cura dijo que sí, exceptuando uno de ellos, el de la única mujer. Era la dueña de uno de los prostíbulos; imposible hacerle lugar a una "pecadora pública". El alcalde se vio en la obligación de insistir: "Pero padre, ella tiene derecho, donó todas las bancas de la iglesia". El obispo cuenta la historia y se ríe, cuando casi llega a la capilla de Lago Atravesado. Lo esperan unos quince feligreses refugiados junto a una estufa en la que arde madera seca. El obispo pide por la sequía desesperante de la zona. La nieve no llega, y los ríos son mezquinas serpientes de agua.

¶

—Ese sábado a las seis de la tarde Nabila no tenía nombre. Se llamaba Melisa, Natila, Nubia, Nadia.

Norma Cárcamo Levicoy es la compañera de activismo y amiga del alma de Mariza Romero. Se conocieron en la junta directiva de padres de un colegio, trabajaron juntas en una pesquera, hasta que uno se quiso propasar con Normita y ella le dio en la cara con un pescado maloliente. Hace doce años comprendieron que debían encontrarse con otras mujeres para compartir la experiencia de sus cuerpos, de sus vidas. Formaron el Colectivo Mujeres Desnudando; al principio era compartir lecturas, luego proyectos. Juntas han recorrido los "restaurantes" de toda la región de Aysén promoviendo los derechos de las trabajadoras sexuales. Mariza, que supo tener ese pelo indomable de un rojo reproche, con su voz ronca y su pronunciación universitaria, más recelosa, siempre a cargo de la logística, de que nada falle. Norma, más confiada, con su pelo negro azabache y eso que Mariza llama "el poder de conmover a las masas": el discurso.

Ese sábado a las siete y cuarto la llamó una matrona del hospital.

—¿Te pasó algo?

—No, a mí no, pero llegó una niña con riesgo vital... le sacaron los ojos.

—¿Y qué hacemos?

—No sé, pero tenemos que hacer algo.

—Tenemos que salir a la calle.

La red de mujeres comenzó a funcionar a esa hora. Se llamaron la una a la

otra, se mandaron decenas de mensajes, se dijeron tranquilas, vamos a hacer algo hoy mismo. A las tres de la tarde convocaron para marchar a las cinco. Norma llamó a las radios Apocalipsis, Ventisqueros, Santa María. Bajaron por las calles hacia el centro, llevaban un parlante y unos afiches que una de ellas había diseñado. Creyeron que serían pocas, pero la gente llegaba sin parar: familias, jóvenes, viejos, varones. Y cuando Norma les habló los patagones, las patagonas, lloraban. "Vamos a hacer acto de presencia en el hospital donde ella está. Vamos a reconocernos como vecinos. Mírense a los ojos", les dijo. Los manifestantes llegaron a ser unos trescientos, y cuando cerró el acto se quedaron para conversar entre ellos, para darse ánimo. De a poco fueron pasando al frente para dar testimonio. Las mujeres contaban sus propias experiencias, los puñetazos de sus padres, de sus novios, de sus maridos.

¶

Ese mismo sábado Bagual, un muralista que trabaja dando talleres de arte en la escuela a la que van los hijos de Nabila y en la cárcel de Coyhaique, decidió que era necesario un mural para que lo ocurrido no fuera olvidado. Durante una semana en la larga pared de la cancha de fútbol de la ciudad, justo frente al penal se unieron más de sesenta personas, hasta que lo terminaron. El día en que los pacos llevaron a Mauricio Ortega a los tribunales Bagual vio cómo algunos se arremolinaban frente a la cárcel cuando salía el preso. Lo trataron como a un chacal, lo insultaron, le tiraron piedras. Eran mujeres furiosas. ¿Qué es lo que explicaba el daño atroz a Nabila? ¿Qué era lo que estas mujeres y algunos jóvenes repudiaban como queriendo lapidar al acusado? Parte de la respuesta estaba en esa pared: los nombres de las mujeres víctimas de femicidio durante los últimos seis años.

A todas las mató un hombre. A Karina Barría Muñoz la acuchilló. A Carolina Legue la degolló. A Lorena Yáñez la asfixió con el cable del celular y luego se ahorcó. A Marutti Martínez la golpeó con un martillo en la cabeza, y se suicidó. A Jeannete Vargas le dio muchas cuchilladas. A Lorena Pineda le partió el cráneo, luego se ahorcó. A Nataly Arias la violó y la estranguló, luego metió el cadáver en un saco y lo hizo aparecer mucho tiempo después. A Hilda Almandos le dio ocho puñaladas. Todos dijeron que las amaban.

¶

A monseñor Infanti le cuesta creer en la justicia chilena. Por eso, aunque la pareja de Nabila, Mauricio Ortega, está preso desde el 17 de mayo, y lo

procesaron por femicidio frustrado, cree que hay que esperar. Han pasado 47 días desde aquel sábado y Nabila todavía no habla. Se rumorea que estaría llegando a la ciudad pero nadie lo confirma. Se espera que pronto esté en condiciones de declarar. Nadie se atreve a pensar si recordará o no. La mayoría cree que se refugiará en el silencio porque si le hicieron eso es para amedrentarla, para callarla para siempre. A Infanti della Mora, que ha visto el accionar de jueces en el caso Aysén, que vio cómo desestimaron al único testigo directo y lo encerraron por falso testimonio, cómo metieron preso hasta al abogado de los familiares de víctimas, cómo incendiaron tres veces los tribunales de Coyhaique, y cómo un alcalde lo amenazó a él en persona, la hipótesis que termina en Ortega como único culpable no le cierra.

—En este caso los comentarios son insistentes: habría más que motivos pasionales. Aquí es necesario investigar lo que tenga que ver con drogas y con prostitución. En la Comisión de Paz y Justicia sabemos lo que es la trata, hemos ayudado a una joven a la que trajeron engañada desde Santiago a trabajar de mesera en un restaurante. Pero no son restaurantes, ese es el nombre que tienen para que les den patente de comercio autorizado. La misma niña nos dijo que cómo van a investigar la trata aquí si la mayoría de los clientes en los locales de prostitución son policías.

¶

La reconstrucción de las últimas horas de esa familia en la que los golpes y los gritos se habían vuelto cotidianos está en el expediente judicial. Y cada uno de los pasos dados por el fiscal parece alejar más las hipótesis conspirativas de la evidencia criminal. El rumor versus las pruebas. Todos, quienes prefieren la verdad jurídica y quienes eligen la verdad social, esperan conocer la versión de Nabila.

El 20 de julio Nabila se sentó ante el fiscal regional, Pedro Salgado, y el fiscal de instrucción Luis González Aracena. Con prótesis oculares, llevada de la mano por una tía y una de las psicólogas del servicio de atención a la víctima, Nabila confesó que al despertar, durante los primeros días, creyó que no sería capaz de denunciar al padre de sus hijos. “Pero nunca más podré ver en la vida. Decidí decir la verdad”.

El viernes Ortega había trabajado hasta pasadas las siete de la tarde. Entonces compró las primeras cervezas para espantar el esfuerzo laboral. Las compartió con su único empleado, el desabollador Juan Mendoza y con su tío Eduardo Soto, que vivía en una casa al lado de la suya, hacia el frente de

la propiedad. Esa noche Nabila cocinó un asado al horno. Y Ortega invitó a un amigo a cenar, Eduardo Vilches, chofer de una grúa. El hombre aportó lo que incendiaría de furia la noche: un whisky Caballito Blanco. La cena, según todos declararon, fue en paz. A medianoche el tío se fue a dormir y Ortega invitó a su primo, Gonzalo Bahamonde, que cayó con una amiga, Alejandra Castro. Pusieron música para bailar. La cena se volvió fiesta. Los dos hijos de Nabila y Mauricio, de dos y cuatro años, se quedaron dormidos. Los más grandes, de diez y doce, jugaban a la play en su cuarto. Son los hijos que Nabila tuvo siendo menor de una relación con un hombre que tenía casi cuarenta años más que ella.

El primer conflicto de la noche fue por la música. Vilches declaró que en cierto momento él pidió cambio, quería escuchar y bailar cueca, la danza chilena tradicional. Nabila ya había tomado lo suficiente como para perder la amabilidad. Lo paró en seco, lo insultó, para vergüenza del macho de la casa: "Ahora sí que la hiciste", le dijo Ortega. Con el ambiente ya caldeado, pero sin que la fiesta parara, Alejandra Castro —que no los conocía— prefirió retirarse a las cuatro y media. Poco después el amigo Vilches también se borró. Apenas se fueron, Ortega enfureció peor y Nabila lo enfrentó. Ella le reclamaba por el dinero que le había dado para comprar un auto, un Suzuki que tenían en la puerta. Él le echaba en cara su gran aporte a la casa: "Te tengo el refrigerador lleno".

—Esta mierda nunca se conforma con nada —gritó el.

Nabila declaró: "Él estaba curado. Yo también estaba con trago. Él empezó a romper los vasos y trataba de pegarme mientras Juanito y su primo lo agarraban de los brazos. Él con todo quería pegarme". Los niños se habían despertado. Lloraban. El más grande escribió un mensaje a su tía Katherine Rifo: "Vengan a buscarnos". La casa de la familia de Nabila quedaba a pocas cuadras. Ortega estaba enceguecido. Pateaba el lavarropas, golpeaba las paredes, rompía los objetos que se le cruzaran.

¶

Cuando el padre de Nabila murió, ella tenía trece años. Su madre, Noelia, debió enfrentar la pobreza con tres hijas a cuestas. Entonces sacó a Nabila de la escuela para que la ayudara en las tareas de la casa y en el cuidado de la menor, que había nacido con un retraso. Katherine, la otra hermana de Nabila, tenía cuatro años y padecía de piel de cristal, esa enfermedad genética que produce ampollas y laceraciones al mínimo roce. A los ochenta

años la hermana Mariucha recuerda muy bien a la familia de Nabila. Conoció a su padre, y desde que murió cuidó de Katherine.

—Ya viuda, un año después de que falleció el padre de las niñas, la mamá tuvo un niño que murió de neumonía. Tenia otra hija deficiente mental que estaba en la escuela España y ella la sacó porque debía hacerse cargo de los otros niños. Y esta que ahora le sacaron los ojos era la mayor. A Nabila la madre ya de jovencita la expuso a la prostitución. Dos veces vino a ver a su hermana aquí. Entonces yo le dije: "Qué pasa, por qué no cambia de trabajo, un trabajo más honrado, hija". Y ella, que ya tenía su primer niño a los dieciocho años, me contestó: "Con lo que me ofrece usted tengo que trabajar una semana para recibir la plata que yo gano en una noche, no pienso cambiar de trabajo".

La supuesta "mala vida" de la víctima ha sido el eje de las especulaciones sobre el ataque femicida. Los medios locales se negaron a publicar esa información porque consideraron que era "estigmatizar a la víctima". Los medios nacionales lo hicieron público como base de la hipótesis de que Nabila había sido quien denunció a la dueña del cabaret Acapulco, Nancy Gallardo Navarro, por trata de personas. Nabila declaró ante el fiscal que ella nunca se prostituyó, que trabajó en el "restaurante" Bohemia durante tres años, desde los veintidós, limpiando y atendiendo las mesas. La asiste el derecho de negar lo que quiera. Según el relevamiento de las organizaciones de mujeres en Coyhaique, una ciudad de 63 mil habitantes, existen unos cuarenta lugares de comercio sexual. En los "restaurantes" como el Acapulco, el Sin Banderas, El Tucán, el Oasis o el Gato Dorado, trabajan más de cien mujeres colombianas. Nancy Navarro dice en su local que no conoce a Nabila, y que conoce muy bien a Ortega.

¶

Juan y Bahamonde se fueron cuando Ortega ya se había calmado y fumaba en el patio. Nabila lloraba sentada en un sillón. Caminaron hacia un taxi, lo tomaron a las 5:30. Los dejó a las 5:41, Así marcan los registros. Ortega, cuenta Nabila, solo esperaba que se fueran para volver por ella. Ella solo pensaba cómo escapar. Él apagó el cigarro y entró nuevamente en el líving. Entró a las patadas. "Patada y combo", se dice en Chile. Es una frase hecha. A patada y combo se marcaron millones de cuerpos en un país donde la violencia se ha naturalizado. Nabila resistió, le tiró manotazos, se cubrió la cara, escapó entre los muebles. Él estaba muy borracho, ella un poco menos.

Logró zafarse, encontró las llaves, salió a la calle "con lo que tenía puesto". El frío era lacerante, austral; ella una mujer en peligro.

Corrió por la calle Lautaro exactamente 89 metros. No sintió frío, aunque iba solo con unas calzas *animal print* y un vestidito verde. Él la alcanzó cruzando Monreal. De un lado de la calle hay una casa de piedra y madera de dos pisos, del otro, un rancho de lata en el que vive un viejo solo que jura no haber escuchado nada. Nabila dice que recuerda los primeros golpes, las patadas, los *combos* y al final, un golpe en la cabeza. Luego, tantos días después, el olor a hospital de la unidad de cuidados intensivos en la Posta Central. Y esa extraña oscuridad.

Nabila no sabe por qué las llaves del auto estaban junto a ella, a su cuerpo helado y sangrante, cuando la policía la encontró. Ella no sabe conducir. Algunos médicos arriesgaron que fue con las llaves con las que Ortega le quitó los globos oculares, otros piensan que pudo hacerlo con los dedos. Todos acuerdan en que no se trató de un experto.

¶

El lunes siguiente las mujeres feministas convocaron a la plaza central: se llenó. De allí marcharon a la sede de Carabineros, justo frente a la Policía de Investigaciones. La justicia ya tenía en la mira a Ortega. Un joven estaba junto a algunos amigos en su propia fiesta, sobre la calle Monreal. Desde su cuarto, una especie de balcón en lo alto, se podía ver la esquina donde un hombre tenía en el suelo a una mujer que gritó como ebria. Cuando lo vio escapar corrió a buscar a la patrulla que había pasado de largo por el lugar. La vio sangrar, le vio los ojos vacíos, y se asustó. Volvió a su casa y llamó a los carabineros. La llamada quedó grabada. En ella se siente la tensión de ese momento. Eran las 6:02. A las 6:06 dos oficiales dieron con Nabila. No pudieron creer, aún respiraba. Tenían un testigo, pero no identificaba a Ortega.

El miércoles apareció el testigo clave: un trabajador vecino que a las 6 en punto salía de su casa. Vio a Nabila correr y gritar mientras corría. A Ortega perseguirla. "Era el chapista", dijo. El hombre dio la vuelta a la manzana por la parte de atrás y cuando estuvo en Lautaro, una calle más arriba, vio la misma escena: "Eran los chapistas". Él la golpeaba con dos bloques de cemento. Con esos dos testigos, el fiscal pidió la detención de Ortega. En poco tiempo será juzgado con todas esas pruebas y seguramente condenado por femicidio frustrado y por una doble mutilación: con todo la pena mínima sería de veinte años.

¶

Cuesta encontrar quien hable de Ortega. Después de la declaración de Nabila Coyhaique se divide entre quienes creen que fue otro femicida, otro patagón que se creyó dueño del cuerpo de una mujer. Y quienes siguen pensando que fue el mal, una mafia de trata de personas liderada por Nancy Navarro, la dueña del Acapulco, procesada por ingresar colombianas a Chile para que trabajen en su cabaret. Un lunes a la una de la mañana allí está, de jeans rasgados, poco más de metro y medio, agitando el aire del boliche, una cabaña de madera con pocas mesas y menos clientes. Su "restaurante" lleva 42 años en la misma esquina. Ella heredó el negocio de la madre y piensa dejárselo a su hija, que atiende a los borrachos en la barra con una panza de ocho meses. "Ortega solía venir y se emborrachaba hasta quedarse dormido arriba de las mesas".

Esta noche en el Acapulco las prostitutas colombianas son solo dos. Una se acerca a despedirse y pedirle las llaves para salir a atender un cliente. Al despedirse le dice:

—Gracias mami.

Así la llaman las trabajadoras del Acapulco: "Mamá".

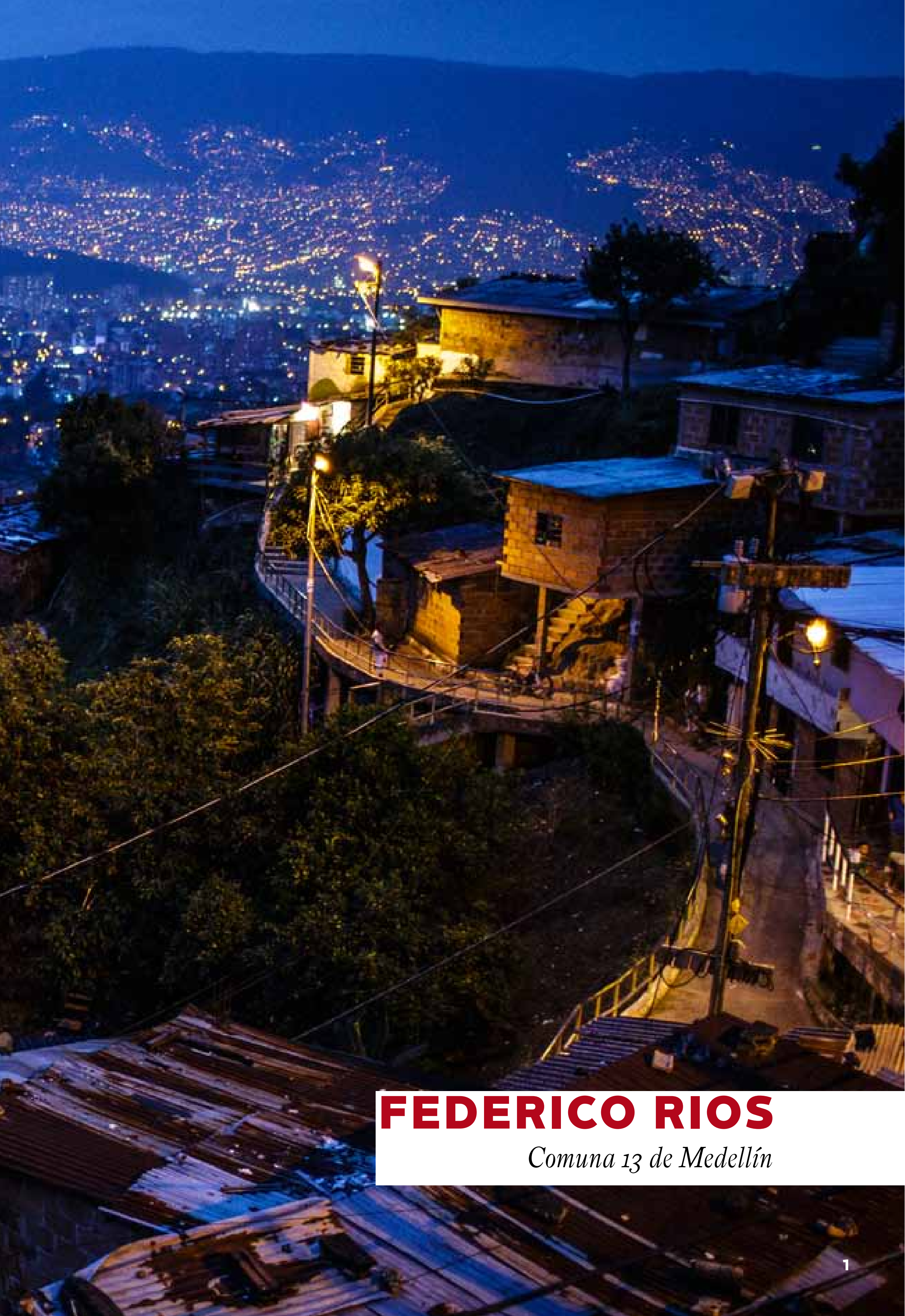
Mariza Romero lo dijo al comienzo del viaje:

—Lo que todos lamentan de la ceguera de Nabila no es que no vaya a ver nunca más el mundo, sino que no pueda ya ver a sus hijos.

¶

El último domingo nevó después de mucho tiempo en Coyhaique y toda la región de Aysén. Nadie sabe dónde vive ahora Nabila. El Estado le ha prestado una casa secreta mientras amplían la mediagua de su madre. Allí debe haber amanecido junto a sus cuatro hijos. Allí deben haberle contado Coyhaique del otro lado de las ventanas. Quizás fue sola desde la cama hasta la cocina. Quizás pueda con el tiempo moverse por el espacio usando todos sus sentidos y ese bastón con el que llegó a contar su verdad a los tribunales. Quizás en un tiempo se la vea caminar su ciudad de frío y humo junto a las mujeres que salieron a la calle a gritar en su nombre. Porque ella no está en esa lista del mural frente a la cárcel: la muerte no alcanzó a escribir su nombre. Nabila vive y quizás hoy, ante esta nieve, eche leña al fuego para espantar el frío y los pesares.





FEDERICO RIOS

Comuna 13 de Medellín







3. *Los barrios están fuertemente sitiados por policías y militares, pero han resultado insuficientes para detener la guerra que se está librando allí. Por lo general, las víctimas de la guerra de bandas son residentes del barrio que están inmersos en el mismo conflicto, pero también la Fuerza Pública se ha convertido en blanco de los pandilleros.*



4. *Las autoridades han documentado más de 400 grupos ilegales. Unos 200 están activos y tienen reclutados a 5.000 miembros.*

1. *Medellín ha sido calificada varias veces como una de las ciudades más violentas de Latinoamérica. Recientemente, la ciudad se ha sometido a un proceso de transformación y ha sido reconocida como un ejemplo de desarrollo e inclusión. Pero esto puede ser un espejismo porque en las comunas populares se palpa una realidad diferente: la guerra entre bandas que luchan por el control de las drogas.*

2. *Un grupo de soldados vigilan desde la parte alta del barrio. No es normal que los grupos ilegales se enfrenten cara a cara con la Fuerza Pública. Pero los militares han establecido varias bases en el territorio y esto ha desencadenado enfrentamientos con armamento militar.*

Las comunas populares de Medellín son lugares en los que el tráfico de drogas y de armas se ha apoderado de un amplio sector de la comunidad. En la Comuna 13, los delincuentes pasan la mayor parte de su tiempo haciendo rondas de vigilancia en el territorio para mantener alejados a los enemigos. Desde los tejados, estos vigilantes improvisados monitorean toda la comuna.

En los últimos años, la Comuna 13 se ha convertido en el territorio de constantes enfrentamientos entre pandillas. Los niños comienzan a manejar armas poco después de haber cumplido diez años y muchos se convierten en pistoleros experimentados, con varios asesinatos a su espalda, al llegar a la adolescencia.

Las opciones de progreso del resto de la comunidad son mínimas: la gente no puede salir de sus barrios, se encuentra confinada por límites imaginarios conocidos como "fronteras invisibles": el que cruza queda en territorio enemigo y pone en riesgo su vida.

www.federicorios.net



5. *Dentro del barrio, los militares son vulnerables debido a los intrincados pasajes difíciles de recorrer. Las comunas populares son un laberinto de ladrillo en constante expansión. A veces, las fuerzas de seguridad tienen graves problemas para patrullar entre los callejones que sí son dominados por las bandas. Todo el barrio está construido sobre la informalidad.*



6. *Dos miembros de la banda miran ocultos por la ventana. Analizan los movimientos de sus enemigos en la cuadra de enfrente. Cada movimiento del grupo debe ser considerado en dos direcciones: atacar al oponente y no ser atrapados por las autoridades.*

7. *Un hombre agazapado con su arma. La Comuna 13 de Medellín se ha convertido en los últimos años en el territorio de constantes enfrentamientos entre bandas.*







8. *En los barrios, la comunidad sabe todo pero nadie traiciona a la pandilla por temor a represalias. Las reglas son simples: "Nadie ve ni escucha nada. Viva y deje vivir". A menudo, las comunidades tienen la idea de que los grupos ilegales les proporcionan seguridad.*

9. *Cuando entran en la adolescencia muchos jóvenes andan armados y han cometido varios asesinatos. Las bandas proporcionan armas a los pequeños traficantes que las usan para proteger sus negocios de impuestos ilegales.*

10. *Ella fue desplazada por la violencia y a él lo abandonó su familia cuando todavía era un bebé. Ahora son pareja y juntos trabajan para una pandilla en la Comuna 13.*

11. *En el barrio, el precio de un gramo de perico (coca) no supera el dólar y medio.*



9



10







12. *Un hombre tatúa su cuello con un mensaje alusivo a su vida de pandillero.*



13. *La vida cotidiana de los asesinos es tan peligrosa como soporífera. Pasan la mayor parte del tiempo en rondas de vigilancia y tomando decisiones frente a su territorio para mantener alejadas a otras bandas. Otra parte del tiempo lo pasan resguardados en casas de seguridad donde se drogan.*



14. *Uno de los vendedores de drogas fuma un cigarrillo de marihuana para sobrellevar la noche.*



15. *Un grupo de miembros de la pandilla se entretiene con videojuegos en el sótano de uno de sus escondites. A pesar de la educación pública gratuita, la mayoría de los miembros de la banda no ha terminado la escuela.*



MARÍA FERNANDA AMPUERO

Manabí Respira

“El terremoto de Chile del 27 de febrero de 2010, uno de los diez peores terremotos de la historia, fue de 8.8 grados en la escala de Richter.”

“Respira y canta. Donde todo se termina abre las alas”.
Blanca Varela

IMAGINA QUE ES EL FIN DE SEMANA DE TU CUMPLEAÑOS y es primavera y estás en París. Imagina que en el hostal, por las mañanas, cuelgan del pomo de la puerta una bolsita con croissants calientes. Has dormido bien. Tienes ganas de empezar el día. Entonces lees el mensaje de Eileen, desde Estados Unidos, y Eileen pregunta si tu familia está bien y escribe esa palabra: terremoto. Imagina que estás a diez mil kilómetros y alguien te dice que ha habido un terremoto en la costa de Ecuador. Es decir, en casa.

Imagínate imaginando que todos ellos están muertos.

Hasta que logras conectarte —porque hay daños en las comunicaciones y la electricidad— el mundo te estalla en la cabeza.

Por fin, mamá:

—Nosotros estamos todos bien.

—¿Y en Manabí?

—...

—Mami, ¿qué pasó en Manabí?

¶

En Manabí, una de las provincias ecuatorianas bañadas por el Pacífico, hace mucho calor. Pero Portoviejo, su capital, es el infierno. El sol es tan sicópata, tan hijo de puta, que al mediodía, al cabo de un rato a la intemperie, sientes que podrías perder el conocimiento. Este dato no es menor. Ahí, bajo esa furia de astro, se cuecen cientos de personas que se quedaron sin casa el sábado 16 de abril de 2016, una fecha que ya no necesita precisarse, que se sobreentiende: la del día en el que la tierra se volvió loca.

Ahora estás bajo el sol que odia, después de dos meses del terremoto de 7.8 grados en la escala de Richter que tuvo su epicentro aquí, en Manabí. Has llegado a la terminal Reina del Camino de Portoviejo. Un hombre vende a los viajeros dulces de Rocafuerte, de coco, de maní, famosos en todo el Ecuador. Llegan y se van autobuses. Todo parece normal.

Zoilita Sornosa, tu anfitriona —pronto será Mamá Portoviejo— llega y lo primero que te dice es: "ya no conozco esta ciudad". Luego, al recorrer unas pocas calles en su carro, te descubre que aquí nada volverá a ser como fue, que Portoviejo hay que volverla a hacer.

Imagínate una tierra bombardeada —edificios destrozados, sostenidos por algún milagro del equilibrio, cascarones vacíos donde hubo hoteles o centros comerciales, grietas gordas como una moto y todo el centro acordonado, vacío, silencioso, fantasmal—. Imagínate que cientos de bombas han caído sobre un mismo lugar. Imagínate un tipo de destrucción que persevera. Quisieras no mirar, pero miras. Quisieras no decir dios mío, pero dices dios mío. Quisieras no acordarte de que 140 personas, según los datos oficiales, murieron solo en Portoviejo. Pero te acuerdas. Ya no te vas a dejar de acordar.

¶

El terremoto de Chile del 27 de febrero de 2010, uno de los diez peores terremotos de la historia, fue de 8.8 grados en la escala de Richter. Se ha calculado que la energía que se liberó ese día fue equivalente a diez mil bombas atómicas.

El terremoto de Ecuador fue de 7.8 grados. Lo de las bombas atómicas, al ver el centro de la capital de la provincia de Manabí, se entiende perfectamente.

¶

En la pista de lo que iba a ser el aeropuerto de Portoviejo, 1.191 personas —320 familias— viven en 229 carpas de la cooperación internacional, sobre todo de ACNUR. La pista es de asfalto negro, pensada para aviones, no para niños ni familias, así que desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde alcanza unas temperaturas insoportables, quema. La carpa, pensada para guarecer, se convierte en un instrumento de tortura: sauna es la palabra que más se escucha por ahí. También infierno. También horno. También morir. Por eso, el lugar más deseado, por su techo, es el

comedor: enorme, comunal, como de verbena. Por el techo, sí, pero también por los dos televisores de plasma, a lado y lado, donde se ve en uno fútbol y, en otro, la telenovela de la tarde. Correteando entre las mesas —de plástico, rojas, playeras— hay pequeños de varias edades. Uno de ellos lleva un teddy bear y por un segundo es una imagen idílica: niño abrazando un oso de peluche. Hasta que empieza a dar de osazos, ahogado de risa, a los otros niños. En una mesa, la que está junto a un pilar con tomacorrientes, unos hombres parecen hacer negocios, pero, en realidad, juegan naipes. En otra, un hombre mayor con camisa verde, abierta, bosteza. Varias mujeres de diferentes edades con vestidos largos de colorines comentan la telenovela en la zona en la que, parece, hay un matriarcado. Dos chicas adolescentes y una mujer de unos treinta años miman a un bebé en un cochecito. De pronto, si no lo piensas mucho, es decir, si no piensas que todas estas personas han perdido su casa, su negocio, y a gente que amaban, todo esto tiene un cierto aire vacacional. Entonces unos niños deciden cambiar de canal la tele del fútbol. Viene un militar alto, de piel morena, vestido con su uniforme verde oscuro y con una cara y una voz en absoluto festivas:

—Para nada esa tele es de ustedes.

Los niños huyen. El militar se queda custodiando el televisor.

Se acerca la hora de la cena. El olor de la fritura es como campanazos que levantan a todo el campamento. Llegan y llegan personas. La comida enfiesta. Es que en Manabí mientras se come se habla de comer y, mientras no se come, se fantasea con platos pasados, presentes y futuros. En Manabí, todo el Ecuador lo sabe, no se come para vivir, sino todo lo contrario.

¶

"El mundo nos rompe a todos, pero después algunos se vuelven fuertes en los lugares rotos".

Ernest Hemingway

¶

Resulta que tienes un primo en Manabí que no conocías. Se llama Diego. Los manabitas hablan muy rápido, comiéndose unas sílabas, arrastrando otras, como un rally en la lengua. El primo Diego tiene la escudería Ferrari en la boca: habla más rápido que cualquier persona y de cada cinco palabras que dice, tres son blasfemias. Hace reír. Es fácil querer al primo Diego. El

primo Diego dice:

—Tengo un pana que tiene familia en Pedernales, dice para ir mañana. Toda esa huevada es zona cero. Eso sí que está en la verga.

¶

Pedernales es un cantón de la provincia de Manabí, tiene algo más de cincuenta mil habitantes y casi todos ellos vivían del turismo porque allí, a sus playas, el Océano Pacífico llega como una postal. En Pedernales la onda del terremoto fue tan bestia, como la sacudida de un tentáculo monstruoso, que el 70% de las construcciones quedaron destrozadas: setecientas edificaciones. Según datos oficiales, murieron 184 personas, aunque quienes viven allí dicen que son más, muchos más, que hay mucha gente que enterraron sin registrar, en el apuro de que los cadáveres rescatados de debajo de las toneladas de cemento ya apestaban, ya contaminaban. Quienes viven allí dicen que convivir días y días con el hedor a podrido de los cuerpos fue lo peor. Lo que más se escucha es que Pedernales olía a muerto.

De entonces, ya han pasado sesenta días y solo ves cascotes. Allí donde estuvieron los hoteles con vista al mar: pilas de cascotes o terrenos baldíos. Allí donde hubo comercio, viviendas o restaurantes: tierra. Es como una vuelta al pasado, un pueblecito. Desde la carretera ya se ve el mar. Está por todos lados. Dicen que desde los ochentas no se veía el mar en Pedernales hasta que llegabas al pie del mar.

El sábado 16 de abril de 2016 a las 18:58, Erik Sabando, un hombre de 37 años, moreno, de pelo casi rapado, ojos negrísimos y piel marcada por el acné, iba a estar descansando en el hotel en el que vivía para salir por la noche. Poco pasadas las 18:00 lo llamaron los amigos: se había llevado el *grinder* y lo necesitaban para triturar la marihuana. Erik se levantó de mala gana y de buena gana a la vez. Tenía vagancia, pero quería fumar. Una cosa por la otra. Llegó, la gente *grindeó*, decidió quedarse.

El *grinder* de Erik está sobre una mesa redonda, negra, de plástico, que parece de exterior pero está en interior. Al lado hay un platito de taza con dibujos turquesas que tiene unas hebras de tabaco y un porro a medio fumar. El *grinder* es un aparato redondo de plástico transparente muy rasguñado y desgastado. Erik te repite que le salvó la vida y le da dos golpecitos con el índice. Te pide que le tomes foto. No, a él no, al *grinder*. Pasó que el hotel donde Erik vivía se vino abajo por completo: lo perdió todo, pero no la vida porque estaba en casa de su amigo Julio, una casa de una planta, sencilla,

de cemento, firme sin aspavientos, muy cerca del mar, que fue la única de la cuadra y una de las pocas de la zona que quedó en pie. Ahora Erik vive allí, pone su *grinder* sobre la mesa de plástico negro y allí te cuenta cómo fue el terremoto:

—Aquí estábamos El Nariz, Julio, la mujer, yo. Entonces yo siento que se mueven esas cañas del patio. Yo estaba en una silla afuera, formateando la computadora. Miré el reloj: 18:57. En eso empieza. La tierra roncaba feisísimo. El movimiento hacía caer a los demás. La gente iban como zombies. Sonaba como el demonio, como el diablo. No podías caminar, te caías, como cuando te quiebras las rodillas. Eso era fin del mundo. Entonces escuchabas "¡auxilio!, ¡auxilio!", pero no tenías huevos de meterte a ayudar. Se fue la luz. Nos abrazamos, rezamos. Era como que nos hubieran bombardeado. La policía gritaba "¡tsunami!". Diez personas había en ese hotel (señala un terreno lleno de cascotes de enfrente). Cinco salieron y cinco se quedaron en los escombros. Muertos. Esto pasó en un minuto: cinco vivos y cinco muertos. Así. Me acuerdo que era una noche hermosa, como en los cuadros que tú ves de la religión, del fin del mundo, había una luna increíble y, de un momento a otro, llovió. Nosotros sí teníamos miedo del tsunami, pero dijimos también "si nos vamos, mañana no aparece nada", así que nos quedamos. Yo de ocho de la noche a dos de la mañana me dormí, no sé cómo, pero me dormí. Después ya nadie pudo dormir, ya nadie puede dormir. Los mismos vecinos sacaron a los vecinos muertos. ¿La ayuda internacional? Eso se quedó en la sierra. Lo que fue ver esto al día siguiente... (calla un largo rato) Esto quedó hecho galleta. Yo tenía el *grinder* y la billetera, nada más, pero estoy vivo. A mí se me murió un primo y dos sobrinos. ¿Qué es lo que más me duele haber perdido de mis cosas? La máquina de afeitar. Era de las buenas. No hay ni en Santo Domingo. A mí esto se me infecta (se señala la barba). Tengo que irme a Quito a comprar otra. Yo creo que me estoy poniendo depresivo, ando un poco salvajón: como encerrado, impotente, en el limbo, como sonámbulo. Viendo tanto y sin poder hacer nada. El trabajo de una vida perdido en un minuto. Sales y ves todo y dices "qué verga".

¶

Eliges un terreno al azar. Rebuscas entre los escombros. Encuentras una falda de niña de tela jean, la suela con el tacón alto de unos zapatos negros hechos en Ecuador. Albendazol 100 mg (un antiparasitario), un frasco de gel de pelo a medias, el libro *En las calles* de Jorge Icaza sin la portada, una car-

tuchera azul de marca Totto que pertenecía a Brayan Darío Cagua Patiño, un collar de cuentas de plástico amarillas y un papel de cuatro líneas, muy roto y muy doblado donde alguien ha anotado apellidos y, al lado, pagado o debe. En un par de esquinas del papel citas bíblicas. Isaías 58:1 y Juan 10:10.

Buscas en la Biblia:

Isaías 58:1 "Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado".

Juan 10:10 "El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia".

¶

Galo Menéndez ha venido a Pedernales a buscar a su padre. Él, que nació en el campo y se crió allí, no lo había visitado nunca. Su padre se llama como él: Galo Menéndez y está muerto.

En el cementerio de Pedernales no hay árboles, no hay sombra. Todas las flores son de plástico y el color está, como se dice aquí, comido por el sol. Hay blanco de cal y hay gris. Punto. Entre las tumbas, Galo, que tendrá entre sesenta y ochenta años porque su piel, la piel de la gente que trabaja en la tierra, un pergamino de líneas sobre cuero, no permite una certeza, busca a su padre. Va lento, el suelo está cuarteado, estallado. En las tumbas no se leen bien los nombres. El terremoto ha roto las que no había dañado ya el tiempo. No está, Galo Menéndez padre no aparece, y el calor es como un grito en el oído y el sudor moja su camisa de un color amarillento que fue blanco y se curtió, como él, con los años. Galo te coge del brazo y te pide que vayan mejor allá, a un mausoleo de alguien que hasta en la muerte quiso marcar la diferencia: tiene techo. Galo, para secarse con un pañuelo la frente empapada, se quita el sombrero de paja toquilla, el famosísimo sombrero de esta zona, ese al que le dieron un nombre de otra patria: Panamá. Aunque se hace aquí, en Montecristi. Le llama al terremoto "el arrebatamiento" y te dice que fue un castigo, una advertencia de dios.

—Este pueblo es muy corrupto, mucha cosa mala, por eso vino el arrebatamiento.

Galo termina de hablar y un animal como una rata grande, una especie de zarigüeya llamada guatusa, te cruza por los pies, a centímetros y se esconde más allá, en un ataúd café, muy viejo y podrido, que la tierra devolvió en abril, cuando decidió revolverse: el arrebatamiento.

Galo se despide, se calza su sombrero y vuelve al sol, a buscar a su padre.

En el cementerio hay nuevas tumbas: las del 16 de abril. Hay una que es nada más una caja de cemento encalado donde con un lápiz han escrito:

Te quiero
Muxo
Mamita
Te
Extrañaré
Att
Veintimilla, Javier
:-(
Te extrañaré
Hernos.
Veintimilla
100 pre
mi
mamita
vivirá
Arminda Martínez
(17/04/16)
:-(
Descanza en paz

¶

Las paredes de Pedernales están llenas de grafitis.

"Mi corazón está en Pedernales".

"Pedernales nos quedaremos para sacarte adelante".

"Juntos te levantaremos".

"Vendrán mejores días".

¶

La Chorrera era el paraíso, te cuentan. Un pueblo pequeñito en forma de ensenada dedicado a la pesca artesanal y, desde hace poco, al turismo de lo auténtico: casitas de madera y caña, un bosque con pájaros y monos aulladores, barcos en la playa. Allí, además, se come bien: cada año se celebra el festival del langostino y la langosta. En la entrada de La Chorrera, casi pegada a la carretera, está Gloria María Moreira Valdez hamaqueándose con cara de aburrida. Te mira. La miras. La saludas. Te saluda. Contiene a

los perros con el tono marcial de un capitán retirado.

—¡Muñequita! ¡Ruffo! ¡Top! ¡Pigua!

Y se quedan todos inmóviles.

Gloria María tiene 58 años, un gran sobrepeso, diabetes y problemas para caminar. Para que vaya al baño, su marido, Frowen Inocencio Torales, se ingenió hacer un agujero a una silla plástica roja que tienen muy cerca de su hamaca. Ella y todos sus familiares, es decir, su madre Enedrina Margarita, su hija Dioselina Natividad y sus nietos Daniela, Albert y Jennifer, están viviendo en un terreno al pie de la carretera que pertenece, te cuenta, a "un señor Arcentales", pero que, dicen, la semana que entra volverá a ocuparlo en su negocio: hacer fibra para lanchas. No saben, Gloria María no sabe y parece que es la que lleva la voz cantante en la familia, qué van a hacer. No quiere ni escuchar de volver a su casa frente al mar.

Lo que es su casa ahora es un asentamiento con colchones, sábanas haciendo la vez de paredes, una cocina, una mesa plástica, cajas de cartón, algunos muebles que rescató, fundas donde intentaron que cupiera la vida, y la hamaca. En unas carpas donadas por la República Islámica de Irán duerme la madre, doña Enedrina, que tampoco puede caminar y, en otra, su cuñado Ángel Torales, que perdió a su hija, sus dos nietas y a su nuera embarazada y no sale de ahí.

—Si nos coge dentro de la casa no estaríamos aquí, estábamos en la playa, nos quedamos toditos mojados. Vea, la tierra revolvió así (mueve las manos con rapidez). La refrigeradora se salió por la pared de la cocina. La cocina se salió por el baño. Todita esa casa se bailó. Pasamos dos días sin ropa. Salados. Ay, aquí era una tristeza grandísima, ¿cómo le digo? Como si hubiera caído una bomba atómica. Como el fin del mundo. Yo tengo como presentimientos, le digo, tengo temor. Nosotros hicimos el intento de volver, pero vea lo que pasó el 18 de mayo (hubo una réplica de 6.8 en las provincias de Manabí y Esmeraldas). No, yo he aguantado el mar mucho, es el sustento de la vida de nosotros, pero no. Aquí no estamos bien. No se puede dormir con el ruido de los carros, el remezón de los camiones, pero no queda de otra. Dicen que arriba van a reubicar. Allá en esa loma en lo alto. Vaya a ver que hay una casita.

Los niños te llevan a ver la casita. Es muy hermosa, muy de cuento. Una casita que, te dice la nieta mayor, Daniela, de trece años, que supuestamente todos podrán comprar con unos préstamos de diez mil dólares que va a dar el gobierno. La casa modelo, la que vemos, aún está construyéndo-

se. Los niños hablan del horror del terremoto de una manera distinta, más truculenta y a la vez más sincera. Daniela dice que el impacto de una viga que recibió la esposa de su primo, que murió embarazada de ocho meses, la partió e hizo que el niño quedara a la vista. Albert, de ocho años, mira con atención a su hermana. El primo, el viudo, al que le dicen Ito, ha intentado suicidarse ya dos veces. No dicen la palabra suicidio. Solo dicen que va en la moto muy rápido, se accidenta, termina en la clínica y después no habla ni se levanta de la cama.

¶

El camino de vuelta a Portoviejo es silencioso. La carretera, cuarteada, rota y desnivelada por el sismo, obliga a zigzaguear, los saltos son interminables: como si hicieras la ruta a caballo. Ves pasar grandes camiones que transportan puertas rotas, trozos de techo de zinc, hierros doblados, vigas chuecas, piezas de construcción deformadas y muchas veces irreconocibles: chatarra para la chatarrería.

Intentas hablar de sexo, de borracheras, de historias de terror. Terminas hablando de gente que tenía sexo en moteles durante el terremoto y salió desnuda, aterrorizada, a la calle; de gente que estaba borracha durante el terremoto y después preguntaba ¿cuál terremoto?; de fantasmas del terremoto, con una vela en la mano, buscando el camino al más allá, pero atrapados para siempre en el centro de Portoviejo.

¶

“Hace dos días volví a entrar, después de una larga ausencia, a mi casa de Valparaíso. Grandes grietas herían las paredes. Los cristales hechos añicos formaban un doloroso tapiz sobre el piso de las habitaciones. Los relojes, también desde el suelo, marcaban tercamente la hora del terremoto. Cuántas cosas bellas ahora barridas con una escoba; cuántos objetos raros que la sacudida de la tierra transformó en basura. Debemos limpiar, ordenar y comenzar de nuevo. Cuesta encontrar el papel en medio del desbarajuste; y luego es difícil hallar los pensamientos. Mis últimos trabajos fueron una traducción de *Romeo y Julieta* y un largo poema de amor en ritmos anticuados, poema que quedó inconcluso. Vamos, poema de amor, levántate de entre los vidrios rotos, que ha llegado la hora de cantar. Ayúdame, poema de amor, a restablecer la integridad, a cantar sobre el dolor. (...) Sigo creyendo en la posibilidad del amor. Tengo la certidumbre del entendimiento

entre los seres humanos, logrado sobre los dolores, sobre la sangre y sobre los cristales quebrados".

Pablo Neruda, "Cristales Rotos", *Confieso que he vivido*.

¶

—Solamente estamos pensando en levantarnos.

Esto te dice, detrás de su escritorio, Betty Muñoz, una de las herederas de las empresas funerarias más importantes de Manabí, Santa Marianita, con tres salas de velación en Manta y dos en Portoviejo. A su alrededor, ataúdes, ataúdes, ataúdes. Unos brillantes, otros opacos, unos de madera muy oscura, grandes y con gran ornamentación plateada —crucifijos, herrajes— y otros sencillos, blancos y muy pequeñitos, para muertos niños. La funeraria incluso tiene algunos cofres mortuorios pintados con los colores y la bandera de Liga Deportiva Universitaria de Portoviejo y de Emelec, dos equipos de fútbol nacionales. El de Barcelona Sporting Club, te cuenta, ya se vendió. Antes de hablar del terremoto o en lugar de hacerlo, Betty se mira las uñas, pintadas y muy cuidadas, acorde con su apariencia. En Ecuador se dice que las mujeres manabitas son las más guapas del país: Betty tiene el pelo negro, brillante y largo recogido en un moño, va muy bien maquillada, lleva zapatos de tacón, la ropa tal vez un poco ceñida de más, no es delgadísima, pero que le favorece. Sí, es guapa. No quiere llorar y no llora. Pero para huir a la emoción hace pausas y se esconde. Ella, por ejemplo, prefiere no hablar de la otra sala de velaciones, la suya, que se perdió, que fue aplastada por el hostal Marujita, que estaba al lado y que se desplomó. Tampoco puede explicar qué le pasaba por la cabeza todo el mes que se pasó en la cama, con las cortinas cerradas, con ganas de no estar en ningún lado. Sacude la cabeza.

—Mi mamá toda la vida se ha dedicado a esto, ya más de treinta y cinco años, siempre tuvo un cuarto en la sala de velaciones para que almorzáramos o hiciéramos los deberes cuando éramos niñas. Nosotras pasábamos la vida ahí. Toda nuestra familia se dedica a la muerte, es normal. Un hijo mío está estudiando tanatopraxia, que es para embalsamar y mi hija maquilla y peina a los cadáveres. Los deja hermosos. Nunca me ha dado miedo ni tristeza la muerte porque es parte de la vida. Lo hemos visto natural. Pero el terremoto... Eso fue... Yo salí, no sé cómo salí, y miraba al frente, al frente, a mi alrededor todo se caía, yo miraba al frente y yo gritaba hasta que me quedé sin voz. Pienso en toda la gente que se ha muerto. Hemos visto tanto dolor. Mi mamá se pudo haber muerto, estaba en el sótano preparando a un fallecido

para la velación y el edificio se cayó. No sé cómo la sacaron viva. Dios nos vio con ojos de piedad. Ahora solamente estamos pensando en levantarnos.

¶

De los carteles en las paredes de Portoviejo:

"Panadería Robert está ubicada en su nuevo local en la Ciudadela Municipal cerca del Redondel Monumento de la Agricultura".

"Este es el nuevo Manabí".

"La Carreta está atendiendo con normalidad".

"Picantería Laurita, ingrese sin problemas".

"Panadería Chelita después del NEFASTO 16/A atiende en su nuevo local".

"Las primeras cosas ya pasaron". Apocalipsis 21:4

"Aprende a apreciar lo que tienes, antes de que el tiempo te enseñe a apreciar lo que tuviste".

"De esta salimos porque salimos: fuerza Manabí".

"Portovejense con alma de acero".

"7.8 sacudieron a Portoviejo. 300 mil almas de acero lo levantan".

"El sanduchazo: juntos te levantamos, Portoviejo".

¶

Los policías son jovencitos y llevan mascarillas. Los han traído de todas partes del país. En todas las esquinas del centro de Portoviejo hay al menos dos. Está todo cercado. Es una ciudad en ruinas. Te acercas a acariciar a un gato en una silla y descubres que la silla es de los policías y que el gato no. O no lo era, pero se les ha pegado. También un perro de manchas blancas y café. Una tarrina en el suelo, que el perrito rasca para sacar hasta la última miga, podría ser la explicación de este vínculo profundo. Los dos se confiesan: les dan de comer. Quién sabe de quién eran, tal vez sus dueños murieron, así que ahora son de los policías que custodian la esquina donde estaba la Estación de Bomberos de Portoviejo, que se cayó. Dos policías casi adolescentes, uno serrano y uno costeño, un perro manchado y un gato negro. De fondo, hasta donde alcanza la vista, el fin del mundo.

¶

Todas las mañanas, Zoilita, Mamá Portoviejo, hace un desayuno manaba. Es decir, con plátano verde. Es decir, delicioso. El día llega con olor a verde.

Una tarde, Zoilita anuncia que ha conseguido chicharrón del bueno y que mañana habrá bolones. Cierras los ojos. Manabí es la tierra de tu abuelo. El paraíso que te contó tu madre. Estás aquí. Y, más importante, Manabí está aquí. Ese anuncio, tan simple: habrá bolón en el desayuno, en medio de todo esto es como si te sacaran del agua después de mucho, mucho tiempo y te dijeran: "respira".

Respiras.

¶

—Yo sabía que algo de mi mercadería había quedado, no sé, por la esperanza que uno tiene siempre. Yo decía: tiene que estar mi mercadería buena. Sí, se perdió una parte, pero eso no importa, lo más importante es que estamos vivos, de pie otra vez, en esta lucha diaria que es el comercio. Y que seguimos en Portoviejo, de aquí no nos vamos. Usted sabe que hay que sacar adelante todo esto, sobre todo por la familia, pero también por uno mismo y por la ciudad: hay que seguir adelante.

Wilden Mecías, 53 años, 33 de ellos dedicados al comercio, lleva la camiseta de la selección del Ecuador porque hoy, 16 de junio, dos meses exactos desde el terremoto, hay partido de la Copa América y él está convencido de que Ecuador ganará a su rival, Estados Unidos. El almacén, donde vende relojes, mochilas, planchas, teléfonos, se llama Roxana's porque así se llama su ex esposa y, aunque el matrimonio se rompió, el nombre, dice, ya tenía prestigio entre la clientela. No es lo único de su ex esposa que mantiene a su lado. Almacén Roxana's, el original, estaba en un centro comercial en plena zona cero. Se destruyó. Así que este nuevo local de Roxana's, el que cumple apenas un mes de apertura, está ubicado en el garaje del ex suegro: el papá de Roxana.

—Mi suegro, yo le sigo diciendo mi suegro, me dijo esto es suyo, haga lo que quiera con este local. Entonces una hermana me prestó quinientos, un amigo doscientos, mi suegro otra plata y así pude arreglar. Esto es esfuerzo de todos. El apoyo ha sido increíble, increíble. Porque mire, Portoviejo es una ciudad netamente comercial y la gente vive del comercio: sabemos que si no trabajamos, no comemos. Ahorita estamos dispersados, pero el centro no va a morir. Usted sabe que el manabita es bien positivo. Dicen que el mejor soldado es el que se levanta muchas veces: bueno pues, nosotros nos hemos levantado muchas veces.

¶

Imagínate que estás en Portoviejo y que Zoilita te ha dado las buenas noches y te ha dicho mijita y que las luces se apagan, bombilla a bombilla. Imagínate que es tu última noche en Manabí y que hasta Max, el loco, peludo y amoroso Max, el perro de Mamá Portoviejo, ya se ha dormido, harto de ladrar a las sombras, al viento.

Imagínate que despiertas, como ya hace tantos días, con el clac, clac, y el pum, pum de cientos de martillos, taladros, atornilladores, perforadoras, sierras, combas. La banda sonora de la reconstrucción, que chilla y ruge y aturde.

Imagínate que la estridencia de la ciudad que se reconstruye es, para ti, algo así como el Himno a la Alegría.

Y Zoilita está haciendo bolón para el desayuno.

Estás en Manabí.

Respira.





1. *Rumbo a Santiago de Cuba*

DARÍO CORTÉS

La Habana



2. *La Habana*


P148 688



3. *La Habana*



4. *La Habana*



5. *La Habana*



6. *La Habana*





7. *La Habana*



8. *Habana Vieja*



9. *La Habana*



10. *Cuba*



11. *La Habana*





12. *Santiago de Cuba*







Managua

NICARAGUA

0 5



Caracas

VENEZUELA

0 6


BARRIO BOLIVAR
ALCABALA
BARRIO ANTONIO JOSE DE SUCRE
BARRIO JOSÉ FELIX RIBA
BARRIO 5 DE JULIO
BARRIO JOSÉ FÉLIX RIVAS
BARRIO SUCRE
CARMEN
BARRIO EL CERRITO
BARRIO LA CRUZ

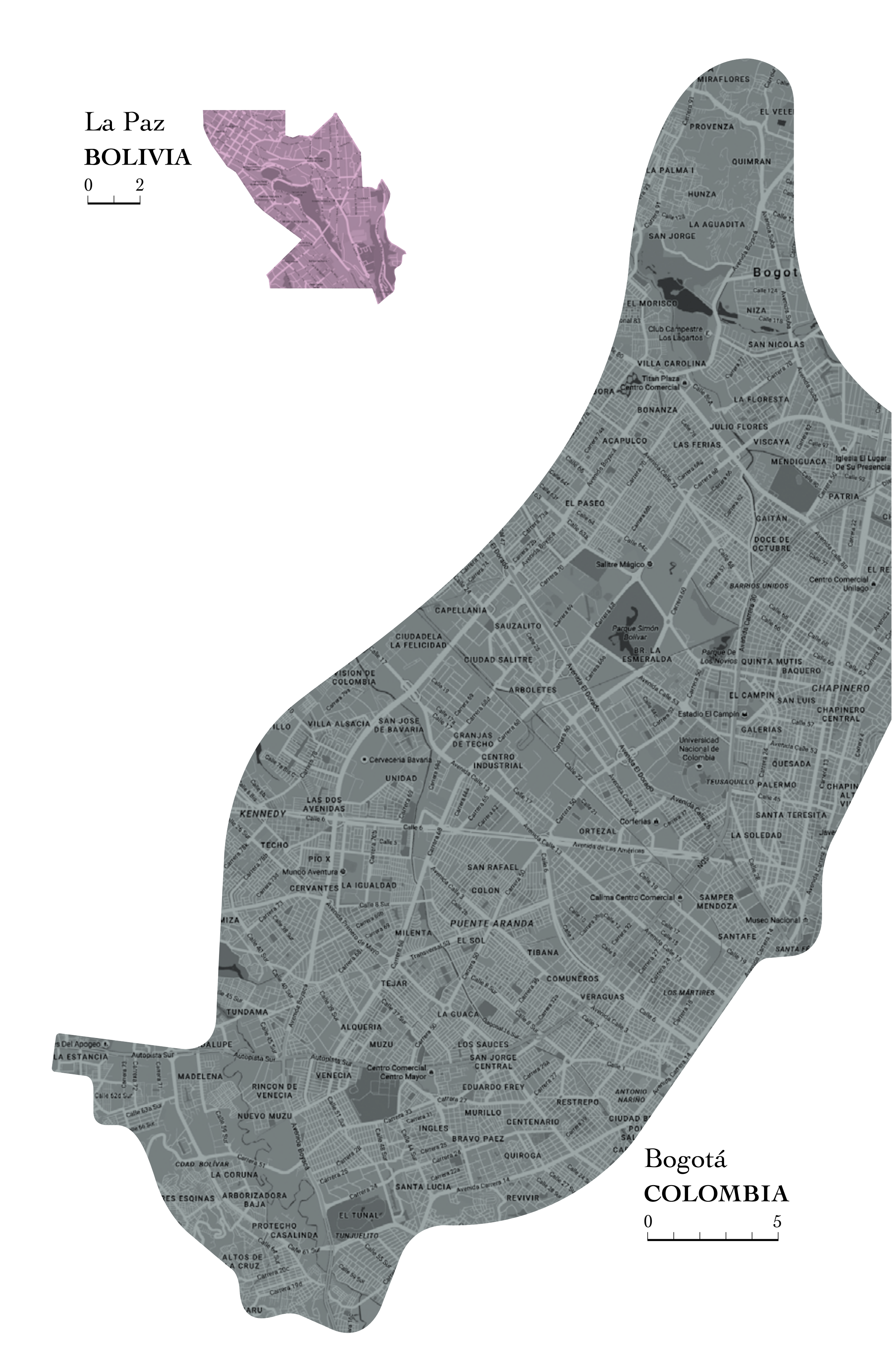


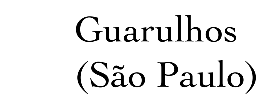



Santiago
CHILE
0
3

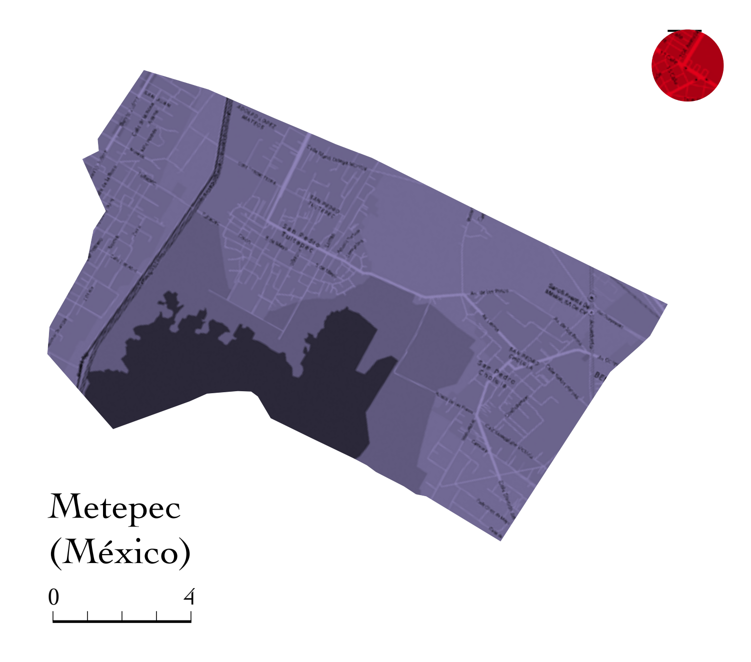

Fantasilandia
CLUB HIPICO


São Paulo
BRASIL
0
4
N


La Paz
BOLIVIA
0
2
Bogotá
COLOMBIA
0
5

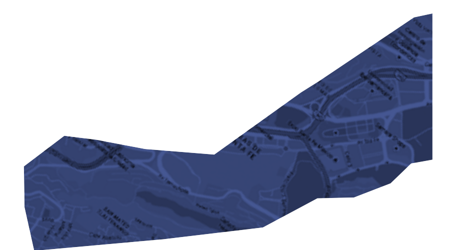

Guarulhos
(São Paulo)

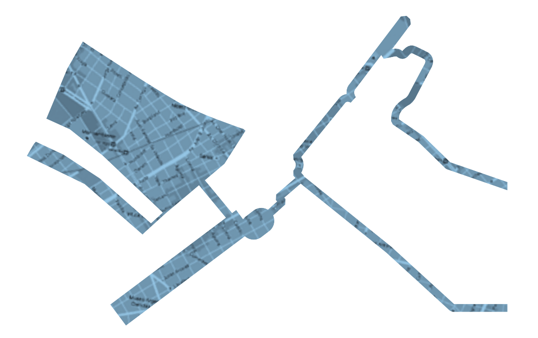



Metepec
(México)
0
4



Guatemala
GUATEMALA
0 6





Buenos Aires
ARGENTINA
0 5

Ciudad de México y Metepec

MÉXICO

0 3

N



Montevideo

URUGUAY

0 4





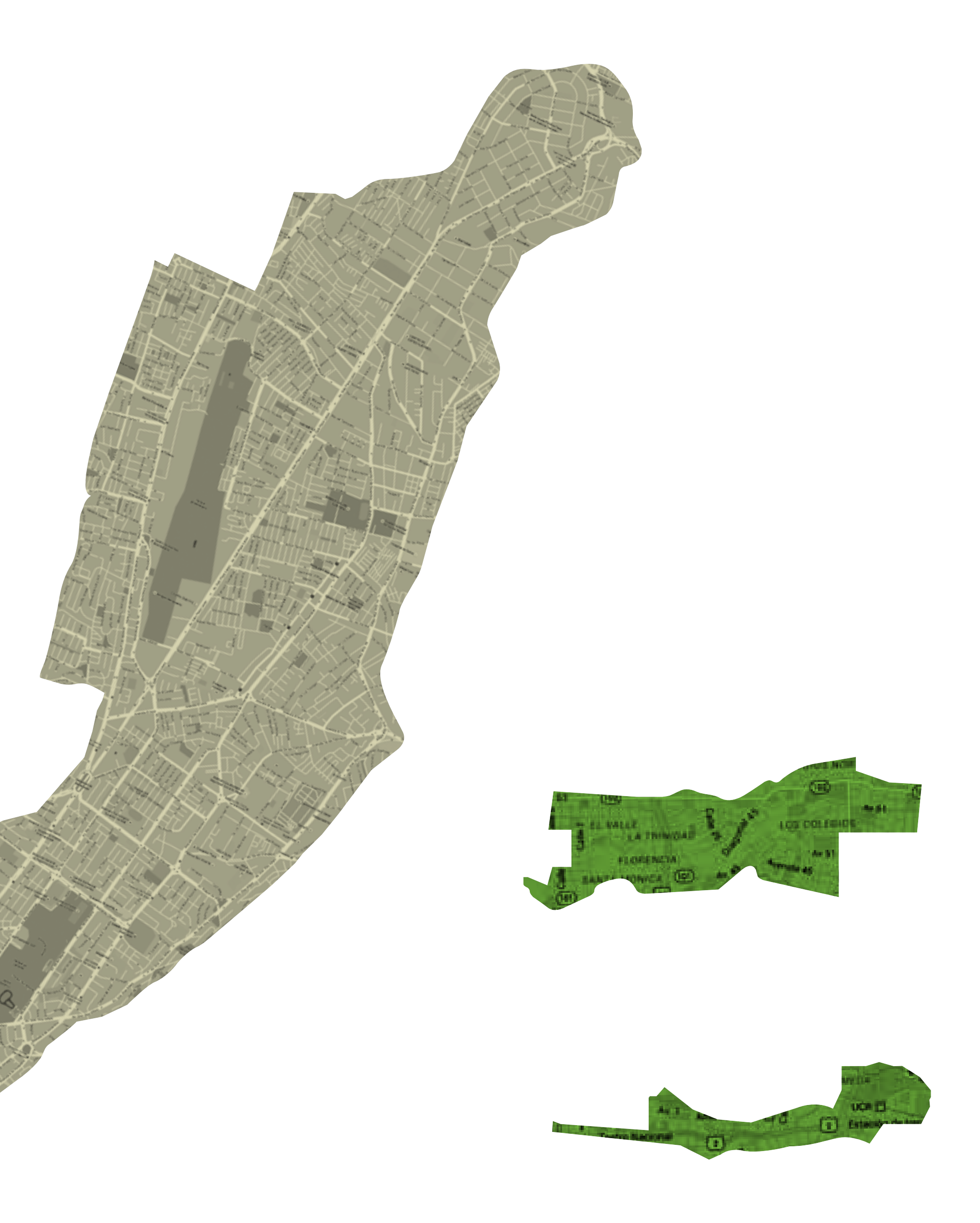
Tegucigalpa
HONDURAS

0 5

N

Quito
ECUADOR

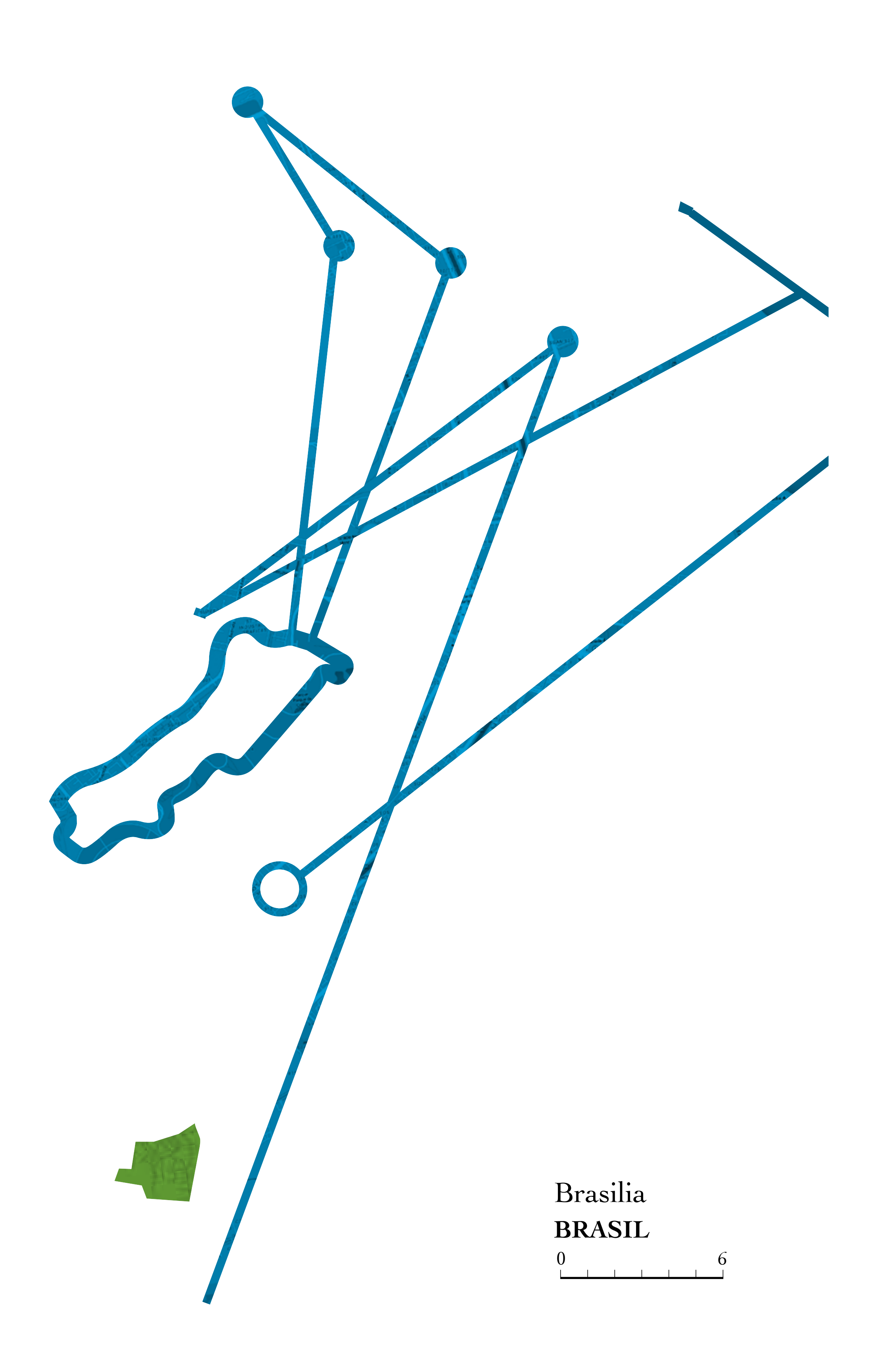
0 3

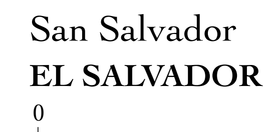


San José

COSTA RICA

0 5

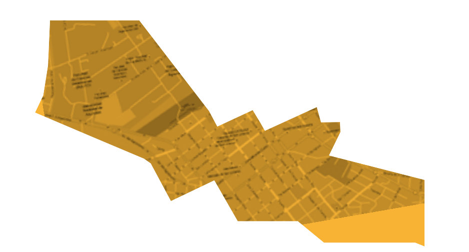

Brasilia
BRASIL
0
6



San Salvador
EL SALVADOR
0

Panamá City
PANAMÁ
0 4

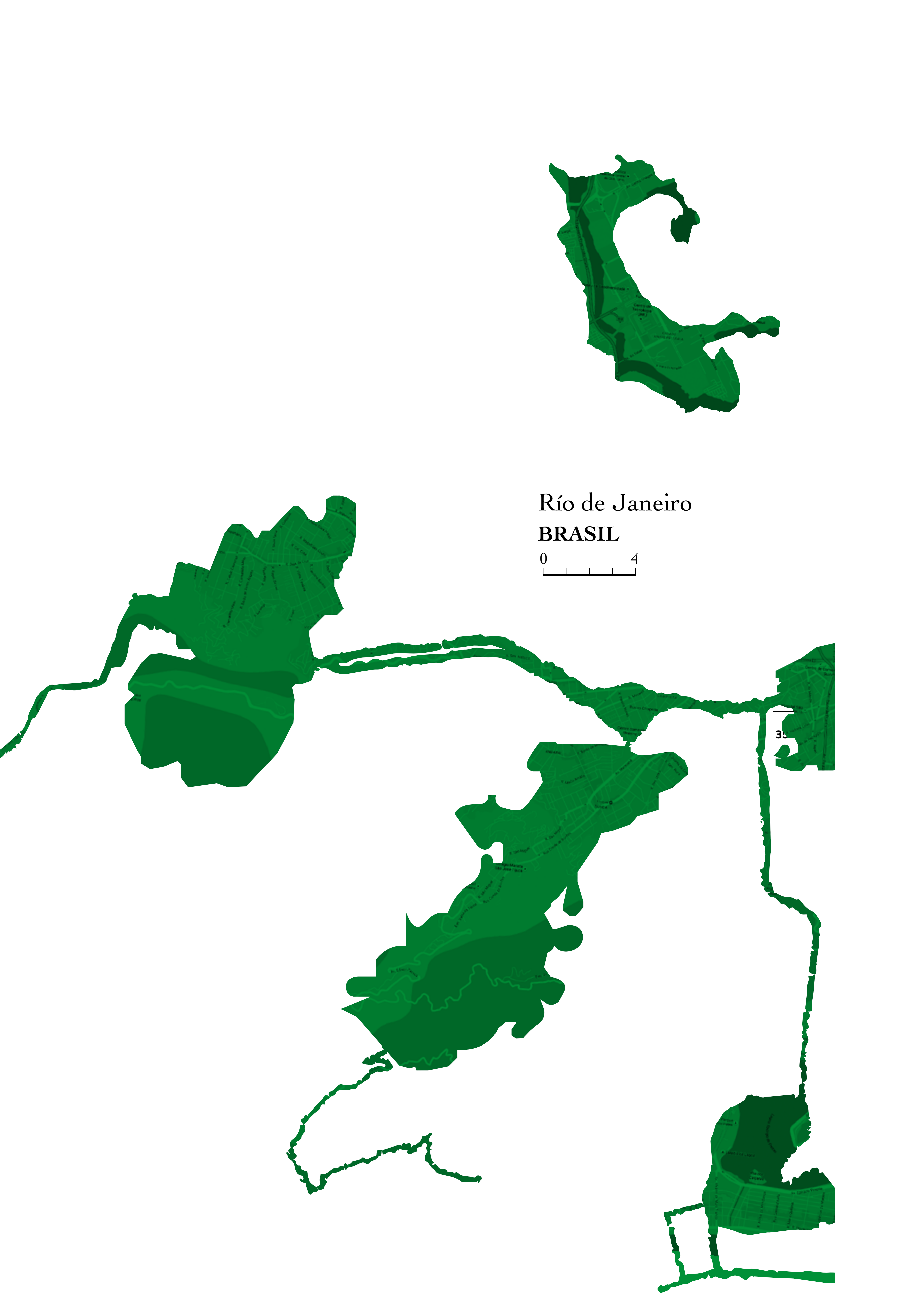




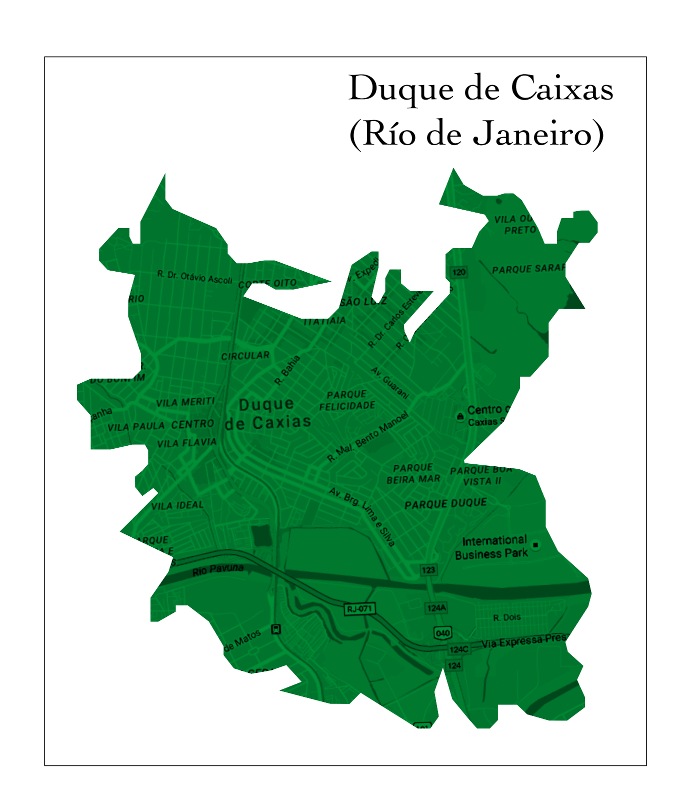
Asunción

PARAGUAY

0 5



Río de Janeiro
BRASIL
0
4


Duque de Caixas
(Río de Janeiro)
R. Dr. Otávio Ascoli
ITATIAIA
CIRCULAR
R. Bahia
PARQUE
FELICIDADE
Av. Guarani
VILA MERITI
Duque
de Caxias
VILA PAULA
CENTRO
VILA FLAVIA
R. Mal. Bento Manoel
PARQUE
BEIRA MAR
VILA IDEAL
Av. Brg. Lima e Silva
PARQUE DUQUE
International
Business Park
Rio Pavuna
RJ-071
R. Dois





Lima

PERÚ

0 4

Paralelos emocionales
(en percepción)

Meridianos vivenciales
(en años)

1
10
20
30
40
50
60

Polo Norte
Emocional

6

Centro
geográfico

5

4

3

Ecuador
emocional

2

1

0

Polo Sur
Emocional

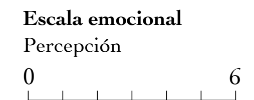
L A T I N O A M É R I C A



ÁTLAS VIVENCIAL DE AMÉRICA LATINA

Se le pidió a dieciocho personas residentes en capitales y grandes urbes latinoamericanas que trazasen ‘su’ ciudad sobre un mapa, el tiempo que han vivido en ella y que le otorgasen un color preciso con el cual la identifican. Del mismo modo se les pidió que evaluasen el aprecio que mantienen con ese espacio vital en una escala del 0 al 6 (siendo cero ‘ninguno’ y seis ‘incondicional’).

Escala emocional
Percepción



Escala geográfica
km

0 1 2

(Todos los mapas están en la misma escala geográfica)

